


The cover features a close-up of the character Thrawn, a blue-skinned alien with a white collar and a red visor. He is looking slightly to the right with a serious expression. The background is dark with some red and blue lighting effects.

**STAR
WARS**™

THRAWN
TRAICIÓN

TIMOTHY ZAHN

 Planeta Cómics

Tercera novela de la nueva trilogía de Thrawn. Novela canónica escrita por el autor best seller de Star Wars, Timothy Zahn.

El Gran Almirante Thrawn se enfrenta a la prueba definitiva de su lealtad ante el Imperio en esta novela épica. Thrawn ha sido uno de los instrumentos más efectivos del Imperio, persiguiendo a sus enemigos hasta los límites de la galaxia conocida.

Pero, aunque se ha convertido en un arma afiladísima, el Emperador sueña con algo mucho más destructivo. Ahora, cuando su programa de los Defensores TIE se cancela para dar prioridad al proyecto secreto de la Estrella de la Muerte del director Krennic, el Almirante se da cuenta de que los equilibrios de poder en el Imperio se basan en algo más que en la perspicacia militar o la eficiencia táctica. Ni siquiera los cerebros más brillantes pueden competir con el poder de destruir planetas enteros.

Mientras Thrawn se esfuerza por garantizarse un sitio en la jerarquía imperial, su antiguo protegido, Eli Vanto, regresa con una grave advertencia sobre el mundo natal de Thrawn. Su dominio de la estrategia deberá guiar a Thrawn en una elección imposible: su compromiso con la Ascendencia Chiss o la lealtad al Imperio que ha jurado servir. Incluso si la elección correcta supone traición.

STAR WARS

Thrawn

Traición

Timothy Zahn

NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Thrawn: Treason*

Autor: Timothy Zahn

Traducción: Albert Agut Iglesias

Arte de portada: Two Dots

Publicación del original: julio 2019



menos de un año antes de la batalla de Yavin

El gran almirante Thrawn se enfrenta a la prueba definitiva sobre su lealtad al Imperio en esta épica novela de Star Wars del autor superventas Timothy Zahn.

«SI ESTUVIERA AL SERVICIO DEL IMPERIO, PODRÍA CONFIAR EN MI LEALTAD».

Esa fue la promesa que el gran almirante Thrawn le hizo al Emperador Palpatine en su primera reunión. Desde entonces, Thrawn ha sido uno de los instrumentos más eficaces del Imperio, persiguiendo a sus enemigos hasta los confines de la galaxia conocida. Pero, aunque Thrawn se ha convertido en un arma afiladísima, el Emperador sueña con algo mucho más destructivo. Ahora, cuando su programa de los Defensores TIE se cancela para dar prioridad al proyecto secreto de la Estrella de la Muerte del director Krennic, Thrawn se da cuenta de que los equilibrios de poder en el Imperio se basan en algo más que en la perspicacia militar o la eficiencia táctica. Ni siquiera los cerebros más brillantes pueden competir con el poder de destruir planetas enteros.

Mientras Thrawn se esfuerza por garantizarse un sitio en la jerarquía imperial, su antiguo protegido, Eli Vanto, regresa con una grave advertencia sobre el mundo natal de Thrawn. Su dominio de la estrategia deberá guiar a Thrawn en una elección imposible: su compromiso con la Ascendencia Chiss o la lealtad al Imperio que ha jurado servir. Incluso si la elección correcta supone traición.

www.planetacomic.com

www.starwars.com

**UN GUERRERO PUEDE RECLAR, PERO NO HUYE.
PUEDE CUBRIRSE, PERO NO SE ESCONDE.
PUEDE TENER VICTORIAS O DERROTAS, PERO NO DEJA DE SERVIR.**

**PERO UN SERVIDOR CON LEALTADES DIVIDIDAS NO ES UN
SERVIDOR.**

Para todos aquellos que alguna vez han tenido que plantearse lo que cuesta hacer lo
correcto...

Timothy Zahn

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

PRÓLOGO

El Destructor Estelar imperial flotaba lánguidamente sobre aquel planeta azul y verde, con destellos de esos colores reflejándose levemente en su casco, entre las sombras creadas por el lejano sol del sistema. La nave de guerra llegó al final de su recorrido de patrulla y, aparentemente satisfecha al ver que no pasaba nada por la vecindad, viró hacia el espacio profundo. Siguió su distendido avance hasta que llegó al límite del pozo de gravedad del planeta y saltó al hiperespacio, entre un borrón de estelas de luz.

Sentada en el sillón de mando del puente de la nave de guerra *Imperturbable* de la Ascendencia Chiss y envuelta en una oscuridad solo rota por las estrellas del exterior y un puñado de pilotos indicadores aún activos, la almirante Ar'alani frunció el ceño. El intruso accidental por fin se marchaba. Ahora, lo esencial era saber si el paso forzoso de la *Imperturbable* al modo inactivo total le habría dado a la nave que perseguían hasta entonces el tiempo y la distancia suficientes para escapar.

—¿Comandante Tanik? —dijo, en voz baja.

—Un momento, almirante —respondió Tanik, débilmente. No era necesario ser tan discretos, su presa difícilmente podría oírlos, con mil kilómetros de vacío separándolos, pero Ar'alani ya había notado que el modo oscuro solía provocar un efecto silenciador en la tripulación de la nave—. Estamos buscando su último vector conocido.

—Suponiendo que no hayan aprovechado para modificarlo —gruñó el capitán Khresh desde su puesto, al lado de Ar'alani—. Malditos imperiales. El peor momento posible, en el peor lugar posible...

—Paciencia, capitán —le advirtió Ar'alani, mirando el campo de estrellas por las ventanillas del puente. Se sentía tan frustrada como Khresh por la inesperada e inconsciente interferencia del Destructor Estelar en su misión, pero tampoco era motivo para renunciar a su dignidad y autocontrol.

Miró el tablero de sensores. Sobre todo en ese momento, con Tanik sentado allí, donde podía oírlos.

Por supuesto, el oficial de sensores sonreía ligeramente mientras trabajaba para localizar a la presa de la *Imperturbable*. Sin duda, ese breve arrebato de Khresh, por leve que hubiera sido, llegaría a oídos de la Ascendencia y allí la lanzarían al creciente fuego de la discordia entre sus dos familias.

Por desgracia, Khresh también vio la sonrisa de Tanik.

—¿Hay algo que le haga gracia, subcomandante? —preguntó.

—No, primer capitán, en absoluto —le aseguró Tanik, serenamente.

—¿Ha encontrado al objetivo? Si no, le sugiero que aparte toda distracción de su pensamiento y se concentre en la tarea que tiene entre manos.

—Sí, señor. —Tanik se enderezó en su asiento—. Oh, espere, señor —dijo, con exagerada jovialidad—. Rectifico. Almirante, los tenemos.

—En pantalla —ordenó Ar'alani.

—Allí —dijo Khresh, señalando el círculo brillante en la pantalla táctica que delataba las emisiones de sus propulsores—. Parece que mantienen el rumbo.

—Están saliendo de la invisibilidad, almirante —dijo Tanik—. Pero están demasiado lejos para realizar un análisis de configuración. —Negó con la cabeza—. Debo reconocerles que tienen una gran confianza en sí mismos.

—Su confianza bordea la arrogancia —coincidió Ar'alani. La nave que perseguían había activado automáticamente su campo de invisibilidad cuando el Destructor Estelar había aparecido en el sistema, ocultándose de aquel potencial enemigo. Pero, desde su posición actual, quedaba claro que, en lugar de desactivar sus propulsores y hacerse la muerta, como había hecho la *Imperturbable*, habían seguido su avance, confiando que la nave imperial no detectase ningún indicio revelador.

Que no había detectado, por supuesto.

—Parece estar preparándose para el salto —dijo Khresh—. Allá va.

—Hemos salido del modo oscuro —dijo Ar'alani—. ¿Tenemos su vector?

—Sí, almirante —dijo Tanik, mientras el puente y toda la *Imperturbable* cobraban vida—. Los mando al timón.

Ar'alani miró hacia el timón y la joven sentada en el puesto de navegante.

—Cuando esté lista, navegante Mi'yaric.

—Sí, almirante —dijo Mi'yaric. Respiró hondo, sujetó los controles del timón y bajó la cabeza. Mantuvo esa posición un segundo y exhaló lentamente.

Al cabo de un momento, la *Imperturbable* estaba en el hiperespacio.

—Esperemos que sean todos tan incompetentes como los de ese Destructor Estelar —murmuró Khresh.

—No lo serán —dijo Ar'alani, intentando disimular sus recelos. Seguir a una nave enemiga para descubrir su destino y propósitos era una cosa, seguirla hasta la frontera y entrar en un territorio extranjero era muy distinto—. Alerte a todos los oficiales de mando. Los espero en la sala de reuniones del puente dentro de diez minutos para analizar la situación.

—Sí, señora —dijo Khresh—. ¿Y...? —dejó la pregunta en el aire.

Ar'alani sabía perfectamente qué estaba sugiriendo. El problema era que una parte de los oficiales y la tripulación seguía sin aceptar al recién llegado, aquel extranjero. En una situación de crisis, incluso en una de índole política, la falta de confianza podía generar dudas que podían desembocar en un desastre.

Pero Ar'alani seguramente iba a necesitar información y análisis antes de que todo aquello terminase, y el extranjero era el mejor recurso para ambas cosas a bordo de la *Imperturbable*.

Y los buenos comandantes nunca desperdiciaban ni despreciaban los buenos recursos.

—Sí —le dijo a Khresh—. Avíselo también. Ordene al teniente Eli'van'to que se reúna con nosotros.

CAPÍTULO I

En un Destructor Estelar como el *Quimera* entraban y salían comunicaciones en muchas direcciones y con muchos estatus y niveles de seguridad distintos. Cada mensaje incluía un código numérico que especificaba su grado de importancia y marcaba la forma y persona que debía ocuparse de él.

La comodora Karyn Faro conocía todos los códigos. Pero, de alguna manera, en un rincón juvenil de su mente que los años de protocolo militar no habían logrado erradicar, aquellos códigos también terminaban convertidos, de alguna manera, en colores.

Los mensajes de identificación de naves cercanas o los informes de situación de bases a media distancia, asuntos rutinarios que manejaban los oficiales de bajo rango, llegaban en tonos verdes o azules. El pequeño porcentaje de órdenes e informes más relevantes provenientes de Coruscant, más conocido por la burocracia de la época como Centro Imperial, llegaban en tonos amarillos o naranjas. Aquellos iban dirigidos a oficiales de mayor rango del *Quimera*. El raro puñado de mensajes vitales o de alto secreto que enviaban los almirantes del Alto Mando, todos ellos recibidos personalmente por Faro, estaban en una gama de tonos más oscuros de rojo o morado.

Y los pocos, los escasos, que provenían de fuera de la cadena de mando oficial de la marina, los que iban dirigidos directamente al gran almirante Thrawn, eran de un negro profundo.

Y nunca traían buenas noticias.

—Su programa de los Defensores TIE corre peligro —dijo el gran moff Tarkin.

Junto a la puerta del despacho de Thrawn, con la imagen del holoprojector del escritorio de espaldas a ella, Faro no podía ver la expresión de Tarkin, pero podía ver la de Thrawn, y la leve tensión de sus músculos faciales hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Orson Krennic ha sido muy convincente —continuó Tarkin—. Quiere derivar esos fondos hacia su proyecto Estrella.

—El Emperador me aseguró que apoyaba mi proyecto —contestó Thrawn. Faro notó que su expresión volvía a ser controlada y su voz tan serena como siempre.

Pero contenía una crispación que Faro no había notado antes. El Emperador y Thrawn mantenían una relación especial desde el momento en que el chiss había llegado a Coruscant por primera vez. Corrían rumores de que, particularmente en aquella época, los dos se habían pasado muchas horas en el centro de planificación estratégica del palacio, encerrados con un puñado de los más altos almirantes y moffs de más confianza, debatiendo sobre asuntos desconocidos. Si Krennic estaba menospreciando a uno de los servidores preferidos del Emperador, se estaba adentrando en un terreno peligroso.

Además, con esa ridícula maniobra política, Krennic ponía en peligro la supervivencia del Imperio. La factoría de Defensores TIE que Thrawn había instalado en

Lothal, un mundo del Borde Exterior, estaba diseñada para producir los mejores cazas estelares que la galaxia hubiera conocido: rápidos, maniobrables, muy armados y equipados con escudos e hipermotores, una diferencia radical con el resto de la serie TIE. Podían rivalizar con cualquier nave que pudieran conseguir las bandas piratas o sistemas reacios mejor equipados, y podían aplastar aquel movimiento rebelde que seguía creciendo lentamente.

Sin los Defensores, Coruscant afrontaría una larga batalla en esos tres frentes. Con los Defensores, el Imperio sería invencible.

—En mi opinión, hace muchos años que el proyecto del director Krennic no es más que gasto y excusas —dijo Tarkin—. Si quiere que la fabricación de Defensores continúe, tendrá que plantearse directamente al Emperador. Ya he programado una reunión.

—Partiré inmediatamente, gobernador Tarkin —dijo Thrawn.

El holoprojector se apagó y Thrawn apretó el botón del comunicador.

—Comandante, informe a la gobernadora Pryce que me marchó a Coruscant —ordenó—. En cuanto tenga el rumbo fijado, proceda a saltar al hiperespacio.

Respuesta afirmativa desde el puente. Thrawn miró al escritorio un instante, como planteándose sus opciones. Después, levantó la vista hacia Faro.

—Comodoro —dijo, serio—, ¿tiene el informe de comunicaciones que solicité?

—Sí, señor —dijo Faro, acercándose y tendiéndole su datapad—. Me temo que no hemos podido descubrir ningún patrón repetido.

Thrawn recogió el datapad y estudió los números en silencio. Faro le miraba, preguntándose si, igual que ella, pensaba que el comandante Eli Vanto habría podido sacar algo de aquel aparente caos de horas, fechas y frecuencias de comunicaciones que había recopilado. Vanto tenía un don particular para aquello.

Pero Vanto se había marchado, había desaparecido del *Quimera* sin dejar rastro. Y, mientras corrían rumores que lo situaban en todas partes, desde el Espacio Salvaje hasta un grupo secreto de planificación en el palacio del Emperador o muerto y a la deriva en el espacio profundo, lo único confirmado era que nadie sabía qué había sido de él.

Faro le había preguntado a Thrawn. La respuesta del gran almirante había sido educada, pero Faro había salido de aquella conversación con la clara sensación de que no debía volver a preguntar por aquello nunca más.

En su fuero interno, teniendo en cuenta el afecto que Thrawn había sentido por aquel muchacho y la relación maestro-aprendiz que habían mantenido mientras Thrawn impulsaba la carrera de Vanto, Faro estaba segura de que el joven estaba muerto. No veía ningún otro motivo por el que pudiera explicar su desaparición del *Quimera*.

—Puede que los rebeldes estén siendo particularmente cautos —dijo Thrawn, devolviéndole el datapad—. O que el grupo que planea rescatar a Hera Syndulla sea lo bastante pequeño para no necesitar comunicaciones remotas.

Faro notó que torcía los labios. Sí, el grupo que seguro planeaba rescatar a Syndulla del bloque de detención de la gobernadora Pryce tenía que ser reducido. Pero no debían

menospreciarlo, ni mucho menos, aunque solo fuera porque incluía al antiguo Jedi Kanan Jarrus y al joven aprendiz Jedi Ezra Bridger.

De alguna manera, Faro habría preferido que Syndulla muriera junto al resto de su escuadrón de Ala-X durante su fallido intento de expulsar al *Quimera* y el resto de la fuerza de Thrawn del espacio de Lothal. Los prisioneros podían resultar útiles en varios sentidos, pero también daban quebraderos de cabeza y eran potenciales objetivos de operaciones enemigas.

Faro no dudaba que Thrawn podría sacar el mejor rendimiento de aquella situación. Pero la prisionera estaba en manos de Pryce y esta no poseía ni la inteligencia, ni la sutileza, ni el enorme talento estratégico de Thrawn.

Peor aún, Pryce se había involucrado emocionalmente en la situación. La gobernadora se tomaba los golpes rebeldes en su planeta como algo personal, lo que la llevaba a pensar más con el corazón que con la cabeza. Sacar de Lothal a Thrawn, su asesoramiento e influencia, aunque fuera por solo unos días, podría resultar desastroso.

Como mínimo, Syndulla podía morir sin que el Imperio sacase nada tangible de ella. Eso sería malgastar un recurso valioso, aunque Pryce tampoco parecía darle la menor importancia.

—¿Parece que desapruaba el viaje del *Quimera* a Coruscant?

—Sí, señor, así es —dijo Faro. Hacía tiempo que Thrawn había aprendido a interpretar su cara y lenguaje corporal. Y también hacía mucho que ella había aceptado aquella habilidad sin que la pusiera nerviosa—. No creo que la gobernadora Pryce sea consciente del peligro que representa Syndulla. Si Jarrus y su equipo vienen a rescatarla, no creo que Pryce pueda impedirlo.

—Coincido con usted —dijo Thrawn—. Por otra parte, perder a Syndulla sería un mal relativamente menor. Perder el programa de los Defensores TIE sería una catástrofe. Si el proyecto del director Krennic es el que pienso, representa un enfoque estratégicamente muy corto de miras, tanto para la defensa como para el ataque. Si realmente ha convencido al Emperador para que desvíe los fondos de los Defensores hacia su proyecto, el futuro del Imperio correrá peligro.

—Sí, señor —dijo Faro. Sabía que lord Vader también se había mostrado interesado por los Defensores, sobre todo después de pilotar uno contra las fuerzas grysk en las Regiones Desconocidas. Su apoyo debería decantar la balanza a favor de Thrawn.

Pero Vader era un simple portavoz del Emperador. Si el Emperador le daba la espalda a los Defensores, Vader también lo haría.

El comunicador emitió un pitido.

—Almirante, le habla el puente —llegó la voz de la comandante Hammerly por el altavoz—. Acabamos de recibir unas nuevas coordenadas de parte del gobernador Tarkin. Al parecer, debemos reunirnos con él a bordo del *Dragón de fuego*, actualmente en el sistema Sev Tok.

Thrawn frunció levemente el ceño.

—Interesante. ¿Indica si el Emperador asistirá?

—No, señor, no lo menciona —dijo Hammerly—. El mensaje dice que asistirán el director Krennic y un grupo reducido de gente. He revisado su fuente y no hay duda de que el mensaje y las coordenadas las ha mandado Tarkin.

—Bien, comandante —dijo Thrawn—. Fije el rumbo correspondiente y salte al hiperespacio en cuanto esté lista.

—Sí, señor.

Thrawn cortó la comunicación.

—¿Qué le parece, comodoro?

—Parece demasiado sigiloso —dijo Faro, buscando el *Dragón de Fuego* en su datapad. Un Destructor Estelar imperial y nave insignia del gran almirante Balanhai Savit y su Tercera Flota—. Si Tarkin se quiere reunir con usted a bordo de un Destructor Estelar, ¿por qué no a bordo del *Quimera*?

—Seguro que tiene sus motivos —dijo Thrawn—. Siempre suele tenerlos.

Llegó una señal de aviso de las pantallas; el *Quimera* ya estaba en marcha.

—Sí, señor —dijo Faro—. Con su permiso, almirante, me gustaría volver al puente y volver a repararlo todo.

—Claro, comodoro —dijo Thrawn—. Creo que uno de sus temores, al menos, se ha esfumado.

Faro frunció el ceño.

—¿Disculpe, señor?

La mirada de Thrawn pareció endurecerse.

—Al final parece que no viajaremos a Coruscant.

—¿Almirante? —dijo el capitán Boulag desde la pasarela de mando del Destructor Estelar *Dragón de fuego*—. La lanzadera del director Krennic acaba de amarrar en el muelle.

—Entendido —respondió el gran almirante Savit desde el puente trasero, frunciendo el ceño. Cambios de planes en el último minuto, personas de alto rango subiendo a su nave, política y política y más política... era como si la República hubiera resucitado dentro del Imperio, trayendo con ella los mismos quebraderos de cabeza y frustración.

—Parece compungido, almirante —dijo el hombre delgado de pelo canoso que estaba de pie junto al puesto de comunicaciones.

Savit se lo quedó mirando. Desde hacía mucho creía que, de todos los actores políticos del Imperio, el gran moff Tarkin era uno de los peores.

—Dudo que mi estado de ánimo tuviera demasiada relevancia para el Emperador cuando decidió trasladar el punto de encuentro de Coruscant al *Dragón de fuego* —dijo.

Tarkin arqueó levemente las cejas.

—¿Debería haberlo tenido?

Savit torció los labios. Era lo peor de la política, pero Tarkin, al menos, tenía sentido del humor.

—Por supuesto que no —reconoció—. El *Dragón de fuego* y yo mismo estamos para servir al Emperador y el Imperio a su mando.

—Como todos —dijo Tarkin—. Seguro que entiende que el Emperador no desee perder tiempo haciendo viajar a todo el mundo hasta Coruscant. La actual ubicación del *Dragón de fuego* fue esencial para su decisión.

Tarkin esbozó una leve sonrisa y después dejó vagar la vista por el puente.

—Dígame, almirante, ¿qué opina del proyecto Estrella?

—Interesante pregunta —dijo Savit, colocando su mente automáticamente en modo combate. El proyecto mimado del Emperador, orgullo y alegría de Krennic, el discreto objeto de deseo de Tarkin—. Es un enfoque único y audaz para la seguridad imperial —prosiguió, eligiendo con cautela sus palabras—. Estoy deseando verlo terminado.

—Como todos —dijo Tarkin—. Al mismo tiempo, hay... ciertas cuestiones... particularmente relacionadas con la distribución de fondos. ¿Conoce el proyecto de los Defensores del gran almirante Thrawn?

—Someraamente —dijo Savit—. He visto por encima los planos, pero no he tenido oportunidad de ver en acción ninguno de esos cazas.

—Thrawn está convencido de que la marina necesita esos Defensores —dijo Tarkin—. Tampoco es ningún secreto que el Emperador tiene a Thrawn en muy alta consideración. Pero el Emperador también cree firmemente en la necesidad del proyecto Estrella.

—Por supuesto —dijo Savit—. Los dos somos hombres muy atareados, gobernador. «¿Qué quiere de mí, exactamente?»

Tarkin frunció el ceño levemente, estudiando la expresión de Savit.

—¿Podría guardarme un secreto, almirante?

Savit no pudo reprimir una sonrisa.

—Por supuesto.

—Tengo motivos para creer que la reunión que se celebrará pronto terminará con un reto —dijo Tarkin—. A un lado tendremos al director Krennic. Al otro estará el almirante Thrawn.

—Un buen combate —dijo Savit—. ¿A cuál de los dos quiere que ayude?

—Thrawn es un oficial orgulloso —dijo Tarkin, en un tono más reflexivo—. Eficiente y muy capaz, pero orgulloso. —Otra leve sonrisa—. Bastante parecido a usted, almirante. Jamás pediría ayuda a nadie, ni la aceptaría de buen grado.

—Pero, si pudiéramos ayudarle sin que lo sepa... —sugirió Savit.

—En mi opinión, esa ayuda sería muy beneficiosa para el Imperio —dijo Tarkin, seriamente.

Savit, con un punto de cinismo, pensó que, como mínimo, sería muy beneficiosa para Tarkin.

Pero así era el juego. Y, de hecho, cualquier cosa que sirviese para menoscabar a Krennic y el proyecto Estrella le parecía bien.

—Entendido —respondió—. Si me disculpa, debo ir al muelle para recibir en persona al director Krennic. ¿Ha advertido a Thrawn del cambio de sede?

—Sí. El *Quimera* confirmó la recepción de mi mensaje —dijo Tarkin—. Por favor, salude de mi parte al director Krennic. Los veré a ambos dentro de unas horas.

—Eso haré, gobernador. —Savit sonrió—. Estoy deseando que la reunión empiece.

«Tres hombres sentados alrededor de una mesa de la sala de reuniones de oficiales del Destructor Estelar Dragón de fuego. La sala en sí es igual que la del Quimera, aunque la mesa y las sillas del Dragón de fuego son más nuevas y algo más elaboradas».

—Ah... gran almirante Thrawn —le saludó Tarkin. *«Su expresión contiene expectación, quizá maquinaciones de fondo. Su voz muestra serenidad, y quizá la preparación mental del que va al combate»*—. Permítame presentarle al gran almirante Savit, comandante del *Dragón de fuego* y la Tercera Flota. Me parece que no se conocían.

—No, gobernador, no nos conocíamos —dijo Savit. *«Su voz contiene una bienvenida cautelosa. Su expresión contiene recelo y análisis. Su lenguaje corporal muestra una mezcla de confianza y orgullo»*—. Bienvenido a bordo, almirante.

—Quizá haya oído hablar del almirante Savit por los recitales musicales que da su familia en Coruscant —dijo Tarkin.

«Su voz contiene más maquinaciones. Su tono es de advertencia, quizá una gran conciencia política sobre la elevada posición cultural de la familia Savit».

—Así es. Me encantaría asistir a una de sus actuaciones.

—Sería bienvenido —dijo Savit. *«Su voz contiene orgullo y un punto de suficiencia, reflejo de su conciencia del estatus de su familia».*

—Y este... —*«La rigidez crece en la voz de Tarkin, quizá acompañada por una mayor concentración para el combate. Su expresión revela reservas, quizá hostilidad»*— es el director Orson Krennic.

—Almirante. —*«La voz de Krennic contiene quizá cautela. Su expresión quizá contiene hostilidad. Su lenguaje corporal contiene quizá ira, quizá desafío»*—. Tengo entendido que se quiere quedar con parte de los fondos de mi proyecto Estrella.

—En absoluto. Solo deseo contar con la financiación que se me prometió.

—El Emperador en persona, si me permiten añadirlo —dijo Tarkin. *«Mira a Krennic medio segundo, sin pestañear, después toca un botón del instrumental que tiene delante. Su movimiento es rígido, quizá revelando su disposición al combate»*—. Ahora que estamos todos reunidos, debo anunciarle que ya podemos empezar.

«Una pausa de once segundos. Nadie dice nada. Los ojos de Tarkin siguen clavados en Krennic. La mirada de Krennic va de Thrawn a Tarkin. Los ojos de Savit siguen fijos en el holopad de la mesa, su expresión contiene una atención serena».

«El holopad se enciende y la imagen del Emperador aparece sobre él».

—Buenos días, gobernador Tarkin —dice. *«Su voz contiene expectación e interés. La imagen temblorosa hace que su expresión, en esos momentos de perfil, sea indescifrable»*—. Director Krennic. Gran almirante Savit. Gran almirante Thrawn.

—Buenos días, Majestad —dijo Tarkin. *«Inclina la cabeza para saludar, quizá con respeto. Los demás hacen lo mismo. La expresión de Krennic incluye una leve sonrisa, quizá muestra de confianza»*—. Como sabe, el proyecto Estrella se ha topado con un pequeño problema y me parecía que debía saberlo.

—Por supuesto. —*«La cara del Emperador se vuelve hacia Krennic. Las comisuras de su boca dibujan un rictus de decepción»*—. Creía que Estrella avanzaba a un ritmo satisfactorio.

—El proyecto sí, Majestad —dijo Krennic. *«Su voz sigue mostrando confianza»*—. Solo es un problema en la cadena de suministros y le garantizo que está controlado.

—¿Seguro? —replicó el Emperador—. Parece que el gobernador Tarkin no opina lo mismo.

—Exacto, Su Majestad —dijo Tarkin. *«Su expresión no cambia, pero hay una relajación en sus músculos faciales que quizá indica el íntimo deseo de sonreír»*—. Y, como el director Krennic parece reticente o incapaz de solventar ese problema, he invitado al gran almirante Thrawn para que ofrezca su asesoramiento.

—Ya veo —dijo el Emperador. *«La imagen gira, una leve sonrisa asoma en sus labios»*—. ¿Y qué opina de la situación el gran almirante Mitth'raw'nuruodo?

—En realidad, Majestad, no he podido poner al día al almirante —dijo Tarkin—. Con la extrema seguridad que rodea el Estrella, me pareció más prudente que todos esos detalles no pasasen por la HoloRed.

—Muy bien, gobernador Tarkin —dijo el Emperador—. Quizá, director Krennic, si es tan amable, podría explicarnos cómo ve usted la situación. —*«Las comisuras de su boca vuelven a descender»*—. Por el bien de todos.

«Los músculos de la garganta de Krennic se tensan fugazmente».

—Como he dicho, Su Majestad, la situación está controlada. Solo estamos teniendo algunos problemas con mynocks en el punto de transbordo de cargamento.

—Grallocs —murmuró Tarkin.

—Los grallocs son una especie pariente de los mynocks —replicó Krennic. *«Su expresión se endurece y su piel se enrojece ligeramente. Posiblemente enfado; posiblemente ira; posiblemente vergüenza»*—. Viven en el vacío espacial y atacan los cables y acoples de energía...

—Son considerablemente más grandes y fuertes que los mynocks normales —añadió Savit. *«Su expresión contiene secreta diversión»*—. La gobernadora Haveland ha tenido muchísimos problemas con ellos en el sector Esaga.

—Pero no son más que un leve incordio —dijo Krennic. *«El enrojecimiento de su piel se disipa. Su voz contiene renovado autocontrol. Sus ojos se mantienen fijos en Tarkin, quizá contienen desafío».*

—¿Un leve incordio? —preguntó Tarkin. *«Su expresión revela triunfo»*—. Sus propios informes indican que el transbordo de material y turboláseres defensivos acumula ya tres semanas de retraso. Yo no sé si calificaría eso de «leve incordio».

—¿Me está diciendo que Estrella se está demorando por culpa de un grupo de bichos? —*«La voz del Emperador revela ira controlada. Sus ojos miran fijamente a Krennic».*

—Le aseguro, Majestad, que el problema está controlado. —*«La voz de Krennic contiene renovada cautela. Su confianza sigue intacta».*

—¿Almirante Mitth'raw'nuruodo? —dijo el Emperador—. ¿Comparte la opinión del director Krennic?

—Un retraso de tres semanas parece algo más que un leve incordio. Pero yo tengo tareas que atender en Lothal.

—Todos las tenemos, almirante —dijo Tarkin—. Pero la gobernadora Pryce ya tiene al gran grueso de sus fuerzas para mantener el orden. Seguro que usted puede dedicar parte de su tiempo a ocuparse de este problema.

—Diría que el almirante Savit tiene más conocimientos y experiencia con esas criaturas que yo. Él está más capacitado para encontrar una solución.

—El almirante Savit también tiene tareas que atender —dijo Tarkin—. Además, no posee de sus habilidades tácticas para la resolución de problemas. Habilidades que me atrevo a decir que el director Krennic sin duda conocía.

—Me cansan estos dimes y diretes —intervino el Emperador—. Usted, gobernador, organizó esta reunión. ¿Para qué, exactamente?

«Los ojos de Tarkin signen fijos, su cara vuelve a revelar triunfo».

—El director Krennic ha sugerido a Su Majestad que se transfieran a Estrella los fondos destinados al programa de los Defensores TIE. Yo opino que el retraso en los envíos de material de Estrella no solo pone en peligro los plazos del proyecto, sino que también es un despilfarro de fondos que se podrían y deberían emplear en otras cosas.

—¿Y tiene algún arreglo que proponer? —preguntó el Emperador. *«Su voz contiene expectación».*

—Sí, Su Majestad —dijo Tarkin—. Mi propuesta es que, si el almirante Thrawn consigue resolver este problema y acabar con los grallocs, se le restituyan los fondos de su programa Defensor.

—¿Director Krennic? —dijo el Emperador.

«Krennic permanece callado un segundo».

—Estaría de acuerdo —dijo finalmente. *«Su cara está bajo un cuidadoso control. Sus ojos están alerta, como si hubiera visto un animal acechándole»*—. Si el almirante Thrawn acaba con ellos en una semana.

—Eso no es justo —objetó Savit. *«Su expresión y voz contienen desdén»*—. Como les he dicho, la gobernadora Haveland lleva años batallando con esos bichos.

—Si el almirante Thrawn no logra resolverlo en ese tiempo, no nos servirá de nada —contestó Krennic—. Además, me atrevo a dudar de sus supuestas habilidades para resolver problemas.

—¿Almirante Mitth'raw'nuruodo? —dijo el Emperador—. Usted decide.

—Acepto la propuesta del gobernador Tarkin. Y las condiciones del director Krennic.

—Muy bien —dijo el Emperador. «*Las comisuras de su boca ascienden, en una sonrisa de satisfacción*»—. Una semana. Director Krennic, usted le proporcionará las coordenadas necesarias. Almirante Savit, usted le dará toda la información que la gobernadora Haveland haya recopilado sobre esas criaturas. Almirante Mitth'raw'nuruodo, tiene una semana. —La imagen desapareció y el holopad quedó a oscuras.

—Una cosa más —añadió Krennic. «*Sus ojos se vuelven hacia Thrawn. Su expresión contiene tensión, quizá sospechas, quizá simple animosidad*»—. Enviaré un representante mío a bordo de su nave para supervisar el procedimiento y los progresos de su trabajo.

—No creo que sea necesario —intervino Tarkin—. El historial de éxitos del almirante Thrawn habla por sí solo.

—La trayectoria del almirante Thrawn también contiene algunas irregularidades notables —dijo Krennic. «*Su voz es áspera, ya sin fingida apariencia de cortesía*»—. Sé lo que pretende, Tarkin. Si voy a perder fondos de Estrella, me quiero asegurar de que se sigan los protocolos imperiales. Al pie de la letra.

—De acuerdo. Espero las coordenadas del punto de transbordo en el *Quimera* durante el próximo cuarto de hora. Si su representante no ha subido a bordo para entonces nos marcharemos sin él.

—Ningún problema, almirante Thrawn —dijo Krennic.

«*Su cara se llena con una sonrisa, quizá burlona, quizá victoriosa*».

—Llegarán juntos. El director adjunto Ronan le llevará los datos en persona. —«*Mira a Tarkin, su sonrisa desaparece, su expresión se endurece, pero vuelve a la fingida cortesía*»—. Como ha dicho el gobernador Tarkin, son datos demasiado sensibles para confiar en transmisiones.

«*Savit se levanta de su asiento. Su expresión contiene diversión y desdén*».

—Venga, almirante. Lo escoltaré de vuelta a la lanzadera. —«*Sonríe, la diversión se disipa y su desdén crece*»—. Por el camino podemos hablar de los grallocs. Y otros depredadores.

La puerta de la suite se abrió automáticamente, Brierly Ronan levantó la vista y vio entrar al director Krennic, con su larga capa blanca ondeando tras él.

—Director —saludó Ronan, levantándose rápidamente—. Espero que la reunión haya ido bien.

—No, no ha ido nada bien —dijo el director Krennic, como escupiendo cada palabra—. ¿Conoce al gran almirante Thrawn?

—Oh... he oído hablar de él, sí —dijo Ronan, receloso—. Nada más.

—Pues tendrá que estudiar —gruñó el director—. Esa computadora... descargue todo lo que tenga el *Dragón de fuego* sobre Thrawn.

—Sí, señor —dijo Ronan, corriendo hacia la computadora—. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

—Puede —dijo el director, secamente—. Al parecer, Thrawn es la última arma arrojadiza que Tarkin ha encontrado para lanzarme.

—¿Arma, señor?

—Sí, arma. —El director se sentó en una silla, levantando la parte trasera de su capa con ambas manos—. Es el último intento de nuestro apreciado gran moff por robarme Estrella. —Resopló—. Y el Emperador se limitó a mirar y sonreír. Sonreír.

Mientras tecleaba en el terminal informático, Ronan sintió que su desprecio crecía. Aquello era típico. En lugar de tener un liderazgo real, el tipo de orientación que el director Krennic daba a diario a su tripulación y empleados, el Emperador Palpatine prefería divertirse enfrentando a sus subordinados entre sí y observando aquellas batallas.

—¿Y qué quiere que haga yo?

El director Krennic respiró hondo, intentando serenarse.

—Tarkin se las ha arreglado para que Thrawn se apueste los fondos de su proyecto de los Defensores TIE a cambio de resolver el problema de los grallocs que tiene nuestra vía de suministros del sector Kurost. Thrawn tiene una semana para deshacerse de los grallocs. Si fracasa, Estrella se quedará con esos fondos.

—¿Y Thrawn ha aceptado esos términos?

—Sí —dijo el director, sombríamente—. Lo que nos deja en una posición curiosa. Nos interesa que Thrawn se deshaga de los grallocs, pero que lo haga después de que haya pasado una semana.

Ronan se quedó pensativo.

—Sin duda es la mejor solución. Pero ¿por qué iba a seguir intentando solucionarlo cuando su plazo haya terminado?

—En teoría, no debería —reconoció el director Krennic—. En la práctica, diría que es testarudo. Si está a punto de lograrlo, creo que continuará. —Señaló a Ronan—. Y ahí entra usted. He acordado con Thrawn que irá a bordo del *Quimera*, desde donde supervisará la operación y me enviará informes sobre sus progresos. Debe estar atento a cualquier planteamiento mínimamente prometedor y trasladarme todos los detalles.

—Sí, señor —dijo Ronan, mirando la pantalla. Allí estaba, la ficha oficial de la marina sobre Thrawn. Gran parte de los jefes del Centro Imperial guardaban archivos más extraoficiales que podrían resultarle mucho más útiles, pero los archivos privados de Savit seguro que estaban cifrados y no sabía cómo acceder a ellos—. ¿Y si prefiere rendirse cuando haya terminado su semana? —preguntó, mientras introducía la tarjeta de datos en la ranura.

—Usted deberá ocuparse de que no lo haga —dijo el director—. Si no es posible, debe recopilar todo lo que haya descubierto y traérmelo para que podamos encajar las piezas y encontrar nuestra propia solución. ¿Alguna pregunta?

—No, señor.

—Pues puede retirarse —le ordenó el director Krennic—. Thrawn le espera. Debe encontrarse con él en el muelle. —Sacó una tarjeta de datos y se la tendió a Ronan—. Aquí están las coordenadas del punto de transbordo que debe usar el *Quimera*. Thrawn sabrá descifrarlas.

—Sí, señor —dijo Ronan. Se guardó la tarjeta de datos, saludó y se volvió hacia la puerta.

—Ronan.

Ronan se giró.

—¿Sí?

—Vigílelo —le dijo el director, en voz baja—. Vigílelo de cerca. No sería gran almirante si no fuera astuto y puede que esta estratagema de Tarkin esconda más de lo que parece a primera vista.

—Descuide, señor —le prometió Ronan—. Estaré preparado para cualquier cosa que Tarkin tenga planeada.

Savit no conocía a Thrawn en persona. Pero, igual que Krennic, había oído historias sobre sus proezas.

Ahora, cuando lo tenía cara a cara, debía admitir que se había llevado una ligera decepción.

Thrawn tenía un aspecto imponente, sin duda. Su piel azul y sus relucientes ojos rojos contrastaban estéticamente con el uniforme blanco de gran almirante y sus hombreras doradas. También desprendía un aura de autoridad, una serenidad y conciencia radicalmente distintas a las de tantos oficiales, de alto rango incluso, que Savit había conocido y a los que había servido durante su larga carrera.

Y lo más significativo, el hecho de que la piel y ojos de Thrawn le distinguiesen como un casi-humano debería haber limitado enormemente sus ascensos, aparte de lo inaudito de haber sido admitido en la marina, para empezar. Que hubiera llegado a lo más alto era una prueba fehaciente de su habilidad estratégica y táctica.

Pero tenía un defecto enorme, fatal y flagrante. Era evidente que carecía de la menor competencia en el terreno político.

La forma como había respondido a Krennic y Tarkin lo demostraba claramente. Por muy brillante estrategia que fuera, por mucho aprecio o favoritismo que tuviera el Emperador hacia él, había parecido una rata atrapada en el barrido de unos focos.

De hecho, Savit apostaría que Thrawn no sabía muy bien qué había pasado.

No le costaba comprobarlo.

—Interesante, ¿verdad? —preguntó, desenfadadamente, mientras cruzaba la pasarela con Thrawn, rumbo al muelle del *Dragón de fuego*—. El baile.

—¿Disculpe? —preguntó Thrawn.

Savit negó para sí. Estaba en lo cierto.

—El baile entre Krennic y Tarkin —dijo—. Krennic dirige el proyecto Estrella. Tarkin está deseando arrebatárselo y lo mete a usted en la partida.

Thrawn pareció dedicar un par de pasos a digerir aquello.

—¿Piensa que le apoyaré en ese enfrentamiento entre ellos?

—Quizá —dijo Savit—. Aunque es probable que, más bien, trate de demostrar que es mejor administrador que Krennic. Este tiene un problema, y Tarkin tiene la astucia suficiente para aportar al experto capaz de resolver ese problema. Es decir, usted.

Otros dos pasos en silencio.

—¿Me está diciendo que en vez de estar aquí para resolver el problema, no soy más que una mera arma arrojadiza?

—Exacto —dijo Savit. Su opinión sobre Thrawn subió un grado.

Solo uno. En definitiva, Savit había tenido que explicárselo. Incluso así, Thrawn había tenido que traducirlo a términos militares para captar el trasfondo.

—Y no se haga ilusiones —continuó—. Ahora que Tarkin le ha metido en el campo de batalla, los dos bandos intentarán aprovecharse de usted. Tarkin intentará menoscabar a Krennic con usted y Krennic intentará aprovechar que Tarkin se asocie con usted para erosionar su posición ante el Emperador.

—Solo si no cumplo el objetivo.

—Créame —dijo Savit, dejando escapar una risita—. Si la gobernadora Haveland no ha podido librarse de esas cosas en tres años, usted no podrá hacerlo en solo una semana.

—Eso ya lo veremos —dijo Thrawn—. ¿Tiene la información sobre los grallocs que el Emperador le ordenó entregarme?

Aquel tipo tenía mucha confianza en sí mismo. Savit debía reconocerlo.

—Aquí está —dijo, sacándose una tarjeta de datos de un bolsillo y entregándosela—. ¿Cómo desea que...?

—¿Almirante? —intervino alguien tras ellos.

Savit se dio la vuelta. Un hombre de mediana edad caminaba hacia ellos, con su túnica blanca y una voluminosa placa de coronel reluciendo bajo las luces del *Dragón de fuego*.

Y tras la túnica, aleteaba una larga capa blanca.

Savit negó para sí. Ya había visto la pomposidad y afectación de Krennic con su larga capa. Pero no había notado que el director había contagiado aquella estupidez a sus hombres.

—Almirante Thrawn, esperaba encontrarlo antes de que regresara al *Quimera* —dijo el extraño. Savit notó que, a pesar de su visible premura, aquel hombre no parecía particularmente agobiado. Al parecer, en su vida diaria, aquella capa ondeante imponía un respeto que le permitía malgastar el tiempo ajeno.

Eso quizá fuera así en Estrella. No en la nave insignia de un gran almirante.

—Pues será mejor que se dé prisa —dijo Savit. Dio la espalda al extraño y siguió caminando.

Avanzó tres pasos y se dio cuenta de que Thrawn no le seguía.

Se detuvo y dio media vuelta. Thrawn seguía parado donde Savit lo había dejado, esperando pacientemente al hombre de la capa.

Savit negó con la cabeza, sin molestarse ya en disimular su fastidio. Acababa de explicarle a Thrawn que era un arma en manos de Tarkin... ¿Y era incapaz de rebelarse contra una insignificante maniobra por parte de Krennic?

Era un caso perdido. La única duda era cuál de los dos, Krennic o Tarkin, lo utilizaría mejor, antes de dejarlo tirado en una cuneta.

El recién llegado llegó tranquilamente hasta ellos. Savit vio que podía ser más joven de lo que le había parecido, al menos en apariencia.

Aunque eso solo era atribuible a su piel y porte. Savit notó que sus ojos seguían pareciendo viejos.

—Soy el director adjunto Brierly Ronan —dijo, como si los dos grandes almirantes no lo hubieran deducido ya—. El director Krennic me ha ordenado supervisar su operación, almirante Thrawn.

—Sea bienvenido a bordo del *Quimera* —dijo Thrawn, y se volvió hacia Savit—. ¿Qué me decía, almirante Savit?

Este necesitó un segundo para recordar de qué estaban hablando.

—Iba a preguntarle qué planea hacer.

—Pues empezaré por el principio, por supuesto —dijo Thrawn, inclinando la cabeza—. Gracias por su tiempo y sus consejos, almirante. Creo que el director adjunto Ronan y yo sabremos llegar solos a mi nave.

—Sí —dijo Savit—. Buena suerte, almirante.

—Gracias. —Thrawn se volvió hacia Ronan y volvió a inclinar la cabeza—. Si es tan amable de seguirme, director adjunto Ronan, estoy impaciente por ponerme manos a la obra.

—Espero —dijo la comodoro Faro, abriendo la puerta del nuevo alojamiento de Ronan e invitándolo a entrar— que sea de su agrado.

Ronan pasó junto a ella y echó un vistazo alrededor. Como uno de los adjuntos más veteranos del director Krennic, ya había visto muchos Destruyores Estelares por dentro. La suite que Faro le había dado no era la peor que alguien de su rango podría esperar, pero tampoco era lo más lujoso que podía ofrecer el *Quimera*. No estaba a la altura, evidentemente, de la suite que Savit les había cedido al director y su equipo en su nave. Claramente, Faro y su primer oficial se cubrían las espaldas, dándole algo que le

contentaría, pero asegurándose a la vez de disponer de algo mejor para alguien de mayor rango, por si era necesario. Quizá Tarkin o incluso el propio director Krennic.

Típico. Política, maquinaciones, cubrirse las espaldas, tratar de contentar a todo el mundo, pero siempre buscando cualquier posible ventaja. Todos lo hacían, desde el viejo Emperador chiflado hasta el burócrata más bajo.

Ronan se alegraba de no tener que soportar aquello. La brillantez del director Krennic, su gran competencia y habilidad, le ahorran aquellos juegos estúpidos.

—Bastante, sí —le dijo a Faro, resistiendo la tentación de comentar que el *Quimera* disponía de mejores camarotes. Siempre que podía, prefería estar por encima de aquellas cosas—. Imagino que el gran almirante descifrará la tarjeta de datos lo antes posible para que podamos marcharnos, ¿verdad?

—Sin duda —le aseguró Faro—. Aunque le confieso que me asombra un poco que hayan cifrado una tarjeta de datos entregada en mano, para empezar.

—Órdenes del director Krennic —dijo Ronan—. Puede haber espías a bordo de cualquier embarcación imperial, incluso los mensajeros de confianza pueden ser asaltados para sustraerle información. Así, incluso un ladrón tan intrépido se marcharía con las manos vacías.

—Entiendo —dijo Faro. Sus palabras eran educadas, pero Ronan pudo notar la acusación de «paranoico» latente.

Las opiniones de los demás tampoco le importaban, por supuesto. Aquel tipo de precauciones eran lógicas e ingeniosas, además de la razón que explicaba que el proyecto Estrella hubiera seguido oculto a miradas curiosas todos aquellos años.

—Por fortuna, el descifrado no alargará mucho nuestro viaje —prosiguió Faro—. El almirante Thrawn ya ha estimado que nuestro destino no debe de estar a más de tres horas de distancia, probablemente solo dos.

Ronan entornó los ojos. La estación de transbordo estaba ubicada a solo una hora y media de allí, a velocidad de Destructor Estelar. Pero aquella información era, supuestamente, absolutamente confidencial.

—¿Puedo preguntar cómo lo ha sabido? —dijo, con un punto de exigencia.

—El almirante supuso que el director Krennic debió de hacer un último intento por resolver el problema antes de encontrarse con el gobernador Tarkin —dijo Faro, con un levísimo matiz de diversión danzando en su mirada por la evidente incomodidad de Ronan—. La zona de mando del almirante Savit delimita una parte concreta de esta región y la presencia del gobernador Tarkin en la reciente conferencia comercial de Charra marca su vector de viaje más probable. Un cálculo relativamente sencillo para el almirante Thrawn.

—Por supuesto —dijo Ronan, estudiando la cara de Faro. Había dado por supuesto que Thrawn era otro peón más del juego político, como la mayoría de los otros once grandes almirantes, pero en el caso de Thrawn era el Emperador quien jugaba, no el propio Thrawn. Era evidente que este gran almirante tenía algo más que cierta inteligencia innata.

Lo que no era necesariamente bueno. Era esencial que resolviera el problema de los grallocs fuera de plazo, para asegurarse que ninguna financiación de Estrella se desviaba al miope proyecto de los Defensores TIE de Thrawn. Para Ronan, una victoria a medias era lo mismo que media derrota.

De todas formas, si la gobernadora Haveland y el gran almirante Savit no habían podido erradicar a los grallocs después de años de esfuerzos, era imposible que un recién llegado lo lograra en una semana, por listo que fuera. Ronan solo debía asegurarse de que, tras su fracaso, Thrawn dejara las suficientes pistas para que el director Krennic pudiera resolver el problema.

—Será interesante ver si la estimación del gran almirante es acertada —le dijo a Faro. No tenía la menor intención de darle más información ni entretenimiento que los puramente necesarios—. Por favor, que alguien me avise cuando lleguemos.

CAPÍTULO II

El sistema de los transbordos era un impresionante avispero de actividad, con centenares de naves de varios tamaños flotando en grupos o hileras, o saltando desde o al hiperespacio cerca de sus confines. Los focos de mayor actividad parecían ser una docena de grandes cargueros esparcidos por toda la región, todos ellos volando con una inocua identificación civil. Unas cuantas naves más pequeñas se arremolinaban alrededor de cada carguero, esperando su turno para amarrar y transferir sus cargamentos. Un puñado de naves de guerra medianas patrullaban el perímetro y unos cazas TIE realizaban rondas de guardia.

Faro había visto algo parecido en un sistema donde estaban aprovisionando y tripulando un Destructor Estelar recién terminado. Pero nunca había visto nada tan complejo.

También notó, con un punto de satisfacción, que el sistema estaba exactamente a una hora y treinta y dos minutos del *Dragón de fuego*, dentro del cálculo estimado de dos horas o menos de Thrawn. Se preguntaba si a Ronan le habría impresionado la precisión del gran almirante.

Su expresión glacial al llegar al puente del *Quimera* parecía indicar que no.

—Director adjunto Ronan —saludó Thrawn, mientras Ronan se le acercaba por la pasarela de mando—. ¿O prefiere que le llame «coronel»?

—Cualquiera de las dos cosas me parece bien —dijo Ronan.

—Pero ¿cuál prefiere? —volvió a preguntar Thrawn—. Supongo que el rango militar es esencialmente honorífico.

Un músculo de la mejilla de Ronan se tensó.

—Quizá sea honorífico, pero es necesario para mi trabajo. Le sorprendería la cantidad de soldados del ejército imperial que se resisten a tomarse en serio a un civil y las órdenes de un civil.

—No creo que me sorprendiera —dijo Thrawn. Señaló la ventanilla delantera—. Explíqueme eso.

Ronan torció los labios, con desdén.

—No es tan complejo —dijo. Faro pudo notar un matiz de condescendencia entre su arrogancia—. Llegan cargamentos de suministros de todos los sectores locales y son transferidos a los cargueros más grandes, que los llevan hasta Estrella. Así solo unos pocos pilotos cuidadosamente seleccionados y vigilados conocen el destino final.

—Eso está claro, sí —dijo Thrawn, cordialmente—. Me refería a los detalles.

—¿Qué detalles?

—Me gustaría saber a qué sistema y sector llega cada nave —dijo Thrawn—. Quiero una lista de sus capitanes y tripulaciones, manifiestos de carga y compañías que suministran los cargamentos.

—¿Y qué importa eso? —preguntó Ronan, con el ceño fruncido—. Viene a deshacerse de los grallocs.

—He venido a resolver un problema —le corrigió Thrawn—. Para hacerlo, necesito toda la información posible sobre ese problema.

—Es por seguridad —dijo Ronan—. Si fuera relevante para su cometido, quizá pudiera. Pero no lo es.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Thrawn—. ¿Quiere que le preguntemos su opinión al director Krennic? ¿O quizá deba solicitarle autorización al Emperador?

Ronan frunció los labios y se giró a mirar por la ventanilla. Se mantuvo en aquella postura un momento y lanzó un débil resoplido.

—En una de las naves debe de estar el capitán de puerto —dijo, de mala gana—. Le podría pedir esas listas.

—El primer teniente Lomar es nuestro oficial jefe de comunicaciones —dijo Thrawn, señalando hacia el puesto de comunicaciones del pozo de tripulantes—. Le puede ayudar a mandar ese mensaje. —Señaló la ventanilla—. Mientras, ¿eso es un gralloc?

Ronan lanzó un débil gruñido.

—Sí.

Faro se inclinó un poco hacia delante. Apenas visible entre las luces de todas aquellas naves, algo oscuro planeaba, revoloteaba o aleteaba, no se veía con claridad, próxima a una de las naves que maniobraba más cerca. Las alas de tipo murciélago, el cuerpo fino y una gran boca succionadora tentaculada evidenciaban que se trataba de un pariente de los mynocks.

Un pariente grande. Mientras los mynocks raramente superaban los dos metros, la criatura que volaba allí medía, como mínimo, cinco metros de largo, con una envergadura similar. Probablemente aquello bastaba para elevarlo de leve incordio a seria amenaza.

—Es bastante rápido —comentó ella—. No pensaba que los mynocks tuvieran tanta movilidad.

—Como dijo el director Krennic, son un problema —asintió Ronan—. ¿Se ha posado? Lo he perdido.

—Creo que se ha adherido a ese carguero VCX-200 —dijo Thrawn, señalando la nave que revoloteaba el gralloc—. ¿Teniente Pyrondi?

—¿Señor? —contestó la oficial jefa de armas.

—¿Qué le parece, teniente? —preguntó Thrawn—. Si quisiéramos cazar a esa criatura, ¿qué nos recomendaría?

—Los turboláseres serían lo más rápido —dijo Pyrondi—. Pero, con tantas naves alrededor, un disparo desviado podría causar graves daños secundarios.

—Y un disparo preciso nos dejaría muy poco para analizar —dijo Thrawn.

—Sí, señor, ese sería el otro inconveniente —coincidió Pyrondi—. Pero si usamos un cañón láser...

—¿Para qué quiere analizarlo? —les interrumpió Ronan—. Creía que Savit ya le había proporcionado toda la información de la gobernadora Haveland.

—Sí —le confirmó Thrawn—. Me parece útil recopilar mis propios datos.

Ronan fue a añadir algo, pareció pensárselo mejor y agitó una mano a modo de disculpa.

—Por supuesto. Continúe.

—Gracias —dijo Thrawn—. ¿Qué decía, teniente?

—Los cañones láser serían más seguros para las naves —dijo Pyrondi—. Pero tendríamos que acercarnos más para emplearlos. Los rayos tractores son otra opción y disponen de mayor alcance que los cañones láser, pero no estoy segura de que podamos precisar lo suficiente para fijarlo en algo tan pequeño, sobre todo algo que revolotea tanto.

—¿Y los cañones de iones? —preguntó Faro.

—Dudo que fueran efectivos, comodoro —dijo Pyrondi—. Teniendo en cuenta el entorno natural de los grallocs, es probable que sean altamente resistentes a todo tipo de descargas de iones.

—Parece que soportan bien el viento solar —dijo Thrawn—. Muy interesante, teniente. Pero para comprobar una teoría hay que llevarla a la práctica. Empezaremos con los cañones de iones y veamos qué sucede.

Lo que sucedió fue, básicamente, nada.

El primer problema fue colocar el *Quimera* en posición para disparar a un gralloc. Después, como vio Faro al acercarse, tenían infinidad de blancos para elegir; centenares de criaturas gris oscuro volando de aquí para allá en busca de cables de energía o baterías de sensores mal protegidas, o ya pegados y alimentándose de ellos. Por otra parte, como Pyrondi había supuesto, se movían tan erráticamente que apuntarles resultaba prácticamente imposible. Tras cerca de una hora intentando colocarse en rango de tiro, Thrawn ordenó a Pyrondi que buscara uno adherido a un carguero y le disparase.

Fue un esfuerzo inútil. Como también había previsto Pyrondi, el gralloc salió volando tras recibir el impacto de la descarga de iones, sin daños aparentes. El carguero no tuvo tanta suerte y su capitán, cuando por fin logró reactivar su sistema de comunicaciones, amenazó con avisar a todo el mundo, desde Krennic a Tarkin o el mismísimo Emperador, para que el estúpido comandante del Destructor Estelar fuera sancionado por aquel acto.

Thrawn no pareció inmutarse ante sus quejas. Ronan sí. Y a Faro le fascinó ver el juego de expresiones que pasaron por su cara. En un momento dado pensó que iba a dirigirse al puesto de comunicaciones para llamar personalmente a Krennic.

Por suerte para él, decidió mantenerse al margen.

Aunque seguramente lo lamentó cuando Thrawn ordenó atacar a otros tres grallocs posados sobre cargueros.

—Interesante —comentó serenamente el gran almirante, cuando terminó la última perorata enfurecida proveniente de aquellos cargueros—. Comodoro, ¿ha visto los vectores de los grallocs al huir de las descargas de iones?

Faro frunció el ceño, rebuscando en su memoria. Por lo que había podido ver, los grallocs simplemente se despegaban de los cascos y se alejaban volando para ponerse a salvo. Era evidente que Thrawn había visto algo más.

—No, señor, en realidad no —reconoció—. Cuando los ataques fallaron, me concentré en evaluar los potenciales daños causados en las naves.

—Comandante Hammerly, pase las grabaciones de los sensores a la pantalla —ordenó Thrawn—. Veámoslo otra vez.

Faro miró detenidamente las imágenes. Al tercer ataque le pareció detectar un patrón. En el cuarto lo tenía claro.

—Los grallocs siguen la trayectoria de rebote de la descarga de iones —dijo.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Comandante, vuelva a reproducir esas grabaciones. Comodoro, ¿alguna conjetura?

Faro miró la pantalla con el ceño fruncido, mientras Hammerly volvía a reproducir las imágenes.

—No sé, señor —reconoció—. Quizá la descarga los encandile, como algunos insectos siguen las varas de luz encendidas, creyendo que son lunas planetarias. También puede que se alimenten de los propios iones.

—¿Director adjunto? —invitó Thrawn, volviéndose hacia Ronan—. ¿Qué le parece?

—Me parece que esto es problema suyo, no mío —dijo Ronan, con acritud—. Y que pierde el tiempo. —Se detuvo y, de nuevo, Faro tuvo la impresión de que se estaba obligando a corregir su actitud—. Pero es su misión. Y su tiempo —prosiguió, en tono más sosegado—. Si lo quiere dedicar a acumular más conocimiento para el Imperio, en lugar de acabar con esas cosas, allá usted.

—Agradezco su indulgencia —dijo Thrawn—. Teniente Pyrondi, encárguese de que su equipo encuentre una solución para el problema de apuntar con nuestros cañones láser. El director adjunto Ronan está deseando ver lo que nos cuesta acabar con uno.

El impacto de una descarga de cañón de iones sobre un carguero lo dejaba fuera de circulación entre unos minutos y dos horas, aunque raramente ocasionaba daños permanentes. Con los cañones láser era muy distinto. Como consecuencia, los parámetros impuestos por Thrawn a los artilleros del *Quimera* limitaban muy seriamente dónde podían disparar, además de la rapidez y el nivel de potencia al que debían hacerlo.

Los resultados fueron aún más inútiles que las pruebas con iones. En dos horas, el *Quimera* solo había podido encontrar tres grallocs lo bastante apartados de una nave para dispararles, y sus patrones erráticos de vuelo provocaron que los tres disparos fueran fallidos.

—¿Probamos con los turboláseres? —preguntó Ronan, con aire de tensa paciencia, cuando el último graloc desapareció de su vista y alcance tras un carguero YT-2400—. Si amplía el rango de disparo, quizá logre chamuscarle un ala.

—¡Almirante! —gritó Hammerly—. Carguero Allandar N3 virando hacia dos cuarenta y siete por treinta y tres... maniobra errática, hiperimpulsor acelerando. Veo entre cuatro y seis gralocs adheridos a su casco.

—Han averiado sus cables de energía y control —dijo Ronan—. Si realiza el salto ahora...

—Cañones de iones —espetó Thrawn—. Apunten y disparen al Allandar N3.

Pero era demasiado tarde. Cuando el *Quimera* lanzó una andanada de descargas de iones contra la maltrecha nave, vieron un destello de pseudomoción y el Allandar desapareció en el hiperespacio.

Ronan maldijo entre dientes.

—Otra nave perdida. Probablemente, sin haber descargado su cargamento.

Faro entornó los ojos.

—¿Su cargamento? —preguntó, volviéndose a mirar a Ronan—. ¿Eso es lo único que le importa? ¿El cargamento?

—Y la tripulación, por supuesto —dijo Ronan, con tensión y mirándola mal—. No soy un monstruo.

—No, por supuesto que no —dijo Faro, conteniendo su tono para no bordear la insubordinación.

—¿Cuántas naves han perdido así? —preguntó Thrawn.

—No lo sé —dijo Ronan, desviando su mirada airada hacia Thrawn—. Demasiadas. ¿Qué más da?

—¿Y siempre desaparecen?

—¿Qué pregunta es esa? —dijo Ronan—. Claro que desaparecen. Los malditos gralocs devoran los cables de energía y control hasta que el hipermotor falla y las deja varadas en el espacio interestelar.

—Parece contraproducente para los gralocs —comentó Thrawn—. Atacan parte de una nave que acaba dejándolos perdidos, tanto a ellos como a su fuente de alimento.

—Por si no lo ha notado, los gralocs no son una especie inteligente.

—Quizá no —dijo Thrawn—. ¿Ha sugerido que usemos fuego de turboláser?

—¿Cómo...? —Ronan arrugó la nariz y Faro sintió un destello de malicioso regocijo. Thrawn tenía gran habilidad para retomar el hilo de conversaciones interrumpidas, generando a menudo confusión—. Ah. No, solo era un comentario jocoso.

—Ah —dijo Thrawn—. Pero tiene razón. Es momento de probar otra estrategia. —Elevó la voz—. ¿Capitán Dobbs? ¿Lo ha observado todo?

—Sí, señor —sonó la voz del piloto del Defensor TIE por los altavoces del puente.

Faro frunció el ceño. No había oído en qué momento Thrawn había añadido a Dobbs a la conversación.

—¿Y qué opina? —preguntó Thrawn.

—Será complicado, señor —dijo Dobbs—. Son bastante rápidos y mucho más ágiles que ningún caza estelar que conozca. Pero creo que podré cazarle uno.

—Muy bien, capitán —dijo Thrawn—. Despegue cuando esté listo. Buscaremos un blanco.

—Sí, señor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Ronan—. ¿Quién es el capitán Dobbs?

—El capitán Benji Dobbs es el actual comandante de mi escuadrón de Defensores TIE —dijo Thrawn.

Faro se estremeció. El actual comandante, sustituto del capitán Vult Skerris, cuya arrogancia nata le había llevado a morir en la reciente batalla de cazas estelares sobre Lothal.

Por desgracia, la arrogancia de Skerris iba acompañada de unas soberbias habilidades de combate. Ni Dobbs ni ninguno de los otros pilotos de Defensores se aproximaban siquiera a su nivel.

Y eso podía suponer un problema. Cuando Thrawn resolviera la cuestión de los grallocs y se alejase de la ridícula lucha de Tarkin y Krennic, el *Quimera*, casi con total seguridad, regresaría al combate.

Faro solo esperaba que Dobbs y sus pilotos estuvieran a la altura de lo que fuera que encontrasen.

Ronan había visto una o dos exhibiciones de los Defensores TIE que tanto apreciaba Thrawn. No le habían impresionado.

Aún menos le impresionaron ahora.

El piloto, Dobbs, era bastante competente, surcando aquella masa de naves a la deriva como una especie de gralloc gigante, pero con las características tres alas de los Defensores, no las dos de los grallocs. El oficial de sensores de Thrawn le había proporcionado las coordenadas y se había puesto manos a la obra, persiguiendo su presa con gran concentración y casi siniestra determinación.

Pero la concentración y la determinación eran poco consuelo ante el fracaso. Tras dos horas intentándolo, Dobbs seguía tan lejos del objetivo como cuando había despegado.

Mientras, el gran almirante parecía haber perdido todo interés por aquello. Había ido de aquí para allá durante los primeros diez minutos, departiendo con la comodoro Faro en uno de los pozos de tripulantes y dejando a Ronan solo, contemplando aquel ejercicio inútil.

Altos comandantes navales. Inútiles con uniforme, del primero al último.

Ronan respiró hondo. Todo le decía que aquella operación era inútil, desde la fascinación de Thrawn por detalles insignificantes sobre los grallocs hasta sus esfuerzos vanos con los cañones de iones o la incapacidad del piloto del Defensor para atrapar a su

presa. El director Krennic exigía eficacia a su equipo y Ronan había pasado años perfeccionando sus habilidades para optimizarla.

Pero ese no era su cometido a bordo del *Quimera*. Sí, quería que Thrawn resolviera el problema de los grallocs, pero no de la manera más rápida y eficaz posible. Cuánto más alargase los preliminares el gran almirante, más posibilidades había de que se le terminase el plazo impuesto por el director Krennic.

Y aquellos fondos que tanto necesitaban los Defensores volverían donde debían, al proyecto Estrella.

—¿Qué opina, director adjunto?

Ronan se estremeció. Con la mirada fija en Dobbs y sus pensamientos centrados en la incompetencia que rodeaba a Estrella por todas partes, no había notado que Thrawn se le acercaba por detrás.

—Como le dije hace dos horas, esto es una pérdida de tiempo. Ni siquiera su querido Defensor puede atraparlos.

—Coincido con usted —dijo Thrawn—. Pero eso pasa porque los grallocs los quieren esquivar.

Ronan resopló.

—Por supuesto que quieren esquivarlos. Los ven como una amenaza.

—Esa es la clave —dijo Thrawn—. ¿Comodoro?

—El teniente Fentaugh confirma que está listo, almirante —gritó Faro, desde el pozo de tripulantes.

—Que despegue.

Ronan frunció el ceño. ¿Despegue? Se volvió hacia la ventanilla delantera.

Al cabo de unos segundos, otro Defensor TIE apareció ante su vista salido del muelle ventral del *Quimera*. Rebasó al Destructor Estelar por la proa y voló hacia un grupo de naves.

—¿Qué pretende? —preguntó Ronan—. ¿Intenta acorralar a un gralloc? Porque le garantizo que perseguirlos con dos naves no será más fácil que con una.

—Yo pienso lo mismo —dijo Thrawn—. Pero el Defensor del teniente Fentaugh no va a perseguirlos.

—¿Y qué va a hacer?

Por el rabillo del ojo, Ronan vio que Thrawn esbozaba una leve sonrisa.

—De cebo.

En la pantalla táctica apareció la imagen de un Defensor TIE.

Ronan se inclinó hacia la pantalla. El caza parecía completamente normal... excepto porque de una de las alas brotaba ahora un brillante bucle de corriente a alto voltaje.

—He mandado instalar una desviación para enviar la corriente del cañón láser número seis hacia un cable lazo externo —continuó Thrawn—. Veamos si eso despierta algún interés.

Aquella corriente reluciente generó interés, sin duda. El Defensor de Fentaugh apenas había llegado hasta el carguero más próximo cuando tres grallocs se apartaron de las naves a las que estaban adheridos para volar a gran velocidad hacia él.

—Son más rápidos de lo que pensaba —susurró Faro.

—Sin duda —dijo Thrawn—. Será interesante descubrir cómo alcanzan semejante velocidad. Capitán Dobbs, creo que su presa le está esperando.

—Estoy en ello, señor —dijo Dobbs, enérgicamente—. ¿Lo prefiere vivo o muerto?

—Para empezar, muerto —dijo Thrawn—. Si es necesario, podemos volver y cazar uno vivo. Le sugiero el tercer gralloc de los que ahora rodean al teniente Fentaugh. ¿Lo ve?

—¿El más rezagado? Sí, señor.

—Por su relativa falta de interés supongo que debe de haberse alimentado recientemente —dijo Thrawn—. Cácelo.

—Sí, señor. Fentaugh, ascienda veinte grados arriba-izquierda y mantenga el vector.

—A la orden.

Ronan debía admitir que fue una de las maniobras más nítidas y precisas que había visto nunca. Mientras el caza de Fentaugh mantenía su rumbo firme, Dobbs llegó por detrás hasta el grupo y se aproximó al *gralloc* señalado por Thrawn. Una descarga rápida y concentrada de fuego láser y el aleteo del gralloc se convirtió en una especie de lenta batida refleja, hasta que quedó completamente inmóvil.

Aún quedaba, por supuesto, la cuestión de cómo llevar el cadáver hasta el *Quimera*. Ronan esperaba que Thrawn enviase una lanzadera, pero Dobbs ya estaba en ello. Se acercó al gralloc muerto, colocó el cuerpo entre las puntas de sus alas inclinadas y dio un giro rápido con su caza, lanzando al gralloc hacia delante hasta que quedó firmemente encajado entre las puntas de las alas. Después, con Fentaugh volando al lado, hizo un giro suave y volvió a casa.

—Excelente —dijo Thrawn—. Comodoro, vaya al centro médico y asegúrese de que la sala y los droides de análisis están preparados para recibir el espécimen.

—Sí, señor. —Faro subió las escaleras del pozo de tripulación y fue hacia el puente trasero y el turboascensor.

—¿Tiene droides capaces de diseccionar cadáveres? —preguntó Ronan.

—Más o menos —dijo Thrawn—. Las naves de guerra imperiales no disponen de exobiólogos a bordo, a no ser que la misión prevea su necesidad. Sin embargo, la biblioteca del *Quimera* incluye un paquete de software de exobiología. Reprogramamos a dos de nuestros droides médicos 2-1B, con eso debería bastar.

—No sabía que la marina fuera tan meticulosa.

—No suele serlo —coincidió Thrawn—. Yo prefiero estar preparado para tantas contingencias como sea posible.

Ronan asintió para sí. En otras palabras, Thrawn había detectado un resquicio en los recursos que le ofrecía la marina y se había ocupado personalmente de contrarrestarlo.

De nuevo, su opinión sobre aquel hombre mejoró un grado. A su pesar.

—Venga —dijo Thrawn, señalando la parte trasera del puente—. Veamos qué podemos descubrir de los enemigos del director Krennic.

CAPÍTULO III

La mayoría de moffs y gobernadores que el gran almirante Savit había tratado en su vida preferían usar holoproyectores para comunicarse con demás civiles de alto rango y líderes militares. Probablemente se debía en parte a la resolución ligeramente inferior de las holos, que hacía que sus expresiones y los pensamientos tras ellas resultasen más difíciles de interpretar para sus adversarios, reales o potenciales.

Pero, en su fuero interno, Savit sospechaba que la mayoría lo hacía porque el Emperador prácticamente siempre usaba holoproyectores y para moffs como Haveland la imitación era el más cínico de los elogios.

De todas formas, al menos ese día, la primera parte de este razonamiento había fallado. Las expresiones de la vacilante holoproyección de Haveland eran bastante evidentes y de las más irritadas y frustradas que Savit había visto nunca.

—Me acabo de enterar —le espetó la moff— que otro de mis cargueros ha sido atrapado y destruido por los condenados grallocs.

—Eso he oído yo también —confirmó Savit—. El *Quimera* informa que el carguero AL6-KM44 saltó prematuramente al hiperespacio por culpa del ataque de unos grallocs y que probablemente ha quedado extraviado. Era un carguero ligero Allanan N3...

—Ya sé qué tipo de nave era —le cortó ásperamente Haveland—. Creía haber entendido que el tipo de piel azul, Thrawn, iba a solucionar el problema.

—El *gran almirante* Thrawn apenas se ha puesto manos a la obra —dijo Savit, con toda la autoridad que le daban su rango y experiencia. Más allá de lo que pensase de Thrawn como persona, era un gran almirante como él y no podía permitir que una civil lo insultase alegremente, por importante que se creyera Haveland—. Tengo entendido que ha matado a un gralloc y lo está analizando.

—¿Un gralloc? ¿Y qué pretende, acabar con ellos uno por uno?

—No sé qué pretende —dijo Savit—. Solo permítame recordarle que padece este problema desde hace años y no ha logrado el menor progreso al respecto. Se supone que a Thrawn se le dan bien estas cosas. Le sugiero que se relaje y le dé una oportunidad.

—¿Eso me sugiere? —gruñó Haveland—. Bueno, déjeme decirle algo sobre su apreciado héroe. Por lo que yo he oído, gran parte de su supuesto éxito se debe a un hombre, al que mantenía siempre a su sombra. Alguien que pasaba desapercibido, que no se llevaba ningún mérito y que jamás recibió un ascenso.

—¿En serio? —dijo Savit—. ¿Eso ha oído?

—Sí —dijo Haveland, sombríamente—. Es más, cuando ese asesor secreto fue tan conocido en el Alto Mando que el fraude estuvo a punto de desvelarse, ese asesor desapareció, de forma muy oportuna y definitiva. A día de hoy, Thrawn sigue negándose a explicarle a nadie qué pasó con él.

—Qué intrigante —dijo Savit—. Supongo que no sabrá el nombre de ese genio desconocido.

Un matiz de incerteza se añadió a la indignación de Haveland.

—Hay varias posibilidades —dijo—. Comandante Alíren Chenó, comandante Eli Vanto, almirante Plor Wiskowis...

—Ahí tiene la respuesta —dijo Savit—. Que corran varios nombres y detalles tan diversos es lo que identifica a los rumores infundados.

—Los rumores infundados no son más que hechos no confirmados aún.

—O meras pompas de jabón que flotan hasta que explotan —dijo Savit—. Le sugiero que dedique menos tiempo a los cotilleos y más a concentrarse en la manera de proteger sus naves de los grallocs y otros peligros.

—Y yo le sugiero que dedique menos tiempo a sermonear a sus superiores y más a encontrar la manera de librarnos de esos bichos —respondió Haveland.

—Eso no está en mis manos —dijo Savit—. Los dos tendremos que confiar en que Tarkin y Krennic acertaran al mandar a Thrawn. Buenos días, gobernadora Haveland.

Es posible que Haveland tuviera algo más que decir. Savit desactivó el holoprojector antes de que pudiera hacerlo.

Durante un buen rato se quedó mirando el espacio donde había flotado la imagen de Haveland hasta poco antes. Teóricamente, por supuesto, aún podía viajar hasta el punto de transbordo y ofrecer su ayuda al *Quimera*, o cómo mínimo observar los progresos de Thrawn. Posiblemente, ese tipo de trabajo cooperativo fuera justo lo que Tarkin le había insinuado al sugerirle que apoyase a Thrawn.

Pero era el motor de todo aquello era puro politiquero y ambos bandos estarían observando cómo se desarrollaba todo con la imperturbable atención de un depredador hambriento. Savit debía elegir el momento correcto para hacer su maniobra, e incluso entonces necesitaba ser lo más discreta posible. Hasta entonces, no tenía ningún inconveniente en que Thrawn fuese el blanco del acaloramiento de tantos adversarios como pudiera llegar a generarse.

De todas formas...

Savit frunció el ceño. Había oído los mismos rumores que Haveland. Aunque, a diferencia de ella, se había tomado la molestia de investigar todos los nombres que las distintas historias señalaban como supuestos genios escondidos de Thrawn. Todos los potenciales sujetos seguían vivos y localizados, ya fuera en servicio militar o retirados en circunstancias perfectamente razonables.

Todos excepto uno. Y esa anomalía le generaba una inquietud profunda.

¿Dónde estaba el comandante Eli Vanto, a fin de cuentas?

El teniente Eli Vanto pensaba que todo había empezado bastante bien, mientras repasaba otra lista de datos con la delicada caligrafía chiss. Thrawn le había explicado que la

Ascendencia Chiss necesitaba imperiosamente alguien con sus talentos y habilidades y lo había organizado todo para que Eli fuera retirado discretamente de su servicio a bordo del *Quimera*. Eli había aceptado su nuevo destino y había abandonado el espacio imperial, volando al punto de encuentro al que lo había mandado Thrawn, con grandes esperanzas, mucha expectación y el excitante hormigueo del encuentro con lo desconocido.

«Soy la almirante Ar'alani de la Flota de Defensa Chiss», le había dicho la mujer de piel azul, desde el puente de su nave. «¿Es usted?».

«Soy yo», le había confirmado Eli, asegurándose de usar aquel tono confiado y respetuoso que tan buen resultado le había dado en sus años en la flota imperial. «Soy Eli Vanto. Le traigo saludos de parte de Mitth'raw'nuruodo. Él piensa que puedo ser útil a la Ascendencia Chiss».

«Bienvenido, Eli Vanto» le había contestado ella. «Veamos si tiene razón».

De eso había pasado ya más de un año. Al recordarlo, Eli pensó, con un punto de amargura, que debería haber notado en su tono y las palabras neutras que había elegido, que Ar'alani no estaba nada impresionada.

Lo primero que vivió a bordo de la *Imperturbable* fue su degradación de comandante imperial a teniente de la Flota de Defensa Chiss. Tampoco fue ninguna sorpresa, los ejércitos no tienen sistemas de rango completamente análogos. Lo segundo fue empezar un curso intensivo de cheunh, el principal idioma chiss. Tampoco le sorprendió. Aunque muchos a bordo de la nave hablaban el idioma comercial sy bisti, que Eli dominaba, no tenía sentido esperar que toda la tripulación se doblegase a las necesidades de uno solo de sus miembros. Sobre todo uno recién llegado y extranjero.

Pero Eli había confiado en todo momento en que lo dirigirían por la senda de los puestos de mando. En realidad, lo habían enviado allí abajo, al departamento de análisis, donde debía repasar datos, encontrar patrones repetidos y hacer predicciones.

Y se le daba muy bien. Incluso Thrawn, con todo su ingenio táctico y estratégico, había reconocido la superioridad de Eli en aquellas cuestiones y había explotado al máximo su talento. Volviendo la vista atrás, no le sorprendía en absoluto que se lo hubiera explicado a Ar'alani.

El problema para Eli, por lo que veía, era que ninguno de los datos que le mandaban analizar tenía ningún sentido.

No había listados de movimientos de naves, manifiestos de carga o contrabando. No había relaciones de personal, tropas u operaciones extrañas. Ni siquiera había nada interno de la *Imperturbable*, ni patrones de uso de energía o del flujo de datos, ni nada diseñado para detectar fallos en el funcionamiento de la nave o predecir fallos inminentes de los sistemas.

Sinceramente, todo parecía mero papeleo. Y Eli siempre había detestado el papeleo.

Aun así, Ar'alani le parecía alguien muy sutil. Quizá estaba poniendo a prueba su paciencia o su predisposición a obedecer sin reparos órdenes aparentemente absurdas. De hecho, ya había pasado por todo eso con Thrawn.

De hecho, no todo había sido tan rutinario. Habían tenido una escaramuza muy desagradable con los grysk y sus aliados, cerca de la frontera imperial de las Regiones Desconocidas, durante dos días que habían sido muy interesantes. Cuando la excitación amainó, esperaba que todo fuese un poco más rápido.

Pero, para su decepción, no fue así. De hecho, todo parecía haberse ralentizado.

Lo que no significaba que la *Imperturbable* estuviera fuera de peligro. Al contrario, en aquellos momentos estaba en mayor peligro que nunca.

El intercomunicador de su puesto emitió un graznido en tres tonos.

—Teniente Ivant, preséntese inmediatamente en el puente —dijo la voz del primer oficial Khresh por el altavoz.

—Recibido —respondió Eli, poniendo los ojos en blanco. La mayoría de los nombres chiss estaban compuestos por múltiples sílabas en tres partes diferenciadas: la primera identificaba a la familia, la segunda era el nombre y la tercera reflejaba algún factor de tipo social que Eli aún no había comprendido. Como emplear nombres polisílabos a todas horas entorpecía seriamente cualquier diálogo y la transmisión de órdenes militares, allí lo habitual era usar los nombres nucleares para todo, excepto en las situaciones más formales.

Aunque había algunas excepciones a esa norma. La almirante Ar'alani, por ejemplo, tenía un nombre de solo dos partes, sin nombre nuclear. Las navegantes de la nave, las jóvenes chiss dotadas de Tercera Visión que usaban aquel don para guiar la *Imperturbable* por el hiperespacio, seguían el mismo patrón. Eli tampoco había descubierto por qué su nombre era del mismo tipo que el de los altos oficiales de navío.

Al principio, Ar'alani había explicado a sus oficiales y tripulación que Eli era otra excepción a la regla, que debían dirigirse a él como teniente Vanto o teniente Eli'van'to. Pero al parecer prácticamente nadie lo había entendido. Algunos habían tomado la conversión de Eli Vanto que había hecho Ar'alani por un nombre tripartito estándar chiss, generando su consiguiente nombre nuclear. Y ese nombre había calado.

Eli se había preguntado en algún momento si era un insulto sutil, hacia él o hacia la almirante que había metido a aquel extranjero a bordo. Pero Ar'alani no se había molestado por el incumplimiento de su orden, al menos públicamente, y finalmente Eli había decidido tomárselo como una muestra de que lo aceptaban como a uno más.

Y podía haber sido peor. Si hubiera cometido la imprudencia de decirles que la inicial de su segundo nombre era la «N» podría haber terminado convirtiéndose en *bivant*, que le recordaba demasiado a *Infante* para haberse sentido cómodo.

Estaba a medio camino del puente, pasando junto a puertas de color verde y azul, cuando se abrió automáticamente la puerta de doble ribete rojo de la sala de preparación de navegantes, una docena de metros más adelante. Una de las navegantes salió al pasillo y fue hacia el puente.

Normalmente, viendo la nuca de una navegante Eli no habría tenido la menor idea de quién podía ser. Todas las navegantes de la *Imperturbable* eran chicas, casi todas de entre siete y catorce años, la etapa en que su Tercera Visión era más potente. Solían ser muy

reservadas y en todo el tiempo que llevaba a bordo solo había conocido personalmente a tres de las cinco.

Vah'nya era la excepción a la norma. Tenía veintidós años y, a diferencia de las niñas que trabajaban con ella, se mezclaba con el resto de los adultos de la nave con absoluta comodidad.

Eli había hablado varias veces con ella y su compañía le resultaba muy agradable.

—Navegadora Vah'nya —la llamó.

Ella se volvió hacia él, esbozando una leve sonrisa al descubrir quién era.

—Hola, teniente Eli —dijo—. ¿Qué te trae por esta parte de la nave?

—Tengo órdenes de presentarme en el puente —dijo, mirándola con atención. No solo era buena compañía, también resultaba muy intrigante. Aunque su Tercera Visión disminuía lentamente, como les sucedía a todas las navegantes, aún a sus veintidós años tenía mayor talento que todas excepto una o dos de las niñas más pequeñas.

Eli había investigado un poco al respecto y, por lo que había visto, nadie sabía a qué se debía que su habilidad durase tanto tiempo. De hecho, todo el sistema de navegación chiss era un secreto profundo y oscuro, por lo que no le sorprendió que tampoco se hubiera estudiado demasiado.

Además de todas aquellas interesantes cualidades, Vah'nya era la única persona a bordo a quien había logrado convencer de que lo llamase por su verdadero nombre. Solo eso era motivo más que suficiente para tenerla en muy alta consideración.

—Ah —dijo ella—. ¿No venías a verme a mí?

—No, claro —dijo Eli, notando que se ruborizaba. No estaba muy seguro de qué decía el protocolo sobre la confraternización entre oficiales y tripulantes, pero no tenía la menor intención de descubrirlo por las malas.

—Qué lástima —dijo Vah'nya, en un tono que podía ser de leve sarcasmo o completa sinceridad—. ¿El primer comandante Velbb dijo de qué se trataba? —añadió ella, mientras los dos seguían caminando.

—De hecho, no fue el comandante Velbb —le dijo Eli—. La orden provenía del primer capitán Khresh.

—¿En serio? —dijo ella, frunciendo el ceño—. Qué raro.

—Ya. —Eli la señaló—. ¿Y tú? ¿Tienes guardia?

—Sí —dijo ella—. Pero no creo que me necesiten.

Eli arrugó la nariz. Vah'nya tenía razón. Apenas tres horas después de que la *Imperturbable* llegase a aquel sistema, Ar'alani había ordenado un apagón completo de la nave, un peldaño por debajo del modo de ocultación oscura, cortando todo uso y emisión de energía innecesarios, incluidos los sensores activos. Ar'alani había dado un último empujón de propulsor a la nave y desde entonces habían vagado a la deriva, a oscuras y en silencio, en el amplio cinturón de asteroides que había a trescientos kilómetros del sol del sistema.

De aquello ya hacía casi una semana. Eli había revisado la posición de la nave y estudiado los informes de los sensores pasivos, pero seguía sin tener la menor idea de qué

hacían allí. Su suposición más sólida era que aún seguían a la nave que venían persiguiendo desde que habían salido de las Regiones Desconocidas y que Ar'alani tenía miedo de asustarla y ahuyentarla.

Y hacía bien. Estaban muy lejos del espacio chiss y las amenazas desconocidas que allí podían acecharlos. El sistema en el que se encontraban estaba situado de pleno en territorio del Imperio Galáctico.

Y las amenazas allí no le eran nada desconocidas.

—Aunque si te ha pasado algo inusual a ti, también podría pasarme a mí —continuó Vah'nya—. Por cierto, tengo entendido que has decepcionado al primer comandante Cinsar.

—¿Cómo? —preguntó Eli, preparándose para lo peor. Cinsar había sido el encargado de guiar al recién llegado durante el proceso de adaptación a la *Imperturbable*, sus protocolos y su tripulación. Desde el principio, había quedado claro que la tarea no le entusiasmaba, pero siempre había tratado a Eli con un respeto distante.

—Me han contado que tu gramática y pronunciación del cheunh ya no son lo suficientemente graciosas para compartirlas con sus colegas oficiales —dijo Vah'nya, mirando al fondo del pasillo con una expresión absolutamente seria—. Y tus conocimientos de los procedimientos tampoco sirven como fuente de chascarrillos.

—Lamento lo que se pierde —dijo Eli, mirándola fijamente—. ¿Y cómo estás enterada tú, una simple navegante, de los asuntos de los oficiales?

—Por favor —protestó ella, con una sonrisa maliciosa asomando finalmente entre su calma cuidadosamente ensayada—. Puedo ser una simple navegante, pero sé moverme por la nave. Al fin y al cabo, llevo mucho tiempo a bordo. También debería añadir que el comandante Cinsar cree que la rapidez de tus progresos es consecuencia de sus competentes enseñanzas.

—Y no pienso discutirsele ni por un instante —dijo Eli—. Ha sido un profesor excelente y asombrosamente paciente. Le debo mucho. —Frunció los labios—. Os debo mucho a todos.

—Estoy convencida de que terminarás saldando tu deuda con la Ascendencia sobradamente —le aseguró Vah'nya—. Mientras, será interesante ver para qué te han llamado.

—Sí —dijo Eli, mirando el ribete rojo de la puerta del puente, frente a ellos—. Sin duda.

El puente de la *Imperturbable* era más pequeño que el de la *Quimera*, con una sola cubierta, en vez de la estructura con pasarela y pozos de tripulantes común en las naves capital imperiales. La silla de mando de la almirante Ar'alani estaba en el centro del doble anillo de consolas, aunque en ese momento ella estaba al otro lado de la sala, junto al puesto de monitores de sensores, con su uniforme blanco destacando entre el atuendo negro del resto de oficiales y tripulación. Ar'alani miró por encima de su hombro cuando la puerta se abrió, cruzó su mirada con la de Eli y le hizo un gesto para que se acercase.

—Buena suerte —le dijo Vah'nya, en voz baja, tocando su hombro con las yemas de los dedos mientras iba hacia el puesto combinado de timón y navegación.

Eli cruzó entre las apiñadas consolas y llegó hasta Ar'alani.

—Teniente Eli'van'to —le saludó ella, señalándole la silla de la que el primer oficial de sensores Tanik se acababa de levantar, para quedarse de pie al lado—. Siéntese. Dígame qué ve aquí.

—Sí, almirante —dijo Eli, sentándose. Tanik apretó un botón y el monitor se iluminó con una vista de un cúmulo de asteroides unos grados a estribor de la proa de la *Imperturbable*.

La escena se mantuvo así por unos segundos, con solo el cronómetro demostrando que la grabación no se había detenido. Eli se inclinó un poco, expectante...

Y entonces un puntito parpadeó ante su vista. Dos segundos después se produjo un leve destello doble en otro punto cercano, iluminando fugazmente el puntito. Este pareció moverse, posiblemente para rotar, y otro destello doble iluminó la escena. El destello se disipó, el punto pareció oscurecerse ligeramente y la imagen regresó al estado original.

—Esto se observó aproximadamente hace treinta minutos —dijo Ar'alani, a su lado, mientras la reproducción se repetía—. No ha pasado nada más.

Eli asintió. Nada que ellos pudieran haber visto, en todo caso. Con los sensores activos apagados, la *Imperturbable* estaba volando medio a ciegas.

—El objeto entrante probablemente es una nave —dijo—. Seguramente civil, a lo mejor un yate privado, más posiblemente aún un carguero.

—¿Por qué? —preguntó Ar'alani.

—No había rastro de deflectores —dijo Eli—. El primer disparo pudo pillarlos desprevenidos, pero pasó tiempo suficiente entre esa ráfaga y la segunda para que la nave los hubiera activado. Supongo que fueron disparos, ¿verdad?

—¿Subcomandante Tanik? —invitó Ar'alani.

—El análisis inicial es este —dijo Tanik, tocando un botón para abrir una hoja de datos en otro monitor—. El perfil encaja perfectamente con el de las armas de energía.

—Mi pregunta, teniente —dijo Ar'alani—, es si encaja con el perfil de un arma imperial.

Eli se fijó en el monitor, repasando los números y ajustándolos mentalmente a los patrones conocidos, sin olvidar que Ar'alani priorizaba la eficacia a la rapidez. Se tomó su tiempo para analizar los números, esperó a estar seguro y negó con la cabeza.

—No creo que sea nada empleado por el Imperio. Sin embargo, comparte algunas características con las armas grysk.

Por el rabillo del ojo, vio que Ar'alani y Tanik se miraban. Al parecer, ya lo habían sospechado.

—¿Era un arma grysk? —preguntó Ar'alani.

—No creo —dijo Eli—. Como mínimo, no como las que han usado contra nosotros. Pero puedo ver esa arma como de una o dos generaciones anteriores. El espectro de

penetración en el blindaje no es tan concentrado o refinado como las que hemos visto, lo que la hace menos eficaz.

—Dice que el objetivo podía ser una embarcación civil o un carguero —dijo Ar'alani—. No ha mencionado la posibilidad más evidente, una nave minera de asteroides.

Eli frunció el ceño. Ahora que lo decía, ¿por qué no lo había mencionado? Volvió a concentrarse en la grabación, vio la nave que se acercaba y era atacada.

—No es una minera —dijo—. Para empezar, intentó escapar. Una nave minera normal seguramente habría perdido sus sistemas de propulsión y dirección tras el primer doble disparo.

—Siempre que el atacante no fuera muy torpe —dijo Tanik.

—No lo creo —dijo Eli—. La velocidad de su ataque demuestra que esperaba a la nave y que estaba preparado para disparar. Y eso también es importante, una minera no habría salido del hiperespacio en medio de un cúmulo de asteroides. Demasiado riesgo de choque. El procedimiento normal es acceder por encima o por debajo de la eclíptica.

—Pero esta fue directamente al cúmulo de asteroides —dijo Ar'alani—. Y terminó de lleno en el punto de mira del atacante.

Eli asintió.

—Todo eso sugiere firmemente que la nave no salió del hiperespacio en ese punto por voluntad propia. Como mínimo, no por voluntad de su capitán.

—Una sombra de masa —murmuró Tanik.

—Sí —dijo Eli, estremeciéndose. El Imperio poseía esa tecnología, instalada en enormes Destruidores Estelares de clase Interdictor; proyectores que permitían que un comandante imperial impidiese la huida de una nave enemiga o sacase por la fuerza del hiperespacio alguna nave pasajera, trayéndola de nuevo al espacio real.

Pero no había nada del tamaño de un Interdictor acechando por allí. Incluso desde donde estaban, la *Imperturbable* lo habría visto sin problemas. Si el atacante había empleado tecnología de sombras de masa, era muchísimo más compacta que nada que el Imperio poseyera.

O estaba diseñada para cubrir solo una zona limitada. Como si el atacante hubiera sabido el vector exacto por el que llegaría su presa.

Allí fuera pasaba algo. Algo malo... y la *Imperturbable* estaba demasiado lejos para hacer nada al respecto.

A no ser que Ar'alani decidiera poner fin a su ocultación e intervenir. Pero se necesitaba algo más que un carguero maltrecho para que hiciera algo así.

—Gracias, teniente Eli'van'to —dijo la almirante, en tono sereno y pensativo—. Vuelva a su puesto. El subcomandante Tanik le enviará todo lo que tenemos sobre el incidente, tanto los datos en bruto como los análisis iniciales del departamento táctico. Espero que descubra elementos que a los demás se les hayan pasado por alto...

Eli se sintió levemente orgulloso. Quizá era más útil para Ar'alani y los chiss de lo que pensaba.

—Aunque solo sea porque está más familiarizado con el Imperio y su tecnología —concluyó Ar'alani.

Su orgullo se disipó.

—Sí, almirante —dijo.

Esperaba que Vah'nya le mirase cuando se marchó del puente, estaba demasiado lejos para despedirse, pero podrían intercambiar al menos un leve gesto con la cabeza. Ella estaba ocupada hablando con el piloto y la navegante sobre el final de su guardia, de espaldas.

Eli los miró a los tres. Un chiss adulto, una niña chiss que le llegaba al codo y Vah'nya. De nuevo, le impactó lo extraño que parecía todo.

Pero no tenía tiempo para pensar en eso. Ar'alani tenía razón. Algo pasaba allí fuera y el nudo que notaba en el estómago le decía que era algo malo.

Ar'alani prefería la precisión a la rapidez. En este caso, Eli sabía que más le valía tener ambas cosas.

CAPÍTULO IV

Faro no había presenciado una disección desde aquel semestre en la academia en que les habían enseñado a usar pistas fisiológicas para analizar las debilidades de oponentes no humanos. Entonces, todo el proceso le había parecido bastante repugnante, aunque le intrigaban sus implicaciones tácticas.

Ahora, mientras Thrawn, Ronan y ella misma contemplaban desde detrás de la partición de seguridad a los dos droides médicos que despiezaban al graloc, le pareció igual de desagradable, pero también le resultó mucho más interesante de lo que esperaba.

El secreto de la velocidad y agilidad de las criaturas fue la primera sorpresa. Esperaba que fuera algo relacionado con el viento solar, alguna técnica de virado amplificada o sectorizada por un tejido magnético selectivo, como en el caso de sus primos más pequeños, los mynocks.

Pero los gralocs le añadían un giro más. Estas criaturas tenían una serie de diminutas bocas con carga eléctrica por las que entraba el fino aire interplanetario, lo aceleraban hasta velocidad de propulsión por sus superconductores orgánicos internos y lo expulsaban por otros orificios como diminutos pero eficaces reactores. Con esas tomas y salidas concentradas en puntos del cuerpo y las bases de sus alas, la criatura no estaba limitada a un movimiento hacia delante, sino que podía inclinarse, esquivar e incluso tomar la dirección contraria instantáneamente.

Y la segunda sorpresa...

—Se dan cuenta de que esto es una pérdida de tiempo, ¿verdad? —masculló Ronan, al otro lado de Thrawn—. La gente de la gobernadora Haveland ha diseccionado docenas de estos bichos. En la tarjeta de datos que les di tienen todo lo que necesitan.

—¿Está seguro? —preguntó Thrawn.

Faro sonrió levemente para sí misma. Ya había detectado diferencias entre los datos de Haveland y los suyos y sabía que Thrawn también lo habría hecho. Era evidente que Ronan no.

—Por supuesto —dijo Ronan—. Veo que le interesa el sistema orgánico de propulsión, pero no encontrarán nada nuevo. El viento solar ionizado entra por...

—¿Con el clouzono-36?

—Y después... —Ronan se quedó callado—. ¿El qué?

—El clouzono-36 —repitió Thrawn, tendiéndole su datapad a Ronan—. Ahí está, tanto en las entradas como las salidas.

Ronan tomó el datapad en sus manos y se lo quedó mirando unos segundos. Después, se encogió levemente de hombros y lo devolvió.

—Puede que agujerese un conducto de gas mientras se alimentaba de algún cable de energía —dijo—. Eso no significa nada.

—Al contrario —dijo Thrawn—. Recordará que comenté que la relativa desidia de la criatura sugería que había comido recientemente. Los conductos de clouzono-36 suelen estar bien recubiertos para evitar fugas. ¿Ha conseguido las listas de manifiestos de carga que pedí?

Se produjo un segundo de silencio, mientras Ronan cambiaba de marcha mentalmente.

—Sí, el registro completo ha llegado hace una media hora —dijo. Parecía querer añadir algo más, Faro pensó que iba a ser algo sobre lo mucho que le había costado conseguir aquella lista, pero pareció repensárselo—. Está en mi carpeta de la computadora central.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Pásesela a la comodoro Faro. Comodoro, el grupo de análisis táctico y usted establecerán la relación de movimientos del gralloc e identificarán las naves de las que se puede haber alimentado hasta que salió en persecución del Defensor del teniente Fentaugh.

—Un momento —dijo Ronan, secamente—. Esa información es altamente confidencial, almirante. No puedo entregársela a cualquiera y no pienso hacerlo.

—El grupo de análisis del *Quimera* es de la más absoluta confianza.

—Me da lo mismo —dijo Ronan—. Se la puedo dar a usted. —Miró a Faro y torció los labios—. Y a la comodoro Faro —añadió, de mala gana—. A nadie más.

Thrawn lo meditó y después inclinó la cabeza.

—Muy bien. Comodoro, lleve al director adjunto Ronan a su despacho, transfiera los datos a su carpeta e inicie su análisis.

Faro reprimió una mueca. Ella sola. Genial.

—Sí, señor —dijo—. ¿Director adjunto?

Al cabo de un minuto, Ronan y ella ya iban por el pasillo.

—No le parecen bien mis medidas de seguridad —comentó Ronan, al montar en el turboascensor.

—Así es —dijo Faro—. Tal como yo lo entiendo, el mayor secreto de Estrella es el destino de las naves que salen de aquí, no de dónde vienen ni qué transportan. No veo por qué sumar a un selecto grupo de oficiales imperiales a esta labor podría poner en peligro su seguridad.

—Entiendo —dijo Ronan—, Usted se toma cualquier cosa que diga el gran almirante Thrawn como un credo, ¿verdad?

—Por supuesto que no. He mostrado mi desacuerdo con él en varias ocasiones.

—Pero imagino que siempre acabó dejando que se saliera con la suya.

—Es mi superior —dijo Faro, con rigidez—. No se trata de la suya o de la mía. Y yo no tengo que dejarle nada. Él da las órdenes. Yo las cumplo.

—¿Y siempre acierta?

—No, claro que no —dijo Faro—. Nadie acierta siempre. Pero cuando se equivoca, suele ser porque no posee la suficiente información o la que posee es inexacta. Y siempre rectifica rápidamente cualquier paso en falso.

—Entiendo —dijo Ronan—. Entonces, si le dijera que Thrawn ha sido el principal obstáculo para que usted consiga un nuevo cargo, ¿seguiría creyendo que acierta?

Faro frunció el ceño.

—¿De qué está hablando?

—Estoy hablando de su inminente nombramiento como comandante de la Fuerza Operativa 231 —dijo Ronan, con un matiz de diversión maliciosa en la voz—. Según el procedimiento estándar, ya deberían de haberla retirado del *Quimera*. ¿O ese pequeño detalle se le ha pasado por alto?

Faro se obligó a mantenerse impertérrita. No, aquel maldito detalle no se le había pasado por alto. La deberían de haber convocado en Coruscant cuando el *Quimera* regresó de Batuu y la misión de los grysk para iniciar la orientación previa al nuevo puesto de mando.

Por otra parte, aquella convocatoria solo se había retrasado unas semanas. Había infinidad de cosas que podían explicar aquella demora.

Aun así, el Alto Mando solía ser muy rígido con sus plazos y protocolos. Ese tipo de retraso solía llegar acompañado de un mensaje con un nuevo curso de orientación o destino.

No había recibido ningún mensaje. De hecho, Faro había tomado la iniciativa y había mandado una consulta discreta una semana antes. De momento, no había recibido respuesta.

—El almirante Thrawn me ha garantizado que mi nombramiento es firme.

—Y además de no equivocarse nunca, tampoco miente nunca, ¿verdad? —replicó Ronan—. Disculpe la impertinencia, comodoro, pero es demasiado mayor para ser tan cándida. He hecho mis averiguaciones. Los detalles son un poco difusos, pero no hay duda de que es Thrawn quien ha bloqueado su traslado.

—Disculpe la impertinencia, director adjunto, pero está equivocado o miente —dijo Faro—. El almirante Thrawn no hace esas cosas.

—Piense lo que quiera —dijo Ronan, encogiéndose de hombros de manera excesivamente despreocupada—. Pero recuerde que no tengo motivos para mentirle. Solo me pareció que debía saber en qué posición está. La posición real.

Al cabo de diez minutos, con una copia de los datos sobre los transportes de Ronan ya grabados y a salvo en su computadora, Faro se puso manos a la obra.

O como mínimo lo intentó.

Thrawn no podía mentirle. No a la comandante de su nave insignia. Como mínimo, sin un buen motivo.

Pero ¿y si tenía un buen motivo?

Ridículo. Thrawn estaba plenamente consagrado a mejorar la flota imperial tanto como fuera posible. Había demostrado que compartía su emoción, o lo más parecido a la emoción que Faro había visto nunca en él, cuando le llegaron noticias sobre su posible ascenso y traslado. En aquel momento, le había dicho que iba a ser una excelente comandante de flotilla y la había felicitado.

Pero aquello había sido entonces. Y ahora era ahora. Y si lo que le había contado Ronan no era una cortina de humo, Thrawn parecía haber cambiado de opinión.

Pero ¿por qué? ¿Había hecho algo en Batuu o Mkiivj para erosionar la confianza que le tenía hasta entonces? ¿Había molestado a lord Vader o a algún otro con contactos en las altas esferas del poder de Coruscant que había ejercido la cantidad precisa de presiones discretas?

No podía ser por algo tan sencillo como que Thrawn no quisiera perder a la comandante del *Quimera*. ¿Verdad?

No. Thrawn no actuaba así con sus oficiales. Tampoco tenía la astucia política para percibir presiones sutiles, mucho menos para ceder ante ellas.

Y, aunque afirmase lo contrario, el director adjunto Ronan tenía motivos de sobra para mentirle. Era evidente que no apreciaba demasiado a Thrawn, aunque para ser justos a Faro le parecía que no apreciaba a nadie, y cualquiera con tan alto rango al servicio de Krennic debía ser un verdadero experto en juegos políticos. Thrawn tenía una semana para solucionar el problema de los grallocs y asegurarse financiación para sus Defensores TIE y todo lo que Ronan pudiera hacer para alejar al almirante de sus oficiales complicaría aún más su desafío.

Por eso Faro suponía que Ronan mentía y que había una razón totalmente razonable que explicaba lo que había sucedido con su nombramiento. Tenía trabajo pendiente y más le valía hacerlo.

Además, cuanto más rápido encontrase la información que Thrawn quería, más posibilidades tenía de que le perdonase lo que pudiera haber hecho mal.

Llevaba una hora estudiando los manifiestos de carga cuando su intercomunicador emitió un pitido.

—Informe sobre sus análisis, comodoro —dijo Thrawn.

—Apenas he empezado, señor —reconoció Faro—. Aquí hay mucho material.

—Entendido —dijo Thrawn—. Guarde y proteja su trabajo y preséntese en el puente.

—Sí, señor —dijo Faro—. ¿Llevo mis hallazgos preliminares?

—Eso puede esperar. Ahora vamos a hacer un viajecito.

Thrawn y Ronan la esperaban en la pasarela de mando cuando llegó.

—Comodoro —dijo Thrawn, al recibirla.

—Almirante —respondió Faro, echando una mirada rápida a Ronan. El director adjunto parecía incluso más irritado de lo habitual—. ¿Puedo preguntar adónde vamos?

—A cazar fantasmas —masculló Ronan.

—Hemos analizado el vector en que viajaba el Allamar N3 cuando saltó a la velocidad luz —dijo Thrawn, ignorando el comentario de Ronan—. En esa trayectoria se encuentran dos sistemas estelares posibles. Quiero ver si el carguero pudo salir del hiperespacio en alguno de ellos.

—Entiendo —dijo Faro, con cautela, mirando la pantalla de navegación. Los dos sistemas que Thrawn había mencionado estaban a ocho y veintiocho años luz de distancia, respectivamente. Si el Allandar no había llegado a ninguno de los dos, había una cantidad terrible de espacio vacío entre uno y otro en el que perderse.

—Soy consciente de que es una apuesta arriesgada —prosiguió Thrawn, de nuevo detectando sus pensamientos y dudas—. Pero por algo tenemos que empezar.

—Lo que debemos hacer es solucionar el problema que tenemos aquí —gruñó Ronan.

—Lo haremos —le aseguró Thrawn—. La disección y el análisis del graloc siguen su curso. Hasta que esos resultados no nos sugieran algún enfoque útil, no podemos hacer mucho más que esperar. Creo que aprovecharemos mejor el tiempo buscando al Allandar y su tripulación perdida. —Alzó la voz—. ¿Teniente Hammerly? ¿Su grupo ha hecho progresos con la duda que les planteé?

—Sí, señor, alguno —dijo Hammerly—. Me temo que nuestros sensores no pueden detectar una fuga directa de clouzono-36, al menos desde esta distancia.

Faro notó un temblor en sus cejas. Lo del clouzono-36 que había comentado Thrawn no era algo pasajero. Era evidente que creía que escondía algo digno de investigar.

—¿Y el enfoque de la ocultación? —preguntó Thrawn.

—Seguimos trabajando en eso, señor, pero es evidente que es posible —dijo Hammerly—. Estamos realizando pruebas y repasando toda la física.

—Excelente —dijo Thrawn—. Manténgame informado.

Se volvió hacia la ventanilla, con las manos juntas a la espalda, una postura que Faro reconocía como de meditación reflexiva. Echó otro vistazo a la cara de amargura de Ronan, fue hasta el borde de la pasarela más cercano al puesto de sensores y se agachó.

—¿Qué es el enfoque de la ocultación? —preguntó, en voz baja.

—Una de esas ideas del almirante —dijo Hammerly, en el mismo tono de voz—. Cree que si podemos encontrar la fuente de un escape entre nuestra posición y el sol del sistema, o alguna estrella brillante, la dispersión de la luz y el patrón de difracción en el gas nos permitirá identificar si la fuga es de clouzono-36. Si fuera así, podríamos detectarlo desde mucho más lejos que con los métodos de escaneado estándar.

—Excelente —dijo Faro. No solo el combustible de un carguero con un escape, sino también bancos de gas en cinturones de asteroides y demás. Aquello sería enormemente útil para los mineros que buscaban aquel raro combustible.

—Opino lo mismo —contestó Hammerly.

Sintió un soplo de aire, se volvió y vio que Thrawn iba hacia ella.

—Una pregunta, comodoro —le dijo, en voz baja—. ¿Le ha echado un vistazo a la lista de carga del Allandar N3?

—Sí, la primera —dijo Faro.

—¿Vio algo extraño?

—Bueno... aparentemente no —dijo Faro—. Principalmente, piezas de recambio y unas cuantas cajas de alimentos. No vi nada inusual.

—¿Alguna peculiaridad en los alimentos? ¿Algo particular para alguna especie concreta, por ejemplo?

—Había un paquete de extracto de blosfi —dijo Faro. ¿Cómo demonios lo hacía Thrawn para adelantársele siempre?—. Generalmente, se comercializa como raciones baratas para wookiees.

—Otras especies lo consideran una delicia —dijo Thrawn—. ¿Y las piezas de recambio? ¿Ha revisado el tipo de maquinaria en que se emplean?

—No, señor, todavía no —dijo Faro, encogiéndose un poco. A veces era capaz de anticipar los deseos del almirante. Esta vez no parecía haberlo hecho—. Me pareció que antes debía organizar todo el inventario en conjunto.

—Claro —la tranquilizó Thrawn—. ¿Puede apartar el inventario del Allandar y mandármelo?

—Claro, señor —dijo Faro. Sacó su datapad, buscó el archivo y se lo envió.

—Gracias. —Thrawn inclinó la cabeza y volvió tranquilamente por la pasarela de mando.

—¿De qué va esto? —preguntó Hammerly.

—Ni idea —admitió Faro—. Quizá solo esté haciendo indagaciones generales. O quizá tenga una idea que quiera contrastar.

Hammerly lanzó un débil gruñido.

—En todo caso, sospecho que terminarán surgiendo problemas.

Faro asintió, pensando en lo que Thrawn le había contado sobre el disparatado acuerdo que Krennic y Tarkin le habían colocado. Que el futuro de un programa de cazas estelares absolutamente crucial dependiera de una apuesta era demencial.

—Yo también —le dijo a Hammerly—. Esperemos que Thrawn no saque el palo más corto.

—Ni nosotras —dijo Hammerly.

Faro sintió un nudo en la garganta. El palo más corto. Como ver denegado el prometido nombramiento como comandante de una flotilla de la marina.

—Ni nosotras —repitió.

—¿Comodoro?

Faro se dio la vuelta, Thrawn había llegado hasta Ronan y se había vuelto hacia ella.

—¿Mi nave está lista?

Faro echó un vistazo rápido a las pantallas de situación, con sus fugaces pensamientos sobre oportunidades perdidas disipándose en el escalofrío que de repente reptaba por su espalda. Oficialmente, aquella era la pregunta presalto estándar del comandante de cualquier nave a su tripulación del puente.

Pero Thrawn apenas la empleaba nunca, excepto cuando el *Quimera* iba a entrar en combate.

¿Qué esperaba encontrar allí fuera?

—Lo está, señor —dijo, mirando la pantalla táctica. Vio que Thrawn había colocado la nave en ajuste de medio nivel, solo un grado por debajo de las estaciones de combate—. ¿Desea plena disposición para el combate?

—¿Disposición para el combate? —preguntó Ronan, en un tono entre perplejo y furioso—. Thrawn...

—Almirante Thrawn —le espetó Faro.

Ronan la miró mal. Faro sostuvo la mirada e hizo una mueca.

—Almirante Thrawn —dijo él, sin ganas, desviando la mirada de la de ella—. Colocar a su tripulación en sus puestos de combate es una completa pérdida de tiempo y esfuerzos.

—No lo creo, director adjunto —dijo Thrawn, serenamente—. Ningún simulacro es una pérdida de tiempo ni esfuerzos. En cuanto a los pilotos de TIE, que seguro que habrá notado que están preparados en sus cazas, es muy posible que nos encontremos en una misión de búsqueda y rescate. La disposición de nivel medio bastará por ahora, comodoro. Puede realizar el salto al hiperespacio cuando esté lista.

—Sí, señor. Timonel, active el hiperimpulsor.

Por la ventanilla, las estrellas se estiraron en líneas estelares y desaparecieron en el cielo moteado del hiperespacio.

—Llegada en tres punto siete minutos, almirante —dijo Faro.

—Gracias, comodoro.

Pasaron los segundos. Faro repartió su tiempo revisando las pantallas de situación, comprobando que todos los oficiales y tripulantes estaban en sus puestos y analizando lo que veía de la cara de Thrawn. A Ronan lo ignoró por completo.

El cielo hiperespacial volvió a convertirse en líneas estelares y después en estrellas. Habían llegado.

—Escaneado completo —ordenó Faro—. Concentraciones de energía, uso de energía, emisiones de sensores.

—Escaneando —confirmó Hammerly.

Pasaron varios minutos. Faro vio que Ronan estaba cada vez más nervioso, aunque se esforzaba mucho por disimularlo, Thrawn, por el contrario, estaba en silencio y quieto, con una serenidad glacial.

—Contacto —dijo Hammerly, de repente—. Objeto artificial, metal refinado, sin energía ni emisiones de sensores. Demasiado lejano para lecturas de formas de vida. Rumbo tres-cinco-tres por veintidós. A unos seiscientos mil kilómetros, justo al límite del alcance del sensor.

—¿Podemos hacer un microsalto? —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —confirmó el teniente Agral, desde el timón—. Es un poco corto, pero podemos hacerlo.

—¿Cuánto nos puede acercar?

—Tanto como quiera, señor.

—Excelente —dijo Thrawn—. Llévenos a dos kilómetros del objeto.

—Dos kilómetros. Sí, señor —confirmó Agral—. Computando.

—Increíble —dijo Ronan, con un punto de sorpresa eclipsando momentáneamente su habitual hostilidad—. ¿Cómo lo ha sabido? No conocíamos ningún patrón sobre los vectores de las naves perdidas. Estoy seguro... el director Krennic lo comprobó.

—Tiene razón —concordó Thrawn—. Lo que los análisis iniciales no lograron detectar fue que más de dos tercios de los vectores de las naves desaparecidas, concretamente veintiocho de las cuarenta y una naves, llevaban hasta sistemas cercanos.

—Salieron del hiperespacio en sistemas estelares —dijo Ronan, visiblemente perplejo—. ¿Y qué? Hay sistemas estelares por todas partes.

—No lo entiende —dijo Thrawn—. No solo sistemas estelares. Sistemas estelares cercanos. Las posibilidades de que eso se produzca, con tantos saltos aleatorios, son extraordinariamente pequeñas. En consecuencia, esos vectores en particular no eran aleatorios.

Faro notó que se le cortaba la respiración.

—Las naves no se perdieron —murmuró—. Alguien las robó.

Ronan la miró, desconcertado.

—¿Qué? No... no puede ser. Las tripulaciones... —Se quedó callado.

—Las tripulaciones de las naves que parten del punto de transbordo se eligen con sumo cuidado —dijo Thrawn, concluyendo la frase por él—. Las tripulaciones que traen material no.

—¿Quién? —preguntó Ronan, en un tono repentinamente gélido—. ¿Quién está haciendo eso?

—De momento, lo desconocemos. —Thrawn señaló la ventanilla con la cabeza—. Pero espero encontrar alguna pista.

—Preparado para realizar el microsalto, almirante —gritó Agral.

Thrawn asintió.

—Adelante.

Las líneas estelares brillaron, pero esta vez el cielo no tuvo tiempo de cambiar antes de que se volvieran a disipar.

Y allí estaba. No era el Allandar, como Faro suponía, sino un apeadero móvil y compacto equipado con hipermotor y propulsor. Un par de collares de amarre a ambos lados permitían la descarga rápida de cargas de una nave para transferirlas a otras, con instalaciones de distribución y embalaje en el propio apeadero. Era de esas cosas que Faro había visto emplear a contrabandistas, piratas, rebeldes y traficantes.

Pero esta no se volvería a usar. Los cortes de láser y los agujeros de torpedos del casco completamente destrozado lo dejaban claro.

Faro fue la primera en decir en voz alta lo que todos pensaban:

—Lo han atacado.

—Cazas TIE, despliéguense —ordenó Thrawn, serenamente—. Aseguren el perímetro, exploren un radio de dos mil kilómetros. Sensores y defensas antiaéreas en máxima alerta. Comodoro Faro, que el mayor Carvia despliegue una patrulla de soldados

espaciales para examinar el casco en busca de trampas y peligros residuales y prepare un equipo de exploración para que entre cuando los soldados espaciales hayan terminado su inspección.

—A la orden —dijo Faro, sacando su comunicador para llamar al comandante de los soldados de asalto del *Quimera*.

—Y llévenos hacia estribor —añadió Thrawn—. Quiero ver esos collares de amarre desde cerca.

No había bombas trampa en el exterior del apeadero destruido ni en su interior. Lo que había dentro era más caos y destrucción.

Y cadáveres. Muchos cadáveres. Dieciocho, tan hechos trizas como la propia estación.

—Armas de proyectiles desgarradores —murmuró Faro, cuando las cámaras del equipo de exploración se detuvieron en uno de los cuerpos.

Ronan asintió en silencio desde su asiento, en la mesa de la sala de reuniones, haciendo grandes esfuerzos por no marearse. Ya había visto cadáveres antes, claro... las dimensiones del proyecto Estrella implicaban inevitablemente un número de accidentes relativamente elevado. También un mínimo de tres embarcaciones civiles o piratas se había aventurado por el peor sitio en el peor momento y habían tenido que ocuparse de ellas.

Pero aquellas no eran víctimas de una grúa caída o soldados de depósito en estado crítico, ni las limpias e higiénicas muertes por el fuego de bláster de los soldados de asalto. Aquellos cadáveres parecían haber pasado por una trilladora, con sangre, carne y músculos desgarrados por todas partes.

Intentó recordar que aquellos hombres eran ladrones que le habían robado a Estrella y al Imperio, que merecían castigo. Aquella racionalización no le ayudó.

—¿Está seguro de que no hay más cadáveres? —preguntó Thrawn.

—Completamente, almirante —le aseguró el explorador jefe—. Hemos entrado en todos los compartimentos y cualquier rincón en que alguien pudiera meterse. Estos dieciocho son todos.

—Interesante —dijo Thrawn, en tono pensativo—. Había más a bordo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Ronan.

—Por los registros de gasto de alimentos y oxígeno —dijo Thrawn, tecleando algo en su consola. En la esquina de la grabación del equipo explorador apareció una serie de números—. Calculo que había doce más.

—¿La tripulación del carguero desaparecido? —preguntó Faro.

—Es poco probable —dijo Thrawn—. El nivel de los daños en los collares de amarre indica que ambos estaban desiertos en el momento del ataque. En todo caso, la dotación

habitual de un Allandar N3 es de entre cuatro y siete tripulantes. Aunque todos excepto uno se quedasen en el apeadero, mientras el otro lograba huir, nos seguiría faltando gente.

—¿Y dónde han ido? —preguntó Ronan.

—¿Esos doce? —preguntó Thrawn, volviendo sus inquietantes ojos rojos hacia él—. La explicación más posible es que los atacantes se los llevasen. Posiblemente muertos, más probablemente vivos.

—Eso no tiene sentido —objetó Ronan—. Los piratas que roban a otros piratas no hacen prisioneros. Lo último que quieren son más bocas que alimentar.

—Si los atacantes eran piratas —dijo Thrawn—. Tenga en cuenta la cronología.

Apretó otra tecla y apareció otra lista en la pantalla.

—Desaparecieron veintiocho naves, supuestamente por los daños de los grallocs. Todas desaparecieron con vectores únicos. No obstante...

Tocó un botón y la lista se convirtió en un esquema con múltiples vectores propagándose desde el centro.

—Observe el siguiente patrón —prosiguió, mientras tres líneas se iluminaban—. Las naves números uno, dos y tres se marchan en estos vectores, con una media de catorce horas de diferencia. Observe que no solo los vectores convergen en el mismo octante, sino que los potenciales sistemas de llegada también están relativamente cercanos entre sí.

—Muy astuto —dijo Faro, asintiendo—. El primer carguero llega, transfiere su carga al apeadero y desde allí esta se transfiere a otra nave mientras el carguero desaparece en el espacio profundo.

—Posiblemente con la tripulación a bordo —murmuró Ronan.

—Quizá —dijo Thrawn—. Eso depende de la discreción que quiera mantener el organizador de estos robos. Prosiga, comodoro.

—Después, el apeadero viaja hasta el segundo sistema y espera que un segundo carguero finja ser atacado por los grallocs y se marche con su cargamento —dijo Faro—. Se repite con una frecuencia que permita seguir haciendo creer a todo el mundo que se trata de meros accidentes fortuitos.

—Y la culpa recae en los grallocs —dijo Thrawn—. ¿Qué le parece, director adjunto?

Ronan miró el esquema. ¿Qué podía decir? El apeadero, los vectores, la cronología... no podía tratarse de una extraña coincidencia.

Pero, si no se trataba de una coincidencia, ¿por qué nadie había visto aquellas piezas y las había encajado antes?

Porque el único lo bastante inteligente para hacerlo era el director Krennic, por supuesto, y estaba demasiado ocupado con el proyecto en su conjunto para tener tiempo para aquellas minucias.

Thrawn también era inteligente. Aunque no tanto. Más concretamente, se le había pasado completamente por alto una pieza importante del rompecabezas.

—Interesante teoría, almirante —dijo—. Pero ha dejado un detalle pendiente. Si el Allandar no está aquí, ¿dónde se ha metido?

—Buena pregunta —dijo Thrawn—, de la que ahora mismo nos ocuparemos. Comodoro, hemos venido por el vector por el que desapareció el Allandar, ¿verdad?

Faro fue a responder, pero se detuvo. Ronan vio que una arruga aparecía en la frente de Faro y que esta se ponía un poco más tensa.

Ronan negó para sí. Nunca le habían gustado esos comandantes a los que les gustaba tender trampas a sus subordinados, intentando pillarlos en falso y humillarlos ante sus colegas oficiales y la tripulación.

Desgraciadamente, cada vez más gente jugaba a aquello, desde el sádico Emperador y sus ridículas manipulaciones, pasando por Tarkin y su refinada malicia, hasta insignificantes capitanes de naves que nunca llegarían a nada y eran plenamente conscientes de ello. Incluso lord Vader hacía aquel tipo de numerito en ocasiones, generalmente con gente como el director Krennic, cuyo ascenso al poder se debía únicamente a su habilidad y trabajo duro.

Y por la cara de Faro parecía estar habituada a aquel tipo de abuso por parte de Thrawn. Era un tipo inteligente, no había duda, pero bajo la corteza ocultaba un malicioso deleite.

Thrawn, Tarkin, Vader, el Emperador... eran todos tal para cual. Por fortuna para el Imperio, había un puñado de hombres como el director Krennic capaces de plantarles cara a todos ellos.

De repente, la expresión de Faro cambió.

—No, señor —dijo, con serena confianza—. Salimos del punto de transbordo por ese vector, pero estábamos mucho más cerca del borde que el Allandar. Salimos en el mismo sistema, pero no transitamos exactamente por el mismo espacio.

Thrawn inclinó la cabeza.

—Muy bien, comodoro —dijo.

Y sonrió.

Ronan frunció el ceño. ¿Había sonreído? Sonreír no entraba en aquel juego. El objetivo era humillar y Faro había sorteado la trampa. Thrawn tendría que haber puesto mala cara, o como mínimo haber camuflado su decepción tras una expresión completamente neutra.

Pero había sonreído.

—Pues regresemos por ese vector, el mismo exacto esta vez. A ver qué encontramos.

—Sí, señor. —Faro bajó la vista hacia su monitor.

Y, para sorpresa de Ronan, volvió a levantar la cabeza.

—¿Almirante? —preguntó, en un tono muy neutro—. ¿Está sugiriendo...?

—Es una posibilidad —dijo Thrawn, con un matiz ligeramente más sombrío—. Calcule el vector.

—Sí, señor —repitió Faro, volviendo a bajar la vista.

—Y ahora, comodoro —añadió Thrawn, en voz baja—, ya puede colocar al *Quimera* en plena disposición de combate.

CAPÍTULO V

La almirante Ar'alani desaprobaba que la tripulación corriera por su nave de guerra, a no ser que tuviese un muy buen motivo para hacerlo.

Teniendo en cuenta el mensaje que acababa de recibir, Eli estaba bastante seguro de tenerlo.

Llegó al puente falto de resuello.

—Almirante —dijo, al verla junto al puesto de comunicaciones.

—Aquí, teniente —gritó ella, en un tono sombrío—. Venga.

—Sí, señora —dijo Eli, corriendo entre puestos. El puente estaba lleno, aunque la mayoría de los monitores estaban apagados o en reposo—. ¿Está segura de que es él?

—Bastante, teniente —dijo Ar'alani, haciéndole un gesto al oficial para que desalojase el asiento—. Si no nos damos prisa, lo arruinará todo. Debe advertirle.

—Sí, señora —dijo Eli, tecleando en la consola. Vio que ya habían preparado una comunicación láser concentrada, apuntó al lejano apeadero móvil que flotaba a la deriva, en los límites del alcance de los mejores sensores ópticos pasivos de la *Imperturbable*.

Incluso desde aquella distancia, la característica forma de punta de lanza de un Destructor Estelar resultaba inconfundible.

Y si aquel realmente era el *Quimera*...

Buscó el cifrado imperial que había añadido al sistema de comunicaciones de la *Imperturbable*, un código que sabía que Thrawn reconocería al instante y que podría descifrar rápidamente. Lo encontró y empezó a cifrar una nota breve, que arrancaba con su nombre y añadía la advertencia de que desistieran de sus actos.

Y entonces, de repente, ya era demasiado tarde. Mientras la distancia y el desfase temporal mostraban al Destructor Estelar aún flotando junto al apeadero, se produjo un destello mucho más cercano y la nave imperial volvió al espacio real en el mismo punto por el que había salido el carguero Allanan N3 unas horas antes.

—Almirante...

—Ya lo veo, teniente —dijo Ar'alani, maldiciendo entre dientes—. Tenía que entrometerse, por supuesto.

—¿Qué hacemos? —preguntó Eli.

—Esperar y ver qué sucede —dijo Ar'alani—. Con un poco de suerte, quizá aún podamos salvar esta operación.

—¿Y si cargan contra él?

—En ese caso, sus excompañeros de nave estarán en serios apuros —dijo Ar'alani—. Mith'raw'nuruodo incluido.

Con el punto de transbordo a ocho años luz de distancia, no se preveía que el siguiente viaje del *Quimera* fuera otro micro-salto. Pero, cuando las líneas estelares volvieron a brillar y se disiparon, Faro supo que había sido justo eso.

Y cuando las estrellas reaparecieron, tuvo una terrible sensación de *déja vu*.

Volvían a ser los grysk. No podía ser nadie más. Era el mismo truco del falso Interdictor camuflado con el que el *Quimera* se había topado cerca del planeta Batuu, cuando los aspirantes a conquistadores intentaban descubrir la manera de aislar mundos imperiales y bloquear el acceso a las Regiones Desconocidas.

Pero ese experimento se estaba llevando a cabo en la frontera entre el Espacio Salvaje y las Regiones Desconocidas. ¿Qué hacían allí, en pleno territorio imperial?

—¡Contacto! —gritó Hammerly, tensa—. Restos de naves rumbo cero-uno-ocho por doce. Distancia, dos kilómetros. Material y diseño coincidentes con un carguero ligero Allandar N3.

—Teniente Pyrondi, cañones de iones —ordenó Thrawn. Su voz era serena, como siempre, pero Faro pudo percibir cierta tensión de fondo. Entendía lo que implicaba toparse con un cilindro Interdictor de estilo grysk en pleno territorio imperial tan bien como ella—. Sature la zona entre nosotros y los restos.

—¿Qué pasa? —preguntó Ronan, con un ligero temblor en la voz, mientras los cañones de iones del *Quimera* empezaban a escupir fuego—. ¿Qué ha pasado?

—¿Comodoro? —invitó Thrawn.

—Es un artefacto con el que nos topamos en el Espacio Salvaje —le dijo Faro—. Genera un pozo de gravedad muy parecido al de un Destructor Estelar Interdictor, aunque más pequeño y de menor alcance.

—Ya veo —dijo Ronan, mirando por la ventanilla mientras el ataque del Destructor Estelar proseguía—. No, en realidad, no lo veo. ¿Dónde está?

—En algún punto entre nosotros y los restos —dijo Faro—. También dispone de un dispositivo de camuflaje que solo se desactiva cuando el generador de gravedad actúa.

—¿Un campo de camuflaje? ¿Es un artefacto muy grande?

—No mucho —dijo Faro—. Pero deberíamos encontrarlo. El Allandar chocó con los bordes del campo de gravedad al llegar desde el punto de transbordo, nosotros hemos chocado desde la dirección contraria. Eso nos da una idea aproximada del tamaño del campo, además del foco de origen.

—Suponiendo que los restos no se hayan desplazado mucho desde que el Allandar fue atacado y que el campo de gravedad sea razonablemente simétrico —añadió Thrawn—. No tardaremos en saberlo. Teniente, amplíe un poco el blanco. Comandante Hammerly, observe cualquier posible patrón de salpicadura.

La última vez que habían hecho eso, habían necesitado bastante tiempo y esfuerzos para localizar el generador. Esta vez, conociendo las medidas y el centro aproximado del campo, la operación fue mucho más rápida. Pyrondi acababa de ampliar su perfil de tiro cuando vieron una salpicadura fugaz y un destello de luz. Y el cilindro Interdictor apareció ante su vista.

Del mismo tamaño, forma y diseño que Faro recordaba.

Los grysk estaban allí.

Ronan lanzó una maldición de perplejidad.

—¿Qué demonios...?

—Alto el fuego —ordenó Thrawn—. Sensores y armas en alerta máxima. En algún punto cercano debe de haber una nave escondida o un puesto de vigilancia.

—No, eso es imposible —masculló Ronan, pronunciando las palabras mecánicamente, mientras miraba fijamente el cilindro—. No se puede crear un pozo de gravedad y un campo de ocultación simultáneos.

—Ya se lo he dicho, excepto cuando el pozo de gravedad está activo —le recordó Faro, mirando alternativamente la ventanilla y las lecturas de los sensores. Con todas las rocas y gravilla que flotaban alrededor de sus sensores, aquello iba a ser complicado—. Ahora guarde silencio... estamos ocupados.

—Quizá no tanto como teme, comodoro —dijo Thrawn, serenamente—. El campo de residuos interferirá con los sensores, sin duda. Pero su presencia también...

Faro sonrió. Por supuesto. Los grysk se habían superado.

—Los restos también mostrarán los sutiles efectos gravitacionales causados por una masa invisible cercana —dijo Faro—. ¿Hammerly?

—Estoy en ello —dijo Hammerly, enérgicamente—. Cartografiando, analizando... ¡Almirante! ¡Detrás de nosotros!

Faro giró la cabeza hacia el monitor trasero. Uno de los asteroides más grandes parecía haber estallado, lanzando una nube de rocas en todas direcciones.

Pero no se trataba de un asteroide y aquellos residuos eran los restos de un caparazón de invisibilidad.

Y, entre aquella nube de rocas, aparecieron el casco doble y el diseño de múltiples olas rompientes de una nave de guerra grysk.

—¡Almirante, nos atacan! —gritó Ronan, señalando la nave que avanzaba hacia ellos.

—Todavía no —dijo Thrawn, aún sereno—. Aún falta un poco para que nos tengan a su alcance. Comandante Hammerly, continúe su barrido...

—¿Que continúe el barrido? —preguntó Ronan—. ¿Qué dice? Está ahí, Thrawn... ahí delante.

—Cálmese, director adjunto —dijo Thrawn—. Esa embarcación es una nave de guerra. Nosotros buscamos un puesto de vigilancia o exploración. Allí es donde encontraremos las respuestas que buscamos.

—Si no nos vuelan en pedazos antes, querrá decir —le espetó Ronan—. Ni siquiera ha girado la nave hacia ellos.

—Hay tiempo —le aseguró Thrawn—. ¿Comandante?

—Un momento, señor —dijo Hammerly, mirando detenidamente sus lecturas—. Creo que casi... lo tengo, señor. Rumbo...

—Ya lo veo —dijo Thrawn—. Teniente Pyrondi, a mi señal, dispare una salva completa de iones al punto indicado por la comandante Hammerly. Cuando disparemos la

salva, teniente Agral, gire el *Quimera* hacia la nave que nos sigue, bajando la proa para exponer nuestra superficie dorsal.

Faro sonrió. Entendía lo que pretendía.

—En ese momento, comodoro —continuó Thrawn—, usted desplegará a los Defensores y dos escuadrones de cazas TIE en una maniobra marg sabl. Cuando alcancen su ábside exterior y empiecen a acercarse al enemigo, teniente Pyrondi, usted disparará andanadas masivas de turboláser contra la nave.

Miró a Ronan, esbozando una leve sonrisa.

—Veamos cómo les va contra un Destructor Estelar imperial.

De las ocho o diez palabras que la almirante Ar'alani profirió, Eli solo conocía tres.

Pero el sentido general estaba muy claro.

Dos semanas de trabajo y muchos miles de años luz de viaje perdidos.

Se volvió hacia Eli, con unos que ojos parecían brillar más intensamente, y este se preparó para el bombardeo. Pero ella se limitó a mirarle mal una fracción de segundo y volvió hacia el puesto de mando.

—Activación total —ordenó—. Todos los sistemas. Quiero las armas operativas en quince segundos.

Eli quedó boquiabierto. ¿Quince segundos? Había estado en naves de guerra imperiales que habían pasado de la completa desactivación a plena disposición de combate y el proceso nunca duraba menos de nueve o diez minutos.

Para su asombro, los chiss lo lograron. Las pantallas de situación que mostraban dos o tres luces de «ACTIVO» en un mar de «REPOSO» e «INACTIVO» cambió al pleno de «ACTIVO», como si alguien hubiera arrojado un bote de pintura por encima. Los monitores apagados se iluminaron con datos y gráficos que mostraban estados del armamento e información táctica. Oficiales y tripulantes, hasta entonces sentados en silencio y completamente inmóviles, empezaron a murmurar órdenes rápidas por sus micrófonos y a teclear órdenes de balística y blancos en sus consolas.

Y cuando aún faltaban dos segundos para los quince de Ar'alani, la *Imperturbable* estaba preparada para combatir.

—Esferas de plasma, salva completa de babor —ordenó la almirante—. *Fuego*.

Se percibió el ruido lejano de los capacitadores de babor, un rugido que se sintió en el puente, y las brillantes esferas amarillas salieron disparadas de los cañones de la *Imperturbable*.

La nave de guerra grysk reaccionó instantáneamente y una ráfaga de descargas láser brotó de sus defensas antiaéreas.

Pero las esferas de plasma no eran objetos sólidos fáciles de destruir. Los láseres chisporroteaban inútilmente sobre su superficie, creando distorsiones momentáneas, pero

sus campos electromagnéticos de autoenfoco les permitían recuperar la forma. Se vio un destello en la nave grysk y un fugaz halo blanco borroso alrededor...

—Una barrera electrostática —gritó alguien.

Eli se estremeció. Ese tipo de barreras podían detener las esferas de plasma.

Las esferas llegaron hasta el halo y explotaron como pompas de jabón, disipando su energía e ionización a poca distancia del casco de la nave de guerra. Los láseres grysk volvieron a disparar, esta vez a la *Imperturbable*, y el zumbido profundo de los deflectores de la nave se convirtió en un fuerte chirrido.

—Gire la nave —ordenó Ar'alani. Si estaba preocupada porque los deflectores se sobrecargasen, su voz no lo denotaba—. Láseres de espectro de estribor, salva completa contra los generadores de electrostática. Los sensores les darán las ubicaciones de los nódulos. Sigán con la salva de esferas de plasma de estribor. Preparen los Invasores, por si vemos algún resquicio.

La *Imperturbable* aún estaba girando, mientras los láseres de la nave de guerra grysk seguían intentando derribar sus deflectores, cuando el *Quimera* se unió a la refriega.

Su primer ataque fue una ráfaga completa de turboláser, múltiples rayos verdes que barrieron la superficie de la nave de guerra grysk.

—¿Daños? —gritó Ar'alani.

—Ninguno detectado —gritó Tanik, desde el puesto de sensores, y Eli pudo percibir un matiz de desdén en su voz—. Han abierto fuego demasiado pronto. Desde esa distancia, la barrera puede dispersar el disparo lo suficiente para que resulte inofensivo.

—Un error extraño —susurró Ar'alani, al volumen solo suficiente para que Eli la oyera—. Quizá *Thrawn* ya no está al mando.

—Está al mando, sin duda, almirante —le aseguró Eli—. Y no ha sido ningún error. Esa ráfaga no pretendía causar daños. Solo quería desviar la atención hacia el *Quimera* por unos segundos.

—¿Desviar la atención de nosotros?

—No. —Eli señaló la pantalla táctica y unos puntitos apenas visibles que ahora convergían sobre los grysk—. De sus cazas TIE.

Ar'alani siseó entre dientes.

—Láseres de estribor, alto el fuego —gritó—. Teniente Vanto, ¿los sensores del *Quimera* son lo bastante buenos para haber detectado la electrostática?

—Sí, señora —dijo Eli—. Y el gran almirante *Thrawn* es lo bastante bueno para haber percibido los efectos de nuestro ataque.

—Veamos si es así —dijo Ar'alani—. Esferas de plasma, alto el fuego. Preparen los Invasores.

Al cabo de un segundo, la nave grysk pareció descubrir de repente a los cazas que se le echaban encima. Disparó otra docena de láseres, intentando repeler a los atacantes.

Pero ya era demasiado tarde. Dos láseres alcanzaron a sus blancos, pero la punta de lanza del ataque eran los Defensores TIE de *Thrawn*, que contaban con escudos más que suficientes para soportar aquellos impactos. Antes de que los artilleros de los láseres

podieran reajustar sus blancos, ya tenían encima a los TIE, acribillando los nódulos generadores de electrostática y los propios cañones láser antiaéreos. Los TIE terminaron su bombardeo y se dispersaron, mientras el denso halo blanco parpadeaba y desaparecía...

—Nos toca —dijo Ar'alani—. Invasores, salva completa contra los láseres. ¡Fuego!

La *Imperturbable* se sacudió cuando los misiles salieron disparados de sus lanzadoras. Eli se volvió hacia la pantalla táctica, conteniendo la respiración mientras los Invasores volaban hacia la nave de guerra. A un flanco del enemigo, el *Quimera* avanzaba hacia su oponente común, de nuevo acribillando su casco.

Pero, ahora, desde más cerca y sin barrera electrostática, los turboláseres estaban causando verdaderos estragos. Más láseres grysk dispararon, pero el ataque combinado chiss e imperial había reducido considerablemente el número de cañones disponibles. Los TIE llegaron al ápside y dieron media vuelta, alejándose de las armas de la *Imperturbable* y el *Quimera*, en busca de un nuevo resquicio.

Dos de los Invasores fueron desintegrados por el fuego enemigo, los otros cuatro alcanzaron su blanco. Se estrellaron contra el casco y explotaron, estallando en pegajosas nubes ácidas que empezaron a corroer el metal y la cerámica del casco, creando agujeros ennegrecidos que absorbían más energía de los láseres de espectro autoajustables chiss.

—El hiperimpulsor enemigo aumenta de revoluciones —gritó alguien—. Parece que se han hartado.

—Qué pena —dijo Ar'alani—. Si viramos, ¿podremos colocarnos en posición de disparo antes de que escapen?

—No será necesario —dijo Eli, señalando la pantalla táctica—. Los TIE ya están en ello.

—Ya los veo —dijo Ar'alani—. Alto el fuego. Dejemos el campo despejado para los imperiales.

Solo necesitaban un disparo. De nuevo liderados por los Defensores, provistos de escudos, los cazas se lanzaron sobre la parte trasera de la nave de guerra, escupiendo fuego láser contra su hiperimpulsor y sus propulsores. Los cazas desaparecieron de la vista de la *Imperturbable*, tras el casco de la nave grysk...

—Hiperimpulsor inutilizado —alguien confirmó—. Propulsores con la capacidad reducida en un ochenta y siete por ciento.

—Muy bien —dijo Ar'alani—. Acérquese y apunten las esferas de plasma a las armas que les quedan. Teniente Vanto, contacte con el *Quimera* y sugiérale al almirante Thrawn que emplee sus cañones de iones. Cuanto más intacta esté cuando la capturemos, más podremos averiguar.

Al parecer, el comandante grysk pensaba lo mismo. Al cabo de dos segundos, con la última salva de esferas de plasma de la *Imperturbable* volando ya hacia su blanco, la nave de guerra estalló.

El puente quedó en completo silencio. Extrañamente, ni siquiera Ar'alani parecía tener nada que decir.

El pitido que emitió el puesto de comunicaciones que tenía delante sacó a Eli de su parálisis. Miró el mensaje.

—¿Almirante? —dijo, dubitativamente—. El almirante Thrawn le envía recuerdos y dice que sería un honor recibirla a bordo del *Quimera* para una consulta.

—¿Cómo? —dijo Ar'alani, desviando sus relucientes ojos hacia Eli—. Agradézcale la invitación, teniente, y díglele que iré lo antes que pueda.

—Sí, señora —dijo Eli. Era evidente que Ar'alani seguía molesta con Thrawn por haberse involucrado en una operación chiss. Al parecer, su manera de castigarlo era hacerlo esperar.

En el Imperio, nadie excepto el Emperador se atrevería a sugerir siquiera que su tiempo era más valioso que el de un gran almirante. Pero Ar'alani no era una imperial. Era una chiss y estaba enfadada.

Le gustaría verlo por un agujerito. Aquella vieja imagen pasó fugazmente por la mente de Eli, antes de que su sentido común se impusiera. La reunión entre los dos almirantes tenía muchas posibilidades de ser memorable y no precisamente por agradable. Sería mejor quedarse allí, a salvo, lejos de la onda expansiva del encuentro.

—Pasen a disposición secundaria —continuó Ar'alani—. Quiero que un equipo de exploración vuele inmediatamente hasta los restos de la nave. Que se ocupen de recoger, organizar y analizar todos los restos posibles.

Señaló a Eli con el dedo.

—Mientras ellos hacen eso, teniente Vanto, usted se ocupará de preparar mi lanzadera. Usted y yo vamos a ver a su antiguo comandante.

—Sí, almirante —dijo Eli, reprimiendo un suspiro. «Ten cuidado con lo que deseas», recordó el viejo dicho.

Incluso cuando no lo deseabas en absoluto.

A pesar de la amenaza velada de Ar'alani, en realidad no alargó en absoluto su presencia a bordo de la *Imperturbable*. Eli acababa de recibir confirmación de que la lanzadera estaba preparada y tripulada, cuando la almirante terminó de dar sus órdenes a los oficiales del puente y le ordenó acompañarla al muelle.

Con una mezcla de sentimientos encontrados, Eli vio cómo el *Quimera* crecía de tamaño, hasta llenar por completo la ventanilla de la lanzadera. En sus días de cadete le habían destinado junto a Thrawn en contra de su voluntad y durante mucho tiempo le había irritado que hubieran alterado su vida de aquella manera. Poco a poco, esa actitud fue cambiando, esencialmente al ritmo en que su opinión sobre Thrawn pasaba de aburrimiento a interesante rareza y, finalmente, a ser lo mejor que podía haberle pasado en su carrera. Antes de que Thrawn le ofreciera aquel cambio abrupto en la vida, Eli apenas se había atrevido a pensar en su comandante como en un amigo.

Lo que no sabía, nunca había sabido, era qué pensaba de él Thrawn.

¿Thrawn tenía algún amigo? ¿Eli o algún otro? ¿Había tenido amigos cuando creció dentro de la Ascendencia Chiss o siempre había sido distinto, con una mente peculiar que desconcertaba o irritaba a sus iguales?

No era una cualidad habitual en los chiss. La almirante Ar'alani era una excelente comandante, bastante inteligente a su manera, pero carecía de la brillantez de Thrawn. No tenía su mismo don para observar y analizar el universo que la rodeaba, ni nadie que Eli hubiera conocido a bordo de la *Imperturbable*.

¿Thrawn era realmente único?

Tampoco era nada que necesitase saber. Ni siquiera creía que mereciera saber. Pero le habría gustado saberlo.

Sin embargo, era muy probable que ese deseo nunca se hiciera realidad.

Thrawn les esperaba en el muelle, con un casco bajo el brazo y su uniforme blanco parcialmente cubierto por una pechera blindada. Lo flanqueaban cuatro soldados de la muerte, con sus armaduras negras dándoles un aspecto aún más espeluznante con la luz atenuada del muelle.

—Almirante Ar'alani. —Thrawn saludó a Ar'alani en cheunh, cuando Eli y ella se acercaron—. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo, almirante Mitth'raw'nuruodo —dijo Ar'alani, asintiendo. Eli notó que su voz era estudiadamente neutra—. Espero que estés bien.

—Lo estoy —le dijo Thrawn—. El Imperio te agradece tu ayuda en la derrota de la nave de guerra grysk.

—Ha sido un placer para la Ascendencia. No has sufrido bajas, ¿verdad?

—Ninguna —confirmó Thrawn—. ¿Y tú?

—Tampoco —dijo Ar'alani.

Thrawn asintió y finalmente miró a Eli.

Instintivamente, Eli se puso firme. Hacía más de un año que había abandonado el Imperio. Había pasado más de un año desde la última vez que había hablado con su excomandante y mentor. Llevaba más de un año sintiéndose como un pez fuera del agua, sin ningún objetivo en la vida. En aquel momento, necesitaba los ánimos de Thrawn...

—Buenos días, teniente Vanto —le dijo Thrawn, asintiendo y volviéndose hacia Ar'alani—. Debemos ir al puesto de vigilancia —continuó, echando a andar hacia su lanzadera—. El pelotón de abordaje ya ha hecho un barrido inicial. Deberíamos reunirnos con ellos lo antes posible.

Eli quedó petrificado, con el saludo que tenía preparado atascado en un nudo de su garganta. Nada más. «Buenos días, teniente Vanto». Con los meses que habían pasado desde su último encuentro, ¿aquel era el recibimiento que le daba?

—Por supuesto —dijo Ar'alani, siguiéndolo—. Vamos, teniente.

—Sí, almirante —dijo Eli, aún con una extraña y sobrecogedora sensación de irrealidad. «Buenos días, teniente Vanto».

Echó a andar mientras los soldados de la muerte se acercaban para escoltarlos, y notó que su perplejidad y resentimiento se diluían al comprenderlo. Por supuesto. Thrawn

estaba siendo meramente formal por la urgencia de la situación y la presencia de extraños. Cuando llegasen a un lugar más privado, aquella actitud rígida y formal seguro que cambiaba.

El hecho de que Thrawn se hubiera referido a aquello como un puesto de vigilancia había llevado a Eli a imaginar algo en órbita fija, movido solo por la atracción gravitatoria compuesta del sistema. Pero, a medida que se acercaban, vio que se parecía más al tipo de laboratorios de exploración portátiles usados por la República en su fase de expansión. Pudo ver toberas de muestras, baterías de sensores, balizas de dirección y los inconfundibles conductos de ventilación y cables de energía de un hiperimpulsor. La mayor parte de la estación estaba a oscuras, era evidente que el *Quimera* la había alcanzado con una descarga de iones masiva, pero algunas luces externas empezaron a encenderse cuando se acercaban. En la parte trasera del puesto pudo ver el borde de un carguero ligero Allanan N3 muy maltrecho, pegado al casco, probablemente la nave que la *Imperturbable* había visto que sacaban del hiperespacio contra su voluntad.

—Interesante diseño —dijo Ar'alani—. No había visto nunca nada igual.

—Ni yo —dijo Thrawn—. Creo que fue creado por alguna de las especies satélite de los grysk.

—Quizá nos den alguna pista sobre nuestro enemigo.

Thrawn negó con la cabeza.

—Por desgracia, no.

—¿Estás seguro?

—Sí —dijo Thrawn, en un tono sombrío—. Están todos muertos.

—Asesinados.

«El mayor Carvia y cuatro de sus soldados de asalto esperan en el centro de mando. Junto a ellos hay dos grysk con miembros de doble articulación».

—Chiss —dijo el de la izquierda. *«Su nariz se aplana, las arrugas alrededor de sus ojos se acentúan, los músculos que rodean su boca se tensan. Quizá ira, quizá sorpresa, quizá regocijo»*—. Supongo que debimos sospechar que eran ustedes. —*«Su habla en meese caulf tiene cierta fluidez, pero también un fuerte acento. Algunas pronunciaciones son incorrectas»*.

—Supongo que sí —dijo Ar'alani. *«Su voz y lenguaje corporal contienen interés e ira controlada. Su meese caulf es mucho más fluido»*—. ¿Se lo has contado, Mitth'raw'nuruodo?

—Aún no. Pensé que te gustaría hacerlo a ti.

«Ar'alani inclina la cabeza. Su expresión contiene expectación y leve gratitud por ese gesto».

—Gracias. Creo que les gustará saber que han perdido su nave de defensa —les dijo—. Destruída.

«La expresión de los grysk cambia, sus torsos se tensan y enderezan brevemente, pero vuelven a relajarse».

—¿A qué se refiere, exactamente? —preguntó el grysk de la izquierda.

—La nave de guerra oculta tras un montón de piedras —dijo Ar'alani—. La nave de guerra que vigilaba por si surgían problemas. Una nave de guerra que se topó con problemas y pagó caro su exceso de confianza.

«El grysk de la derecha gira ligeramente la cabeza hacia su compañero, pero interrumpe el movimiento. Quizá sorpresa, quizá incredulidad».

—Si es un farol, lo está haciendo muy mal —dijo el grysk de la izquierda. *«Su tono es más grave, las palabras brotan con más mordacidad. Quizá cautela, quizá incredulidad».*

—No es ningún farol —dijo Ar'alani—. ¿Quieren ver su estado actual?

«La expresión del grysk de la derecha se mantiene imperturbable, pero el grysk de la izquierda vuelve a su postura inicial. Quizá ha asimilado ya la destrucción de la nave de guerra».

«Ar'alani también ha notado los cambios en su lenguaje corporal. La expresión de ella contiene una repentina comprensión».

—¿O no sabían que estaba allí? —preguntó.

«La expresión del grysk de la izquierda vuelve a cambiar. Ahora contiene quizá ira o decepción».

—No tendría mucho sentido tener un guardián y no saberlo, ¿no?

—Cuéntenos qué ha pasado aquí —dijo Ar'alani.

«El grysk de la izquierda emite un sonido parecido a un silbido húmedo».

—Averígüelo usted sola.

—No hablaba con usted, se lo decía a mi comandante de la tropa.

«La expresión del grysk cambia. Esta vez contiene ira y desprecio, claramente».

—¿Le pregunta su opinión a un subordinado?

—Un subordinado humano merece más respeto que un esclavo grysk.

«La ira aumenta».

—¿Me está llamando esclavo? Soy un Poseedor de Vida y Portador de Muerte. Soy un Buscador de Conquista.

—¿Comandante?

—Parece que llegaron al puesto y los mataron a todos, señor. —*«La voz del mayor Carvia contiene desdén y asco»*—. Cinco humanos y dieciochos seres de una especie que no hemos podido identificar, todos apuñalados varias veces. Los humanos estaban en salas que parecen de examen o confinamiento. Los otros estaban dispersos por varios lugares de la nave. —*«Duda, su lenguaje corporal contiene reticencias»*—. Me temo que también encontramos una chiss. Una joven. Pero ella no fue asesinada. —*«Esas nuevas palabras son como una ráfaga, en un tono que contiene pesar, con las palabras elegidas como pequeño consuelo»*—. Creo que pudo morir antes de los asesinatos.

«El lenguaje corporal de Ar'alani es más tenso. Sus ojos entrecerrados contienen un repentino brillo de esperanza».

—¿Dónde está?

—No.

«Ar'alani se vuelve. Su expresión contiene incredulidad y una creciente ira».

—¿Qué has dicho? —*«Su voz contiene amenaza».*

—Quieres venganza, lo entiendo. Pero estos son mis prisioneros y no puedo permitir que descargues tu ira sobre ellos.

«Ar'alani queda inmóvil. Su lenguaje corporal contiene confusión e ira, pero sigue callada. Su expresión cambia, conteniendo ahora comprensión».

—Ya hablaremos de esto, Mitth'raw'nuruodo —dijo ella. *«Su voz contiene deliberada neutralidad»*—. Ahora quiero ver a los muertos.

—Por supuesto. ¿Mayor Carvia?

—Sí, señor. —*«La voz del mayor Carvia contiene la conciencia de que ha sucedido algo, aunque sin alcanzar a entender su relevancia o detalles»*—. Por aquí, almirante. —*«Va hacia el pasillo. Dos soldados de la muerte le escoltan. Ar'alani se coloca al lado de Thrawn y el teniente Vanto tras ellos. El resto de los soldados de la muerte les siguen».*

—Gracias —dijo Ar'alani, en cheunh. *«Su voz es baja y contiene entendimiento y aceptación, aunque también cierta ira»*—. De todas maneras, no vuelvas a hablarme así delante de mis oficiales o tripulantes.

—¿No fue necesario? Teniente Vanto, ¿le ha parecido una falta de respeto hacia su almirante?

—Pudo parecerlo, almirante —dijo Vanto. *«Su voz contiene dudas, pero también comprensión. Su habla cheunh sigue siendo imperfecta, pero bastante correcta»*—. Supongo que a los grysk también pudo parecérselo.

—Entonces ¿mis palabras le parecieron una posible fisura entre la almirante Ar'alani y yo que quizá intenten explotar?

—Sí, señor —contestó Vanto.

—Muy bien, teniente —dijo Ar'alani—. Pero se le ha pasado por alto lo más esencial. Por un instante sentí un destello de esperanza y el almirante Mitth'raw'nuruodo no quiso que los prisioneros lo viesan. Por eso sé que fingió molestarse para distraerlos. —*«Señala el comunicador en el cinturón de Vanto»*—. Llame a la *Imperturbable* y dé orden de que envíen a la navegante Vah'nya.

—¿La navegante Vah'nya posee Segunda Visión? —preguntó Thrawn.

—Sí. —*«El tono de Ar'alani es firme, su lenguaje corporal contiene entendimiento y expectación ante lo que les espera. También contiene miedo de que sus esperanzas sean vanas».*

—Sí, almirante. —*«La voz de Vanto contiene ahora confusión. Aunque está familiarizado con la Tercera Visión, nunca ha oído hablar de la Segunda Visión. Pero su pulso es firme y seguro, sin rastro de dudas ni reproches, cuando saca el comunicador»*—. ¿Ha dicho... esperanza?

—Esperanza, teniente —le confirmó Ar'alani. «*Su expresión contiene ahora siniestro regocijo*»—. Creo que es muy probable que la navegante que el mayor Carvia cree muerta esté viva.

CAPÍTULO VI

El gran almirante Savit repasaba los informes sobre la última campaña de limpieza de piratas de su Tercera Flota cuando recibió la llamada del director Krennic.

—Almirante Savit —dijo Krennic, cordialmente. Incluso con las limitaciones de la borrosa holoimagen, Savit pudo notar que estaba contento—. Necesito que vaya a ver qué se trae Thrawn entre manos.

Savit arqueó una ceja solo un milímetro.

—¿Disculpe, director?

—Acabo de saber que Thrawn ha librado un combate con alguien cerca de mi punto de transbordo —dijo Krennic—. Necesito que vaya a averiguar qué está pasando y quiénes son los implicados. Y que lo detenga.

—Un momento —dijo Savit, enderezándose en su asiento. ¿Un combate?—. ¿Qué tipo de combate? ¿De qué escala? ¿Contra quién?

—¿No me escucha? —le espetó el director Krennic—. No conozco los detalles. El director adjunto Ronan me mandó un informe urgente, la verdad es que parecía bastante preocupado, pero no ha podido ampliarme la información. Por eso necesito que usted vaya hasta allí. Si Thrawn ha decidido ponerse a cazar piratas y me veo obligado a trasladar ese punto de transbordo, de nuevo, todo el calendario de Estrella se verá gravemente comprometido.

—Creía que ya lo estaba.

—Ya me entiende.

—No, en realidad no —dijo Savit—. Porque no me ha dado ninguna información real. Será necesario que Ronan le dé más detalles.

—Ya se los he pedido —dijo Krennic—. Pero, como le he dicho, no ha respondido.

—Bueno, entonces, me imagino que no será tan grave.

—Puede que alguien se lo impida —le respondió Krennic—. No está en plena libertad, ya sabe. Todo el *Quimera* está repleto de gente que sigue a Thrawn con lealtad ciega. Pueden tener a Ronan vigilado.

—Eso debería hacerle entender algo —dijo Savit—. Si una nave es devotamente leal a su comandante es porque este se ha ganado su confianza y respeto. Le aconsejo que deje de preocuparse por Thrawn y concentre todos sus esfuerzos en encarrilar el proyecto Estrella.

La mirada de Krennic se endureció.

—Interesante consejo, almirante. En ese caso, ¿no debería preocuparme por los disparates que Thrawn pueda estar haciendo a poca distancia de mi proyecto y sería mejor que volviera a mis asuntos? ¿Me está diciendo eso?

—¿Qué quiere que haga, director? —preguntó Savit, manteniendo un tono sereno. La experiencia le había enseñado que la mejor manera de inducir a una persona furiosa al

error era no dejarse llevar por la ira—. Tengo mis deberes y responsabilidades. No puedo salir corriendo a resolver un problema que ni siquiera ha podido demostrarme que sea real porque usted me lo pida.

Krennic se lo quedó mirando un buen rato.

—Siente simpatía por Thrawn, ¿verdad, almirante? —dijo, finalmente.

—Thrawn es gran almirante, como yo —dijo Savit, mirando atentamente la cara del director. Una pregunta extraña, particularmente viniendo de Krennic. ¿Qué pretendía, exactamente?—. Mis simpatías o antipatías son totalmente irrelevantes.

—Sí. Pero le cae bien —insistió Krennic—. Son tipos cultos, los dos, él con su arte y usted con su música. ¿Le he contado alguna vez que asistí a una de las galas musicales de su madre, hace unos años, cuando su *Para las estrellas* aún era solo una obra para un intérprete?

—No, no me lo había contado —dijo Savit—. No sé qué tiene que ver con...

—Una combinación poco habitual, ¿verdad? Compositor e intérprete talentoso —dijo Krennic—. Fue absolutamente genial que después desarrollase esa obra hasta convertirla en una ópera completa. ¿Sabía ya lo mucho que les gustaban las óperas al canciller Palpatine y al gobernador Grazlos? —Meneó una mano—. Tampoco importa, ¿verdad? En cualquier caso, suscitó la atención adecuada, conoció a la gente adecuada y terminó recibiendo su nombramiento. —Sonrió afablemente—. De hecho, no creo exagerar si digo que esa ópera y sus obras posteriores, además de granjearle el favor de la siempre insatisfecha élite de Coruscant, pudieron influir en su ascenso a gran almirante.

Savit sonrió. Así que allí era donde quería llegar. El muy idiota.

—Puede que tenga razón —le dijo—. Dicen que la vida cultural de Coruscant es el guante de seda que cubre el puño de granito del verdadero poder imperial. Dígame, director, ¿me está amenazando a mí o a mi familia?

Krennic arqueó las cejas.

—¿Yo? —preguntó, cándidamente—. No amenazo a nadie, almirante. Solo digo que lo que hoy gusta a la élite mañana puede terminar en un vertedero.

—Usted no entiende a la élite —dijo Savit—. Un momento, director. Recibo una transmisión prioritaria.

—Almirante...

La voz de Krennic se cortó a media frase y su imagen también quedó congelada en mitad de su arrebato. Savit entró en su sistema de comunicaciones personales y marcó el número privado del gran moff Tarkin.

—Al habla el gran almirante Savit —le dijo al droide filtrador—. Necesito saber si el gobernador Tarkin ha recibido alguna noticia de su fuente a bordo del *Quimera* sobre una presunta batalla cerca del punto de transbordo de Estrella.

Sonrió para sí, mientras cortaba y volvía a conectarse con Krennic.

—¿Cómo se atreve a dejarme colgado? —refunfuñaba el director.

—Disculpe, director —dijo Savit—. Creo que estábamos hablando de la élite y de amenazas veladas, ¿no?

—Estábamos hablando de Thrawn y de cómo sus actos están poniendo en peligro Estrella —le espetó Krennic.

—Ah —dijo Savit—. Perdona, director, pero me parece que está pasando por alto un factor esencial. Si Thrawn se distrae en otros asuntos y no logra cumplir el plazo que usted le ha impuesto, perderá la financiación para los Defensores que usted tanto interés tiene en conservar.

—Y usted, almirante, parece pasar por alto que, si fracasa, los grallocs seguirán hostigando a mis cargamentos y complicando mis plazos —dijo Krennic. Su voz volvía a ser serena y su actitud equilibrada—. O quizá no lo esté pasando por alto. Me parece que usted es otro de los secretos partidarios de los Defensores.

—No creo que eso sea ningún secreto —dijo Savit—. Sí, creo que al Imperio le vendrían mejor varios millones de cazas estelares avanzados que su querida Estrella de la Muerte. —Hizo una pausa, deleitándose con la conmoción que vio asomar en la cara de Krennic. El verdadero nombre del fruto final del proyecto Estrella era un secreto muy protegido y oscuro, Savit no estaba entre el puñado de seres que lo conocían—. Perdona... ¿eso era secreto? —añadió, cordialmente.

—Creo que ya sabe la respuesta —dijo Krennic. Su voz seguía siendo calmada, pero su tono se había oscurecido considerablemente—. En cuanto al plazo de Thrawn, eso no me preocupa. Ronan está allí para asegurarse de que Thrawn no cumple su objetivo a tiempo. Terminará encontrando la manera de acabar con los grallocs, lo que resultará de enorme utilidad. Pero yo conservaré los fondos de los Defensores.

Otro pitido del comunicador. Era Tarkin, justo a tiempo.

—En ese caso, director Krennic, quizá necesite reconsiderar mi decisión inicial —dijo Savit, tocando un botón para que Tarkin pudiera oírlos, pero manteniendo su holo invisible para Krennic—. Si puedo ayudar a Thrawn a cumplir su parte del trato, el proyecto de los Defensores seguirá adelante y eso será positivo. —Añadió el holograma de Tarkin a la comunicación—. ¿No está de acuerdo, gobernador Tarkin?

—Por supuesto —dijo Tarkin, con calma—. Buenos días, director Krennic.

Savit contuvo la respiración, mirando ambos hologramas detenidamente. Allí era donde su arriesgada apuesta podía volverse en su contra. De hecho, había generado aquel duelo entre Tarkin y Krennic sin que ellos lo supieran y si alguno de los dos se lo tomaba tan mal como para convertirlo en una enemistad eterna y absoluta, Savit podía verse en problemas.

Pero, por el momento, aquellas potenciales represalias parecían quedar postergadas para otro momento. La expresión de Tarkin era maliciosamente serena, prueba de que había captado rápidamente lo que sucedía y que, casi con toda seguridad, había deducido la maniobra de Savit. La cara de Krennic, tras un breve instante de sorpresa y enojo, también había adoptado su expresión de combate estándar, mirando a su mayor enemigo.

—Buenos días, gobernador —dijo Krennic, imitando el tono de Tarkin—. No sabía que lo habían incorporado a la conversación.

—El almirante Savit me ha consultado si he recibido alguna información sobre la batalla del gran almirante Thrawn de hace una hora —dijo Tarkin—. Mi fuente dice que su escuadrón de Defensores TIE tuvo un papel determinante en su victoria.

—Entiendo —dijo Krennic, con nueva tensión filtrándose entre su calma—. No sabía que la batalla había sido de esa escala. ¿Podría decirme contra quién combatía el *Quimera*?

Savit se inclinó levemente hacia la imagen. Esa era la pregunta crucial.

Pero, al menos por el momento, iba a seguir siendo un misterio.

—Mi fuente no tenía ese dato —dijo Tarkin—. Al parecer, había otras dos naves no imperiales involucradas, que posiblemente estaban combatiendo ya entre sí.

—¿Bandas de piratas rivales? —dijo Krennic—. ¿Piratas contra rebeldes?

—Ya se lo he dicho, no lo sé —dijo Tarkin, con un matiz travieso asomando en su mirada por la obvia irritación de Krennic—. Pero he enviado una pregunta a mi fuente. Si recibo ese dato, lo compartiré con usted, no le quepa duda.

—Por supuesto —dijo Krennic. Volvió a mirar a Savit—. Vistas las circunstancias, gobernador, quizá quiera sumarse a mi petición al almirante Savit de que vaya a investigar la situación.

—Estoy seguro de que el gran almirante Thrawn lo tiene todo bajo control —dijo Tarkin—. Pero si nos solicita ayuda, me lo pensaré.

Savit sabía que allí terminaba todo. Krennic estaba entre la espada y la pared, con la necesidad apremiante de que Thrawn se alejase del punto de transbordo por una parte, y la necesidad de que no lo hiciese demasiado rápido por la otra. Para Tarkin era mejor dejar trabajar a Thrawn sin interferencias y que resolviera el problema de los grallocs a su manera y ritmo. El hecho de que haber sido testigo de la maniobra de Krennic solo era un añadido.

Además, con su acuerdo con Savit para que este cooperase con Thrawn si necesitaba ayuda, Tarkin aún conservaba otro as en la manga.

En cuanto al propio Savit, lo mejor que podía hacer era mantenerse completamente al margen de todo aquello hasta que fuera necesario jugarse esa carta. Hasta entonces, cuanto más desapercibido pasara, mejor.

—En ese caso, creo que no puedo hacer nada más —dijo—. Gobernador Tarkin, también me gustaría saber más sobre la situación, si recibe más información.

Tarkin inclinó la cabeza.

—Me encargaré personalmente de trasladársela —le prometió.

—Gracias —dijo Savit—. Y gracias también por su interés, director Krennic. Quizá nos veamos algún día en una de las veladas culturales de mi madre.

Krennic le sonrió levemente. Pero había captado el mensaje. Savit no pensaba aceptar amenazas contra su familia, aunque fueran veladas.

—Buenos días —dijo Savit y cortó la comunicación.

Cuando las dos holos se apagaron, se permitió sonreír.

—Así —susurró al universo— es como afronta las cosas un gran almirante.

Llamó al puente.

—Contacte con el *Cazabrumas* —ordenó al oficial de comunicaciones—. El capitán Rasdel me aseguró que tenía un contacto en la oficina del gobernador Tarkin. Dígale que debe comunicarse con él y transmitirme cualquier información relacionada con Estrella y nuestra área de patrulla.

Sonrió para sí. Tarkin podía prometerle que le pasaría la información, pero Savit prefería contar con algo más seguro.

Con eso solventado había llegado el momento de dejar aquellos ridículos pleitos políticos y volver al trabajo.

—Después mande una transmisión al *Heraldo* —continuó—. Dígale al capitán Pellaeon que quiero que su primer oficial y él se reúnan conmigo aquí dentro de una hora para explicarles su próxima misión de caza de piratas.

Era evidente que al mayor Carvia le incomodaba tener que permitir el acceso de Thrawn y compañía al centro médico del puesto de vigilancia sin entrar con ellos. Los soldados de la muerte que escoltaban a Thrawn mostraron más reticencias aún. Este tuvo que darles orden directa de que esperasen en el pasadizo.

Eli sabía que, en parte, era debido a la presencia de Ar'alani, una almirante de una flota alienígena desconocida y no estudiada que podía parecer una amenaza al comandante de los soldados de asalto. Pero sospechaba que se debía, más particularmente, a su presencia. Un humano que había llevado el uniforme de la Marina Imperial pero que ahora lucía el negro de la Flota de Defensa Chiss.

Eli no sabía qué les iba a decir Thrawn sobre él a los soldados de asalto, o a la comodoro Faro, o a nadie. De hecho, no sabía si el gran almirante le mencionaría siquiera. Por lo que sabía, Thrawn podía enviarlo de vuelta con la Ascendencia cargando aún el peso de la vergüenza y la sospecha.

No le importaba. Thrawn le había dicho que podía ser útil a los chiss y Ar'alani parecía satisfecha con su trabajo, aquello le bastaba, por el momento.

Eran sus padres los que debían cargar con el estigma y sus antiguos amigos de la flota lo que tenían que ver su nombre siempre envuelto en desprecio.

Lo que hacía que la indiferencia que mostraba Thrawn hacia él le resultase tan desconcertante. ¿No era consciente de todo lo que había tenido que pasar? ¿De todas las cosas a las que había renunciado por él?

Quizá, antes de que aquello terminase, se podría quedar a solas con Thrawn, aunque fuera solo un minuto, y averiguar qué pensaba su antiguo comandante.

Si no era así, solo podía esperar que lo que Ar'alani tenía planeado para él, fuera lo que fuera, mereciese la pena.

Carvia había identificado aquella sala como el centro médico del puesto de vigilancia. A ojos de Eli, parecía más una inquietante mezcla de sala de primeros auxilios, cámara de

tortura y laboratorio para disecciones. Había un cuerpo humano desplomado sobre una silla, con los brazos y piernas atados, aparentemente apuñalado hasta la muerte. En el suelo había tres cadáveres de una especie que Eli no reconoció, dos cerca de una consola en el centro de la sala y el otro cerca del humano fallecido, todos sobre charcos de sangre rosa pálido.

La chica chiss, por el contrario, parecía completamente intacta. Estaba estirada boca arriba sobre una mesa de tratamiento, al fondo de la sala, con los brazos a los costados y las manos bajo las piernas, con una tela negra doblada cubriendo su cara y torso. No vio sangre, pero a Eli le pareció que estaba muerta.

Ar'alani no parecía opinar lo mismo. Antes de que la puerta se hubiese cerrado, la almirante cruzó apresuradamente la sala, hasta la mesa.

—¿Somnia? —preguntó Thrawn, siguiéndola junto a Eli.

—Una variante de la técnica, sí —dijo Ar'alani, por encima de su hombro—. Te marchaste antes de que la desarrolláramos. Necesito que atenúen las luces.

—Sí. —Thrawn miró alrededor y fue hasta el puesto de control del centro de la sala—. Teniente Vanto, traiga una toalla mojada con agua caliente, por favor.

—Sí, señor —dijo Eli, yendo en dirección opuesta, hacia un amplio lavamanos doble—. ¿Puedo preguntar para...?

—Algunas navegantes, sobre todo las más jóvenes, sufren a veces una especie de sobrecarga sensorial —dijo Ar'alani—. Llega acompañada de síntomas como jaquecas, dolores corporales, destellos visuales y vértigo.

—El tratamiento indicado es el aislamiento sensorial y una técnica mental llamada somnia —añadió Thrawn. Fue hasta la consola y apretó un botón. Las luces se atenuaron, emitiendo un brillo apenas visible—. El objetivo es ralentizar el metabolismo para disminuir los síntomas físicos, mientras el aislamiento sensorial acelera la recuperación mental.

Eli asintió, mirando a la chica con nuevos ojos, mientras Ar'alani apartaba la tela que le cubría la cara y el torso. Las manos metidas bajo las piernas reducían los estímulos táctiles de sus dedos, mientras la tela bloqueaba parcialmente su vista, oído y olfato.

A bordo de las naves chiss debía de haber instalaciones específicamente diseñadas para ese proceso, probablemente en la sección de navegantes, apartadas de la vista del resto de tripulantes. Allí, la muchacha había tenido que improvisar.

—¿Y los grysk no se dieron cuenta de que seguía viva?

—Interesante pregunta —dijo Thrawn—. La respuesta tiene implicaciones profundas. Pero pronto llegaremos a eso. ¿Ar'alani?

—Está viva —dijo esta, claramente aliviada—. ¿Teniente Vanto?

—Aquí —dijo Eli, yendo apresuradamente y tendiéndole la toalla húmeda—. ¿Qué quiere que haga?

—Apártese —le dijo Ar'alani, mientras doblaba la toalla y la colocaba sobre la frente de la chica—. No quiero que la primera cara que vea sea de un humano.

Eli hizo una mueca, pero la almirante tenía razón. Después de lo que aquella chica había pasado, necesitaba encontrar caras familiares al despertar.

—¿Cuánto tardará? —preguntó, retrocediendo.

De repente, el cuerpo de la chica se estremeció con violencia. Arqueó la espalda un instante y volvió a caer sobre la mesa. La chica lanzó un grito, mitad aullido, mitad quejido...

—¡Vuelve! —le dijo secamente Ar'alani—. ¡Navegante de la Ascendencia Chiss, vuelve!

La chica abrió los ojos. Por un instante, se quedó mirando fijamente a la mujer que tenía inclinada sobre ella. Después, abruptamente, se incorporó de la mesa y rodeó el cuello de Ar'alani con sus brazos con fuerza, como si fuera la única manera de evitar la muerte.

Y, como si un dique hubiera cedido, empezó a llorar.

Por el raballo del ojo, Eli vio que Thrawn le hacía gestos de ir hacia la puerta. Observando cómo la estricta, fría y rígida almirante chiss que conocía susurraba palabras de consuelo a aquella chica aterrorizada, Eli retrocedió silenciosamente.

Thrawn le esperaba cuando llegó a la puerta.

—¿Análisis, teniente? —le preguntó, en voz baja.

—Creo que los alienígenas muertos dirigían este operativo —dijo Eli—. Diría que estaban interrogando al humano cuando este fue asesinado. Supongo que tanto él como los demás humanos eran del carguero Allanan N3 al que vimos que atacaron hace unas horas.

—Muy probablemente —concedió Thrawn—. Los análisis deberían responder a eso. Continúe.

—Los alienígenas operaban esto, pero había un par de supervisores grysk —dijo Eli. La chica parecía calmarse, aunque seguía abrazando con fuerza a Ar'alani—. Pero esos supervisores no participaban del trabajo diario.

—¿Por qué dice eso?

—Porque no se dieron cuenta de que la chica seguía viva —dijo Eli—. Doy por supuesto que esto ya había sucedido antes y que los alienígenas estaban familiarizados. El hecho de que ella esté aquí, no en su camarote, sugiere que querían vigilarla.

—Muy bien —dijo Thrawn—. ¿Y qué pasó, entonces?

Eli frunció los labios, saboreando el calor del cumplido de Thrawn.

—Debió producirse un altercado —dijo—. Cuando usted atacó, quizá cuando inutilizó el puesto, los alienígenas se rebelaron y los grysk los mataron, como represalia.

—No —dijo Thrawn.

El calor se disipó.

—¿No fue un motín?

—Observe la ubicación de los cuerpos —dijo Thrawn—. Y el armario de material junto a las mesas de tratamiento.

—Ya lo veo —dijo Eli. El armario era una especie de vitrina, con gran variedad de instrumental médico a la vista tras unas puertas transparentes.

—Observe que hay grandes escalpelos y otras herramientas de corte —dijo Thrawn—. No falta ninguna. Si los alienígenas se amotinaron, estos tres se habrían armado con cualquier cosa que tuvieran a mano.

—Sí, entiendo —dijo Eli, haciendo una mueca. Debería haberse dado cuenta.

—Es más, ninguno de los cuerpos estaba dentro ni cerca del centro de mando —dijo Thrawn—. Tampoco hay rastros de sangre que indiquen la posible presencia de cadáveres que fueran después trasladados a otros sitios. La única sangre del suelo del centro de mando son las huellas dejadas por los grysk cuando volvieron para esperarnos.

—Entendido —dijo Eli. Vale, se le había pasado por alto. «*Aprende, supera la vergüenza o el disgusto, y sigue adelante*»—. Cuando el puesto quedó inutilizado sabían que íbamos a tomarlo y no querían que interrogásemos a nadie. Usted había achicharrado sus sistemas electrónicos, así que no podían activar el sistema de autodestrucción, por eso tuvieron que recorrer toda la nave para matarlos a codos con sus propias manos.

—¿Qué le hace pensar que disponían de sistema de auto-destrucción?

—Que la nave de guerra disponía de uno.

—Excelente —dijo Thrawn, asintiendo—. Mejor morir que ser capturado, particularmente en un operativo clandestino como este.

—Aun así, dos grysk siguen vivos —comentó Eli—. ¿Los soldados de asalto los atraparon antes de que se pudieran suicidar?

—Tendré que confirmarlo con el mayor Carvia, pero no creo que fuera eso —dijo Thrawn—. Lo más probable es que prefirieran esperarnos para descubrir qué sabemos sobre ellos y este operativo. ¿Ha percibido algo más en ellos?

Eli rebuscó en su memoria.

—Vi algo extraño cuando usted habló de su nave de apoyo. Creo que se sorprendieron al oír que la había destruido.

—No es del todo correcto —dijo Thrawn—. Creo que ni siquiera sabían que esa nave estaba aquí. —Ladeó la cabeza—. Lo que nos lleva a usted, Ar'alani, y la *Imperturbable*. ¿Qué les trajo, exactamente, a este sistema?

Eli miró a las dos chiss. La muchacha había dejado de llorar, pero seguía abrazando fuerte a Ar'alani. Esta la sujetaba ahora con una mano, mientras le acariciaba suavemente el pelo con la otra.

—Creo que eso debería responderlo la almirante —dijo.

—La almirante está ocupada y el tiempo puede ser crucial —dijo Thrawn, secamente—. Por eso se lo pregunto a usted.

—Sí, señor. —Un desertor y traidor al Imperio, sí. Pero allí estaba, a punto de contarle secretos chiss a su excomandante imperial. ¿Aquello iba a redimirlo de alguna manera? ¿O lo convertía en un doble traidor?—. La *Imperturbable* fue enviada a investigar unos informes sobre la posible infiltración de grysk o satélites de estos en esta

parte del Imperio. Seguimos a una nave hasta este sistema, pero nos sacaba mucha ventaja y desapareció entre un cúmulo de asteroides.

—Camuflada —susurró Thrawn.

—Sí —confirmó Eli—. Pero los dispositivos de camuflaje de los grysk son célebres por las malas lecturas externas e internas de sus sensores y Ar'alani pensó que era una buena oportunidad para espiarlos. Dio un golpe de propulsor a la *Imperturbable* y la dejó en modo oscuro. Casi estábamos en rango de pasar a la acción, cuando los vimos atacar al carguero.

—Sí —dijo Thrawn, pensativo—. Y después apareció el *Quimera* e interfirió con los planes de Ar'alani.

Eli titubeó. Pero no podía sortear aquella cuestión.

—Creo que eso es lo que ella piensa, sí.

—Seguro —dijo Thrawn—. La nave que seguían, ¿qué información pudieron obtener sobre ella?

—Apenas nada, en realidad —reconoció Eli—. Las emisiones del impulsor eran claramente grysk, pero hemos visto que algunas especies satélites de ellos también usan ese tipo de impulsores, por lo que no nos aclaró nada sobre su procedencia.

—Me interesa más su tamaño —dijo Thrawn—. Concretamente, si era del tamaño de este puesto de vigilancia, de la nave de guerra u otro.

Eli contuvo la respiración, entendiéndolo de repente.

—¿Quiere decir que ni esta nave ni la que destruimos nosotros es la misma que estábamos siguiendo? ¿Que ahí fuera hay una tercera nave grysk camuflada?

—Eso creo —dijo Thrawn—. Supongo que era una nave de suministros, enviada a reabastecer al puesto de vigilancia.

—Pero llegó hace más de un día —dijo Eli—. ¿Tan lentos son transfiriendo los suministros?

—Posiblemente —dijo Thrawn—. También es posible que su presencia indique que estaba preparada para llevarse los cautivos del *Allanar N3* y trasladarlos a otra nave o base grysk.

—Debemos alertar a la *Imperturbable* —dijo Eli, sacando su comunicador—. Y al *Quimera*...

—No —dijo Thrawn, sujetándole el brazo—. Espere y reflexione. Si la nave invisible escucha nuestras comunicaciones, no queremos que sepan que somos conscientes de su presencia.

—No sabrán lo que decimos —dijo Eli—. Nuestro cifrado es seguro.

—No asuma nunca que ningún mensaje es seguro —dijo Thrawn—. Sospecho que nuestras comunicaciones ya están en riesgo. ¿Quién le dice que las suyas no?

—Pero...

—No se preocupe por el *Quimera* —dijo Thrawn—. Es muy probable que la almirante Ar'alani haya deducido ya la presencia de la tercera nave y haya colocado a la *Imperturbable* en alerta máxima.

Al otro lado de la sala, Ar'alani había logrado liberarse del abrazo de la chica, aunque ella seguía rodeándole los hombros con un brazo. La muchacha miraba fijamente a Thrawn y Eli, parpadeando para ver mejor entre aquella penumbra y sus lágrimas.

—Vengan —gritó Ar'alani—. Ya puede hablar.

Thrawn y Eli cruzaron la sala. El chiss aprovechó para reactivar las luces al pasar por la consola de mando.

—Buenos días, navegante chiss —dijo al llegar junto a ellas—. Soy el gran almirante Mith'raw'nuruodo, actualmente al servicio del Imperio Galáctico. Este es el teniente Eli Vanto, antiguo oficial del Imperio, ahora al servicio de la Ascendencia Chiss. ¿Cómo te llamas?

—Un'hee —dijo, en voz baja—. Me... —Tragó saliva—. Los grysk me sacaron de mi casa hace dos años. He estado a su servicio desde entonces...

—Cuando se la llevaron tenía cinco años —dijo Ar'alani—. Y puede que sea el mayor error que jamás hayan cometido los grysk.

—¿Por qué? —preguntó Thrawn.

—Ha guiado naves grysk por gran parte de sus territorios —dijo Ar'alani—. Si puede reproducir o repetir los caminos que navegó para ellos, quizá podamos levantar algo del velo de secretismo que con tanto empeño han construido.

—Interesante —dijo Thrawn—. En ese caso, todo lo demás está claro.

—¿Qué quedaba por aclarar? —preguntó Ar'alani.

—Por qué los alienígenas no les dijeron a los grysk que Un'hee seguía viva —dijo Thrawn—. Probablemente eran de una especie satélite reticente y prefirieron salvarle la vida a Un'hee como último desafío a sus tiranos.

—Creía que los grysk sometían mundos enteros —dijo Eli.

—Es su método preferido —dijo Ar'alani—. Pero a veces les resulta más fácil y rápido someter solo al gobierno a sus designios y propósitos.

—Sobre todo en culturas donde los habitantes siguen ciegamente a sus líderes —dijo Thrawn—. Al parecer, este grupo en concreto no era tan obediente a las directrices de su gobierno como los grysk creían.

—O el tiempo que pasaron al servicio de los grysk les hizo cambiar de opinión —dijo Ar'alani, ladeando la cabeza—. ¿Y dedujiste todo eso desde tan lejos?

—No —dijo Thrawn—. Yo estaba investigando la desaparición de naves de suministro imperiales. No tenía la menor idea de que los grysk pudieran estar implicados en los robos hasta que nos atacaron. —Inclinó la cabeza hacia Ar'alani—. Te pido disculpas por haber interferido con tu operación.

—Disculpas aceptadas, pero no son necesarias —dijo Ar'alani—. Ahora ya sabemos por qué Un'hee sigue viva. Eso también sugiere un posible motivo por el que esos dos grysk prefirieron no suicidarse y esperarnos.

—Querían confirmar que Un'hee había muerto —dijo Thrawn, asintiendo—. Quizá entendieron que deberían haberlo comprobado personalmente, en vez de hacer caso a sus esclavos.

—Me di cuenta tarde —dijo Ar'alani—. Hiciste bien al disimular mi esperanza ante ellos. —Estrechó con más fuerza los hombros de Un'hee—. Ahora esa esperanza pende de un hilo.

—La nave de suministros camuflada —dijo Thrawn, asintiendo—. Nuestros dos prisioneros grysk deben de tener alguna forma de comunicarse con ella, incluso esposados. Si sospechan que Un'hee sigue viva, no hay duda de que pedirán que ataquen este puesto.

—Que aún se está recuperando de tu ataque de iones —dijo Ar'alani—. No sé de qué defensas dispondrá, pero no creo que estén operativas.

—Y los peligros están a punto de multiplicarse —dijo Eli—. Vah'nya viene hacia aquí. Si los grysk destruyen el puesto, matarán dos navegantes por el precio de una.

—Una de las cuales dotada también de Segunda Visión —dijo Ar'alani, sombríamente, mientras sacaba su comunicador.

—No —dijo Thrawn—. Si ven que la obligas dar media vuelta, sospecharán.

—Pero no dispararán —insistió Ar'alani—. Si lanzan un ataque revelarían su posición, lo que solo les permitiría realizar un disparo antes de que la *Imperturbable* los destruyera. Ese único disparo podría ser contra el puesto de vigilancia o la lanzadera de Vah'nya y no saben qué blanco es óptimo.

—Tienes razón —dijo Thrawn—. Pero saben que Un'hee está aquí, viva o muerta, y desconocen si la nave que se aproxima tiene algún valor. Si un cambio brusco en la trayectoria de la lanzadera llama su atención, lo más inteligente por su parte sería asegurarse de neutralizar la amenaza más probable.

Eli miró su crono.

—Si la lanzadera no se ha retrasado, debe de estar lo bastante cerca para que el ataque contra el puesto sirviese también para acabar con ella.

Ar'alani le miró con intensidad. Eli se puso tenso, pero la mirada de su almirante se suavizó rápidamente.

—Puede —reconoció ella—. Pero ahora, al menos, tenemos alguna posibilidad. Cuando Vah'nya llegue aquí, sí serán dos navegantes por el precio de una.

—O más —dijo Thrawn—. Un'hee, ¿hay más chiss a bordo de este escuadrón de naves grysk?

—No —dijo Un'hee—. Usan a otros seres como navegantes. De otros pueblos, algunos de ellos entrenados por los Sirvientes. Yo era la única chiss. Yo fui... —Un destello de miedo y dolor cruzó su cara— un regalo.

—Entiendo —dijo Thrawn, en tono grave—. Bien, eso significa que podemos disparar a los grysk sin preocuparnos por acabar con vidas chiss.

—Eso no saca a Un'hee y Vah'nya del peligro —dijo Ar'alani—. Debemos encontrar la manera de ponerlas a salvo.

—Lo haremos —le aseguró Thrawn—. Bastará contarles algo convincente a nuestros prisioneros grysk. Solo necesitamos... —Se calló al oír el pitido suave de su comunicador—. ¿Sí?

Eli no oyó nada. De repente, la expresión de Thrawn quedó congelada.

—No —dijo, secamente—. No lo haga. —Una breve pausa—. De acuerdo —dijo Thrawn—. Bien. Mándelo.

—¿Mandar a quién? —preguntó Ar'alani, con recelo.

—Alguien problemático —contestó Thrawn—. Prepárese, teniente Vanto. Es probable que esto le resulte desagradable.

CAPÍTULO VII

Ronan le había pedido a Thrawn que le dejase acompañarlo en su visita al puesto de vigilancia alienígena. Thrawn se había negado. Ronan le había pedido a la comodoro Faro que le dejase tomar una segunda lanzadera para salir tras la comitiva, pero también se había negado, con velada satisfacción por aquel desaire, al borde de la insubordinación.

Pero el director Krennic no se había rendido jamás en la vida y Ronan había aprendido con el mejor. Finalmente, fue bajando por la cadena de mando hasta que encontró un resquicio en el compacto cuerpo de oficiales de Thrawn. Fue la capitana del muelle, una teniente primera llamada Xoxtin que no tenía ningún aprecio a Thrawn ni Faro y que mantenía el debido respeto a la élite imperial.

Ronan no formaba parte de esa élite, pero el director Krennic sí, y en aquellos ámbitos, que Ronan estuviera directamente relacionado con ese nombre tenía un peso considerable. Su ondeante capa blanca quizá también ayudase.

Había tres puertos de amarre en la estructura. La lanzadera de Thrawn ocupaba uno, mientras que el segundo estaba ocupado por una embarcación extraña, maniobrando para aterrizar... una embarcación que notó que tenía la misma forma vagamente reptiliana y el mismo emblema de varios círculos que la nave no identificada que flotaba a lo lejos, a estribor del *Quimera*.

Al parecer, mientras Thrawn le negaba a un oficial imperial de alto rango como Ronan el acceso al puesto de vigilancia y su tecnología, no tenía ningún inconveniente en dejar subir a bordo a un grupo de alienígenas. Furioso, amarró su lanzadera en el tercer puerto, disuadió al soldado de asalto que quería pedirle permiso a Thrawn para dejarle subir a bordo y fue donde el soldado le indicó.

Tras tanto esfuerzo, pensó sombríamente para sí mientras caminaba por unos pasillos silenciosos, esperaba que el viaje hubiera merecido la pena.

Así fue.

El comandante de los soldados de asalto y los dos soldados de la muerte de guardia eran un claro indicio de la sala en la que se habían metido Thrawn y su comitiva. Los soldados de asalto, sin embargo, no se amedrentaron al oír el nombre y rango de Ronan. Uno de ellos se quedó callado y llamó al interior. Ronan tuvo que quedarse allí un rato, poniendo mala cara, mientras el gran almirante tomaba una decisión. Finalmente, a Ronan le pareció que a regañadientes, los tres guardias se apartaron y le dejaron pasar.

El soldado de asalto había dicho que era un centro médico, pero le pareció más un centro de interrogatorios que una sala de primeros auxilios. Pero todo aquello era secundario. Estaba plenamente concentrado en los cuatro seres que vio al fondo de la sala, junto a una mesa de tratamiento acolchada.

El gran almirante Thrawn.

Una mujer con la misma piel azul y ojos rojos brillantes que Thrawn enfundada en un uniforme blanco de diseño extraño.

Una niña, de unos seis o siete años, también con la piel azul y los ojos rojos, vestida con un simple mono y sentada sobre la mesa.

El hecho de que la gente de Thrawn hubiera sido, aparentemente, uno de los bandos en la breve batalla daba pie a varias preguntas importantes, preguntas que Ronan haría en un momento u otro. Pero, por el momento, todo aquello quedó eclipsado por la visión de la cuarta persona del grupo.

El comandante Eli Vanto. Desertor de la flota imperial. Y, aparentemente, colaborador de un gobierno alienígena.

Un traidor.

—Le pedí que se quedase a bordo del *Quimera* —dijo Thrawn. Su tono era neutro, pero Ronan pudo percibir la hostilidad subyacente.

—Ya debería saber que esa orden no tiene validez —replicó Ronan, mirando a Vanto. De repente veía tantas cosas claras—. El director Krennic y el gobernador Tarkin dejaron muy claro dónde llega su autoridad sobre mí.

—A bordo de una nave de guerra imperial, el comandante es la autoridad suprema —dijo Thrawn.

—Pero ahora entiendo por qué tenía tanto interés en tenerme lejos —continuó Ronan—. Hola, comandante Vanto. ¿O su desertión le ha proporcionado un nuevo rango? ¿Algo más acorde a sus nuevos amigos y aliados?

—Ahora es teniente Vanto, director adjunto —dijo Thrawn—. Y su marcha del Imperio no fue ninguna desertión. Al contrario, fue autorizada personalmente por el Emperador.

—¿Sí? Vaya —dijo Ronan, con sarcasmo. Una defensa habitual en ese tipo de situación, una parte invoca un nombre importante y la otra replica lanzando otro aún más importante. Ronan había mencionado a Tarkin y el director Krennic, por lo que a Thrawn solo le quedaba el Emperador.

Una defensa habitual, pero estúpida y contraproducente. Allí, lejos del Centro Imperial y la civilización, Thrawn podía arreglárselas con aquello. Pero, finalmente, tendría que respaldar aquellas palabras con pruebas y todo se desmoronaría.

Y si el Emperador salía de su senilidad el tiempo suficiente para prestar verdadera atención, la carrera de Thrawn también podía desmoronarse.

—Y tiene documentos que lo demuestran, ¿verdad? —preguntó, sin molestarse en disimular su cinismo.

—No hay ningún documento —dijo Thrawn—. Pero eso mejor lo dejamos para otro día. El tiempo apremia y debemos aprovecharlo al máximo.

La puerta se abrió tras Ronan. Se dio la vuelta y dio un paso a un lado, esperando ver entrar a los soldados de la muerte en un vano intento de detenerlo.

En realidad, se encontró ante otra cara de piel azul, esta de una joven en uniforme negro.

—¿Quién es usted? —preguntó Ronan.

La mujer miró detrás de él, hacia el grupo de la mesa.

—Esta es Vah'nya —la identificó Thrawn—. No habla básico.

—Por supuesto que no —gruñó Ronan, mirándola mal, mientras Vah'nya pasaba con cuidado junto a él y se reunía con los demás—. ¿Así que se trata de esto? ¿Está implicando a su pueblo en un intento por interferir con el proyecto Estrella? —Entrecerró los ojos—. ¿O pretende robárnoslo? Porque si lo intenta siquiera...

—Cálmese, director adjunto —le cortó secamente Thrawn—. Nadie amenaza su proyecto. Estamos en grave peligro aquí y debemos actuar rápidamente si queremos salir de esta sanos y salvos.

Ronan notó que torcía los labios. Otra defensa y distracción habitual.

Sin embargo, cuando miró los ojos del gran almirante y de los que tenía al lado, tuvo la estremecedora sensación de que esta vez Thrawn le decía la verdad.

—Explíquese —dijo.

—Hay otra nave enemiga ahí fuera —dijo Thrawn—. Camuflada y esperando.

—¿El qué?

—A saber si esta chica está viva o muerta —dijo Thrawn, señalando a la muchacha sentada sobre la mesa—. Creemos que los dos grysk que tenemos retenidos en la sala de control tienen alguna manera de comunicarse con la nave. Necesitamos encontrar esa vía de comunicación y cortarla. O alguna manera de que no sospechen nada.

—¿Si no? —preguntó Ronan.

—Si no destruirán este puesto de vigilancia —dijo Thrawn—. Con nosotros dentro.

Ronan miró a la niña. Tenía la cara tensa y empapada en lágrimas, sus ojos estaban llenos de miedo y cansancio. No podía poseer ningún talento ni experiencia útil. Una niña tan pequeña no.

La conclusión evidente era que sabía algo. Algo crucial, algo que la nave de allí fuera no quería que nadie más supiera.

¿Qué podía saber que fuera tan importante?

—¿Y qué va a hacer? —preguntó.

—Como le he dicho, debemos tenerlos controlados —dijo Thrawn.

—O darles lo que quieren —dijo Vanto, pensativo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Thrawn.

—Tenemos dos lanzaderas imperiales amarradas —dijo Vanto—. Podemos mandar una de vuelta vacía e intentar que los grysk disparen contra ella.

—Eso es absurdo —dijo Ronan, desdeñosamente—. Seguro que pueden detectar si hay formas de vida a bordo.

—Pues entonces les endulzamos el cebo —dijo Vanto—. Metemos los dos grysk a bordo y mandamos un mensaje al *Quimera* advirtiéndole que les enviamos un par de prisioneros valiosos. No les dejamos pilotarla, claro —añadió apresuradamente—, sino que los atamos.

—¿Y quién pilota? —preguntó Ronan—. ¿Usted?

—Nadie —dijo Vanto—. El *Quimera* la remolca con un rayo tractor.

Ronan resopló. Haber perdido a aquel idiota a manos del pueblo de Thrawn quizá no había sido tan malo para el Imperio.

—¿Y les dejamos volar a los prisioneros, que son nuestra mejor baza para descubrir qué está pasando?

—No son nuestra mejor baza —dijo Thrawn—. Están dispuestos a morir para evitar cualquier interrogatorio. —Sonrió levemente—. No obstante, dicho eso, no creo que eso vayamos a decidirlo nosotros.

—¿Y espera que lo decida la otra nave? —Ronan negó con la cabeza—. Es ridículo. Si pretende engatusarlos, necesita enviar un mensaje claro y no serán tan estúpidos como para tragárselo.

—Nunca he dicho que el mensaje fuera claro —dijo Thrawn, débilmente—. Al contrario, dispongo de un código que espero que sean capaces de descifrar.

Ronan frunció el ceño. Aquel comentario había tenido un tono extrañamente siniestro.

—¿Un código imperial?

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Sí. El plan del teniente Vanto debería funcionar. —Frunció los labios ligeramente—. Con algunos ligeros ajustes.

Se volvió hacia la mujer de blanco y empezó a decir algo en un idioma desconocido. Ella contestó y Thrawn le dijo algo más. La mujer se giró hacia la niña y le habló, recibió una respuesta y después se dirigió a Vah'nya, quien también contestó. La niña y Vah'nya hablaron un momento, y la mujer de blanco se sumó a la conversación.

Vanto miró a Ronan, volvió a mirar al grupo de caras azules parlantes y fue silenciosamente hasta él.

—Están preparando un plan de batalla —dijo, en voz baja—. Básicamente un señuelo destello-trampa...

—¿Habla conmigo, traidor? —le cortó ásperamente Ronan.

Vanto arqueó las cejas.

—No, creo que no. Disculpe. —Inclinó la cabeza y empezó a retroceder.

Ronan cerró la mano en un puño. Tablas.

—Alto —ordenó—. Lo... siento —se obligó a decir—. Dígame de qué hablan.

Vanto le miró un segundo y volvió a inclinar la cabeza.

—Como le he dicho, un destello-trampa. Quieren hacer salir a la nave camuflada de su escondite y que nos conduzca hasta su base.

—¿Por qué creen que tiene una base?

—Los grysk necesitan un núcleo de comunicaciones para un operativo tan alejado de su territorio —dijo Vanto—. No pueden recurrir a la HoloRed para comunicaciones de larga distancia, el Imperio podría detectar esos mensajes, por lo que deben emplear un dispositivo conocido como tríada. Si logramos encontrar la tríada y la base asociada...

La mujer de blanco dijo algo en un tono firme. Vanto se calló y se volvió hacia ella. La mujer le dijo algo más. Vanto contestó un par de palabras en el mismo idioma e inclinó la cabeza.

Thrawn dijo algo. La mujer se volvió hacia él y Ronan tuvo la sensación de que estaban discutiendo, no charlando.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—La almirante Ar'alani dice que esta operación no es asunto suyo —le tradujo Vanto.

Ronan se enfureció.

—¿Ah, sí?

—El almirante Thrawn no está de acuerdo con ella —continuó Vanto—. Cree que la presencia de los grysk aquí sugiere que están más preparados para actuar contra el Imperio de lo que él pensaba.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ronan. Ya se había preguntado qué hacía allí la gente de Thrawn. La idea de que hubiera otra especie alienígena preparada para actuar contra el Imperio resultaba aún más inquietante.

Sobre todo si planeaban atacar Estrella.

—El almirante Thrawn dice que usted es un alto oficial de un proyecto llamado Estrella —dijo Vanto—. Sugiere que, si los grysk preparan algo, Estrella podría ser muy útil para la defensa imperial.

Ronan notó que entornaba los ojos. Más valía que Thrawn no estuviera sugiriendo que el director Krennic iba a cederle el proyecto gustosamente.

La mujer, Ar'alani, le dijo algo a Vanto. Este se volvió y respondió. Ar'alani replicó algo brusco. Esta vez, Thrawn no intervino.

Vanto se volvió hacia Ronan, con una expresión perfectamente controlada.

—El almirante Thrawn y la almirante Ar'alani me solicitan que ejerza como su enlace y traductor, por ahora —dijo.

Ronan sintió un leve hormigueo en la piel. ¿Compartir el espacio con un traidor... escucharlo y, encima, tener que hablarle?

Peor todavía, ¿tener que confiar en él?

No. Era inadmisibile.

—Dígale a su almirante que lo olvide —dijo, con firmeza—. Su mera presencia aquí es un insulto a todo en lo que creo.

—En ese caso, le mandaré de vuelta al *Quimera* —dijo Thrawn—. Y tendrá que quedarse encerrado en su camarote hasta que la operación haya terminado.

—No puede ordenarme eso —respondió Ronan.

—Claro que sí —dijo Thrawn, fríamente—. Como le he dicho, un comandante de navío es la autoridad suprema que decide lo que puede y no puede hacerse. Es más, es probable que el *Quimera* deba entrar en combate y tengo órdenes de proteger a todos los pasajeros de alto rango, con las medidas que yo considere oportunas.

Ronan entornó los ojos. Thrawn no podría sostener aquel argumento. Ronan podía enviar un mensaje al director Krennic explicándole con detalle lo sucedido, incluida la colaboración de Thrawn con una posible fuerza invasora y su asociación con el traidor Eli Vanto. Una vez el director recibiera ese mensaje, lo más probable era que Thrawn acabase en el siguiente transporte de prisioneros para el Centro Imperial.

Asumiendo, por supuesto, que Thrawn no le impidiese el acceso al sistema de comunicaciones del *Quimera*. Si el almirante echaba mano de protocolos de combate para encerrar a Ronan en su camarote, probablemente también podría cortarle las comunicaciones.

Y Ronan no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras Thrawn ponía una nave imperial en peligro. Aunque solo fuera por ser la voz de la razón, su deber era estar presente en las siguientes deliberaciones y actos de Thrawn.

—Bien —gruñó—. Vanto puede hacer de traductor. ¿Ahora qué?

—Lanzaremos el cebo —dijo Thrawn—. A ver si el enemigo pica.

—Vamos a enviar la lanzadera del director asistente Ronan de regreso al *Quimera*, comodoro —dijo la voz de Thrawn por el altavoz—. Llevará dos prisioneros grysk a bordo. Deben considerarlos altamente valiosos y peligrosos.

—Entendido, almirante —dijo Faro, frunciendo el ceño ante la pantalla del comunicador. Thrawn le había indicado el cifrado G77, un código que estaba en los archivos de la nave pero que nunca habían empleado.

Aun así, había aprendido que cuando Thrawn hacía algo siempre era por algún motivo, normalmente un buen motivo no aparente.

—Por seguridad, la mandaremos sin tripulación —continuó Thrawn—. Encárguese de que un rayo tractor la remolque. También quiero que el capitán Dobbs realice una escolta envolvente completa.

Faro sonrió cuando aquel velo de confusión empezó a retirarse. El capitán Dobbs y su escuadrón de Defensores, unos cazas cuyas capacidades podían fácilmente desconocer aquel grupo de grysk.

Al parecer, el almirante del *Quimera* intentaba tenderles una trampa.

—Entendido, señor —dijo Faro—. Daré orden de que Dobbs y su escuadrón regresen inmediatamente de su patrulla.

—Gracias, comodoro —dijo Thrawn—. Avíseme cuando esté lista. Cuando subamos a los prisioneros a bordo, espero que los planes de nuestro enemigo, ahora envueltos de misterio, se aclaren ante nuestros ojos.

Faro notó que torcía el labio. Envueltos de misterio. Allí lo tenía, la confirmación de la conclusión a la que ya había llegado.

Allí fuera, en algún sitio, había otra nave grysk camuflada.

—¿Y esos planes verán la luz del día pronto? —preguntó Faro.

—No inmediatamente —dijo Thrawn—. Pero todo lo oscuro termina por aclararse, si se persiste lo suficiente.

—Entendido, señor —repitió Faro—. Estaremos preparados para cuando nos necesite.

—Gracias, comodoro. Corto.

La transmisión se cortó y Faro fue al puesto de armas.

—¿Lo ha oído todo? —preguntó.

—Sí, señora —dijo Pyrondi, en tono sombrío—. Hay otro fisgón acechando. Genial.

—Podría ser peor —dijo Faro—. El hecho de que no se haya sumado al combate cuando su compañero peleaba por su vida...

—Y perdía.

—Y perdía, claramente —coincidió Faro—, sugiere que no dispone de un gran arsenal. Probablemente sea una nave exploradora o de reabastecimiento atrapada en el peor momento y lugar.

—Creo que no tardaremos en descubrirlo. —Pyrondi se martilleó suavemente los labios con las yemas de los dedos—. Podría ser complicado, si deciden disparar y escapar. Aparte de dar unos cuantos tumbos a ciegas, no creo que nada impida volar a una nave camuflada.

—Están las emisiones del impulsor que escaparían del camuflaje —le recordó Faro—. Creo que esperan que las sigamos.

—No servirá de mucho, si saltan a velocidad luz.

—Cierto. —Faro señaló la nave chiss con la cabeza, a unos kilómetros de la proa del *Quimera*—. Quizá los chiss conozcan alguna manera de rastrear naves por el hiperespacio, no como nosotros. Pronto lo descubriremos.

—Me ha gustado esa frase de los planes y la luz del día —añadió Pyrondi—. No hay nada mejor que el fuego concentrado de turboláser para alumbrar una noche oscura. Lástima que Thrawn haya dicho que no.

—No creo que haya dicho que no —dijo Faro—. Solo que todavía no. Así que deje de hacer pucheros, primera teniente, y prepare a su equipo.

Miró por la ventanilla.

—El universo está a punto de volver a ponerse interesante.

Los planes estaban trazados, la información relevante se había transmitido al *Quimera* y la *Imperturbable*, y todos los jugadores estaban en sus puestos.

Y ahora venía la espera. Para Eli, aquella siempre era la parte más dura.

El hecho de tener al director adjunto Ronan muy enfadado al lado tampoco ayudaba. Los dos caminaban unos pasos por detrás de Thrawn y su escolta de soldados de la muerte... Eli notó, íntimamente complacido, que los soldados habían formado una caja alrededor del gran almirante, impidiendo claramente que Ronan pudiera acceder a él. Todos miraban por la ventanilla principal del puesto de observación grysk. La lanzadera

que estaba a punto de convertirse en el centro de atención de todos no podía verse desde donde estaban, pero Eli notó que el *Quimera* mantenía su posición, a escasos kilómetros de distancia. Tras este, parcialmente tapada de la vista, estaba la *Imperturbable*. Sabía que las dos naves estaban en alerta máxima y listas para el combate.

Como mínimo, Eli esperaba que lo estuvieran. El problema era que las fuerzas grysk a menudo contaban con refuerzos de alguna de sus especies satélites, y cada una de estas poseía una gama ligeramente distinta de tecnología y armamento. Esto implicaba la posibilidad de llevarse una sorpresa, posiblemente letal.

—Esto es una locura —masculló Ronan—. Thrawn conseguirá que nos maten a todos.

—Creo que su idea es que no maten a nadie —dijo Eli—. En todo caso, estoy seguro de que está abierto a sugerencias mejores.

Ronan resopló.

—Quizá tuyas o de Ar'alani. No más. Bueno, ¿dónde están?

—¿Quién?

—Ya sabe quién —gruñó Ronan—. Ar'alani, Vah'nya y la niña. Quizá crea que no tengo cerebro, pero como mínimo debe admitir que tengo ojos.

—Perdone —dijo Eli, con el mejor tono de disculpa que pudo. Esperaba que Ronan tardase un poco más en detectar la ausencia de las tres chiss—. Creo que la almirante Ar'alani está consultando con las otras.

—¿Consultando el qué?

—No lo sé —dijo Eli. Por una vez, era verdad... en realidad no sabía qué tramaban las tres. Tenía algo que ver con la Segunda Visión que habían mencionado Thrawn y Ar'alani, pero no tenía la menor idea de qué.

—¿Tiene algo que ver con lo que sabe la niña? —insistió Ronan—. Debe ser algo que sabe... no puede tener ningún talento o entrenamiento útil para los grysk. No a su edad.

—En realidad no sé qué hacen —repitió Eli, reprimiendo una mueca. Ronan iba bastante bien encaminado—. Estoy seguro de que nos lo contarán cuando consideren que debemos saberlo.

—Eso es un poco ambiguo —gruñó Ronan—. Da igual. Si quieren que interceda por ellos ante el director Krennic, deberán entender que deben contarme todo lo que yo quiera saber cuando lo quiera saber.

—Puede que el Emperador no opine lo mismo.

Ronan resopló débilmente.

—El Emperador —dijo, desdeñosamente—. Thrawn y usted no dejan de invocar su nombre, como si fuera un hechizo que pueden usar contra mí. Créame, el Emperador apoya totalmente al director Krennic, lo que implica que me apoya plenamente a mí. Es más, en cuanto Estrella esté operativa, el resto de la estructura de seguridad del Centro Imperial será completamente irrelevante. El director Krennic y el Emperador serán los únicos importantes.

Eli recordó su único encuentro con el Emperador, cuando Thrawn había sido trasladado a Coruscant desde su exilio en las Regiones Desconocidas. La voz del Emperador... su presencia... sus ojos...

Sobre todo sus ojos.

—Quizá solo importe el Emperador.

—Créame... el director seguirá ahí mientras Palpatine continúe en su cargo —dijo Ronan—. Ahora mismo, yo de usted estaría más preocupado por su propio futuro. Me estoy planteando llevarlo de vuelta al *Quimera*, hacer que lo encierren y enviar un mensaje al DSI para que vengan a arrestarle por deserción.

—Creo que el almirante Thrawn tendría algo que decir al respecto —dijo Eli, resistiendo la tentación de comentar que era la marina, no el Departamento de Seguridad Imperial, quien se ocupaba de las deserciones.

—No entiende quién soy, ¿verdad? —dijo Ronan—. Bien. En realidad, Thrawn tampoco.

Eli desvió su atención hacia Thrawn, que estaba sacando su comunicador. Mantuvo una conversación breve e inaudible y después se volvió levemente.

—Director adjunto, teniente Vanto —gritó, haciéndoles gestos—. La operación va a empezar. Por favor, vengan.

Cuando la guardia de soldados de la muerte se apartó para dejarlos pasar, Eli sintió que se le aceleraba el corazón.

Era hora de ver si el enemigo mordía el anzuelo.

—Adelante —dijo la voz del almirante Thrawn por los altavoces del puente.

Faro se enderezó un poco.

—Defensores, en formación. Control de tractores, fijen la nave y remólquela.

Un par de respuestas afirmativas y sintió una leve sacudida de la pasarela de mando bajo sus pies cuando el rayo tractor del *Quimera* salió proyectado, atrapó la lanzadera y empezó a remolcarla. En la pantalla táctica, los seis Defensores del escuadrón del capitán Dobbs estaban en posición, volando en escolta cerrada alrededor de la lanzadera.

Y todo el mundo a bordo del *Quimera*, y probablemente también de la *Imperturbable*, miró el cúmulo de asteroides, en busca de algún rastro del enemigo oculto.

Faro, inquieta, se frotaba las yemas de los dedos en las costuras de los pantalones de su uniforme, dolorosamente consciente de que el plan de Thrawn podía torcerse de muchas maneras. Probablemente tenía razón en que los grysk escondidos solo podrían realizar un disparo y que eran conscientes de ello. Pero no podían predecir dónde dispararían de ninguna manera. Si decidían que sus congéneres de la lanzadera estaban perdidos, podían elegir destruir el puesto de vigilancia. Si era así, y el *Quimera* no lograba contraatacar lo bastante pronto, las naves imperial y chiss se podían quedar de repente sin comandante.

Faro no sabía qué dirían o harían las autoridades chiss en ese caso. Pero sabía perfectamente lo que el Alto Mando imperial le diría y le haría a ella.

La lanzadera ganaba velocidad, mientras el rayo tractor aceleraba la inercia inicial de la nave y la distancia entre las naves disminuía. Faro observó su avance, consciente del delicado equilibrio preciso, si iba demasiado rápido quizá los grysk no tuvieran tiempo de realizar su disparo, si iba muy lento quizá sospechasen que era una trampa. La lanzadera ya había cubierto un tercio del trayecto...

Y, de repente, una ráfaga de fuego láser salió disparada de un punto vacío, junto a uno de los asteroides de mayor tamaño. La salva pasó por encima del puesto de vigilancia e impactó con toda su fuerza contra la escolta de Defensores...

Y se disipó como olas marinas rompiendo contra rocas de basalto, lanzando su furia rebotada inofensivamente hacia el espacio.

Como Thrawn esperaba, y Faro deseaba, aquel grupo de enemigos aún no se había enterado de que el Imperio disponía de cazas TIE equipados con escudos.

—Turboláseres, fijen el blanco —gritó Faro, cruzando los dedos mentalmente. Entendía que Thrawn había tenido que dar aquella orden en términos muy vagos para evitar que los grysk que les escuchasen la entendiesen, pero lo importante ahora era si Faro había descifrado bien los deseos de su almirante—. Disparen a baja potencia sobre el centro y a mayor potencia contra los extremos.

—Entendido —respondió Pyrondi—. Turboláseres, abran fuego... sin impacto. Repito, sin impacto.

Faro maldijo entre dientes. Protegidos por su dispositivo de camuflaje, los grysk intentaban escapar.

—Hammerly, localice sus emisiones de propulsión. Patrullas TIE, ataquen con propagación de plena saturación. Encuéntranlos.

—Emisiones de propulsión localizadas y trazadas —dijo Hammerly, mientras aparecía una línea en la pantalla táctica—. Quemado corto... pueden haber usado reactores de maniobra para cambiar de vector.

—¿Están en punto muerto?

—Sí, comodoro. No se detectan emisiones recientes.

Faro miró la pantalla táctica. La mayoría de los reactores de maniobra empleaban gases comprimidos, más seguros cerca de puertos de amarre y otras naves, pero los sensores de Hammerly no podían detectar aquellas emisiones frías desde tan lejos.

Lo bueno era que los reactores de maniobra no ofrecían mucha potencia. Si la nave camuflada había partido del vector de Hammerly y después había virado, no podía dar la vuelta para atacar a la lanzadera.

—Dobbs, súpese a la búsqueda —ordenó Faro—. Disparos de baja potencia... por ahora solo queremos encontrarlos.

—Recibido —dijo Dobbs, enérgicamente.

Faro se volvió para echar un vistazo rápido a la lanzadera y vio que los Defensores rompían la formación de escolta y se unían al resto de TIE en su barrido.

—Control de tractor, máxima potencia —ordenó Faro. Con el enemigo oculto fuera ya de su escondrijo, no tenía ningún sentido seguir demorando la llegada de la lanzadera. Si Thrawn no se equivocaba, los dos prisioneros habrían ingerido ya suficiente veneno para asegurarse no sobrevivir y no revelar ningún secreto. Pero eso no significaba que el equipo médico que Faro tenía esperando en el muelle no fuera a intentarlo.

—¡Allí! —gritó Agral.

—Ya los veo —dijo Faro. La nave grysk se había hecho visible en el límite más alejado del cúmulo de asteroides—. Timonel...

Tras un destello de pseudomoción, los grysk saltaron a la velocidad luz.

—La nave chiss se ha puesto en marcha —advirtió Hammerly.

—Timonel, apártese para darle espacio —le ordenó Faro a Agral. Si los chiss tenían alguna manera de seguir el rastro de la nave grysk por el hiperespacio, quizá aún tuvieran alguna opción. La *Imperturbable* también emitió un destello...

Y no fue a ningún sitio.

—¿Qué demonios? —exclamó alguien.

Faro maldijo en un susurro.

—Han sido tan amables de dejarnos un regalo de despedida —dijo—. ¿Almirante Thrawn?

—Aquí estoy, comodoro —dijo la voz de Thrawn por los altavoces—. Buen trabajo.

Faro se estremeció. ¿Buen trabajo?

—Señor, la nave grysk ha huido —dijo, con cautela. ¿Acaso se le podía haber pasado por alto?

—Justo lo que esperaba que hiciera —la tranquilizó Thrawn—. La primera fase de esta batalla ha concluido. Pasamos a la segunda. ¿Capitán Dobbs?

—Sí, señor —se sumó la voz de Dobbs.

—¿Sería tan amable de localizar el generador del pozo de gravedad?

—Sí, señor.

Mientras Faro lo observaba, Dobbs desvió su Defensor del resto de cazas implicados en la persecución. Se produjo un destello cuando saltó a la velocidad luz y Faro inició mentalmente una cuenta atrás. Cinco segundos para conseguir algo de distancia, tres más para dar media vuelta en un giro cerrado, cuatro o cinco más para regresar al campo de asteroides...

De repente, un grueso cilindro apareció ante su vista, a un kilómetro de la nave chiss. Cuando el Defensor de Dobbs salió del hiperespacio, el cilindro volvió a desaparecer, cuando el generador de pozo de gravedad se desactivó y el dispositivo de camuflaje volvió a activarse.

—¿Lo tiene? —preguntó Thrawn.

—Sí, señor —le confirmó Faro—. Parece que han refinado el sistema de ocultación del generador hasta que detecta algo acercándose por el hiperespacio. Es mucho más difícil de localizar.

—Eso también sugiere que los grysk han desarrollado un sistema de sensores hiperespaciales más sofisticado —dijo Thrawn.

—O alguna de sus especies satélites —dijo Faro—. ¿Quiere que lo remolque?

—Creo que la gente de la almirante Ar'alani ya está en ello —dijo Thrawn—. Nosotros nos contentaremos con analizar el del puesto de vigilancia que inutilizamos antes.

—Sí, señor —dijo Faro, estremeciéndose. Estaba bastante segura de que en Coruscant no gustaría nada que Thrawn regalase tecnología grysk a nadie. Pero no tenía la menor intención de poner ninguna objeción.

Sobre todo con una nave de guerra chiss flotando a un flanco del *Quimera*.

—Mientras tanto, comodoro —dijo Thrawn—, prepare el *Quimera* para volar. A mi regreso, iremos a la base avanzada y centro de comunicaciones grysk.

Faro quedó boquiabierto. La nave que podía conducirlos hasta aquella base se les acababa de escapar. ¿No?

—¿Sabe dónde está, señor?

—Pronto lo sabré —dijo Thrawn—. Prepare mi nave, comodoro. Para volar y para el combate.

CAPÍTULO VIII

—Ha escapado —dijo Ronan—. ¡Ha escapado!

Probablemente no era lo más apropiado para decirle a un gran almirante, como le advirtió una vocecita en un rincón de su mente. Ni las palabras apropiadas ni, sin duda, el tono adecuado.

Pero en aquel momento le daba igual. La nave alienígena había salido de su escondite, había podido disparar limpiamente a los prisioneros, un ataque que solo había fracasado por la inmensa fortuna de que los Defensores TIE que Thrawn había destinado como escolta tenían los escudos activados, y después había escapado ante las narices del *Quimera*.

Thrawn podía fingir que aquello formaba parte de su plan. Ronan había visto a mucha gente usando aquella misma excusa con el director Krennic. Pero la verdad era que los artilleros de los turboláseres de Thrawn habían dispuesto de un tiro claro contra el fugitivo enemigo y no habían logrado abatirlo.

O quizá no había sido culpa de los artilleros del *Quimera*. Quizá había sido la interferencia de la nave de Ar'alani la que lo había estropeado todo. Ronan no había podido verlo bien desde el puesto de vigilancia, pero era evidente que la nave de Ar'alani se movía cuando los atacantes grysk escaparon al hiperespacio.

Si era así, Thrawn quedaba en una posición aún más precaria. En lugar de encubrir a unos tripulantes que habían fallado, estaba encubriendo a unos seres... peor aún, estaba colaborando con unos seres que ni siquiera pertenecían al Imperio. Seres que podían convertirse en un enemigo, antes o después.

¿Qué sabía realmente el Emperador sobre Thrawn y su pueblo? ¿Y hasta qué punto le importaba?

—Cálmese, director adjunto —le dijo Thrawn, serenamente—. ¿No ha escuchado mi conversación con la comodora Faro? Esta solo es la primera fase de la batalla. La segunda no tardará en empezar.

—¿Cómo? —preguntó Ronan—. La nave se ha marchado. ¿Piensa recurrir a un viejo hechizo Jedi para hacerla regresar? ¿O espera que vuelva por sí sola?

—¿Esa nave en particular? —Thrawn negó con la cabeza—. No. Otras... quizá. Ya veremos. De todas formas, por ahora su papel en esto ha terminado. El mayor Carvia y sus soldados de asalto lo escoltarán de regreso al *Quimera*.

—No lo creo —dijo Ronan, secamente—. Ar'alani sigue aquí y tengo la sensación de que usted y Vanto no han terminado con ella. Mientras ella no vuelva a su nave, yo no iré a ninguna parte.

—El almirante le ha dado una orden —dijo Carvia, dando un paso hacia él.

—Sí, ya lo he oído —dijo Ronan, mirándolo mal—. Y ya hemos pasado por esto. Tengo un mandato del director Krennic y el gobernador Tarkin. El almirante Thrawn no me puede ordenar ir a ningún sitio en contra de mi voluntad.

—Descanse, mayor —dijo Thrawn, levantando una mano cuando Carvia dio otro paso—. El director adjunto Ronan se puede quedar si lo desea. Usted y sus soldados de asalto pueden escoltar al teniente Vanto hasta la lanzadera.

—Un momento —dijo Ronan, mirando a Vanto. El joven esperaba en silencio a un lado—. No puede subir a bordo de una nave imperial. No con una acusación por desertión pendiente.

—Considérelo un préstamo de la almirante Ar'alani —dijo Thrawn—. Necesito su pericia con los números y las fechas.

—¿Qué números?

—Los que usted me dio —dijo Thrawn—. Necesito que analice y siga el rastro de los cargamentos y personal de las naves desaparecidas.

—Ni hablar —dijo Ronan, sintiendo un arrebato de ira—. Le prohíbo categóricamente que le permita acceder a esos datos.

—Tengo un plazo que cumplir —dijo Thrawn.

—Me da igual.

—Igual que usted y el director Krennic —continuó Thrawn, como si Ronan no hubiera dicho nada—. La paciencia del Emperador tiene un límite y el proyecto Estrella sigue acumulando un peligroso retraso.

—Me da igual —repitió Ronan—. No me parece sensato poner datos imperiales en manos de un... —Volvió a mirar a Vanto, quien parecía hacer grandes esfuerzos por mantenerse tan invisible y discreto como podía— un traidor.

—Pues es usted tonto —dijo Thrawn.

Ronan lanzó una dura mirada al gran almirante.

—¿Qué me ha llamado?

—Le he llamado tonto —repitió Thrawn. Por primera vez, con un destello de genuino enfado en su voz—. Una nave robada finge una avería accidental y lleva su cargamento hasta un apeadero. No es una nave perdida, como imaginó el director Krennic, sino robada. Una fuerza enemiga ataca y destruye el apeadero e intercepta la nave y su cargamento. Varios humanos desaparecen del apeadero y los que tripulan la nave son asesinados.

—Ladrones y piratas —dijo Ronan, desdeñosamente.

Pero pudo notar las dudas en su propia voz. Thrawn tenía razón, maldición. Alguien había encontrado la forma de robar provisiones y material del proyecto Estrella y los alienígenas grysk con la manera de explotar esos robos.

Si conocían aquella vía de suministros y el punto de transbordo, ¿qué podía esperar? ¿Planeaban un ataque a gran escala? ¿Los ladrones o los grysk?

¿Conocían los demás puntos de transbordo, por los que circulaba el material más importante?

¿Planeaban un ataque contra la Estrella de la Muerte?

Esa era la posibilidad realmente aterradora. Hasta que estuviera plenamente operativa, la estación de combate era vulnerable a un ataque.

No había ninguna banda pirata lo bastante potente para atacarla. Tampoco tenían suficiente tiempo ni energía para dedicarle, no con el gran almirante Savit acabando sistemáticamente con todas las bandas criminales de la región. Pero los grysk podían organizar un ataque eficaz.

De hecho, también la almirante Ar'alani podría.

Ronan no se fiaba de Thrawn. No con Ar'alani y una nave llena de su gente allí.

El Emperador podía haberlo nombrado gran almirante. Podía incluso confiar en él, pero eso no era respaldo suficiente para Ronan. También había nombrado gran moff a Tarkin y aquel manipulador era tan poco fiable y malvado como el que más.

No, Ronan no se fiaba de Thrawn. Pero, a aquellas alturas, solo en un puesto de vigilancia alienígena, su mejor opción era fingir que sí.

—Lo ha dejado claro —dijo—. Bien. Vanto puede analizar los datos. Pero solo bajo la supervisión de la comodoro Faro.

—Gracias —dijo Thrawn. Como si Ronan realmente pudiera elegir—. Teniente Vanto, se marchará inmediatamente con el mayor Carvia. El director adjunto Ronan y yo nos reuniremos con usted en breve.

—El almirante Thrawn se reunirá con usted —dijo Ronan, reconociendo el doble ardid que acababa de tejer Thrawn. Si Vanto se marchaba, por lo que no podría seguir traduciendo para él, no tenía ningún sentido que Ronan se quedase—. Yo puedo volver ahora.

—Como desee —dijo Thrawn—. Ordenaré a la comodoro Faro que vaya a recibirlos al muelle y que escolte al teniente Vanto hasta un lugar en el que pueda trabajar.

—Creo que lo instalaremos en el despacho de la comodoro —dijo Ronan.

Para variar, Thrawn pareció realmente sorprendido.

—La comodoro puede poner alguna objeción a eso.

—Qué lástima —dijo Ronan, serenamente—. Usted mismo ha reconocido que esos datos deben mantenerse a salvo. ¿Qué mejor manera de hacerlo que permitir que Vanto haga su análisis directamente en la computadora de Faro?

—Sin duda —dijo Thrawn, recuperado ya de su sorpresa—. Avisaré a la comodoro para que los espere y prepare el despacho del puente trasero para el teniente Vanto.

—Bien —dijo Ronan—. ¿Lo veremos pronto a bordo?

—Sí —prometió Thrawn.

No, Ronan se dijo a sí mismo que no podía hacer nada más allí, mientras iba con Vanto y los soldados de asalto hacia el puerto de amarre. Sin embargo, podía hacer muchas cosas a bordo del *Quimera*.

Concretamente, podía enviar un mensaje urgente al director Krennic explicándole con todo detalle lo que estaba sucediendo.

Decidió que, una vez hecho eso, podría resultarle muy instructivo estar con Vanto en el despacho de Faro y vigilar a aquel traidor mientras repasaba los números de las naves del punto de transbordo. Si Vanto pretendía hacer algo con los datos o si Thrawn le había dado instrucciones secretas al respecto, Ronan podría darse cuenta.

Y si tramaban algo parecido a una traición, no se iban a salvar ni invocando el nombre del Emperador. Ninguno de los dos.

«Un'hee sigue sentada en la mesa de estudio. Vah'nya está sentada a su lado. Las dos están encorvadas hacia delante, como si cargasen peso sobre los hombros. Tienen las manos juntas, con los dedos blanquecinos por la fuerza con que se agarran. Su temperatura facial es alta. Tienen los ojos completamente cerrados. Los músculos de la cara de Vah'nya están tensos, los músculos de su garganta se mueven. Su expresión y lenguaje corporal contienen una tensión y concentración severas. También contienen quizá miedo, quizá reticencia».

«La expresión de Un'hee es distante, como próxima al sueño. Contiene matices de miedo y desesperación».

—Están a punto de acabar —dijo Ar'alani.

«Ar'alani está de pie junto a la puerta. Su mano reposa sobre el arma de mano que lleva escondida. Su postura contiene alerta. Su expresión contiene miedo».

—¿Tienes miedo de que Vah'nya no logre la información necesaria?

«La expresión de Ar'alani cambia, sugiriendo ahora cierta irritación».

—No es miedo, Mitth'raw'nuruodo —dijo. *«Su voz contiene la misma irritación, pero en menor grado que su expresión»*—. Espero que te des cuenta de lo desconcertantes que son esos trucos de lectura de mente tuyos, incluso cuando no te funcionan.

—Yo no leo las mentes, Ar'alani. Solo las caras. Si no es miedo, ¿qué es?

«Ar'alani se queda callada dos segundos y medio».

—¿Qué sabes de las Segunda Visión? —*«Ahora habla más suavemente. La irritación ha desaparecido, pero su voz sigue conteniendo miedo».*

—Muy poco. No conozco los secretos más profundos de la Ascendencia.

—No debes. —*«Su voz contiene ahora cierto desdén»*—. Te mandaron al Imperio para que lo estudiaras, no para que te unieras a él.

—Aproveché la situación que se me presentó. ¿Qué es lo que más te preocupa de esto?

—No puedo decírtelo.

—Pues nos estás arrebatando nuestra mejor opción de victoria. La información sesgada no me sirve.

«Ar'alani se queda callada otros dos segundos».

—No deberías saber esto —dijo. «*Su voz contiene resignación, pero también tozudez*»—. El Consejo se pondrá furioso si mis palabras salen de esta sala.

—No saldrán.

—¿Ni siquiera a tu Emperador?

—Solo me pide lealtad en mis actos, no en mi corazón o mi mente. Los secretos más hondos de los chiss seguirán siéndolo.

—Espero que así sea. —«*La voz de Ar'alani contiene renovada preocupación*»—. Se cuentan cosas sobre sus poderes. A diferencia de ti, se rumorea que él sí puede leer las mentes.

—Ese secreto quedara a salvo. ¿Qué es lo que temes?

—La Tercera Visión es la visión desde fuera —dijo Ar'alani. «*Su voz vuelve a bajar de volumen. Su tono contiene la conciencia clara de que está a punto de decir algo que teme que pueda desvelarse*»—. La Segunda Visión es la visión desde dentro.

—¿Dentro de qué?

—No dentro de qué, dentro de quién —le corrigió Ar'alani—. Ahora mismo, le mente de Vah'nya se está sumergiendo en la de Un'hee, buscando información sobre el uso que ha hecho de la Tercera Visión para guiar la nave grysk hasta aquí.

—¿Y ese proceso pone en peligro a Un'hee?

—En condiciones normales, no —dijo Ar'alani—. Vah'nya encontrará la información y podrá replicar el camino hasta la base avanzada de los grysk.

—¿Y si las condiciones no son normales?

—El peligro surge si Un'hee también posee Segunda Visión. —«*La cara de Ar'alani se calienta, sus músculos faciales se tensan. Sus dedos rodean su arma, como si se preparase para defenderse de un ataque*»—. En ese caso, existe el riesgo de que Vah'nya y ella se extravíen una en el alma de la otra.

—¿No hay historial de las habilidades de Un'hee?

—La Segunda Visión no se suele manifestar hasta los diez u once años —dijo Ar'alani—. Un'hee solo tiene siete.

—¿Pero eso puede suceder igualmente?

—Puede —dijo Ar'alani—. Y puede que no. En todo lo que he leído no he encontrado ninguna mención a dos navegantes tan inusuales. —«*Señala a las dos chicas, sentadas juntas. Sus dedos siguen tensos, con la rigidez de su movimiento revelando incerteza y temores*»—. Un'hee, según cualquier precedente, es demasiado joven para saber si posee Segunda Visión. Vah'nya, según todos los precedentes, es demasiado mayor para conservar la Tercera Visión. Una desafía a la historia, quizá la otra también.

—Por quien más temes es por Vah'nya, ¿verdad?

—Temo por ambas —dijo Ar'alani—. Pero sí, Vah'nya es la que más esperanzas ofrece para nuestro futuro. Descubrir por qué ha podido extender su Tercera Visión más allá de la edad normal sería clave para crear una fuerza de defensa como los chiss no hemos tenido nunca.

—Lamento oír eso.

«*Ar'alani se da la vuelta. Su cara contiene repentinos recelos y alarma*».

—¿Por qué?

—Porque si Vah'nya consigue descubrir el camino a la base grysk, la necesitaré para guiar al *Quimera* hasta allí.

—No. —«*La voz de Ar'alani contiene una negativa rotunda. Su postura contiene desafío y repentino enfado. Sus dedos se estrechan aún más sobre su arma*»—. Se quedará en la *Imperturbable*.

—Necesito que me guíe hasta nuestro enemigo común.

—Cuentas con tus propios sistemas de navegación.

—No puedo traducir los recuerdos de Un'hee a números para una computadora de navegación.

—No permitiré que la pongas en peligro.

—No puedo evitarlo. La base grysk podría estar dentro del rango de vigilancia de naves o mundos imperiales. Es más, el enemigo puede tener prisioneros vivos que debemos rescatar. Nadie puede veros ni a la *Imperturbable* ni a ti.

—No le tengo miedo ni a los grysk ni a tu Imperio. —«*La expresión de Ar'alani contiene desafío y desdén*».

—Pues tenlo por mí. En estos momentos, el director adjunto Ronan está decidiendo qué le explica al director Krennic y después al Emperador. La actividad militar chiss ante la presencia de fuerzas imperiales podría acabar con mi carrera. Posiblemente con mi vida.

«*Ar'alani queda en silencio siete segundos. Su expresión cambia, conteniendo ahora frustración y resignación. Sus dedos se estrechan por última vez alrededor de su arma, después se relajan con reticencia*».

—Supongo que ninguno de esos dos desenlaces sería útil para la Ascendencia —dijo. «*Su voz contiene cierto grado de humor negro e ironía*»—. Muy bien. Cuando Vah'nya vuelva del entrelazamiento, le anunciaré sus nuevos cometidos. Te advierto que es muy probable que se muestre reacia y temerosa.

—Vanto estará con ella al principio. Por desgracia, él no podrá estar mucho tiempo con nosotros.

—¿Tendrá que marcharse por culpa de Ronan?

—Es posible. Ronan sigue siendo impredecible.

—Es un peligro. —«*La expresión de Ar'alani no contiene duda ni incerteza*»—. Supongo que tendrás un plan para deshacerte de él, ¿verdad?

—Tengo un plan para deshacerme del peligro.

—Asegúrate de hacerlo. —«*La expresión y el tono de Ar'alani contienen ahora una siniestra determinación*»—. Como te he dicho, el lugar que ocupas en el Imperio es importante para la Ascendencia. Si no eliminas a Ronan, yo misma me ocuparé de hacerlo.

«*Se oye un gritito apagado. Vah'nya y Un'hee se enderezan, arqueando el torso ligeramente hacia atrás, antes de volver a colocarse en posición vertical. Los*

movimientos de las dos navegantes son muy sincronizados. Vah'nya abre los ojos, medio segundo después los abre Un'hee. Vah'nya vuelve la cabeza para mirar al otro lado de la sala, Un'hee mantiene la vista gacha, rompiendo el movimiento sincronizado previo.

—Se han separado —dijo Ar'alani. «*Su voz contiene alivio*»—. El peligro ha pasado. —«*Da un paso adelante*»—. Navegante Vah'nya, ¿se encuentra bien?

«*La expresión de Vah'nya contiene fatiga y un temor que se disipa lentamente*».

—Sí. Ha sido... complicado.

—No lo dudo —dijo Ar'alani—. ¿Tiene el camino?

—Sí. —«*La voz de Vah'nya sigue conteniendo cansancio, pero también determinación*»—. Puedo llevarlos a la base avanzada grysk.

—Excelente. —«*La voz de Ar'alani contiene cautela. Su expresión contiene una atención extrema*»—. Pero las próximas horas no irá a bordo de la *Imperturbable*. El gran almirante Mitth'raw'nuruodo ha solicitado su ayuda en la batalla contra nuestro enemigo común y he aceptado su petición.

«*Los músculos faciales de Vah'nya se tensan. Su mirada va de un lado a otro, después se posa en la cara de Ar'alani*».

—¿Vendrá alguien de la *Imperturbable* conmigo? —preguntó. «*Su voz contiene ansiedad y temor*»—. El teniente Eli, por ejemplo. ¿Estará conmigo, al menos?

—Estará cuando suba a bordo. Por desgracia, tengo otra misión para él —dijo Thrawn.

—¿Una misión más importante que proteger a la navegante Vah'nya? —preguntó Ar'alani. «*Su voz contiene desafío*».

—Sí.

—No —dijo Vah'nya. «*La ansiedad en su voz se acentúa*»—. No puedo ir sola. Por favor, no me haga ir sola con extraños.

—No tenemos a nadie más aquí —dijo Ar'alani.

—¿Y tú? —preguntó Thrawn.

«*Ar'alani se da la vuelta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa*».

—¿Yo? Imposible. Soy la comandante de la *Imperturbable*. Debo permanecer en mi nave.

—Tu nave y tripulación estarán a salvo aquí en el corto espacio de tiempo que nos llevará la misión.

—Los grysk pueden regresar.

—Aún no. Quizá más adelante, pero aún no. En cualquier caso, la primera tarea de tu gente aquí es analizar ese puesto de vigilancia y descubrir todos sus secretos. No necesitan tu presencia para eso.

—Soy su comandante —dijo Ar'alani. «*Su voz contiene insistencia*».

—Y Vah'nya es un recurso vital para la Ascendencia Chiss. En las próximas horas, ella te va a necesitar más que la *Imperturbable*.

—Me sentiría mejor si me acompañara —dijo Vah'nya. «*Su voz contiene dudas y miedo, además de una creciente desdicha*»—. Por favor, almirante.

—Los Estatutos de Mando lo permiten —dijo Thrawn.

—No me des lecciones sobre lo que permiten o dejan de permitir los Estatutos de Mando. —«*El tono de Ar'alani contiene irritación. Pero ya no muestra dudas ni indecisión*»—. Muy bien. Por el bien de la navegadora Vah'nya y el futuro de la Ascendencia Chiss, la acompañaré. —«*Su expresión contiene una breve ira*»—. No lo hago por ti.

—No pido más —dijo Thrawn—. Vayamos a prepararnos al *Quimera*. Cuanto antes terminemos con esta segunda parte de la batalla, antes podremos empezar la tercera y última.

CAPÍTULO IX

—Ahí —dijo Vanto, señalando un par de líneas en la pantalla de la computadora del despacho de Faro—. Esas dos. ¿Las ve?

—Claro que las veo —gruñó Ronan. Pero no le decían absolutamente nada.

Nada de todo aquello le decía nada. Llevaba cerca de dos horas allí sentado, mientras Vanto repasaba datos y más datos, pasando páginas, colocando unos datos junto a otros, invirtiéndolos y quién sabe qué más. Durante todo ese tiempo, Vanto no había abierto la boca, excepto para emitir algún gruñido o leve silbido entre dientes.

Faro se había presentado un par de veces, aparentemente para comprobar cómo iban sus progresos. En ambas ocasiones, echó un vistazo por encima del hombro de Vanto, saludó en silencio a Ronan y se marchó.

Puede que Vanto siempre hiciera las cosas así. Faro había trabajado con él cuando aún era un oficial del *Quimera*. Podía estar habituada.

O quizá estaban jugando con aquel espectador que Krennic les había impuesto y al que nadie quería merodeando por allí.

En todo caso, Ronan estaba harto. Si había algo que encontrar allí, aunque Ronan seguía creyendo que aquellos datos no contenían ninguno de los oscuros secretos que Thrawn parecía seguro de encontrar, estaba claro que Vanto no lo lograría.

Pero a Ronan aquello le había parecido una pérdida de tiempo. Alguien que fuera realmente bueno en aquel tipo de análisis no habría tenido que desertar del Imperio para echarse corriendo en brazos de la gente de Thrawn.

A la izquierda de Ronan, se abrió la puerta que daba al puente trasero. Miró hacia allí, esperando ver asomar a Faro...

—¿Algún progreso, teniente? —preguntó Thrawn, al entrar.

—Sí, señor —dijo Vanto—. Estaba a punto de mostrárselo al director adjunto Ronan. —Pulsó un par de teclas.

De repente, las líneas de números se recompusieron en cuatro grupos de colores distintos en los rincones de la pantalla.

—Aquí están los elementos clave —dijo Vanto—. Primero, como comentó, almirante, veintiocho de las cuarenta y una naves perdidas desaparecieron por vectores sospechosos. Esas veintiocho, muy probablemente, fueron robadas. Segundo, aunque los cargamentos de las naves robadas eran razonablemente diversos, he podido establecer varias conexiones entre ellos. Tres de ellos cargaban alimentos, esencialmente para humanos, pero también una cantidad inusual de extracto de blosfi.

—Comida para wookiees, ¿verdad? —preguntó Ronan, frunciendo el ceño. Muchos wookiees habían hecho trabajos forzosos en el proyecto Estrella en sus inicios, pero creía que eso había terminado hacía mucho.

—Más o menos —dijo Vanto—. A los wookiees no les entusiasma demasiado, pero es una alternativa barata a su dieta habitual y les proporciona los suficientes nutrientes para seguir funcionando. Probablemente, era para otras... para algunas especies es una delicia. Pero la conexión más interesante fue las piezas de maquinaria. Cada nave cargaba con unas cuantas piezas, aunque nunca constituían más del siete por ciento del cargamento total.

—Disimuladas entre otros artículos más visibles —dijo Thrawn.

—Sí, señor —dijo Vanto—. Presumiblemente, para que pasasen desapercibidas. Pero aquí viene lo interesante, entre ellas había cilindros TRL-44, colimadores de chispa Klymtra, redes de sincronización boorianas, amortiguadores de thorilidio...

—Un momento —le interrumpió Ronan, sintiendo un nudo repentino en el estómago—. Los amortiguadores de thorilidio son... no, no puede ser.

—¿Reconoce esas piezas, director adjunto? —le preguntó Thrawn, serenamente.

Ronan le miró fijamente. Claro que las reconocía. Y estaba seguro de que Thrawn también.

—Son piezas para baterías de turboláseres antiaéreos —gruñó—. Pero eso es imposible. Las piezas de turboláser se transportan en cargueros especiales, con una seguridad especial. —Hizo un gesto—. Sobre todo esas. Son un diseño nuevo, apenas hace dos meses que salieron de la línea de pruebas.

—¿Teniente Vanto? —dijo Thrawn.

Ronan miró a tiempo de ver que torcía levemente los labios.

—En total, las naves robadas transportaban piezas para ocho turboláseres completos —dijo Vanto—. Sin revestimiento blindado, por supuesto, ni gas tibanna para manejarlos. Pero todas las piezas esenciales de la estructura estaban allí.

Ronan miró a Thrawn. Este le miraba con una exasperante calma en aquellos relucientes ojos rojos.

—Bien —dijo Ronan—. Supongamos que tiene razón. Supongamos que no es ningún falso patrón o un error.

—Usted mismo puede ver que el patrón es real.

—Supongamos que no es un falso patrón —repitió Ronan, masticando cada palabra—. ¿Cómo es posible? Esos manifiestos de carga se controlan y supervisan con mucho detenimiento. Ninguna banda pirata podría alterarlos para incluir esas piezas, ni para que esos cargueros recibieran las autorizaciones adecuadas.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Thrawn—. La única conclusión lógica razonable es que esos cambios se hicieron en el punto de origen.

—¿Alguien en Estrella? —Ronan negó con la cabeza—. No.

—Pues alguien antes —dijo Vanto—. Alguien en el sector Esaga.

—¿El sector Esaga?

—Todas las naves robadas provienen de tres mundos de ese sector —dijo Vanto, señalando una esquina de la pantalla—. El material llegó desde otros puntos, se volvió a embalar a bordo de esas naves y de allí partió hacia el punto de transbordo.

Ronan miró la pantalla, con el nudo del estómago apretándose un poco más. Esaga. El sector de la gobernadora Haveland.

La gobernadora Haveland, que tan sólidos argumentos le había dado al director Krennic sobre por qué Estrella debería encauzar tantas cadenas de suministros como fuera posible por sus territorios.

Ronan no había estado participado en la decisión ni en esas conversaciones, pero recordaba que el director le había comentado el entusiasmo que había mostrado Haveland, expresando su deseo de que otros moffs y gobernadores respondiesen a las necesidades de Estrella de la misma manera.

En su fuero interno, particularmente en los últimos dos años, Ronan había sospechado que gran parte del entusiasmo de Haveland se debía a la esperanza de que la llegada de fondos y personal de Estrella le permitiese disponer finalmente de recursos para erradicar los grallocs que asolaban varios de sus sistemas desde hacía mucho. Por supuesto, aunque los supervisores del material de Estrella se habían visto obligados a cambiar periódicamente los puntos de transbordo para intentar desembarazarse de aquella plaga, Ronan sospechaba que Haveland podía estar trabajándose de alguna manera a aquellos mismos supervisores para evitar que Estrella dejase de transitar por su territorio de manera definitiva.

Pero la mayoría del material llegaba a su destino y Estrella avanzaba más o menos según el calendario previsto. Además, con otros asuntos más apremiantes que atender, el problema de Haveland y sus grallocs se había dejado aparcado y prácticamente olvidado.

—Un plan interesante —murmuró Thrawn, pensativo—. Permitir que unos pocos cargueros se pierdan por culpa de los grallocs para acostumar a los supervisores del material de Estrella a esas pérdidas ocasionales. Una vez establecido un patrón, unas cuantas naves especiales transportando cargamentos especiales pueden desaparecer en circunstancias aparentemente idénticas y nadie se molestará en investigarlo muy minuciosamente.

Ronan hizo una mueca. Nadie excepto el propio Thrawn, claro está. Incluso el director Krennic creía que la tarea del gran almirante allí era simplemente librarse de los grallocs.

—Pero hay poco tiempo —continuó Thrawn—. Debemos actuar rápidamente si queremos descubrir la verdad. Teniente, ¿dice que ha identificado los sistemas?

—Sí, señor —dijo Vanto—. Pero aún no sé de qué puerto provienen las naves. Las conexiones estaban pensadas para ser difíciles de interpretar.

—Sin duda. ¿Podrá hacerlo?

—Sí, señor —le dijo Vanto—. Pero necesitaré otras dos horas, al menos.

—Puede trabajar de camino. —Thrawn se volvió hacia Ronan—. La lanzadera partirá en treinta minutos, director adjunto. Confío que estará preparado para que nos marchemos para entonces.

—¿Marcharnos? —preguntó Ronan, frunciendo el ceño—. ¿Adonde?

—Al sistema Aloxor —dijo Thrawn—. Es el más cercano de los tres mundos sospechosos del teniente Vanto. Debemos conseguir pruebas, antes de que los conspiradores se den cuenta de que su plan se ha descubierto.

—Pues llame al DSI y que se ocupen ellos —dijo Ronan—. Tengo entendido que el coronel Wullf Yularen es amigo suyo. Estoy seguro de que encontrará algún agente capaz de investigar eso.

—En realidad, mantengo contacto con el coronel Yularen —dijo Thrawn—. Pero si hay alguien de la administración de la gobernadora Haveland implicado, seguro que cuenta con contactos dentro del DSI. Si informamos de esto por algún canal oficial, los conspiradores lo descubrirán y destruirán cualquier rastro de su actividad antes de que pueda ser revelada.

Ronan le miró con el ceño fruncido. Pero tenía razón. La red de contactos discretos y no declarados de la élite imperial superaba incluso a la HoloRed en rapidez y precisión de la información transferida.

—Bien —dijo—. Pues mande a Vanto. No tengo ninguna necesidad de ver personalmente nada de eso.

—Al contrario —dijo Thrawn—. Usted es el único al que el director Krennic escuchará. Debe ser testigo directo de la conspiración.

Ronan miró a Vanto. Era evidente que el traidor tampoco conocía aquel plan hasta aquel momento. Tan evidente como que le apetecía tan poco como a Ronan.

—Están preparando la lanzadera y he asignado a dos de mis hombres para que le escolten —continuó Thrawn, mirando a Ronan de arriba abajo—. ¿Tiene algo de ropa civil para ponerse?

—Luzco este uniforme con orgullo, almirante —dijo Ronan, rígidamente—. No he usado otra cosa en público desde hace años.

—Supongo que eso es un no —dijo Thrawn—. Daré órdenes al intendente de que le confeccione ropa local de su talla. —Miró a Vanto—. De sus tallas —rectificó—. Le estaré esperando en el muelle de la lanzadera. Teniente Vanto, le necesito un momento en la pasarela de mando, antes de que se marche. Buena caza. —Saludó con la cabeza a ambos, se dio la vuelta y salió del despacho.

Ronan volvió a mirar a Vanto, que también le estaba mirando.

—Usted es un desertor y un chaquetero —dijo Ronan, secamente—. Dos cosas que detesto.

—Lo sé —dijo Vanto, en un tono sereno.

—Pero detesto aún más a los traidores y los ladrones —continuó Ronan—. Así que, mientras trabajemos en esto, trabajaremos juntos. Sin consecuencias oficiales ni extraoficiales. Después... ya veremos cómo acabamos.

—De acuerdo. —Una sonrisa asomó en las comisuras de los labios de Vanto—. Debería decirle que proferir amenazas veladas antes de enfrentarse a una situación de peligro nunca es lo más astuto.

—¿Qué quiere decir, que podría dispararme? —se burló Ronan—. No sea ridículo. Soy un alto dignatario imperial. Se juega la vida, si me pasa algo. Además, el preciado proyecto de los Defensores de Thrawn depende totalmente de mí y de mi apoyo.

—No le he amenazado —dijo Vanto, serenamente—. Solo me pareció que debía advertírsele. —Se levantó—. Si me disculpa, debo reunirme con el almirante en el puente.

—Una pregunta —intervino Ronan, cuando Vanto llegó a la puerta—. ¿Por qué Thrawn tiene patronos para confeccionar ropa civil a bordo?

—Porque a veces es más fácil sacarle información a la gente si no sabe quién eres realmente —dijo Vanto.

—Soy un oficial imperial —replicó Ronan—. Eso debería bastar.

—Estoy de acuerdo —dijo Vanto—. Pero, ya le digo, a veces es más fácil así. Le veo dentro de treinta minutos.

Ronan esperó a que la puerta se cerrase. Después, mascullando entre dientes, fue hasta el escritorio y se sentó.

Ya había visto todos aquellos números antes, por supuesto. Había dedicado más de una hora a mirarlos y repararlos, después de habérselos pasado a Thrawn y Faro. No había detectado nada interesante.

Vanto, en menos de dos horas, había desentrañado una conspiración.

Estaba todo allí, claramente. Ahora lo veía. Pero había hecho falta alguien con la habilidad de Vanto y alguien tan convencido como Thrawn de que allí había algo que valía la pena buscar y analizar.

Ronan frunció el ceño. Siempre había pensado que la gente que ocupaba puestos de poder y autoridad eran vagos o incompetentes, o ambas cosas, y que el director Krennic era la única excepción. Ahora la gobernadora Haveland había añadido a aquella lista de cualidades la de «delincuentes».

Entregar a Vanto a la marina podía producirle cierta satisfacción. Pero mucha más ver al DSI llevándose detenida a Haveland.

Resopló y apagó la pantalla, guardando los datos en la carpeta segura de Faro. Ya tendría tiempo de ocuparse de aquello. Se levantó, fue hasta la puerta y salió al puente trasero.

Y se detuvo en seco, notando que le faltaba el aliento. Todo el puente era un hervidero de actividad. El *Quimera* se preparaba para la acción. En la pasarela de mando, en un círculo de calma en medio del bullicio, estaban Thrawn y Vanto.

Con ellos, envueltas en aquella calma, estaban Ar'alani y la joven Vah'nya.

La falta de aliento de Ronan se transformó instantáneamente en ira. Estaban en un Destructor Estelar imperial, el símbolo de la fuerza y determinación del Imperio. Thrawn no podía, no tenía ningún derecho, a permitir la entrada de extraños en el corazón de aquel símbolo.

Al infierno la traición de Vanto. Al infierno Haveland. De golpe, Thrawn los había superado a los dos. Ronan dio un paso hacia ellos, mirando alrededor en busca de

soldados de asalto a los que pudiera ordenar la detención del gran almirante insubordinado...

De repente, la joven Vah'nya se estremeció.

No fue algo violento ni deliberado, como un problema médico o el prelude de un ataque, sino como si algo la hubiera sobresaltado. Ronan frunció el ceño...

Y entonces, unos metros por detrás de la chica, alguien que subía del pozo de tripulantes de babor tropezó con el último escalón y cayó hacia delante, echando ambas manos sobre la cubierta metálica para detener la caída.

El golpe resonó con fuerza en el puente, sobresaltando a todos los que lo oyeron, Ar'alani y Vanto incluidos.

A la chica no. La chica ya se había asustado antes. Antes de que sucediera.

La ira de Ronan volvió a transformarse en una falta de aliento. Aquella chica no solo era una alienígena. No solo era una extranjera. Era sensible a la Fuerza.

Era una Jedi.

Se la quedó mirando, con su plan a medio formar de enfrentarse a Thrawn evaporándose en una nube de incertidumbre. Ya no lo tenía tan claro.

Una Jedi.

¿Qué tramaba Thrawn?

¿O no tramaba nada? ¿Podía desconocer quién era aquella chica? ¿La que tenía un plan podía ser Ar'alani, no Thrawn?

Era una locura. El Emperador había exterminado a la Orden Jedi y había prohibido cualquier resurgir de su antigua religión. Alguien con la perspicacia de Thrawn no podía caer tan fácilmente en una trampa así. Ni de Ar'alani ni de nadie.

Pero eso supondría que el propio Thrawn estaba implicado. ¿Cómo podía desafiar al Emperador de aquella manera?

A no ser que no fuera un desafío.

Ronan se los quedó mirando a los cuatro, viendo que los labios de Thrawn se movían, dando instrucciones inaudibles para nadie más. ¿Todo aquello podía ser un plan bien orquestado por Thrawn y el Emperador, sin duda asesorados por el director Krennic, para localizar y destruir a todos los Jedi del pueblo de Thrawn?

Sí. Tenía que ser aquello. Eso también explicaría que el director le hubiera enviado hasta allí, para empezar. Thrawn sabía perfectamente qué pasaba y estaba engatusando a Ar'alani con la esperanza de encontrar, derrotar y destruir aquella nueva amenaza para el Imperio.

En ese caso, la mejor opción de Ronan era fingir que no había visto nada y dejar que ese plan siguiera su curso.

Podía equivocarse, claro. Podía ser que Thrawn estuviera implicado hasta el cuello en una traición. Pero, en aquel momento, Ronan tenía peces más gordos que arponear. Thrawn podía ser un traidor, pero Ronan no tenía ninguna duda de que la gobernadora Haveland lo era. Lo único que necesitaba eran pruebas y con suerte Vanto y él las

obtendrían pronto. Dio media vuelta y fue hacia el turboascensor, para recoger todo lo que iba a necesitar para un par de días fuera del *Quimera*.

Como mínimo, había podido dar órdenes al maestro del punto de transbordo para que bloquease todos los envíos. La gobernadora Haveland no podría robarles ninguna nave ni cargamento más.

¿Y si Thrawn también era un traidor?

No importaba. Podría denunciarle ante el director Krennic cuando volviera.

Eli respiró hondo.

—Soldados de la muerte —repitió, solo para asegurarse de haber oído bien.

—¿Algún problema? —preguntó Thrawn.

Eli miró los preparativos del puente. ¿Qué podía decir? ¿Que los soldados de la muerte eran la élite de la élite, tanto en competencia como en fanatismo? ¿Que odiaban a los traidores y renegados más incluso que Ronan?

¿Que él era el tipo de persona a la que dispararían sin pensárselo dos veces?

—Quizá deberíamos plantearnos un cambio de escolta —sugirió Ar'alani, rompiendo el tenso silencio y mirando a Vanto—. Parece que el teniente Eli'van'to no se siente muy cómodo con los guardianes que le has elegido.

—Pues más le vale habituarse —dijo Thrawn, en un tono algo más severo—. El espaciopuerto al que irá con el director adjunto Ronan presenta muchos peligros, no solo de delincuentes e imperiales corruptos, sino también de oficiales y guardias leales deseosos de acabar con sus pesquisas. Solo los soldados de la muerte cuentan con las credenciales y la autoridad necesarias para solventar esas situaciones.

—Ronan tiene las credenciales de un alto rango —comentó Eli.

—Credenciales que los oficiales de un pequeño espacio-puerto quizá no hayan visto nunca y de un proyecto del que posiblemente no hayan oído hablar —replicó Thrawn.

—Ya que hablas de peligros —intervino Ar'alani—, supongo que los soldados de la muerte pueden combatir sin armadura y armas pesadas, ¿verdad?

—Claro —dijo Thrawn—. Es más, estoy seguro de que ya habrás notado que guerreros tan bien entrenados como ellos desprenden un aura de peligro, algo que muchos criminales reconocen y evitan. Es muy probable que su mera presencia ahuyente toda necesidad de recurrir a la violencia.

—Entendido —dijo Eli, con un suspiro. Por el rabillo del ojo, vio que Vah'nya se estremecía. La chica no había dicho nada desde que habían iniciado aquella conversación y Eli se preguntaba por qué estaba allí. Probablemente, porque Thrawn quería que Ar'alani estuviera presente y Vah'nya no se separaba de su comandante—. Confío que habrá dejado claro...

Se quedó callado cuando se oyó un ruido en el puente. Eli se asustó, miró hacia el origen y descubrió a un alférez claramente avergonzado levantándose de la cubierta, junto a la escalera del pozo de tripulantes de babor.

—Confío que habrá dejado claro —volvió a empezar— que entregarme a las autoridades sería contraproducente para la misión, ¿verdad?

Una leve sonrisa asomó en las comisuras de los labios de Thrawn.

—Ha quedado clarísimo —prometió.

—¿Tanto confías en ellos? —preguntó Ar'alani.

—Sí —dijo Thrawn—. Su lealtad garantiza la protección total de cualquiera que esté a su cargo. —Levantó un dedo—. Sin embargo, prefiero que no le revelen su verdadera identidad al director adjunto Ronan. Si este quiere presentar cargos contra mí en un futuro, preferiría que ellos conservasen el anonimato.

Eli se estremeció. Connivencia con posibles enemigos del Imperio, acciones militares no autorizadas ni comunicadas, no haber informado sobre el encuentro con fuerzas desconocidas no identificadas... en un momento se le ocurrieron decenas de cargos que Ronan podía presentar. Acusaciones graves que podían arruinar una carrera. O algo peor incluso.

Pero, en medio de todo aquello, en lo único que pensaba Thrawn era en cómo podían afectar sus actos a sus subordinados.

Aquel nivel de consideración dejaba muy claro que no enviaba a Eli sin haberlo pensado bien. ¿Verdad?

Pero esa conversación estaba pendiente. Ahora tenía trabajo.

—Entendido, señor —dijo, enérgicamente—. No le fallaremos.

—Lo sé —dijo Thrawn—. Márchense y encuentren las pruebas que necesitamos, teniente. Que la fortuna de los guerreros le acompañe.

Le llegaron más peticiones. Pero esta vez, al menos, del director Krennic, no de la gobernadora Haveland.

Tampoco importaba. Más allá de dónde procedieran, el gran almirante Savit ya se estaba hartando.

Sobre todo cuando le pedían que hiciera algo que no solo era una estupidez, sino también completamente contraproducente.

—No lo entiende, almirante —le dijo Krennic, mirando fijamente a Savit. Como mínimo, esta vez el director había optado por una videotransmisión normal, en lugar de la pomposa y excesiva holotransmisión de Haveland—. El director adjunto Ronan dejó muy claro que el punto de transbordo de Kurost está en peligro inminente. La gobernadora Haveland ha dispersado las fuerzas imperiales locales por su sector en una docena de misiones de represión de la insurgencia y, aunque las hiciera regresar a todas, dudo que

pudieran interrumpir sus misiones y responder a tiempo. Su flota es la única fuerza importante dentro de rango.

—Quizá sea usted el que no lo entiende, director —dijo Savit, esforzándose por mantener un tono calmado—. Ahora mismo estamos combatiendo con una banda pirata grande y muy peligrosa, una que estoy seguro de que tiene vínculos con los rebeldes que ponen en peligro la estabilidad del Imperio. Marcharnos ahora podría ser desastroso.

—No proteger el punto de transbordo puede serlo aún más —replicó Krennic.

—Los piratas están luchando por su supervivencia —dijo Savit—. No tienen tiempo para robarle sus preciados alimentos, enseres de cocina y material de recreo. No me mire así... conozco los cargamentos que pasan por Kurost. Sé que todos los cargamentos realmente valiosos se transportan por otros canales.

—Lo que le preocupa a Ronan no son los piratas —dijo Krennic—. Dice que hay al menos dos facciones alienígenas interesadas por el punto de transbordo.

—¿En serio? —dijo Savit, mirando detenidamente a Krennic—. ¿Y le ha dicho Ronan qué está haciendo el gran almirante Thrawn al respecto?

Por primera vez en la conversación, Savit detectó un leve titubeo.

—Ronan no fue muy claro en eso —admitió Krennic—. Pero me da la sensación de que a Thrawn le vendría bien su ayuda.

—¿En serio? —dijo Savit, permitiéndose esbozar una leve sonrisa. Si Krennic supiera que, por una vez, coincidía en algo con Tarkin—. Mi fuente dice que Thrawn tiene la situación bajo control. —En realidad no era su fuente, por supuesto, sino el hombre del capitán Rasdel en la oficina del gobernador Tarkin, trasladando la información que Tarkin había recibido de su contacto a bordo del *Quimera*. Pero Krennic no necesitaba saberlo—. ¿Me permite sugerir que el director adjunto Ronan se asusta con demasiada facilidad?

La expresión de Krennic se ensombreció. Savit supo que había tocado una fibra sensible.

—Ronan no se asusta con facilidad, almirante —dijo el director, con firmeza—. A diferencia de otros, siempre piensa en el mejor interés del Imperio.

—Si usted lo dice —dijo Savit—. En cualquier caso, desplazar naves a su punto de transbordo no servirá de mucho. Su propio destacamento imperial tiene ya una fuerza considerable protegiendo a los cargueros. Más aún, la simple lógica sugiere que si hay piratas atacando sus vías de suministro, probablemente realizarán sus operaciones un paso más atrás, asaltando a los cargueros cuando salgan de las cadenas de montaje del sector Esaga. Es de dominio público que allí se ha producido un importante crecimiento de la piratería y el contrabando.

—¿Y qué piensa hacer al respecto?

—Si me da su aprobación —dijo Savit, sin molestarse en disimular su sarcasmo—, pensaba enviar una nave a cada una de sus zonas de reunión en Esaga para ver si podemos atraparlos. ¿Me da su aprobación?

—Por supuesto —dijo Krennic, con un tono y expresión que dejaban claro que percibía la burla pero disimulaba—. Confío que me mantendrá informado sobre sus avances, ¿verdad?

—Por supuesto —dijo Savit—. Y yo espero que me siga manteniendo al corriente de las informaciones que le dé el director adjunto Ronan sobre el *Quimera*.

—Por supuesto —dijo Krennic.

—Excelente —dijo Savit—. Seguimos en contacto, director.

Krennic inclinó la cabeza y la pantalla se apagó.

Savit se la quedó mirando, notando que torcía los labios. Como si alguno de los dos tuviera la menor intención de cumplir sus promesas.

Una vez había oído que la política iba a ser la muerte del Imperio. Los juegos políticos de hombres como Krennic y Tarkin; el politiquero del mismísimo Palpatine. Luchas internas, forcejeos por la posición, puñaladas traicioneras acompañadas de una sonrisa, mientras se ignoraban los peligros reales. Los peligros exteriores... e interiores.

No si Savit podía evitarlo.

Entretanto, había piratas y otros asuntos más urgentes de los que ocuparse. Sacó la lista de naves de la Tercera Flota y empezó a elegir las que iba a enviar a las preciadas cadenas de montaje de Krennic.

CAPÍTULO X

Thrawn ya había usado aquel truco una vez, solo unas semanas antes. Entonces, como deferencia al deseo de lord Vader de intimidad, aparte de porque Vader probablemente habría matado a todos los que iban a bordo del *Quimera* sin pestañear, Thrawn había hecho que Faro y todos los demás abandonasen el puente.

A Faro no le había hecho ninguna gracia. No porque tuviera ningún interés en ver cómo realizaba Vader el truco de navegación inventado por Thrawn, sino porque volar hacia un potencial peligro con un puente no tripulado era una invitación clarísima a los problemas.

Esta vez, viendo la preocupación de Faro, la había invitado a quedarse.

Lo que hizo que la almirante Ar'alani se molestase.

Thrawn y ella debatieron durante un minuto en idioma chiss, con la voz de Ar'alani tensa, airada y firme. Thrawn con un tono sereno pero igual de firme.

Faro esperó en silencio, sin atreverse apenas a respirar para no llamar su atención, deseando saber qué decían y preguntándose cómo acabaría aquello. De vez en cuando, miraba de reojo a la chica, Vah'nya, que también estaba callada y muy quieta.

Una vez cruzó la mirada con Vah'nya y pudo ver en su cara parte de su misma preocupación y nerviosismo. Estaban a punto de meterse en una situación peligrosa cuyo desenlace no podían predecir ninguna de las dos, una situación que podía exigir el máximo de los recursos del *Quimera*. Ya era bastante complicado lanzarse a lo desconocido como para que Thrawn y Ar'alani alargasen la espera más de lo necesario.

Finalmente, tras un último intercambio, Ar'alani dio media vuelta, entornando los ojos y visiblemente descontenta. Thrawn se la quedó mirando un momento y después miró a Faro.

—La almirante Ar'alani acepta que se quede —dijo, aún en tono sereno—. Su única condición es que ocupe el puesto de armas, donde podrá iniciar el combate si nuestra llegada es menos discreta de lo que prevemos.

—Entendido, señor —dijo Faro, volviendo a mirar a Vah'nya. A diferencia de Ar'alani, la muchacha parecía aliviada, sin contento ni descontento aparentes—. De hecho, iba a sugerir lo mismo. ¿Está preparado para que evacúe el puente?

Una levísima sonrisa asomó en labios de Thrawn. ¿Su aprobación muda por haber anticipado la siguiente orden?

—Estoy preparado —dijo.

Faro respiró hondo.

—¡Desalojen el puente! —gritó—. Ajuste a modo oculto. Todas las consolas en reposo, excepto la de armas. Desvíen el control al mando secundario. Armamento, dejen sus consolas a punto. Primera teniente Pyrondi, preséntese en el mando secundario como controladora asistente. Repito, coloquen el modo oculto y desalojen el puente.

Una retahíla de respuestas afirmativas y todos los oficiales se pusieron manos a la obra. Faro echó un vistazo alrededor, buscando cualquier rastro de torpeza o dilaciones, intentando evaluar el ánimo de su gente al ordenarles que abandonasen el puente y a los chiss no.

No le extrañó detectar cierta confusión cuando terminaron los procesos de desactivado y fueron hacia el turboascensor. Pero no había recelos, ni reticencia a su orden. La mayoría de aquellos hombres y mujeres llevaban sirviendo a las órdenes de Thrawn el tiempo suficiente para confiar plenamente en él.

La mayoría había servido también a las órdenes de Faro y confiaban en ella. Posiblemente no tanto como en Thrawn, pero no había duda de que obedecían sus órdenes con el mismo nivel de confianza.

¿Por qué Thrawn no la consideraba preparada para comandar la Fuerza Operativa 231?

—Su hoja de servicio indica que habla sy bisti —dijo Thrawn.

Faro apartó aquellos pensamientos de su cabeza. A punto de entrar en una situación peligrosa, le pareció que no era momento para darle vueltas a nada.

—Sí, señor, un poco —dijo, volviéndose hacia él. Thrawn arqueó las cejas—. Aunque lo entiendo mejor que lo hablo —añadió, apresuradamente.

—Muy bien —dijo Thrawn—. A partir de ahora emplearemos ese idioma cuando estemos con la almirante Ar'alani y la navegante Vah'nya.

—Sí, señor —dijo Faro. El último oficial montó en el turboascensor y dejó a Faro sola con los tres chiss.

—Comodoro, por favor, escolte a la navegante Vah'nya hasta el timón y explíquele su funcionamiento —dijo Thrawn, ya en el idioma comercial sy bisti.

El primer impulso de Faro fue recordarle a Thrawn que él hablaba el idioma nativo de la chica y, por lo tanto, era mucho más indicado que ella para aquella tarea. Pero cuando vio a Thrawn y a Ar'alani rígida junto a él entendió de qué trataba aquello en realidad.

Confianza.

Ar'alani no se fiaba de Faro. Ni para mostrarle los detalles de aquella técnica de navegación aparentemente confidencial inventada por los chiss, ni para que se ocupase de la propia Vah'nya. Mandando a Faro con Vah'nya, Thrawn les estaba dejando claro a ambas chiss que tenía plena confianza en la comandante de su nave insignia.

O como mínimo que confiaba en ella lo suficiente para saber que no iba a estropearlo todo.

Pero Ar'alani no parecía haber captado el mensaje. Faro podía notar los ojos de la almirante chiss siguiéndola mientras descendían al pozo de tripulantes.

A Faro le preocupaba que su conocimiento somero del sy bisti pudiera dificultarle la transmisión de algunas instrucciones necesarias a Vah'nya, pero la joven era lista y los controles del timón eran relativamente intuitivos, así que tras un par de minutos Vah'nya dijo que estaba preparada.

En mitad de ese proceso, Ar'alani se unió a ellas, manteniéndose lo bastante cerca, detrás de Faro, para que esta notase el aliento de la chiss en la nuca. Eso no le facilitó en absoluto la tarea.

Thrawn esperaba en el puesto de armas de estribor cuando Faro subió del pozo de tripulantes.

—¿Está preparada? —preguntó el almirante.

—Dice que sí, señor —respondió Faro.

—¿Tiene alguna duda?

Faro titubeó.

—Parece... agitada, señor. No solo nerviosa o asustada, sino... no estoy segura. Como si tuviera un conflicto interior.

—Lo tiene —dijo Thrawn, débilmente—. Pero no es un conflicto consigo misma. Sino más bien con los recuerdos del lugar al que vamos a viajar. Recuerdos que no son suyos, sino unos filtrados por la mente y las emociones de una niña de siete años.

—Entiendo —dijo Faro, deseando que fuera cierto. No sabía nada de que hubiera una niña de siete años implicada en aquello. ¿Estaba a bordo del puesto de vigilancia y la habían enviado a la nave chiss?

También era la primera vez que oía hablar de recuerdos compartidos. ¿Los chiss realmente podían transferirse pensamientos unos a otros? ¿O Thrawn quería decir que la niña de siete años se los había explicado, oralmente o por escrito, con un detallismo excepcional?

—Estaré en el puesto de defensas —continuó Thrawn—. Espero pillarlos desprevenidos, no ataque si yo no se lo ordeno.

—¿Aunque nos ataquen ellos antes?

—Sí —le confirmó Thrawn—. Queremos obtener ciertos objetivos antes de destruir al enemigo.

Thrawn dio media vuelta y cruzó el puente, rumbo al puesto de defensas de babor. Cuando pasó junto al pozo de tripulantes, miró a Ar'alani y asintió.

—Puede proceder —le dijo.

Ar'alani asintió y se volvió hacia Vah'nya. Al cabo de un momento, las estrellas que brillaban al otro lado de las ventanillas se alargaron en líneas estelares y el *Quimera* volvió al hiperespacio.

La última vez, con Vader al timón, el viaje del *Quimera* le había parecido un poco movido. Ahora, con Vah'nya a la navegación, fue muy evidente. Faro había ido una vez en barca y el movimiento de la nave le recordaba a aquello, con cada ola que la barca encontraba convertida en un saltito, desvío o titubeo. Estaba muy lejos de los saltos precisos y matemáticamente calculados por computadoras de navegación y le pareció incómodo e inestable.

Aun así, Thrawn, de pie junto al puesto de defensas, no parecía preocupado. Faro solo veía la coronilla de Ar'alani, pero tampoco detectó indicios de preocupación en ella.

Quizá la diferencia era debida a la juventud de Vah'nya, o a que la información dada por la niña pequeña no había sido del todo clara.

Hablando de información...

Discretamente miró a Thrawn, estudiando el perfil de su almirante. Las reglas de la flota eran bastante claras: todo contacto con fuerzas enemigas debía ser comunicado de inmediato al Alto Mando. Esto era doblemente imperioso si se trataba de enemigos desconocidos. Y triplemente si se habían producido combates.

Sin embargo, por lo que ella sabía, Thrawn no había enviado ningún informe todavía. Ni a Coruscant ni a nadie.

Lo que, a la larga, podía desembocar en problemas serios. Sobre todo porque era evidente que Ronan debía estar mandando mensajes muy sesgados al director Krennic.

Probablemente debería haber buscado la manera de cortar el acceso a la HoloRed a Ronan, tras el primer combate del *Quimera* con los grysk. Ahora, con Ronan y Eli aparentemente de misión, ya era tarde.

—Escuadrones de TIE Dos y Tres, vayan a sus cazas —dijo Thrawn por el intercomunicador—. Defensores TIE, vayan a sus cazas dentro de quince minutos.

Faro frunció el ceño. ¿Thrawn no iba a desplegar primero a los Defensores? No era su estrategia más habitual.

Por el rabillo del ojo, vio que el gran almirante iba hacia ella. Echó un vistazo rápido al instrumental y los monitores, confirmando que estaba todo listo.

—Sistemas de armas preparados, almirante —dijo, enérgicamente, cuando Thrawn llegó a su lado—. La primera teniente Pyrondi confirma que todos los sistemas y tripulantes están a punto.

—Excelente. —Thrawn se quedó callado—. Parece alterada, comodoro.

—¿Señor? —preguntó Faro, reprimiendo un suspiro. Claro, Thrawn la había visto mirándolo de reojo y, cómo no, había percibido la preocupación en su expresión y lenguaje corporal.

Con un poco de suerte, lo tomaría por la tensión generada por la acción inminente.

—Un ejercicio, comodoro. Le contaré los antecedentes de nuestra operación actual, gran parte de los cuales desconoce. Después, usted me cuenta la situación presente. —Sonrió levemente—. Y, finalmente, entre los dos intentamos predecir el futuro.

Otro de los famosos juegos mentales del almirante. Genial.

—Sí, señor.

Thrawn hizo una pausa, como ordenando sus pensamientos.

—El director Krennic acordó con la moff Haveland que varios de sus cargamentos de Prioridad Cinco pasarían por el sector Esaga. En aquel momento, o un poco después quizá, alguien decidió robar algunos de esos cargamentos.

—Entiendo —dijo Faro. No, no sabía nada de todo aquello—. No creía que los cargamentos de Prioridad Cinco merecieran tomarse tanta molestia.

—Normalmente, no la merecen —dijo Thrawn—. Pero nuestro ladrón era ambicioso. Encontró la manera de manipular los cargamentos en un punto intermedio, de tal manera

que sustituían piezas de poco nivel por otras más valiosas. Concretamente, robó piezas para baterías de turboláseres antiaéreos.

Faro se quedó boquiabierta.

—¿Cuántos?

—Creemos que han robado para ocho completos. Si el ladrón actúa en otra vía de suministros, quizá más.

Faro asintió. Los turboláseres antiaéreos eran menos potentes que el arsenal principal del *Quimera*, pero eran un componente esencial de las defensas contra misiles, cazas estelares enemigos e incluso meteoritos extraviados en cualquier nave o plataforma de combate.

Eso también explicaba el cifrado de alto nivel que habían empleado antes, al tender su trampa, y por qué los grysk habían caído en ella. Al parecer, el ladrón tenía contactos en las altas esferas del Imperio y los grysk estaban al corriente tanto de esos contactos como del cifrado.

—El ladrón, por supuesto, necesitaba alguna excusa para que las naves desaparecieran sin que nadie lo relacionase con él —continuó Thrawn—. El método que eligió fue crear una manera de atraer a los grallocs hasta el punto de transbordo y las naves allí congregadas. Una vez desatado el caos que esas criaturas creaban, las naves y tripulaciones seleccionadas podían fingir haber sufrido algún daño, saltar al hiperespacio y abandonarlo en otro punto para transferir su cargamento a las naves del ladrón.

—El apeadero móvil.

—Exacto —dijo Thrawn—. Sin embargo, en algún lugar, una complicación inesperada alteró los planes de los ladrones. Los grysk y una de sus especies satélite llegaron a la zona y descubrieron su plan.

—Esa es la parte que más me preocupa —dijo Faro—. Dejamos a los grysk en las Regiones Desconocidas, más allá de Mokivj y Batuu. ¿Qué hacen tan adentrados en territorio del Imperio?

—Sobre eso solo puedo especular —dijo Thrawn—. Pero la estrategia grysk habitual parece ser descubrir qué es lo máspreciado para una especie y después explotar ese punto flaco para subvertir a sus líderes principales o incluso toda la población y someterlos a su voluntad. Supongo que empezaron en Batuu, donde descubrieron que los humanos del planeta estaban muy por debajo del nivel de las tropas imperiales. Por algún motivo, eligieron esta región y se propusieron que la siguiente fase de conquista sería aquí.

Un escalofrío recorrió la espalda de Faro. Conquista. Aparte de Thrawn y el *Quimera* nadie había disparado ni un solo tiro y no había ningún almirante o moff que supiera siquiera que el Imperio estaba siendo atacado.

Pero los grysk habían empezado su conquista.

O estaba más avanzada incluso de lo que Thrawn pensaba. El descontento era creciente en los confines del Imperio, cada vez había más sistemas y pueblos hostiles al régimen. ¿Cuántos de aquellos sistemas y especies eran aliados discretos o involuntarios de los grysk?

De hecho, ¿qué proporción de la creciente Rebelión estaba promovida por aquel mismo enemigo invisible?

—Los ladrones crearon un sistema por el que las naves robadas entraban en el hiperespacio por distintos vectores, con el apeadero trasladándose a su siguiente punto de encuentro. Los grysk pudieron descifrar sus instrucciones y códigos y atacaron el apeadero, matando o capturando a todos sus ocupantes.

—Sabiedo que otro carguero iba de camino —dijo Faro—. Colocaron el apeadero y uno de sus generadores de pozo de gravedad en ese vector, pero en el cúmulo de asteroides, donde supusieron que nadie les molestaría. El Allnar N3 que seguíamos apareció, quedó atrapado y su tripulación fue secuestrada o asesinada.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Es exactamente lo que pasó.

—Y entonces nosotros nos colamos en la fiesta —dijo Faro, mirando a Ar'alani—. Supongo que los chiss ya lo sabían y habían seguido a los grysk desde la dirección contraria, ¿verdad?

—En realidad seguían a la nave de suministros.

—¿La nave de suministros que se nos escapó a nosotros?

—Exacto —dijo Thrawn—. No creo que en ese momento la almirante Ar'alani conociera el grado de implicación de los grysk. —Arqueó las cejas—. Y llegamos al presente. ¿Cuál es su análisis de la situación actual?

Faro frunció los labios. En aquellos desafíos mentales Thrawn siempre ofrecía las pistas y un camino lógico. El truco era encontrar el camino y seguirlo.

—Solo había dos grysk en el puesto de vigilancia, supervisando a varios de sus esclavos —dijo, lentamente—. Eso sugiere que eran los esclavos los que poseían los conocimientos necesarios para su tarea y que los grysk solo estaban para asegurarse que no dejaban de trabajar. Usted dijo que había varios desaparecidos en el apeadero, lo que sugiere que los grysk se los llevaron para interrogarlos o someterlos a pruebas.

—¿Y quién es más probable que realice esas pruebas?

—De nuevo, los esclavos de alguna de sus especies satélites —dijo Faro—. Después... dejan marchar a la nave de suministros...

—¿Una nave de suministros tripulada por quién?

—Probablemente, por esclavos suyos, también —dijo Faro—. Supongo que los grysk intentan dejar el menor rastro posible, por lo que pueda pasar.

—Yo pienso igual —dijo Thrawn—. También sabemos que los dos grysk del puesto de vigilancia tenían órdenes de suicidarse antes de ser capturados.

Faro hizo una mueca. Y lo habían hecho, desgraciadamente, justo cuando la lanzadera llegó al *Quimera*. Los droides médicos aún intentaban identificar el veneno que habían ingerido, aunque ya era una cuestión puramente científica.

Aunque...

—Pero no se suicidaron hasta que la nave de suministros saltó a la velocidad luz —dijo Faro—. Eso significa...

—¿Sí? —dijo Thrawn, con un matiz alentador en la voz.

—La niña —dijo Faro. Las piezas empezaban a encajar—. La de siete años. Supongo que era una navegante, como Vah'nya, que tenían raptada. ¿Verdad?

—Sí.

—¿Los grysk saben que sigue viva?

Otra sonrisa, algo más amplia ahora.

—No.

—Así que nos dirigimos a una base avanzada de los grysk donde habrá otra nave o grupo de naves —dijo Faro—. En teoría, la única manera de localizarla era interrogar a los dos grysk que encontramos en el puesto de vigilancia. —Arqueó las cejas—. Y si nuestros prisioneros grysk vivieron lo suficiente para que pudiéramos sonsacarles la ubicación de su base, sus amigos supondrán que siguen vivos.

—Exacto —dijo Thrawn—. Y creo que ese es su mayor temor. Los grysk que dirigen este proyecto no son simples soldados que cumplen órdenes, sin verdaderos conocimientos útiles. Son personal de alto rango con información relevante de sus operaciones contra el Imperio. Los grysk no se pueden permitir que esa información caiga en nuestras manos.

—Por eso permitió que la nave de suministros los alertase —dijo Faro—. Una alerta lo bastante difusa para que no salgan corriendo.

—Difusa o no, no se atreverán a escapar —dijo Thrawn—. Marcharse solo con esas incertezas sería el peor desenlace para ellos. Nos esperarán, deseando que no aparezcamos y temiendo que lo hagamos. ¿Y después?

Faro volvió a mirar a Ar'alani.

—Les dejamos mandar un mensaje antes de destruirlos. Un mensaje que atraerá al resto de grysk hasta la zona para despejarla. —Miró a Thrawn—. Y destruirnos.

—Muy bien, comodoro —dijo Thrawn, inclinando la cabeza—. Excelente. Pero no ponga esa cara de preocupación. Traerán la fuerza más potente de que dispongan, seguro, pero no será muy numerosa. Como ha dicho, quieren minimizar su presencia aquí.

—Entendido —dijo Faro. Parecía bastante sencillo.

Pero no lo era.

Porque, no informando de sus batallas previas al Alto Mando, Thrawn había aislado al *Quimera* de cualquier ayuda imperial. Deberían ocuparse de aquello solos, quizá con la ayuda de la *Imperturbable*.

Desgraciadamente, la nave de suministros había visto a los chiss antes de saltar a la velocidad luz. Thrawn sabía usar aquel tipo de factor sorpresa contra el enemigo de manera muy eficaz, por complicadas que fueran sus opciones de victoria. Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso.

¿O Thrawn lo había pensado? ¿La presencia de Ar'alani en el puente podía estar relacionada de alguna forma con sus cálculos?

—No tardaremos —dijo Thrawn, interrumpiendo sus pensamientos—. Piense en lo que podemos encontrar y en las opciones que tendremos.

—Sí, señor, lo haré —prometió Faro.

Mientras miraba a Thrawn regresar al puesto de defensas, pensó taciturnamente que no le importaría que él también pensase en aquello.

A ser posible, que pensase muy bien en todo aquello.

CAPÍTULO XI

Las líneas estelares se disiparon y Eli vio un planeta de remolinos verdes y azules, mezclados con grandes franjas de marrón oscuro, por la ventanilla delantera de la lanzadera.

Mucho desierto. Eso nunca era bueno.

—Hemos llegado —anunció Pik, con la voz entrecortada, desde el puesto de piloto—. Necesito una ciudad o un puerto.

—Bien —dijo Eli, conteniendo el impulso automático de añadir un «señor». Puede que Pik y Gofre tuvieran el tono y audacia habitual en los mandos, pero como soldados de la muerte solo podían dar órdenes a los soldados de asalto.

Puso mala cara. Pik y Gofre. Nombres ridículos para cualquier adulto, mucho más para dos hombres especialmente entrenados para sembrar muerte y destrucción y dejar solo tierra quemada a su estela. Suponía que eran apodos, como los que solían ponerse los pilotos de TIE.

Aunque en el caso de los soldados de la muerte, probablemente era una forma de ocultar sus verdaderos nombres. En cualquier caso, era probable que hubiera historias interesantes tras aquellos motes.

Eli no tenía la menor intención de preguntar.

—Buscamos un lugar llamado Tiquwe —le dijo a Pik—. Está en el hemisferio sur, a medio camino entre...

—Entendido —le interrumpió Gofre, mirando la pantalla de navegación—. Allá vamos.

—Gracias —susurró Eli.

Era evidente que no les caía bien. Lo único que hacía que obedecieran sus órdenes, y que mostrasen una mínima cortesía, era el respeto y admiración que sentían por su almirante. Thrawn les había ordenado que lo protegieran durante su misión y eso iban a hacer.

También podían estar algo molestos por tener que usar ropa civil en aquella expedición, en vez de su característica armadura negra. Ya fuera por el prestigio o las ventajas que ofrecía la armadura en sí, pero Eli había notado hacía mucho la aversión que tenían los soldados de asalto a mostrar sus caras en público.

Sobre todo si tenían aquellas caras.

No es que Pik o Gofre fueran feos o estuvieran desfigurados. Al contrario. Sus caras tenían una simetría y una dignidad cinceladas que Eli raramente había visto en ningún otro humano. Si a eso le añadías su tamaño mayor a la media, su musculatura fibrosa y bien definida y un lustre inusual en su pelo pulcramente cortado, se convertían en candidatos ideales para vídeos de reclutamiento imperiales.

Aunque solo si los vídeos no mostraban sus ojos.

Eli se estremeció al recordar la primera vez que vio bien aquellos ojos. Fríos y penetrantes, capaces de verlo todo, de analizarlo todo, de acabar con todo. Contenían un punto de pasión, un punto de orgullo y unos cuantos puntos de locura silenciosa.

En el pasado, cuando servía en el *Quimera*, había oído rumores que decían que los soldados de la muerte habían sido mejorados médicamente, superando el entrenamiento de cualquier soldado de asalto y convirtiéndose en el proceso en algo que era más, y menos, que humano.

Tras ver a aquellos dos, Eli no volvería a poner en duda aquellos rumores.

—Espero que este cacharro pase desapercibido donde vamos —masculló Ronan desde el asiento de pasajero, al lado de Eli.

—Lo hará —dijo Eli, notando que la cabina de la lanzadera se encogía aún más. Durante los tiempos en que Thrawn y él habían ido ascendiendo en las filas de la marina, se habían encontrado en muchas ocasiones en que parecía que todos los que los rodeaban solo sentían desconfianza, hostilidad y puro desprecio por ellos. Aquella lanzadera, y las otras tres personas que iban con él a bordo, eran peor que aquello—. El gran almirante Thrawn la heredó de un contrabandista que ya no la iba a necesitar. La usa siempre que necesita visitar algún sitio donde las fuerzas o los oficiales imperiales no son muy bienvenidos.

—Estoy seguro de que habrá estado en muchos lugares así —gruñó Ronan—. Como mínimo, podría haber adaptado el interior a estándares civilizados.

—Ineficaz y erróneo —dijo Pik, por encima de su hombro—. Si alguien viera un interior que no se correspondiese con el aspecto exterior, se descubriría el engaño.

—Basta con no dejar que nadie lo vea —replicó Ronan—. Tampoco es tan complicado. ¿Y qué es ese Tiquwe donde vamos a encajar tan bien?

—Una ciudad vertedero —dijo Gofre, secamente—. Con una parte de puerto decente, otra más pequeña de puerto imperial y una más grande de puerto para contrabandistas y piratas. Los habitantes o colaboran o intentan pasar desapercibidos, igual que los oficiales y soldados imperiales. Aquí no podremos fiarnos de nadie.

—No será necesario —dijo Pik—. Buscaremos una nave que vaya al punto de transbordo de Estrella, comprobaremos si ha sido sabotada y listo.

—Dicho así parece sencillo —dijo Ronan—. Supongo que aterrizaremos en la mejor parte del puerto, no en la zona de contrabandistas, ¿verdad?

—¿Piensa identificarse ante un funcionario local y pedirle su ayuda? —replicó Pik—. Si es así, no debía estar prestando atención hace un momento. Estos sitios funcionan a base de sobornos y chantajes. Si no tiene la certeza de que el funcionario al que se dirija no está corrompido, lo más probable es que acabe muerto.

—Se lo traduzco: guarde su elegante uniforme blanco en la maleta y no mire a nadie —añadió Gofre.

—No llevo mi uniforme en... —Ronan no siguió.

—No mienta —dijo Pik, fríamente—. Conozco a los oficiales como usted. Siempre a punto para enfundarse el uniforme y recurrir a su rango, si creen que eso les servirá para conseguir lo que desean.

—Si ya conoce hombres como yo, también sabrá que debe mostrarme deferencia —replicó Ronan.

—Solo mostramos deferencia a nuestro Principal y a los que se la ganan —dijo Pik—. Nos han asignado una misión y la cumpliremos. No espere nada más.

—Ni nada menos —dijo Gofre—. Vanto, supongo que usted no tiene problemas en aterrizar en la peor parte del puerto si la torre de control decide mandarnos allí, ¿no?

—Ninguno —aseguró Eli, estremeciéndose ligeramente. Deferencia hacia los que se la ganan. La jerarquía imperial no funcionaba así y no tenía muy claro si la actitud de los soldados de la muerte hacia Ronan le parecía refrescante o intimidante—. Supongo que tienen armas adecuadas para este lugar, ¿no?

—Sí —dijo Pik—. Solo recuerden que, si hay que matar, nosotros nos ocupamos de ello. Ustedes solo deben apartarse del medio.

—Entendido —dijo Eli. Decidió que era intimidante—. Lo haremos.

Eli se había planteado si tendrían algún problema para aterrizar en la parte del puerto de los contrabandistas. No le preocupaban los códigos ni autorizaciones, pero los lugareños podían pedirles algo parecido a contraseñas o palabras clave.

Pero no se encontraron con nada de eso. Era posible que los nombres cambiaran con tanta frecuencia allí que nadie se preocupase demasiado por saberlos, solo de que el visitante tuviera dinero.

—Maravilloso —dijo Ronan, entre dientes, cuando Pik desactivó la nave y los cuatro se metieron por una calle sinuosa repleta de puestos de venta, pequeños kioscos, tiendas con escaparates desaliñados y una riada constante de peatones de aspecto sospechoso y ocasionales vehículos pequeños, todos compitiendo entre sí por el espacio—. Imagino que no pensaron que solicitar un amarre más cercano al puerto principal reduciría considerablemente el tiempo que perderemos en este caos.

—En sitios como este nadie solicita nada —dijo Pik—. Vas donde te mandan, si no quieres empezar a despertar sospechas.

—Y que empiecen a asomar los blásters —dijo Gofre—. Si tenemos que hablar con alguien, déjennos a nosotros.

—Si no son oficiales del espaciopuerto —dijo Ronan—. En ese caso...

—Déjennos a nosotros —repitió Pik—. Ustedes no saben tratar con esta gente.

—Escuchen... —empezó a decir Ronan.

—No, escuche usted —le cortó Eli, harto de él. Ronan le recordaba a algunos oficiales que había conocido en la Marina Imperial, no precisamente de los buenos—.

Ellos aquí están en su elemento. No como usted, ni yo. Los han mandado para que nos protejan, déjeles hacer su trabajo.

Ronan probablemente tenía una réplica mordaz preparada, pero Pik se echó abruptamente a un lado. Eli se volvió instintivamente para ver qué sucedía.

Y tuvo el tiempo justo para ver que el soldado de la muerte le arrebató una tarjeta de créditos de las manos a un joven y lo lanzaba hacia el río de gente de un empujón.

—Carteristas —gruñó, levantando la tarjeta de créditos para que Eli la viera, antes de volver a guardársela en el bolsillo.

Aún tenía la mano en el bolsillo cuando otros dos hombres le asaltaron, sujetándolo por los brazos y dándole la vuelta para hacerlo trastabillarse y tirarlo al suelo.

Como militar, Eli quedó impresionado por la estrategia ataque/distracción estratificados de aquellos carteristas y ladrones. Como potencial víctima, reculó discretamente del repentino frenesí de actividad, sintiéndose muy impotente sin un arma ni ningún disuasivo uniforme.

Como mero transeúnte, todo aquello le resultó extrañamente entretenido.

En vez de oponer resistencia a sus asaltantes, Pik se dejó llevar, permitiendo que le dieran la vuelta. Los dos hombres, que claramente esperaban resistencia en vez de cooperación por parte de su víctima, perdieron brevemente el equilibrio. En el instante de mayor velocidad y distracción, Pik levantó los pies y los tres empezaron a caer, después volvió a plantar los pies en el suelo y se impulsó hacia arriba, girando los hombros en dirección contraria.

La combinación funcionó. Como sus asaltantes le sujetaban con menos fuerza, Pik se pudo desembarazar de ellos. Uno estuvo a punto de recuperar el equilibrio, pero un par de puñetazos rápidos al cuello y el estómago lo derribaron. El otro también cayó al suelo. Intentó apoyarse sobre las manos, pero una patada lo sacó de circulación.

Alguien maldijo y Pik se encontró, de repente, con un bláster apuntándole a la cara.

—No te muevas, hijo de...

El resto de la advertencia se convirtió en un aullido, mientras Pik movía las manos a toda velocidad, le arrebató el bláster a aquel tipo y le propinaba dos puñetazos en las tripas que lo tumbaron al lado de sus amigos.

—Te ha dicho que no te muevas, cerdo.

Eli se giró. Tras él había una mujer con la cara sucia, a bastante distancia de Pik, apuntándole con un bláster.

—Supongo que la lección es no acercarse demasiado, ¿no? —dijo ella—. Retroceded...

Fue todo lo que pudo decir, antes de que un pequeño objeto pasase volando ante las narices de Eli, proveniente de la zona en que estaba Gofre. Impacto contra el reverso de la mano que empuñaba el arma y la desvió. Cuando intentaba volver a apuntarla, otro objeto parecido, este lanzado por Pik, le impactó en la frente, echándole la cabeza hacia atrás y haciéndole dar un par de tumbos. Antes de que pudiera recuperarse, Pik ya estaba

encima de ella, arrancándole el bláster de las manos y metiendo un pie tras su tobillo para tirarla al suelo, donde cada vez había más gente.

—Interesante —dijo Ronan, serenamente, al lado de Eli—. Nunca había visto usar los comunicadores para eso.

—No creo que aparezca en los usos recomendados por el fabricante —dijo Eli, mientras Pik se guardaba uno de los dos blásters capturados bajo un brazo y recogía los dos objetos que Gofre y él le habían arrojado a la mujer.

—Están especialmente reforzados —explicó Gofre, cuando Pik le devolvió su comunicador.

—Supongo que la lección es no atacaros de uno en uno —dijo otra voz tras Eli—. Daos la vuelta, por favor. Lentamente.

Asegurándose de mostrar claramente las manos, Eli obedeció.

Este hombre, al menos, había seguido su propio consejo. La multitud que había allí hasta hacía un minuto, ocupada en sus asuntos o contemplando la breve pelea, había reculado mágicamente hacia ambos lados. En el espacio recién despejado, en fila y en medio de la calle, había cuatro hombres y una mujer de aspecto rudo, con las manos apoyadas en sus blásters enfundados.

—Con cinco también podemos, si queréis intentarlo —les dijo Pik.

—Calma, forastero —le advirtió el hombre del centro—. Otra exhibición así y quedará claro que eres del tipo de persona que no queremos aquí.

—¿Y qué tipo es ese? —preguntó Pik.

—Los que perjudican nuestros negocios —dijo el hombre.

—¿Te refieres a los imperiales? —preguntó Ronan.

—¿Los imperiales? ¿Los imperiales? —espetó el hombre—. Los imperiales no son el problema, señor elegante. Los imperiales toman su dinero y van a gastarlo a otra parte. El problema es el gran almirante Caraculo Savit.

—¿De verdad crees que un gran almirante se interesaría por este mundo de mierda? —se burló Gofre.

—¿Tenemos cara de estar bromeando? —replicó la mujer.

—¿Qué pasa con el almirante Savit? —preguntó Ronan.

—Ya os lo han dicho, es malo para los negocios —dijo la mujer—. Manda agentes. Espía todo lo que hacemos. Nos desmantela. —Su tono descendió amenazadoramente—. Nos mata.

—Y queremos devolverle el favor —dijo el hombre—. Vosotros cuatro, por ejemplo. Vuestra ropa y nave son normales, pero vuestras caras no.

—Ni la actitud —añadió la mujer—. Arrogante. Poco discreta.

—Poco fría —dijo el tipo.

—Probad a desenfundar esos blásters y veréis lo fríos que podemos ser —les desafió Gofre.

—Mira, esa es la actitud correcta —dijo el tipo—. No estamos acostumbrados a imperiales con blásters que se dignen a mancharse las manos. Normalmente, se limitan a disparar a todo lo que se mueve.

—Eso es un punto a vuestro favor —añadió la mujer—. De hecho, quizá sea lo único que os mantiene vivos.

—Os contaré lo que va a pasar ahora —dijo el hombre—. Sisay y yo vamos a charlar un poco con vosotros. A ella se le da muy bien.

—Os vamos a preguntar unas cuantas cosas —dijo la mujer, Sisay—. Como para quién trabajáis, con quién habéis estado antes de llegar aquí, qué hacéis en Aloxor, por qué estáis en Tiquwe... bueno, ya podéis haceros una idea.

—Si no nos gusta lo que oímos, si creemos que no sois de los nuestros... bueno, también podéis haceros una idea —dijo el hombre—. Y registraremos vuestra ropa y mochilas.

Eli sintió un nudo en el estómago. A pesar de la advertencia de Pik, Ronan había insistido en llevarse el uniforme de director adjunto en la mochila que ahora colgaba de su hombro.

—Os sorprendería la cantidad de agentes del DSI lo bastante descuidados para dejar armas imperiales guardadas en sus mochilas —dijo Sisay.

—¿Y si os decimos que nuestros asuntos no os conciernen en absoluto y continuamos nuestro camino? —sugirió Gofre—. Sería más sencillo y no dejaría un rastro de cadáveres por el suelo.

—Crees que serían nuestros cadáveres los que terminarían tirados por las calles —dijo Sisay, desenfundado su bláster—. Quizá Skulk no ha sido lo bastante claro, no os interroguemos nosotros dos solos. Ni nosotros cinco.

Eli miró de reojo a la multitud congregada alrededor. La mayoría solo miraba, pero había un puñado que también tenían las manos apoyadas en sus blásters. Demasiados y demasiado alejados, hasta para dos soldados de la muerte.

Desgraciadamente, los soldados de la muerte no parecían haber hecho sus mismos cálculos. Eli podía ver que cambiaban de posición sutilmente, buscando combatir espalda contra espalda.

Si Eli no hacía algo, iban a lograr que los matasen a todos.

Levantó una mano, como dando una orden silenciosa.

—Bien —dijo, escupiendo la palabra, como dicha al sentirse presionado y solo porque un puñado de idiotas le habían obligado a hacerlo—. Tengamos esa charla, ahora, antes de que hagáis nada de lo que debáis arrepentiros. Pero en privado. Vosotros cinco y nadie más.

Skulk y Sisay se miraron. Gofre miró a Eli con el ceño fruncido, mitad molesto, mitad pensativo. Eli seguía mirando a Skulk, intentando mostrarse tan impasible como los dos soldados de la muerte que tenía al lado.

—Bien —dijo Sisay, finalmente—. No os importa que os esposemos, ¿verdad?

—En realidad, sí, nos importa y mucho —dijo Eli—. Tampoco nos vais a llevar a la otra punta de la ciudad. —Miró una tienda próxima—. Ese parece buen sitio. Diría que conocéis a la gente del vecindario. Decidle al dueño que salga a darse un paseo.

Sisay y Skulk volvieron a mirarse.

—Muy bien, seguiremos tu juego —dijo Sisay—. Skulk, ya le has oído. Dile a Jeffrie que vaya a hacer un poco de ejercicio.

Tras mirar a Eli, Skulk pasó entre la gente y se metió en la tienda.

Ronan dio un paso hacia Eli.

—¿Qué está haciendo? —susurró.

—Con un poco de suerte, salvando nuestros pellejos —respondió Eli, también en un susurro—. Sin ella, intentando reducir nuestra inferioridad numérica.

Skulk apareció de vuelta en la entrada de la tienda.

—Venid —gritó.

—Vosotros primero —añadió Sisay.

Eli asintió y cruzó entre la multitud. Skulk se apartó para dejarlo pasar, mientras desenfundaba su bláster.

Por el contrario, Sisay enfundó su arma cuando Eli y compañía pasaron junto a ella, alargando las manos en una orden silenciosa. Furioso y claramente reticente, Pik obedeció y le dio los blásters que había capturado.

Al cabo de un minuto, estaban todos dentro. Eli notó que era una tienda de chocolates, con un denso aroma que le habría resultado muy tentador en otras circunstancias.

—Os escuchamos —dijo Sisay.

—Claro —dijo Eli, mirando alrededor, como si buscara micrófonos ocultos o alguien escuchando furtivamente—. ¿Habéis oído hablar alguna vez de un hombre llamado Cisne Nocturno?

A Sisay le cambió un poco la cara.

—Había oído que ya estaba fuera del negocio —dijo Skulk.

—Lo está —dijo Eli—. Soy su sustituto.

—Descríbelo —dijo Sisay, en un tono rígido y receloso—. Descríbelo bien.

—Pelo negro —dijo Eli—. Ojos negros. La piel curtida de un hombre que ha pasado mucho tiempo bajo el sol. Manos de minero, con cicatrices y callos. Cuerpo esbelto, pero cara redonda. Nunca mató a nadie si pudo evitarlo.

Hizo una descripción completa, todo lo que recordaba sobre aquel hombre que se hacía llamar Cisne Nocturno, su aspecto, el sonido de su voz, su estilo de hacer negocios, detalles sobre operaciones que *Thrawn* había desbaratado a lo largo de años. Los demás escuchaban en silencio, con unas caras que no revelaban nada.

Hasta que terminó.

—¿Satisfecha? —preguntó.

—Lo conoces, no hay duda —dijo Sisay. Torció los labios—. Puede que también trabajases con él —admitió, de mala gana—. Bueno, ¿de qué va esto?

—Esto va... y yo no lo he sabido hasta hace poco, de que Cisne Nocturno cerró un trato con los hutt.

Esta vez sí hubo una reacción clara.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó Skulk.

—De esos que preferiríais no hacer —dijo Eli, con un tono de leve amargura—. Ni heredar. La cuestión es que los hutt se están cobrando la deuda. Y parte del precio es que nos deshagamos de vuestro amigo Savit.

—¿De verdad? —dijo Sisay, con una sonrisa irónica asomando en sus labios—. Los hutt apuntan muy alto, no se puede negar. ¿Y cómo pretendéis cumplir un objetivo tan ambicioso?

—Gracias a él —dijo Eli, señalando a Ronan—. Hay un director adjunto de uno de los mayores proyectos del Emperador... llamado Ronan. Es una pieza del engranaje lo bastante importante para poder solicitar una entrevista con Savit y que este se la conceda.

—¿Y este será vuestro director Ronan? —preguntó Skulk, mirando a Ronan con incredulidad.

—No es perfecto —reconoció Eli—. Pero se parece lo suficiente a Ronan para superar todo excepto un bioescáner. Sí, ya sé... es una locura. Pero es eso o dejar que los hutt nos arranquen el pellejo.

Sisay resopló.

—Cuesta creer que Cisne Nocturno se involucrase en algo así.

—Yo tampoco podía creerlo —dijo Eli, mirándolos con atención. Por el momento, parecían tragarse la historia—. Imagino que los detalles debieron ser muy interesantes. Pero Cisne Nocturno ya no está entre nosotros, los hutt no quisieron contármelo todo y no soy tan insensato como para pedirles explicaciones.

—¿Y cuál es el plan, exactamente? —preguntó Skulk, mirando a Ronan de arriba abajo.

—Los hutt dicen que hay algunas naves relacionadas con ese proyecto que vienen a recoger su cargamento aquí, en Tiquwe —dijo Eli—. Buscaremos una, colaremos a Snick a bordo...

—Ronan —le cortó Ronan, en un tono severo y de reproche—. Soy el director adjunto Ronan. —Se enderezó—. Aquí no hay ningún Snick.

—Lo siento, director adjunto —se disculpó Eli, agachando la cabeza y aplaudiendo mentalmente a Ronan. Su mayor temor, aparte de que la banda de Sisay no se tragase aquello, era que alguno de los suyos saboteara sus esfuerzos prematuramente.

Sin embargo, Ronan había captado el juego de Eli y se había sumado en el momento justo.

—Debes sentirlo. —Ronan respiró hondo.

Para sorpresa de Eli, la cara y el cuerpo de Ronan parecieron relajarse un poco al abandonar aquella pomposidad y desdén. Como si se hubiera transformado en otra persona.

Una interpretación magnífica. Eli miró a Sisay y Skulk y vio que sus dudas se disipaban.

—Bien —dijo Skulk—. La actitud perfecta. Bueno, ¿dónde está esa nave y cómo pensáis subir a bordo?

—Empezaremos por la parte elegante del puerto, sin apuñalar ni disparar a nadie, si es posible —dijo Eli—. Si nos queréis abrir camino, genial... agradeceríamos cualquier ayuda, siempre que seáis discretos. Si preferís no meteros, genial también. Solo debéis evitar cruzaros en nuestro camino.

—Creo que os acompañaremos —dijo Sisay—. Como mínimo, un rato. Esta zona de la ciudad es peligrosa y rondan algunos imperiales por aquí a los que nadie ha podido comprar. Todavía.

—Bueno, quizá hoy encontremos alguna oferta —dijo Eli—. Pues pongámonos en marcha, antes de despertar más atención de la que queremos.

—Claro —dijo Sisay—. ¿Os llevamos las mochilas...?

Eli titubeó. No pasaba nada. En silencio, se descolgó la mochila del hombro y se la pasó a uno de los hombres. Ronan hizo lo mismo.

—Genial —dijo Sisay, en tono casi jovial—. Vale, seguidme.

CAPÍTULO XII

En los viajes con hiperimpulsión normal, con coordenadas establecidas por una computadora de navegación normal, el capitán siempre sabía adonde y cuándo llegaría su nave.

Con una navegante chiss al timón, todo aquello se perdía. Faro no tenía ni idea de adonde iban, ni de cómo sería el sistema al que se dirigían, ni una idea aproximada de cuándo llegarían.

Pero siempre se le había dado bien improvisar y en su etapa a bordo del *Quimera* había podido perfeccionar aquella habilidad innata hasta convertirla en un verdadero arte.

Por eso, cuando las líneas estelares se disiparon, tras una hora de viaje y unos diez segundos después del repentino aviso de Ar'alani, ya estaba preparada.

—A todo el personal del puente, regresen a sus puestos —gritó, mirando los paneles de estado y las pantallas tácticas. Un movimiento llamó su atención y, al fijarse, vio a Ar'alani ayudando a una inestable Vah'nya a salir del pozo de tripulantes, llevándola hacia el camarote temporal que Thrawn había improvisado para ellas en su despacho del puente trasero. Faro se preguntó por un instante si debía ofrecer su ayuda, decidió que Ar'alani seguramente la rechazaría y volvió a concentrarse en las pantallas tácticas.

Los datos empezaron a aparecer y dedicó un momento a fijarse en la geografía general del sistema: un solo sol, ocho planetas deshabitados y un surtido de lunas también desiertas, sin depósitos de combustible ni estaciones o apeaderos orbitales de ningún tipo. Más naves...

Sintió que fruncía los labios. Allí estaba, doscientos kilómetros más adelante, prácticamente en línea recta, flotando oscura y silenciosa con solo un levísimo destello de luz reflejada del lejano sol señalando su posición. La nave grysk que Thrawn esperaba encontrar.

Vah'nya lo había conseguido.

Notó una ráfaga de aire cuando Thrawn apareció junto a ella.

—Informe, comodoro.

—La tenemos, señor —dijo Faro, señalando el punto en la pantalla táctica y mirando los datos cribados que empezaban a bajar por el monitor de sensores—. Mejor dicho, las tenemos... parece que hay un par de naves unidas por pilones cortos o conductos umbilicales.

—¿Qué le sugiere esa configuración?

Faro amplió la imagen al máximo, deseando poder emplear sus sensores activos. Pero Thrawn había dado órdenes de ajustar el *Quimera* al modo invisible y, por el momento, solo disponían de los pasivos.

—Parece... que están pegadas una junto a la otra, proa contra popa.

—Eso me ha parecido también a mí —dijo Thrawn—. Una posición muy vulnerable, ¿no es así?

—Sí, señor —coincidió Faro. Dos naves colocadas juntas proa contra proa tenían los propulsores apuntando en la misma dirección y, en caso de emergencia, podían avanzar juntas mientras desconectaban los umbilicales y se despegaban de manera segura y ordenada. Pegadas proa contra popa, por el contrario, si activaban sus motores solo conseguirían girar sobre sí mismas hasta destrozar sus umbilicales.

—¿Cuál es su conclusión?

Faro sonrió sombríamente.

—Es un señuelo —dijo—. Los grysk quieren que creamos que están indefensos y que podemos atacarles.

—¿Y quién hay a bordo?

El primer impulso de Faro fue dar la respuesta obvia: los grysk y las especies satélite que el *Quimera* había encontrado en el puesto de vigilancia. Pero, al abrir la boca, se dio cuenta de que no podía ser tan sencillo.

—Solo sus esclavos —dijo—. Los grysk han tenido tiempo de marcharse y se han marchado.

—¿Dónde han ido?

—De vuelta a su base, supongo... no. —Se detuvo. De nuevo, no podía ser tan sencillo—. Siguen aquí —dijo, poco a poco, mirando la pantalla táctica con nuevos ojos. Lo único que se veía eran las naves unidas—. Como dijo antes, su primer enemigo es la incertidumbre. Quieren ver qué pasa. Pero, al mismo tiempo, no quieren encontrarse en el centro de nuestra diana si aparecemos.

Por tanto, una nave en modo oculto. Volvió a mirar la pantalla táctica.

E hizo una mueca. No. Maldita sea. En modo oculto no.

Camuflada.

—Estarán observando desde una nave camuflada —dijo Thrawn, poniendo en palabras su misma conclusión—. ¿Cómo deduciría su posición?

El primer grupo de tripulantes del puente había llegado y estaba cruzando la parte trasera para dirigirse a sus puestos. Faro notó que Ar'alani y Vah'nya habían desaparecido de la vista.

—Si esa nave es un señuelo, debe de haber una trampa —dijo—. Puede que hayan traído una gran nave de guerra, aunque no lo creo. No han tenido mucho tiempo y, como dijo usted, no quieren exponerse demasiado a miradas ajenas ni posibles capturas.

—¿Y si no es una nave de guerra...?

—Una bomba trampa —dijo Faro, arrugando la nariz—. Probablemente han llenado las naves unidas con todos los explosivos que han podido, esperando que nos acerquemos confiados a ellas.

—Sin duda sería un espectáculo muy satisfactorio para ellos —dijo Thrawn, secamente—. Suponiendo, por supuesto, que lo pudieran ver.

Faro frunció el ceño. ¿Por qué no iban a poder verlo? ¿Los cascos iban a taparles la vista? No había ningún cúmulo de meteoritos por allí cerca.

Nada excepto su propio campo de camuflaje.

—Están dentro de un caparazón esférico, por encima de las naves conectadas —dijo—. Delimitado en el interior por la distancia de seguridad respecto a la bomba trampa que han colocado y en el exterior por los límites del alcance de sus sensores que impone el campo de camuflaje.

—Excelente —dijo Thrawn. Levantó su datapad y apretó una tecla—. Esta es mi estimación e interpretación de esas condiciones, empleando cifras viables de explosivos disponibles para lo primero y los conocimientos de la almirante Ar'alani sobre los campos de camuflaje grysk para lo segundo.

Una doble esfera apareció en la pantalla táctica de Faro, centrada sobre las naves conectadas, con la zona delimitada por Thrawn en rojo. Faro la estudió, observando la relativa proximidad de las dos esferas y fijándose en la rareza de que no incluyera la zona que quedaba frente al *Quimera* ni la zona opuesta.

—¿Puedo preguntar por qué no incluye esas dos partes? —preguntó.

—Si llegamos, lo más probable es que lo hagamos desde esta dirección —dijo Thrawn—. No querrán estar en nuestra línea de fuego, si decidimos destruir las naves unidas sin molestarnos en investigarlas.

—Ni detrás de ellas, donde podrían recibir el impacto de disparos desviados —dijo Faro, asintiendo—. Hay menos territorio por explorar del que esperaba.

—Eso parece —dijo Thrawn—. Aun así, las descargas de iones no lo solucionan todo. Así que empezaremos por recopilar más información.

Faro miró los paneles de estado.

—Los escuadrones de TIE Dos y Tres indican que están preparados.

—Excelente. —Thrawn miró por encima de su hombro al siguiente grupo de oficiales que bajaban del turboascensor—. Creo que la primera teniente Pyrondi ya ha llegado.

Al cabo de un momento, Pyrondi dijo:

—Primera teniente Pyrondi regresando al servicio, señora —dijo, formalmente—. Almirante —añadió, poniéndose brevemente firmes.

—Teniente, ¿cuántos operarios de rayo tractor clase A tiene ahora mismo de servicio? —preguntó Thrawn.

Pyrondi tecleó en su datapad.

—Tres de cinco, señor.

—Excelente —dijo Thrawn—. Sume a esos tres y los otros dos a la conversación. Quiero explicarles una nueva maniobra llamada «honda».

Ar'alani se reunió con Thrawn y Faro en el puente cuando los operarios del tractor estaban listos. La chiss empezó a decir algo...

—Sy bisti, almirante, si es tan amable —dijo Thrawn, en ese idioma comercial.

Ar'alani miró con hastío a Faro.

—¿Los hemos encontrado?

—Estamos a punto de estrechar la búsqueda —dijo Thrawn. Pasó al básico galáctico—. ¿Teniente Pyrondi?

—Preparada, almirante.

—Despliegue el Escuadrón Dos y active los rayos tractores.

—A la orden. Escuadrón Dos: despliéguense.

Faro miró los monitores, fascinada. Por lo que sabía, aquella maniobra no se había intentado nunca.

Para ser justos con los planificadores tácticos de Coruscant, solo aquella combinación concreta de circunstancias la hacía una maniobra útil.

Los cazas TIE aparecieron en la pantalla táctica: doce marcas. A diferencia del patrón de despliegue habitual, esta vez no salieron aullando de sus anaqueles de lanzamiento a máxima potencia, para ascender por el borde del muelle y lanzarse a la carga. En realidad, aparecieron lentamente ante su vista, con los motores fríos y sus sensores y computadoras de objetivo a baja potencia. La inercia inicial generada por el lanzamiento desde los anaqueles los lanzó a cierta distancia del borde del muelle, por debajo de la nave.

Pyrondi miraba la pantalla, viendo cómo los cazas se alejaban poco a poco. Faro miró de reojo a Thrawn y se preguntó si intervendría, a sabiendas que no. Le había explicado todos los detalles de la maniobra a Pyrondi y le había cedido el pleno control de la operación. Ahora, se limitaría a esperar y evaluar la manera en que su primer oficial de armas manejaba la tarea. Faro contó cinco segundos...

—Tractores delanteros, activación —ordenó Pyrondi.

De repente, seis de los TIE dieron una sacudida hacia delante, al ser atrapados por los rayos tractores ventrales, que aparecieron en la pantalla táctica como líneas blancas que unían los cazas a la punta de la proa del *Quimera*. Los TIE ganaron velocidad al ser remolcados hacia la popa...

—Desconexión —gritó Pyrondi—. Timón, ascienda cinco grados positivos.

Las líneas blancas desaparecieron, dejando a los TIE con la velocidad y dirección que los rayos tractores les habían dado. Estaban cerca de impactar con la popa del *Quimera* cuando la nave ascendió los cinco grados ordenados por Pyrondi, despejando el camino para que los TIE pasaran limpiamente por debajo.

Faro desvió su atención hacia la ventanilla delantera, viendo cómo los cazas oscurecidos les adelantaban, rumbo a las naves grysk unidas.

Thrawn se mantuvo en silencio, mientras Pyrondi repetía el proceso con el resto de TIE.

—Un trabajo excelente, teniente —dijo, cuando los cazas desaparecieron en el espacio—. Dígame, ¿quiénes son los operarios de los tractores tres y cinco?

Pyrondi consultó su datapad.

—Matavuli en el tres, Nasmyth en el cinco.

—Apunte esos nombres, comodoro —ordenó Thrawn—. La puntería de Matavuli es vacilante y su procedimiento general es un poco flojo. Necesita más entrenamiento.

—Sí, señor —dijo Faro, tomando nota en su datapad—. ¿Y Nasmyth?

—Debería ser considerado para el estatus clase A —dijo Thrawn—. Busque un momento para que realice la prueba.

Se volvió hacia Ar'alani y siguió en sy bisti.

—Los cazas van a inspeccionar desde más cerca las naves unidas —dijo—. Usando solo baja potencia y sin emanaciones de sensores, la nave camuflada grysk no debería detectarlos.

—No creo que las naves unidas tengan nada de demasiada importancia —dijo Ar'alani, desdeñosamente—. Seguro que los grysk ya han destruido cualquier información útil que hubiera a bordo.

—Seguro que lo han intentado —dijo Thrawn—. Pero la información más peligrosa para ellos sigue ahí, la que tienen los miembros de sus especies satélite, a los que podemos convencer de que nos revelen esos secretos.

—Si aún queda alguien a bordo.

—Queda. —Thrawn hizo un gesto a Faro—. ¿Qué pruebas tenemos, comodoro?

—Los análisis de infrarrojos sugieren que hay entre diez y veinte formas de vida a bordo —dijo Faro, forcejeando con las complejas palabras del sy bisti. Como mínimo, la gramática del idioma era relativamente sencilla.

—¿Esclavos de los grysk? —preguntó Ar'alani.

—O todos esclavos grysk o con algunos de los doce miembros desaparecidos del apeedero pirata —dijo Faro.

—Que esperamos rescatar, si es posible —añadió Thrawn.

Ar'alani miró por la ventanilla delantera.

—Las naves unidas son el cebo de una trampa —dijo—. La nave camuflada es nuestro verdadero enemigo y, por lo tanto, el objetivo principal.

—Uno de nuestros objetivos principales —le corrigió Thrawn—. Hay otro igual de valioso. Posiblemente incluso más prioritario que la propia nave.

—¿Se refiere a la tríada? —preguntó Ar'alani.

—Sí.

Faro asintió para sí. Los grysk no podían emplear la HoloRed para contactar desde larga distancia con su base principal, no con el Imperio supervisando todas las transmisiones que pasaban por aquel sistema. La única solución era una tríada de comunicaciones, una técnica empleada en las Regiones Desconocidas, el Espacio Salvaje y los confines del Imperio.

El problema era que en la tríada se necesitaba mucho espacio para colocar los tres polos del transceptor.

Volvió a mirar el plano geográfico del sistema. Ocho planetas, cinco de ellos gigantes gaseosos, los otros tres a un mínimo de ocho minutos luz de distancia. Los primeros no

disponían de tierra firme en la que plantar una tríada, mientras que los segundos precisaban de láseres de comunicaciones para enviar señales tan lejos, sin contar el extraño y potencialmente peligroso desfase añadido. Cuatro de las lunas de los gigantes gaseosos estaban a menos de un minuto luz de las naves unidas, pero también necesitarían un láser o un transmisor más delicadamente columnado en ambos extremos para intercambiar mensajes. A no ser que la tríada estuviera desactivada o en reposo, unas emisiones tan grandes de potencia deberían ser claramente visibles para los sensores del *Quimera*.

Y, en aquellas circunstancias, seguro que los grysk que acechaban tras su dispositivo de camuflaje no deseaban perder el contacto con su base principal durante los minutos cruciales que iban a necesitar para reactivar su sistema de comunicaciones.

—Almirante, ¿de qué tamaño deben ser los polos de esa tríada? —preguntó Faro.

—No exageradamente grande, pero bastante notable —dijo Thrawn—. Uno cabría en el puente del *Quimera*.

—¿Y dentro de una de las naves unidas?

—Sin duda —dijo Thrawn—. El factor esencial es la separación entre los tres polos. ¿Almirante?

—La distancia puede variar —dijo Ar'alani—. Los polos de las tríadas grysk suelen funcionar... —Hizo una pausa y Faro se dio cuenta de que estaba convirtiendo unidades mentalmente—, con una separación de entre cinco y diez kilómetros entre sí.

—En la de Batuu la separación era de seis kilómetros —añadió Thrawn—. El factor clave es que la separación entre los tres se debe mantener constante. Eso contradice la posibilidad de que los polos estén flotando en órbita, ya que cualquier pequeña perturbación alteraría rápidamente la separación, inutilizándolos.

—No hay asteroides ni meteoritos cercanos lo bastante grandes —dijo Ar'alani—. La tríada debe de estar instalada en una de las lunas planetarias.

Faro miró las pantallas. Pero ya había notado antes que ninguna de las lunas estaba a menos de un minuto luz. ¿Los grysk se colocarían tan lejos de la tríada?

Sobre todo porque no había ningún motivo que lo hiciera necesario. Por lo que veía, no había ningún motivo para que las naves unidas estuvieran tan alejadas de ningún otro elemento del sistema. Si tenían la tríada instalada en una luna, ¿por qué no orbitaban esa luna? ¿O, como mínimo, la estrella primaria de esa luna?

—¿Qué pretendes con los cazas? —preguntó Ar'alani.

—Tienen una triple misión —dijo Thrawn—. Primero, recopilar información que el *Quimera* no puede obtener desde esta distancia sin sus sensores activos. Segundo, provocar una posible reacción por parte de la nave camuflada que podría revelarnos su posición.

Faro notó un nudo en el estómago. En otras palabras, Thrawn había lanzado su propio señuelo.

Entendía que aquello a veces era necesario. Pero saber que su tripulación estaba en ese tipo de peligro deliberado no resultaba nada fácil de asimilar.

—Y tercero —concluyó Thrawn—, estar en disposición de lanzar un ataque contra las naves unidas, si decido lanzarlo.

—Dijiste que querías capturar prisioneros alienígenas y rescatar a los cautivos de los grysk —le recordó Ar'alani.

—Si es posible —dijo Thrawn—. Como siempre, las prioridades son la seguridad del *Quimera* y el bien del Imperio.

Ar'alani miró fijamente a Faro.

—Disculpe un momento, comodoro Faro.

—Por supuesto, almirante —dijo Faro, asintiendo.

Había supuesto que Ar'alani se llevaría a Thrawn a una parte más discreta del puente para hablar en privado con él. Aunque, por supuesto, no era necesario. Se volvió hacia Thrawn y se puso a hablar, en voz baja pero acaloradamente, en idioma chiss.

Faro miró hacia otra parte. No era necesario, dadas las circunstancias, pero le pareció lo más educado. Además, conocía lo suficiente las expresiones, tonos y lenguaje corporal de Thrawn para que el simple hecho de quedarse mirando pudiese considerarse una intromisión. Era mejor que se centrara en los asuntos del *Quimera* y dejase su momento a Ar'alani.

Regresó al puesto de armas, estudiando los monitores por encima del hombro de Pyrondi. La primera oleada de TIE avanzaba lentamente hacia las naves unidas, con la segunda un minuto por detrás. Los cazas enviaban las lecturas de sus sensores mediante láseres de haz coherente, pero todos estaban aún demasiado lejos para poder detectar nada que los sensores pasivos del *Quimera* no hubieran detectado ya.

—Acabo de recibir el último barrido de datos de Lomar, señora —dijo Pyrondi en voz baja, mirando por encima del hombro de Faro, hacia la conversación de los chiss—. No ha detectado ninguna transmisión.

—¿Podrían estar empleando láseres de comunicación? —preguntó Faro.

—Es posible —dijo Pyrondi—. El nivel de polvo ahí fuera es lo bastante bajo para hacer muy improbable que una partícula tope con un haz láser y produzca un reflejo lo bastante potente para que lo veamos.

—Supongo que Hammerly tiene gente pendiente de eso, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Y si el láser envía una señal a una de las lunas más próximas? —preguntó Faro—. Olvide el polvo... ¿sería lo bastante potente para ionizar alguna partícula de viento solar?

—No lo sé —dijo Pyrondi, pensativa—. Eso seguramente se lo debería preguntar a Elammerly o Lomar.

—Lo haré —dijo Faro. Miró los monitores y se dio media vuelta.

Y frunció el ceño. Había visto algo...

Se giró y miró las distintas pantallas. Algo había llamado su atención.

Pero ¿qué? Todo parecía exactamente igual que antes. Los TIE avanzaban sigilosamente hacia las naves unidas. Estas seguían inmóviles e igual de silenciosas, con

la distante luz solar reflejándose en sus cascos. No había indicios de emisiones de energía de comunicadores, propulsores o armamento dentro del rango de los sensores.

Faro quedó rígida. La luz solar reflejándose en sus cascos.

Dio media vuelta.

—¿Almirante Thrawn? —gritó.

Este interrumpió su charla con Ar'alani y fue hacia Faro, a un paso comedido, pero intrigado.

—¿Sí, comodoro?

—Las naves unidas, señor —dijo ella, señalando la pantalla y cruzando los dedos mentalmente. Ar'alani, que venía tras Thrawn, la miraba de aquella manera que significaba que más le valía tener una razón condenadamente buena para haber interrumpido su conversación—. He visto luz solar reflejada en sus cascos y he recordado...

—Se han movido —murmuró Thrawn.

—Sí, señor —dijo Faro, sintiéndose aliviada. No eran meras imaginaciones suyas. Él también lo veía—. Tendremos mejores datos cuando los TIE se aproximen más, pero creo que es una lenta rotación sobre su centro de gravedad común.

Thrawn se volvió ligeramente hacia los pozos de tripulantes.

—¿Comandante Fiammerly? ¿Algún indicio de uso de impulsor o reactor de maniobra por parte del objetivo?

—No, señor —respondió Fiammerly.

—¿Ha podido iniciar el programa de ocultación?

—Sí, señor. Parcialmente, al menos —le confirmó Fiammerly—. Lo estamos usando con el objetivo y, de momento, no hemos visto ningún indicio de descarga de gas frío.

—Gracias. —Thrawn se volvió—. Si la rotación no es nueva, debe producirse desde antes de que entrásemos en el sistema.

—Posiblemente es una técnica de barrido de sensores —sugirió Ar'alani, en su bisti. La irritación que Faro había visto en su cara hacía apenas un instante había desaparecido, remplazada por un creciente interés—. Si tienen sensores colimados o de escudos enfocados, esa lenta rotación les permite ver más lejos sin los riesgos de las emanaciones de unos sensores activos.

Thrawn negó con la cabeza.

—La rotación es demasiado lenta. Calculo que tarda más de una hora para completar el giro.

—Lo que anularía cualquier utilidad en una situación activa —admitió Ar'alani—. ¿Alguna idea de su función?

—Quizá no tenga —dijo Thrawn—. Puede ser un movimiento residual provocado por el último despegue de una lanzadera.

—Yo no confiaría mucho en esa conclusión —dijo Ar'alani.

—Ni yo —dijo Thrawn—. Tampoco querría elaborar teorías con información insuficiente. Media hora más y la primera línea de TIE estará lo bastante cerca para recoger más datos.

Se volvió hacia Faro, inclinando la cabeza para agradecer silenciosamente su aportación.

—Hasta entonces, estaré en mi despacho, comodoro, por si me necesita.

—Sí, señor —dijo Faro.

—Almirante —dijo Thrawn, saludando a Ar'alani. Se dio la vuelta y echó a andar hacia el puente trasero.

—¿Sus obras de arte? —preguntó Ar'alani, en voz baja.

Faro asintió.

—No creo que tenga ninguna creada por los grysk —contestó—. Pero cuenta con holocopias de obras de algunas de sus víctimas.

Ar'alani emitió un ruido gutural.

—¿Le disgusta esa habilidad? —preguntó Faro.

—No es la palabra adecuada —dijo Ar'alani, con leve desdén—. Mis opiniones, positivas o negativas, son irrelevantes.

—Entonces, ¿qué problema tiene con eso?

Ar'alani la miró con dureza. Faro sostuvo su mirada, obligándose a no dejarse intimidar. Ar'alani podía ser una almirante y, por tanto, superarla en rango, pero ella era comodoro y, lo más importante, la comandante de la nave en la que ambas estaban en esos momentos.

Para su sorpresa, la mirada de Ar'alani se suavizó y algo que podría interpretarse como una sonrisa asomó en su cara.

—Muy bien, comodoro. Es usted fuerte y segura de sí misma. Mitth'raw'nuruodo ha elegido bien.

—Gracias —dijo Faro—. Aunque, a decir verdad, quien me dio este puesto en el *Quimera* fue el Alto Mando de la Marina Imperial, no el almirante Thrawn.

—No me refería al puesto —dijo Ar'alani—, sino a que la haya elegido como protegida. Yo lo único que siento por las habilidades de Mitth'raw'nuruodo es respeto. No coincido con la situación que ha elegido. —Otra media sonrisa—. A diferencia de usted, él sí la ha elegido.

—¿Se refiere a su servicio al Imperio?

—Sí. —Ar'alani se volvió ligeramente para mirar por la ventanilla delantera—. La Ascendencia se enfrenta a graves peligros. Los grysk y sus satélites, principalmente, pero hay más. Lo necesitamos para que ponga su nombre e historial al servicio de nuestra causa. Pero sigue negándose. —Se volvió hacia Faro—. ¿Realmente su vida aquí es mucho mejor?

Faro pensó en Batonn, en la misión a la que el Emperador había enviado a Thrawn con Darth Vader, en su situación en la presente lucha de poder entre el gran moff Tarkin y el director Krennic.

—Su vida aquí es precaria —le dijo a Ar'alani—. Pero parece que piensa que desde aquí puede servirnos a todos mejor. Incluida la Ascendencia.

Ar'alani volvió a emitir aquel ruido gutural.

—Eso no tiene sentido.

—¿No? —replicó Faro—. Piénselo bien. Es evidente que los grysk han colocado al Imperio en su punto de mira. Su presencia aquí lo atestigua. Pregúntese qué sería de la Ascendencia si los grysk lograsen derrocar al Imperio, o hacerse con un porcentaje significativo de los recursos del Imperio. ¿Quiere eso para el futuro de su pueblo?

Ar'alani se quedó callada un instante. Después, se giró hacia la ventanilla.

—Hay otras vías —murmuró.

—Quizá —dijo Faro—. Si es así, estoy segura de que el almirante estará encantado de escucharlas. —Señaló la ventanilla—. Por ahora, esta es la batalla que ha decidido librar el almirante Thrawn. Y yo pienso ayudarlo a ganarla.

CAPÍTULO XIII

Mientras todos se preparaban para salir de la tienda de Jeffrie, Eli había visto a través del escaparate que aún quedaban unos cuantos mirones delante, al parecer esperando para ver cuántos de los que habían entrado salían por su propio pie. Sospechaba que el hecho de que fueran a ser todos iba a despertar la misma curiosidad que si saliesen con una o dos bolsas para cadáveres llenas.

Afortunadamente, Sisay pareció pensar lo mismo. Les ahorró el problema sacándolos a todos por la parte trasera, por un callejón estrecho lleno de cubos de basura y gente andrajosa que rebuscaba en ellos, debajo de un par de droides cargadores que esperaban pacientemente que los rebuscadores terminasen. Cruzaron otra puerta trasera, salieron por la puerta de una cafetería y emprendieron su marcha.

Eli esperaba que el trayecto fuera corto, que la guarida del grupo de Sisay estuviera cerca de donde Pik había aterrizado la lanzadera. Pero, mientras seguían caminando por calles ruidosas, vio claro que no era así. Al parecer, Sisay había abandonado su territorio por asuntos de negocios y se había topado por casualidad con los inusuales visitantes.

O, más probablemente, quizá la presión del almirante Savit tenía tan alteradas a las bandas piratas locales que todas andaban patrullando el espaciopuerto en busca de agentes del gran almirante.

Un análisis somero de la gente con la que se cruzaban reforzaba esa teoría. Eli ya había estado en ciudades como aquella, en sistemas del Espacio Salvaje donde daba servicio la empresa de transporte de su familia, y sabía que había reglas de estatus no escritas bien estructuradas y mantenidas. Al principio de su caminata, menos del diez por ciento de la gente que se cruzaban parecía reconocer a Sisay o Skulk y sus sutiles reacciones sugerían que la mitad de ellos los reconocía de forma positiva y la otra de forma negativa.

Pero, a medida que avanzaban, el porcentaje de reconocimiento fue creciendo. A la media hora de haber salido de la tienda, todos los que se cruzaban parecían conocer a la banda.

Lo malo era que el porcentaje de miradas cordiales y hostiles seguía alrededor del cincuenta por ciento. Por desgracia, un estatus tan ambiguo como aquel se trasladaba automáticamente a cualquier que fuera con ellos, lo que colocaba a Ronan, los soldados de la muerte y Eli en su misma precaria posición.

Thrawn había sugerido que el aura de peligro que rodeaba a los soldados de la muerte les evitaría problemas no deseados. Debido al control que Savit ejercía en la zona, parecía que aquel plan había resultado contraproducente.

Finalmente, con las paredes de la parte comercial del espaciopuerto ya visibles a lo lejos, la parte decente, como la había llamado Gofre, llegaron hasta un edificio bastante destartalado. Sisay les condujo por un viejo vestíbulo, que parecía haber sido un hotel en

el pasado, hasta una amplia escalera que subía al segundo piso. Pasaron junto a dos hombres que holgazaneaban en lo alto de la escalera, con unas miradas penetrantes y despiertas que contrastaban con su fingida indolencia, y llegaron hasta unas habitaciones en mitad del pasillo.

—¿Qué hacemos aquí, exactamente? —preguntó Eli, cuando Sisay les señaló unas sillas colocadas en círculo frente a una mesa raída.

—¿Lo has olvidado? —le preguntó Skulk, yendo hacia una vitrina con licores que había tras el escritorio y sacando dos botellas—. Tenemos que echar un vistazo a vuestras cosas.

—Creía que ya habíamos superado esa fase —dijo Eli, estremeciéndose al oír que las cremalleras de las mochilas se abrían a su espalda.

—Pues te equivocabas —dijo Skulk, girándose hacia ellos y levantando las botellas para echarles un vistazo—. Aquí tengo brandy de uva playera y vino chopkic. ¿Qué queréis?

—Nada —dijo Gofre—. Queremos cumplir con nuestro trabajo.

—Y se nos hace tarde —añadió Eli, notando que una fina capa de sudor empezaba a acumularse en su nuca. Creía que Sisay y compañía se habían tragado su historia en la tienda de Jeffrie. Ahora veía que aún tenían ciertas dudas.

Y, con el interrogatorio trasladado al bastión de Sisay, la situación de peligro que Eli esperaba evitar lo único que había hecho era empeorar.

Pik y Gofre también lo notaron. Eli pudo ver la tensión en sus cuellos y los músculos de sus mejillas, aunque intentasen mostrarse indiferentes.

—Relajaos —dijo Sisay, mirando uno por uno a los imperiales, mientras iba hacia el otro lado de la mesa. A Eli le pareció que se detenía a mirar fugazmente a los dos soldados de la muerte—. El cambio de guardia es el mejor momento para actuar y no hay otro hasta dentro de tres horas. Tenemos tiempo.

—No nos preocupan los guardias —dijo Eli—. Disponemos de todos los códigos y permisos adecuados. El problema sería perder la nave que necesitamos para llegar hasta Savit.

—Sí, hablemos de esos permisos —dijo Sisay, sentándose y reclinándose en la silla—. Brackis, ¿los ves por ahí?

—Sí, aquí están —dijo alguien, tras Eli. Uno de los hombres que había estado con ellos en la tienda de Jeffrie apareció ante su vista y lanzó las cuatro tarjetas de datos de las mochilas sobre el escritorio de Sisay—. El grabado exterior parece bueno.

—Gracias —dijo Sisay. Se quedó mirando a Eli un segundo y bajó la vista hacia las tarjetas de datos—. Pues sí. Parece muy bueno. ¿Os importaría decirme quién es el artista?

—Lo desconozco —dijo Eli—. Todo ese material nos lo dieron los hutt.

—Una excusa demasiado recurrente, ¿no crees? —comentó Skulk, dejando un vaso de brandy en la mesa, frente a Sisay—. Los hutt esto, los hutt lo otro.

—¿Qué queréis que os diga? —replicó Eli—. Si hubierais trabajado para los hutt ya sabríais que no se fían de nadie.

—Bueno, esa es la cuestión —dijo Sisay, en un tono repentinamente severo—. Hemos trabajado con los hutt. Y vuestra historia no termina de encajar.

Por el rabillo del ojo, Eli vio que Ronan cambiaba ligeramente de posición. «Mantén la calma», pensó con urgencia, mirándole. «Podemos hacerlo. Tú mantén la calma».

—¿En serio? —dijo, en un tono levemente desdeñoso—. ¿Por qué?

—Los hutt no contratan a cualquiera para que les haga el trabajo sucio —dijo Sisay—. Todos tienen contrabandistas, piratas y matones a sueldo en nómina.

—¿Quién ha dicho que somos cualquiera?

—Lo digo yo —dijo Sisay—. Ningún hutt os contrataría, estando nosotros aquí.

—Estás ignorando lo más evidente —intervino Ronan—. No podían contrataros porque no me tenéis a mí.

—Es él quien nos permitirá acceder a Savit —dijo Eli—. Ya puedes olvidar este ataque de celos.

—No se trata de celos —dijo Skulk—. Se trata de las consecuencias que tendrá que hagáis mal el trabajo.

—O las consecuencias aún peores que tendrá que no seáis quienes decís ser —dijo Sisay, en un tono aún más oscuro—. Que seáis, por ejemplo, unos infiltrados del DSI intentando acabar con nosotros.

—Eso es absurdo —protestó Eli—. Sois vosotros los que nos abordasteis. Nosotros no intentamos ni reclutaros ni descubrir vuestros preciados secretos.

—Hemos venido a trabajar —dijo Pik—. Venimos, hacemos nuestro trabajo y nos marchamos.

—Sí —dijo Sisay—. Eso. —Levantó un dedo.

Y desde detrás Eli oyó el ruido de blásters desenfundados.

—Estáis cometiendo un grave error —dijo, haciendo un último intento—. Si interferís en nuestra misión y los hutt se enteran lo lamentaréis profundamente.

—Eso ya lo veremos —dijo Sisay, serenamente—. Creo que empezaremos por lo más simple, electrodos, fognazos, delirios. Cosas que no causan daños reales, o nada permanente, al menos. A partir de ahí, podemos tomar muchos caminos distintos, si es necesario. Cada uno en una sala, por supuesto... no podemos permitir que intentéis cuadrar vuestras historias.

—Si perdemos esa nave... —empezó a decir Eli.

—Lo lamentaremos muchísimo —le cortó Sisay—. Sí, ya lo hemos entendido. Bueno, ¿alguien quiere contarme algo antes de que empecemos?

Eli respiró hondo. Aquello no acababa allí. Ni mucho menos. Aunque Sisay sospechase que eran infiltrados del DSI, su gente y ella no podían estar preparados para lidiar con un par de soldados de la muerte. Seguro que Pik o Gofre encontraban un resquicio y cuando uno lograrse liberarse, seguro que podría sacarlos a todos de aquello.

Por supuesto, eso los dejaría en un edificio y un barrio controlado por la banda de Sisay. Pero ya se ocuparían de eso a su debido momento.

—Solo que nos estáis haciendo perder el tiempo a todos —dijo Eli—. Pero ya veo que no os importa.

—Así es, no nos importa —dijo Sisay—. Bueno, veamos. El hablador puede ir a la sala uno. Snick... perdón. Ronan... puede ir a la sala dos...

Se detuvo al oír un golpe fuera. La puerta se abrió y uno de los hombres que holgazaneaba en la escalera asomó la cabeza.

—Perdón, jefa —dijo, disculpándose—. Pero está aquí Topo. Dice...

—¿Quién? —le interrumpió Sisay.

—Topo —repitió el hombre—. El nuevo pirata informático de Parpa.

—Ya sé quién es —dijo Skulk—. Parpa dice que es lo mejor desde las costillenas de ribenes. ¿Qué quiere?

—Dice que no encuentra a Parpa y que necesita hablar con él inmediatamente. Cree que vosotros quizá sepáis dónde está.

—¿Quién se ha creído que somos, la Oficina de Información para Contrabandistas? —gruñó Skulk—. Dile que se vaya al cuerno.

—No, espera —dijo Sisay, mirando pensativamente a Eli—. ¿Dices que es informático?

—Sí... sabe hacer de todo con computadoras y droides —dijo Skulk.

—¿También falsificar datos?

—Probablemente —dijo Skulk, también mirando a Eli, en un tono que revelaba que lo había entendido—. ¿Estás segura?

—¿Por qué no? —Sisay hizo un gesto—. Que pase.

Eli miró los permisos que había sobre la mesa, notando un nudo en el estómago. Un pirata informático decente confirmaría que se trataba de unas falsificaciones excelentes, sin duda.

Por desgracia, uno experimentado se daría cuenta de que eran auténticos.

Miró a Pik. No parecía que el soldado de la muerte tuviera la menor idea de la trampa que acababa de abrirse bajo sus pies. Eli debía alertarlo de alguna manera para que entrase en acción.

La puerta se abrió más y apareció a un hombre delgado y visiblemente nervioso enfundado en una túnica limpia pero un tanto gastada, con un datapad sujeto con ambas manos ante el pecho.

—Perdone que la moleste, señora Sisay —dijo, con una voz tan temblorosa como su cara. Miró a Skulk, de pie junto a ella, y después a los cuatro imperiales, y dio un paso vacilante adelante—. Necesito hablar con el señor Parpa —continuó, tropezándose con las palabras—. Me pidió que desviase unas identificaciones de unos transportes, pero no fue muy claro sobre dos de ellas y necesito consultarlo con él, pero no logro localizarlo. Siempre hace igual. Esperaba que ustedes...

—Vale, vale... espera —le cortó Sisay—. Primero, no sé dónde está Parpa.

—Oh —dijo Topo, encorvando los hombros—. Vale. Lo siento...

—Segundo —continuó Sisay, elevando la voz sobre la de Topo—, estoy segura de que volverá a tiempo para aclararte lo de esos transportes.

—Oh, no, señora Sisay, usted no conoce al señor Parpa —dijo Topo—. Siempre me hace lo mismo... se marcha sin explicarme bien las cosas y...

—Tercero —dijo Sisay, haciéndole gestos para que se acercase—, tengo un trabajito para ti.

—Yo... —Topo se quedó callado, perplejo—. ¿Un trabajo? Pero yo... yo no trabajo para usted. Puede que al señor Parpa no le guste que...

—Serán cinco minutos —le cortó Sisay, con un tono un poco más tenso—. Parpa no se enterará y tú te ganarás un extra.

—Yo... no sé —dijo Topo, empezando a tartamudear—. Parpa... se entera de todo. Si me pillan... —Miró a los imperiales y otra vez a Sisay.

Y Eli notó que había visto las tarjetas de datos sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó, estirando un poco el cuello—. ¿Son tarjetas de identidad imperiales?

—Eso es lo que quiero que nos aclares —le dijo Sisay—. Ese es el trabajo. ¿Te interesa?

—Oh, bueno, yo... —Topo volvió a mirar a los imperiales. Y después hacia algo que quedaba tras Eli—. ¡Uauh! —exclamó—. ¿Eso es...? ¡Uauh!

Eli miró por encima de su hombro. Alguien había sacado el uniforme de Ronan de la mochila y lo había dejado colgando de un lado de la mesa.

—¿Es de verdad? —preguntó Topo—. Parece auténtico. No lo es, ¿no?

—Después puedes echarle un vistazo —le dijo Sisay, recogiendo una de las tarjetas de datos y tendiéndosela—. Antes, esto.

—Oh —dijo Topo—. Vale. —Fue hasta la mesa, encogiéndose al pasar junto a Gofre, recogió la tarjeta y la introdujo en su datapad.

Eli se preparó para lo peor. Si Topo era bueno, había llegado el momento de que se pusieran en marcha.

Intentó cruzar su mirada con Pik, intentando alertarlo, pero este estaba completamente concentrado en Topo. Eli solo pudo desear que Pik lo hubiera entendido todo a aquellas alturas.

Echó un vistazo alrededor. Decidió que cuando Pik se pusiera en acción, él saltaría, giraría sobre sí mismo y les arrojaría la silla a los tipos que tenía detrás.

Suponiendo, claro, que fuera capaz de levantar la silla. Le había parecido bastante sólida cuando se sentó y podía pesar demasiado para ser una buena arma arrojadiza. Reculó un par de centímetros para apoyarse en el respaldo. Sin duda era sólida, pero no podía calcular su peso.

Odiaba no disponer de toda la información que necesitaba, una manía que había adquirido sirviendo a Thrawn. Este era capaz de compensar la carencia de datos con su habilidad para improvisar, un talento del que Eli carecía.

No sabía si la silla serviría. Pero, sin nada más a mano, tendría que jugársela.

Aun así, no podía evitar preguntarse si Thrawn habría llegado a esa misma conclusión y decisión, o si habría urdido algún otro plan.

Eli notó que esbozaba una sonrisa. Por supuesto que Thrawn tendría otro plan. Su plan habría sido no acabar en una situación como aquella.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Sisay.

Eli se sobresaltó. No era consciente de que su sonrisa fuera tan visible.

—Solo pensaba en qué dirán los hutt si nos arruináis la misión.

—Si los conoces —dijo ella.

—Oh, sí que los conoce —dijo Topo, levantando la vista de su datapad—. O conoce a alguien que conoce a los hutt. En todo caso... —Sacó la tarjeta de datos y la toqueteó—, está bien hecha. Muy bien hecha.

—¿La hicieron los hutt? —preguntó Skulk.

Topo lo miró con sorpresa.

—¿Cómo lo ha sabido? Yo me acabo de dar cuenta.

—Porque nos lo acabas de decir —dijo Sisay.

—Oh. —Topo seguía perplejo, mirando la tarjeta de datos con extrañeza—. Bueno, quería decir que podría ser huttesa. Tampoco firman sus trabajos. Nadie lo hace, excepto un falsificador que conocí, que se llamaba Hollander. Tenía la rara...

—¿Es falsa? —gritó Skulk.

—Sí —dijo Topo, apresuradamente, estremeciéndose—. Sí. Es una falsificación muy buena. Debería servir.

—Gracias —dijo Sisay, fríamente—. Ya te puedes ir. Bracios, acompáñalo. Dale un cheque de cien créditos.

—Oh —dijo Topo—. Vaya. Gracias. —Dio un paso adelante y dejó la tarjeta de datos con cuidado sobre la mesa—. También tendrán el nuevo permiso de entrada, ¿verdad?

—¿Qué permiso de entrada? —preguntó Sisay.

—El nuevo permiso de entrada —repitió Topo, frunciendo el ceño—. El que ha impuesto la gobernadora «comosellame».

—¿La gobernadora Haveland? —preguntó Eli.

—Sí, esa —dijo Topo—. Nadie puede acceder a la zona imperial del espaciopuerto sin él. —Agitó una mano—. No importa. Alguien capaz de hacer identificaciones como esa, no debería tener ningún problema.

—Pero quien la hizo no está aquí —gruñó Eli—. ¿Cuándo entró en vigor ese nuevo permiso?

—Yo... —Topo miró a Sisay, después a Skulk y de nuevo a Eli—. No sé. Hace unas horas. Un día. Quizá dos. Pero, como he dicho... oh. ¿No está aquí?

—No —dijo Eli, entre dientes. Maldición. ¿Una terrible coincidencia en un momento increíblemente inoportuno?

¿O Haveland les seguía la pista? ¿Alguien podría haberle filtrado que se había descubierto que estaba metiendo la mano en la caja de galletas de Estrella cuando nadie la veía?

Pero era imposible. Los únicos que sabían que Thrawn lo había descubierto estaban a bordo del *Quimera*.

O en aquella sala.

Miró a Ronan... que también le estaba mirando.

—Bueno, tampoco es para tanto —dijo Topo—. Si necesitan un permiso, yo puedo hacérselo.

—Creía que era especial —dijo Sisay.

—Bueno, sí —dijo Topo—. Pero hay especiales y especiales. En cualquier caso, he oído que los cambiarán cada dos días, así que tampoco hace falta que sea magnífico.

—¿Cada dos días? —repitió Eli—. ¿Sabe cuándo volverán a cambiarlo?

—Dentro de un par de días, supongo —dijo Topo—. Es decir, imagino que podría confirmarlo. ¿O les hago uno, directamente? —añadió, mirando a Sisay.

—¿Cuánto tardarías? —preguntó Sisay.

—¿Para uno? —Topo se encogió de hombros—. Un par de...

—Para cuatro —corrigió Pik.

Topo arrugó la frente.

—¿Cuatro? Bueno, unas cinco o seis horas.

—Bien —dijo Sisay—. Quiero pasar unas horas más con ellos. Ve a buscar todo lo que necesites y vuelve.

—Un momento, espere —objetó Topo—. No puedo trabajar aquí. El señor Parpa dijo...

—Me trae sin cuidado lo que diga o deje de decir el señor Parpa —le cortó Sisay—. Ve a por tus cosas. Ya me arreglaré yo con Parpa.

Topo suspiró.

—Vale —dijo, de mala gana—. Pero necesitaré una hora para tenerlo todo y un par de droides portadores para traerlo. Sería más fácil si los lleváramos al local de Parpa y pudiese trabajar allí.

—Trabajarás aquí —dijo Sisay, en un tono que no daba pie a más debate.

Extrañamente, Topo captó el mensaje.

—Vale. ¿Y verán al capitán de puerto, al encargado del muelle o algún otro?

—¿Acaso importa? —preguntó Skulk.

—Por supuesto —dijo Topo, como si fuera evidente—. Los permisos son personalizados. Deben ser autorizados por la persona adecuada.

—No pensábamos ver a nadie en particular —dijo Eli—. Lo único que queremos, de hecho, es llegar a una nave de carga imperial que parta pronto.

—¿En serio? —dijo Topo, más animadamente—. ¿Solo eso? Genial. En ese caso, ¿por qué no entran en la zona imperial por la puerta trasera?

—¿Qué puerta trasera? —preguntó Sisay, frunciendo el ceño.

—La puerta trasera —repitió Topo, frunciendo también el ceño—. La puerta trasera.

—Sí, te hemos oído a la primera —le gruñó Skulk—. No hay ninguna puerta trasera en la zona de los muelles imperiales.

—Bueno, oficialmente no —dijo Topo—. Es, bueno... —Levantó las manos con una docena de centímetros de separación—, estrecha. Las personas caben, los cargamentos no. Ni los droides grandes. Oí una vez que un tipo intentó hacer pasar un superdroide de combate B2 y...

—¿Y cómo puede ser que yo no supiera nada? —preguntó Sisay, con un tono inquietante.

—Ni idea —dijo Topo, encogiéndose un poco—. ¿Quiere que la lleve allí? Puedo llevarla. —Miró alrededor—. Puedo llevarlos a todos.

—¿Y si nos lleva solo a nosotros? —dijo Eli, viendo un leve atisbo de esperanza. Tanto si Topo tenía razón en lo de la entrada secreta como si no, esa podía ser su mejor opción para deshacerse de Sisay y compañía—. Si te parece bien —añadió para Sisay, con un punto de sarcasmo.

—Eres muy amable por preguntar —dijo Sisay—. Brackis, vuelve a guardarlo todo en las mochilas. Tú, Grimkle y Porff iréis con ellos.

Eli reprimió una maldición. Ya podía olvidarse de deshacerse de la banda.

—Gracias por la oferta, pero no queremos convertir esto en una procesión —dijo.

—¿He dicho algo que sugiera que podéis elegir? —preguntó Sisay, cordialmente—. Aunque, bien pensado, creo que Skulk y yo también os acompañaremos. Todo el mundo adora las procesiones. —Se levantó—. Date prisa, Brackis.

—Ya estoy —dijo Brackis, cerrando las mochilas—. Listo.

—Genial. —Sisay recogió las identificaciones y bajó la mano para posarla sobre la culata de su bláster—. Topo, tú nos guías. Brackis, ve tú detrás. —Señaló la puerta—. ¿Caballeros?

Eli esperaba una caminata tan larga como la anterior, que les daría tiempo para descubrir alguna manera de deshacerse de Sisay y compañía y poder llegar más discretamente a la parte adecuada del espaciopuerto.

No iba a ser sencillo. Cuando salieron del edificio, Sisay recompuso el grupo en una especie de doble anillo andante, con Eli, Ronan y los dos soldados de la muerte en el centro y Sisay y sus hombres rodeándolos. Topo iba delante, completamente ajeno a la tensión que se vivía a su espalda.

De todas maneras, si el trayecto era lo suficientemente largo, quizá sus acompañantes bajasen la guardia en algún momento. Eli mantenía un ojo puesto en sus captores mientras andaban, además de observar a los transeúntes y los puestos callejeros. Si aparecía una oportunidad, debía estar preparado para aprovecharla.

Habían caminado solo tres minutos cuando Sisay fue hasta Topo.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—No mucho. Un par de manzanas.

Eli reprimió una maldición. Desde el escondrijo de Sisay se veía la pared de la zona comercial del puerto, pero había supuesto que la puerta trasera de Topo estaría en la pared que separaba la parte imperial del resto. Al parecer, su ruta pasaba por la zona comercial.

—Mire, esa es la pared perimetral... ¿La ve? —dijo Topo, señalando—. Esa pared con cable sensor y droides guardianes en lo alto...

—Sí, la veo —dijo Sisay—. ¿Y dónde está la puerta trasera secreta?

—Se supone que en un edificio junto a...

—¿Cómo que se supone? ¿Quieres decir que no la has visto?

—Claro que no —dijo Topo, visiblemente confundido—. ¿Para qué tendría que ir yo al espaciopuerto?

—Claro. —Sisay negó con la cabeza y retrocedió hasta el grupo.

Pero en vez de unirse a ellos, quedó rezagada, mezclándose con la gente. Eli miró hacia atrás un par de veces, pero no la vio.

Empezaba a preguntarse si los habría abandonado cuando volvió a aparecer por el otro lado.

—¿Algún problema? —le preguntó Skulk.

Ella negó con la cabeza.

—Me pareció ver algo. Falsa alarma.

Skulk asintió y señaló la calle.

—Es esa casa azul de ahí delante. Topo acaba de indicárnoslo.

—Vale —dijo Sisay—. Tú entra con él. Yo cubro la retaguardia. Desenfundad los blásters cuando entremos.

La puerta de la casa azul, como era previsible, estaba cerrada con llave. Por suerte, Topo llevaba algo encima con lo que pudo abrirla fácilmente.

—Debe de estar al fondo —dijo por encima de su hombro, al entrar—. Dense prisa, antes de que alguien nos vea.

—Sí, ahí no puede haber más de cien personas —masculló Sisay entre dientes, mientras sujetaba a Eli por el brazo y le obligaba a cruzar la puerta.

Al cabo de un minuto estaban en un vestíbulo espacioso de techos altos y decorado con formas geométricas borrosas.

—Debería estar ahí detrás —dijo Topo, señalando un largo pasillo—. La parte de atrás da a esa pared y...

—No te molestes —dijo Sisay. Había desenfundado su bláster y lo apuntaba a Eli—. No vamos más lejos.

—¿No? —preguntó Topo, con perplejidad—. Entonces, ¿qué hacemos aquí?

—Me pareció que sería más fácil que sacar un puñado de cadáveres de mi oficina —dijo Sisay.

—¿Qué demonios? —preguntó Eli, mientras los demás piratas reculaban un paso de los cuatro imperiales, con sus armas desenfundadas y a punto—. Creía que teníamos un trato.

—Te equivocabas —dijo Sisay—. ¿Dónde llevas la marca?

—¿El qué?

—La marca —repitió Sisay—. Los hutt siempre marcan a la gente que trabaja para ellos. —Levantó la mano izquierda hacia él y la abrió para mostrar un punto negro en la piel, entre sus dedos anular y corazón—. Esta es la mía. ¿Dónde está la tuya?

Eli apretó los dientes. Nunca había oído hablar de aquello.

—No todos los hutt lo hacen —dijo.

—Claro que sí —replicó Sisay. Cerró la mano y la bajó a un costado—. Si no tienes marca, significa que nos has mentido sobre tus contactos con los hutt. Si has mentido sobre eso, probablemente también lo hayas hecho en todo lo demás. —Levantó un poco su bláster—. No me gusta que me mientan.

—Te equivocas —insistió Eli, intentando pensar algo desesperadamente. Los hombres de Sisay estaban alineados frente a ellos, lo bastante alejados para que no pudieran llegar hasta sus armas antes de que disparasen. No tenía nada cerca que arrojarles, ni ningún sitio donde esconderse ni escapatoria posible.

—No tanto como tú —dijo Sisay—. Mira, hace unos minutos he recibido una llamada. Al parecer, de repente ha aparecido un Destructor Estelar y se instalado sobre nuestra pequeña ciudad.

Eli se quedó boquiabierto. ¿Un Destructor Estelar? ¿Allí arriba?

Su primera esperanza fue que se tratase de Thrawn, llegado justo a tiempo para rescatarlos. Pero no tardó nada en entender que era imposible. Allí fuera había piratas grysk y Thrawn no se permitiría ninguna distracción hasta haber terminado con ellos.

Pero, si no era Thrawn, ¿quién era?

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó—. Además, nos dijiste que Savit está limpiando todos los nidos de piratas. Quizá le haya llegado el turno a Tiquwe.

—O quizá se ha puesto nervioso porque tu grupito ha desaparecido de sus sensores —contestó Sisay—. ¿No?

—No trabajamos para Savit —insistió Eli—. Ni para ningún imperial.

—Claro —dijo Sisay—. Pero tenemos un Destructor Estelar encima y debemos volver a la base para manipular nuestros historiales de vuelo antes de que lleguen los soldados de asalto, así que se nos acaba el tiempo. ¿Me vas a contar quiénes sois? ¿O tendré que pasar el resto de mi vida preguntándome a quién matamos hoy?

—Eh, eh, eh —dijo Topo, levantando las manos—. Señora Sisay... yo no... no puede... el señor Parpa...

—Oh, calma, Topo —dijo Sisay, con tensa paciencia—. A ti no te vamos a matar. Si quieres volver corriendo con Parpa, adelante. Ya no te necesitamos.

—Ah. Vale. Gracias. Eh... —Topo se lamió los labios—. Dijo... dijo algo sobre cien créditos, ¿no? Es decir, dijo que si analizaba la tarjeta de datos...

—Oh, por el... —Sisay se contuvo—. Brackis, dale sus malditos cien créditos. Y puedes largarte.

—Sí, sí. Claro. —Topo fue rápidamente hacia Brackis, esquivando su bláster mientras sacaba una moneda de un bolsillo y la ponía en la mano de Topo...

Y, con un movimiento muy simple, Topo agarró la mano, tiró de Brackis hacia sí mismo con fuerza y le arrebató el bláster de la otra mano.

Antes de que Eli pudiera hacer nada más que abrir la boca con incredulidad, Topo golpeó el bláster contra la garganta de Brackis, pivotó sobre un pie y con el otro lanzó una sucesión rápida de patadas a la rodilla, las costillas y la cabeza de Grimkle. Este aún estaba cayendo, tras el triple golpe, cuando Topo se inclinó hacia él para arrebatarse el bláster, que lanzó a la cara de Skulk, alcanzándolo y haciéndolo tambalearse hacia atrás. Otra patada rápida en el estómago y un golpe en la cara de Porff con el bláster de Brackis y se volvió para apuntar a Sisay.

—Tire el arma —ordenó.

Por un larguísimo segundo, Eli creyó que ella obedecería. Su bláster seguía apuntándole a él y seguro que sabía que no le daría tiempo a cambiar de blanco.

Pero, con el resto de su grupo abatido o retorciéndose de dolor en el suelo, también debía saber que aquello era el final. Y hay quien piensa que llevarse a unos cuantos del bando contrario al otro mundo antes de morir merece la pena. Eli vio que su dedo estrechaba el gatillo...

Se oyó un grito ensordecedor que resonó con una fuerza increíble en aquel vestíbulo y la descarga del bláster de Topo impactó en Sisay.

Su cuerpo cayó al suelo y durante un buen rato lo único que Eli pudo oír fue el eco del disparo.

—Lástima —dijo Topo, bajando el bláster.

Aunque no era Topo. Ya no. No era el Topo al que habían conocido en la oficina de Sisay, como mínimo. Sin rastro de inseguridad ni voz nerviosa. Su postura era recta y confiada, con los hombros hacia atrás y una mirada fría, serena y atenta.

Los examinó uno por uno, largas miradas que no duraron más de un cuarto de segundo, y volvió a mirar a Eli.

—Usted debe de ser Vanto —dijo, bajando el bláster, sin enfundarlo—. Por lo que usted debe de ser el director adjunto Ronan —añadió, saludando muy levemente a Ronan con la cabeza.

—Sí —dijo este, intentando tomarse aquello con naturalidad, pero sin demasiado éxito—. ¿Y usted?

—Llámenme Dayja —dijo—. Departamento de Seguridad Imperial. El coronel Yularen llamó para decirnos que el gran almirante Thrawn había solicitado que uno de sus agentes pasase por aquí y los mantuviera vigilados. Yo ya estaba aquí, así que me pasaron el encargo.

—Pero ¿estaba aquí de incógnito? —dijo Ronan—. ¿Todo eso no se había... acabado?

—Sí. —Dayja se encogió de hombros—. No era nada importante. Solo un favor para el gran almirante Savit. Ha emprendido una campaña contra las bandas piratas de su sector y quería que el DSI le ayudase a descubrir sus mejores escondrijos. Por cierto, ¿para qué quieren ver a Savit?

—No queremos —dijo Eli—. Lo que queremos es infiltrarnos en la parte imperial del puerto y echarle un vistazo a cierto carguero.

—Hay puerta trasera, ¿verdad? —preguntó Ronan.

—Siempre hay puerta trasera —dijo Dayja—. ¿Ese carguero tiene nombre?

—El *Brylan Ross*.

—Vale —dijo Dayja—. Entraremos y veremos si ha valido la pena perder mi falsa tapadera.

—No tiene por qué perderla —dijo Pik—. Solo nosotros la conocemos. Solo necesita cuatro disparos más para volverse por donde ha venido sin tener que darle explicaciones a nadie.

Dayja lo miró pensativamente.

—Deje que lo adivine, ¿soldados de la muerte?

Pik inclinó levemente la cabeza.

—Ya debe de saber también que pensábamos a acabar con ellos en cuanto usted se apartase de en medio.

Ronan quedó boquiabierto.

—¿Son soldados de la muerte?

—¿Algún problema? —preguntó Pik, mirándolo mal.

—No, solo creía... no —dijo Ronan, bajando la voz.

Pik desvió su siniestra mirada hacia Dayja.

—¿Y usted?

—Ningún problema —dijo Dayja, serenamente—. Pero, en cuanto a su sugerencia, no pienso matarlos a sangre fría. Yo no trabajo así. Los etiquetaré y los dejaré aquí para que los recoja la gente de Savit.

—Como quiera —dijo Pik—. Son sus prisioneros. Pero son piratas y merecen morir.

—Prefiero pensar que los interrogadores del DSI se merecen un poco de trabajo estimulante —dijo Dayja, fríamente—. Denme un minuto para etiquetarlos y nos vamos. —Sacó un paquetito de agujas de rastreo de la solapa de su chaqueta y se puso manos a la obra.

Eli se volvió hacia Ronan.

—Por cierto, una interpretación estupenda en la oficina de Sisay. Pasar de director adjunto Ronan a... bueno... a don nadie.

—Gracias —dijo Ronan, rígido. Tenía los labios fruncidos, aunque su actitud se estaba suavizando—. No he sido un burócrata imperial toda mi vida. No era exactamente un don nadie, pero no andaba muy lejos.

—Listo —dijo Dayja, levantándose y guardando la caja de agujas. Le guiñó un ojo a Eli—. Ah, por cierto, Vanto, los hutt no marcan a sus esbirros. Esa marca se la dibujó

cuando se quedó rezagada del grupo. Probablemente pensó que podría pillarlo por ahí. La próxima vez que quiera actuar como agente encubierto, intente documentarse mejor sobre su papel.

—Lo haré —prometió Eli, sonriendo para sí. Ya se había preguntado cómo habría manejado Thrawn una situación como aquella. Ahora ya lo sabía.

Thrawn habría caído en la trampa también. Pero se habría asegurado de contar con refuerzos cerca.

CAPÍTULO XIV

«No existe arte grysk. Esa ausencia genera limitaciones, quizá fatales. Puede que los grysk no creen de esa forma».

«Pero hay arte de sus víctimas. Tendrá que bastar con eso».

«Las curvas y líneas se recuerdan bien. Como los abandonos y titubeos. Gran parte de ese arte habla de sus creadores, pero hay puntos en común que pueden señalar características grysk».

«Se oye movimiento en la zona de descanso de la oficina. Una sombra aparece y cambia de sitio».

—¿Almirante Mitth'raw'nuruodo? —preguntó Vah'nya. «Su voz contiene cansancio y algo de miedo».

—Sí. ¿La he despertado?

—No. —«Da dos pasos al cruzar la puerta desde la zona de descanso y se detiene. Sus ojos vagan por los hologramas, deteniéndose en uno antes de continuar»—. La almirante Ar'alani dice que le gusta el arte.

—Lo estudio. ¿A usted le gusta?

—Un poco. —«Su voz sigue conteniendo cansancio, aunque ahora también revela interés»—. Sobre todo la música. —«Sus ojos vuelven a la escultura en la que se habían concentrado poco antes».

—A mí la música no me sirve de mucho. ¿Le gusta esa escultura?

—No —dijo Vah'nya—. Pero me recuerda algo.

—¿Algo que ha visto? ¿O de los recuerdos de Un'hee?

«Vah'nya titubea. Su expresión y lenguaje corporal contienen confusión. La confusión se disipa».

—Sí —dijo. «Su voz contiene incomodidad»—. Un'hee vio algo parecido en el camarote del raspado que la tenía cautiva.

—¿La especie satélite de los grysk se conoce como raspados?

—Ella no sabe su verdadero nombre. —«A la incomodidad que contenía su voz se suma ahora un temor creciente»—. Los llama «raspados» por el sonido de sus voces. ¿Va a mandar que me marche? La almirante Ar'alani me dijo que me llevaría de vuelta a la *Imperturbable* en una lanzadera, cuando terminase de guiar su nave.

—Lo mismo me dijo a mí. Teme por su seguridad. ¿Quiere irse?

—No.

—¿Usted no teme por su seguridad?

«Ella titubea. Su expresión contiene preocupación y la incerteza, quizá la aprensión, de los riesgos que comporta mentir a un oficial de mando. La incerteza se diluye».

—Sí, mucho.

—Entonces, ¿por qué se quiere quedar?

«Su expresión se hace más rígida. Los músculos de su garganta y hombros revelan una mezcla de miedo y determinación».

—Un'hee temía y odiaba a los raspados y sus señores grysk. Tiene pesadillas con ellos. —*«Entorna los ojos. Su expresión contiene ahora empatía e ira contenida»*—. Deseo quedarme para ver cómo usted los destruye.

«El arte está lleno de significado. Contiene pistas ocultas, indicios sutiles. Habla de los grysk, mostrando su arrogancia, confianza y astucia».

—Lo verá. Venga, navegante Vah'nya. Usted nos guiará hasta el enemigo. Y lo destruiremos juntos.

La primera oleada de TIE se aproximaba a la posición de óptima visión cuando Thrawn regresó. La navegante Vah'nya, para sorpresa de Faro, venía tras él.

Mientras los miraba acercarse, a Faro la pareció detectar una confianza renovada en el paso de Thrawn, una concentración y determinación de las que carecía cuando se marchó a su despacho para reflexionar y meditar.

Tramaba algo.

Faro los recibió en la parte trasera de la pasarela de mando.

—Almirante —dijo, poniéndose firmes—. ¿Alguna orden, señor?

—Sí, comodoro —dijo Thrawn, echando un vistazo al puente—. Prepare la nave para el combate.

—Sí, señor —dijo Faro, disimulando su sorpresa. El plan original era que el *Quimera* empezase a recopilar los datos recogidos por los cazas, antes de pasar al modo combate—. ¿Debo recordarle que pasar a plena disposición de combate nos obligará a salir del modo invisible?

—Lo sé —dijo Thrawn. Miró por encima del hombro de Faro, hacia Ar'alani, que miraba por la ventanilla delantera—. Debemos darle motivos al enemigo para que se comunique con sus superiores. Comandante Hammerly, ¿estado del objetivo?

—Sin cambios, señor.

—¿Su velocidad de rotación no ha variado?

—No, señor.

—Teniente Agral, ocúpese de controlar la rotación del objetivo —ordenó Thrawn, tecleando en su datapad—. Aquí tiene el algoritmo que debe añadir a los analizadores del sensor de navegación. Úselo para localizar los puntos que he designado Punto Uno y Dos. Si el objetivo cambia de rotación, úselo para recalibrarla.

—Sí, señor —dijo Agral, claramente sorprendido al tener que ocuparse de un trabajo de sensores que correspondía a Hammerly, pero asumiéndolo sin rechistar.

—Comandante Hammerly, concéntrese por completo en los programas de ocultación —continuó Thrawn—. La nave de guerra grysk está en algún punto de una línea de treinta kilómetros por encima de las naves unidas hasta treinta kilómetros por debajo de

ellas. Cuando la localice, envíe las coordenadas a la primera teniente Pyrondi y los artilleros de turboláser.

—Sí, señor.

—¿La nave grysk está sobre las naves conectadas, señor? —preguntó Faro, frunciendo el ceño.

—O debajo —dijo Thrawn, haciéndole un gesto—. Venga.

Thrawn echó a andar por la pasarela, hacia Ar'alani. Faro llegó hasta su altura, notando que Vah'nya les seguía.

Ar'alani los esperaba cuando llegaron. Sus relucientes ojos rojos miraron por detrás de Thrawn y Faro, a Vah'nya, y se endurecieron claramente al volverse hacia Thrawn.

—Debías enviarnos de vuelta a la *Imperturbable* antes de entrar en combate —dijo sombríamente, en *sy bisti*.

—La navegante Vah'nya quiere llevarse un recuerdo de este día —dijo Thrawn—. Un recuerdo que podrá compartir con la navegante Un'hee.

Ar'alani volvió a mirar a Vah'nya. Y vio algo en la cara de la chica que bastó para que dejase el tema.

—¿Tienes alguna estrategia de combate? —preguntó.

—Sí. ¿Recuerdas nuestra duda no resuelta sobre la tríada de comunicaciones?

—Quedó bastante resuelta —dijo Ar'alani—. Llegamos a la conclusión de que solo puede estar en una de las lunas planetarias cercanas.

—No —dijo Thrawn—. Lo que concluimos fue que las distancias entre los polos debían mantenerse estables, lo que impediría colocarlas en órbitas individuales, nada más. —Arqueó levemente las cejas—. Pero ¿y si no estuvieran en órbitas simples? —Hizo una pausa, expectante.

Faro frunció el ceño, intentando pensar. Órbitas simples no. Algoritmos rotacionales. La nave de guerra justo encima de las naves unidas...

Entonces lo entendió.

—Las naves unidas no tienen solo uno de los polos de la tríada, sino dos. Pero los polos no están dentro, sino anclados con largas sogas que se extienden desde ambos lados.

—Mientras las naves conjuntas rotan lentamente para asegurarse de que las sogas mantienen la tensión —dijo Ar'alani, asintiendo—. Y las distancias justas. —Miró a Faro—. En ese caso, el tercer polo debe de estar a bordo de la nave de guerra.

—Exacto —dijo Thrawn—. Los polos deben de estar a una distancia considerable de las naves unidas, por lo que cuesta verlos.

—Sobre todo porque la atención de cualquier enemigo se centrará siempre en las naves —dijo Faro—. Permitiendo que los polos pasen desapercibidos, si no se buscan deliberadamente.

—Como está haciendo el teniente Agral en estos momentos —dijo Thrawn.

—No parece un sistema muy inteligente —dijo Ar'alani—. Si la nave de guerra se aleja demasiado, o simplemente cambia de posición, las comunicaciones de larga distancia pueden verse imposibilitadas.

—Te parece poco inteligente porque no estás acostumbrada a trabajar con esclavos —dijo Thrawn, con un matiz siniestro en el tono—. En una base avanzada como esa, donde los supervisores grysk están en inferioridad numérica, un motín exitoso dejaría a esos esclavos indefensos, sin poder escapar ni pedir auxilio.

—No se pueden marchar por la configuración proa contra popa de las naves unidas —dijo Faro, asintiendo—. Configuración que los grysk necesitaban para que los polos de la tríada rotasen adecuadamente, de hecho. Que las naves no se hayan marchado en una crisis solo ha sido un añadido.

—Supusimos que esa configuración era para nosotros, la forma de hacer más atractivo su cebo —dijo Thrawn—. Los guerreros raramente hacen preparativos tan elaborados para sus enemigos. Sus planes siempre dan prioridad a sus propios intereses y metas.

—Sí, señor —dijo Faro—. No lo olvidaré.

—Ninguno de nosotros debe olvidarlo. —Thrawn elevó la voz y pasó al básico—. ¿Teniente Agral?

—Un momento, señor... ¡Sí! ¡Los tengo, señor!

—Excelente —dijo Thrawn.

Faro reprimió una sonrisa. Agral era el más joven de los tripulantes del puente y su entusiasmo juvenil a veces chocaba con el protocolo oficial, siempre más sosegado.

Por fortuna para él, Thrawn apreciaba el entusiasmo de sus subordinados.

—Páselos a la pantalla táctica —ordenó Faro.

Dos nuevas marcas aparecieron en las pantallas: los polos de las tríadas, trazando sus remotos círculos al ritmo de rotación de la nave.

Faro se fijó en la escala. Cada uno estaba a cinco kilómetros de las naves, con lo que la separación entre ellos era de diez kilómetros.

—Comandante Hammerly, su objetivo está... —Calculó el triángulo mentalmente—, aproximadamente, ocho punto siete kilómetros por encima o debajo de las naves conectadas.

—Sí, señora.

—No tan aprisa, comodoro —dijo Thrawn, pensativo—. Piense que los grysk saben que sus polos externos están expuestos, que se puede conocer su función y que, por lo tanto, la ubicación del tercer polo sería fácilmente deducible.

«Y los grysk no son tontos», pensó para sí Faro.

—No estarán esperando donde un enemigo pueda dispararles —dijo ella—. Al mismo tiempo, tampoco querrán estar muy alejados del rango de comunicación. Por lo que deben de estar cerca de un punto a nueve kilómetros de distancia, pero lo bastante alejados para que una ráfaga dispersa no les alcance.

—Muy bien —dijo Thrawn—. Creo haber detectado también un rasgo hasta ahora oculto en las obras de arte creadas sobre esa especie. Parecen ser observadores muy atentos, siempre deseosos de verlo todo, particularmente de ver y deleitarse con sus momentos de triunfo.

—Sí, señor —dijo Faro, entendiendo ahora el anterior comentario de Thrawn—. Así que les damos algo no solo interesante para ver, sino que también merezca ser compartido con sus superiores.

—Eso es —dijo Thrawn—. Comandante Hammerly, ¿tiene datos de los cazas TIE?

—Acaban de entrar en el rango de sensores pasivos, señor —dijo Hammerly—. ¿Quiere que les indique que activen los sensores en línea?

—Aún no —dijo Thrawn—. Usaremos los nuestros. Comodoro Faro, coloque el *Quimera* en plena disposición de combate.

—Salimos del modo invisible —gritó Faro—. Preparados para el combate.

El puente cobró vida alrededor de ellos, mientras los sistemas, hasta entonces en reposo, se reactivaban.

—Comandante Hammerly, active sensores —gritó Thrawn.

—Sensores activados —le confirmó Hammerly—. Detectan tres baterías de cañones en cada una de las naves unidas, armas de energía y torpedos en ambas, y los nódulos de un generador de barrera electrostática.

—Señor, el mayor Quach pregunta si deben activar sus TIE —gritó Pyrondi.

—Negativo, teniente —dijo Thrawn—. Que sigan en reposo. Teniente Lomar, abra un canal de comunicación. Sin cifrar.

—Canal abierto, señor.

—Naves no identificadas, les habla el gran almirante Thrawn, del Imperio Galáctico —dijo Thrawn—. Se encuentran en espacio imperial. Les ordeno que desactiven todas sus armas y defensas y se preparen para ser inspeccionadas.

No hubo respuesta. Thrawn hizo un gesto y Lomar silenció el comunicador.

—¿De verdad esperas respuesta? —preguntó Ar'alani, secamente.

—Por supuesto —contestó Thrawn—. Pero no inmediata. Esperemos que nuestra aparición repentina les haya sorprendido y ahora estén decidiendo cómo respondernos.

—¿Tienes en cuenta que esa respuesta podría ser un ataque contra el *Quimera* desde su nave camuflada?

—Todavía no —dijo Thrawn—. A esta distancia no. Por eso les ofreceremos otro incentivo añadido. Comodoro, aproxímese a las naves unidas.

—Timonel, suba un cuarto la velocidad —ordenó Faro—. Cuidado con los TIE y los polos de la tríada.

—Sí, señora —respondió Agral—. Un cuarto de potencia.

Thrawn hizo otro gesto.

—Comunicador abierto —dijo Lomar.

—Les habla el gran almirante Thrawn. Si no responden en los próximos treinta segundos, enviaremos un pelotón de abordaje a tomar sus naves por la fuerza de las armas.

Hizo otro gesto.

—Mayor Carvia, ¿sus soldados de asalto están preparados?

—Afirmativo, almirante —llegó la voz de Carvia por el altavoz del puente.

—Desplieguen lanzadera —ordenó Thrawn.

—Lanzadera desplegada —confirmó el capitán del muelle.

—Comandante Hammerly, fíjese bien —dijo Thrawn—. La posibilidad de exterminar a un grupo de soldados de asalto imperiales debería ser un atractivo añadido de nuestro señuelo.

Faro miró la pantalla táctica, viendo que la lanzadera y el propio *Quimera*, algo más atrás, se aproximaban a las naves unidas. Semejante presa debía inducir a los grysk a entrar en acción.

Sintió un nudo en el estómago. Más cebos humanos. Si los grysk decidían eliminarlos, todas aquellas vidas se perderían.

Pero los grysk no le seguían el juego a Thrawn. Los radares de Hammerly no mostraban nada, ni rastro de iones de propulsores de baja intensidad, ni ocultación de reactores de maniobras de gas frío, ni emisiones de radares ni láseres provenientes de sistemas de comunicación o disparo.

¿Podían estar dormidos? ¿Se podían haber marchado todos antes de que el *Quimera* hubiera entrado en el sistema, dejando solo las naves unidas y un grupo de esclavos y prisioneros?

La lanzadera de soldados de asalto había entrado en la esfera interna táctica, la distancia que Thrawn estimaba como radio de expansión de la destrucción de las naves unidas. ¿Los grysk esperaban que la lanzadera estuviera más cerca para asegurarse la destrucción de los soldados de asalto?

¿O el señuelo no era suficientemente bueno?

—Lomar, mensaje para la lanzadera —dijo Faro, intentando recordar el código que sabían que los grysk habían descifrado. G77, eso era—. Cifrado G77 —añadió. Por el rabillo del ojo, vio que Thrawn se giraba para mirarla, con el ceño fruncido...

—G77 —confirmó Lomar—. Listo.

Faro se preparó.

—Comandante de la lanzadera, le habla la comodora Faro. Mantenga su posición fuera de rango. Repito, mantenga su posición fuera de rango. Me dirijo hacia allí para asumir personalmente el mando de la fuerza de abordaje.

—Aquí comandante de la lanzadera, recibido —contestó Carvia—. ¿Tiempo estimado de llegada?

—Estoy preparando mi lanzadera —dijo Faro—. Estaré allí en diez minutos.

Hizo un gesto hacia Lomar y la transmisión se cortó. Respiró hondo y se volvió a mirar a Thrawn.

Ar'alani fue la primera en hablar.

—Eso ha sido insubordinación —dijo, fríamente.

—Lo admito y me disculpo por ello —dijo Faro—. Pero no había tiempo para consultarlo. Necesitaba detener la lanzadera, antes de que se adentrase en el rango de tiro.

—Explíquese —dijo Thrawn, la serenidad de su voz contrastó con la hostilidad de Ar'alani.

—Usted dijo que necesitaban una buena razón para contactar con su base, señor —le recordó—. Me ha parecido que una nave repleta de soldados de asalto quizá no sea una imagen lo bastante potente para tomarse esa molestia.

—Y les ofrece una oficial superior de la marina imperial.

—Sí, señor.

Thrawn se la quedó mirando un rato, pensativo. Después inclinó la cabeza.

—Su lanzadera estará preparada y esperando en el muelle.

—Gracias, señor —dijo Faro. Se puso firmes, dio la vuelta y fue hacia el turboascensor.

Mientras caminaba, notó que un extraño silencio reinaba en el puente.

Esperaba encontrar una lanzadera vacía. Para su sorpresa, el mayor Carvia ya estaba sentado en el asiento de piloto.

—¿Qué hace aquí? —preguntó, sentándose en el asiento contiguo y atándose el arnés.

—El almirante Thrawn me ha contado lo que pretende, comodoro —dijo, sacando la lanzadera del muelle, sin esperar siquiera a que ella hubiera terminado de atarse el arnés de seguridad—. Y he pensado que si mis soldados de asalto y mi comandante van a estar en peligro, bien podía acompañarlos.

—No era necesario.

Carvia se encogió de hombros.

—No se ofenda, señora, pero me fío más de mis pilotos que de usted. Pensé que si las cosas se ponían feas, la podría sacar de algún apuro del que quizá no podría salir sola.

—Se lo agradezco. Por otra parte, eso puede conducir a que los dos terminemos muertos.

—Nah. —Carvia le dedicó una leve sonrisa—. No con el gran almirante Thrawn comandándolo todo desde el puente. Él nos sacará de esta. —Pulsó el botón de comunicación—. *Quimera*, Carvia al habla. La comodoro Faro ya está a bordo, lanzadera desplegada y en ruta. Tiempo estimado de llegada, cuatro minutos.

—Recibido, lanzadera —dijo la voz de Lomar por el altavoz—. Esperamos.

Faro miró por la ventanilla de la lanzadera, mientras se acercaban a las naves unidas. Eran grysk, no había duda, ahora lo veía, con su inconfundible diseño de ola rompiente. Vio la primera lanzadera de soldados de asalto frente a ellos. Una rápida revisión a la pantalla táctica le mostró que ya habían dejado atrás a los cazas TIE en reposo. Se fijó en

el momento en que cruzaron la línea invisible que los adentraba en el rango de tiro... llegaron hasta la lanzadera de los soldados de asalto y siguieron su rumbo junto a ella... vio que las naves unidas empezaban a llenar toda la visión desde sus ventanillas...

¿A qué demonios esperaban los grysk?

¿Realmente esperaban algo? Podía imaginarse al comandante grysk regodeándose, mientras ajustaba los controles de los reactores de maniobra, lanzando pequeños fogonazos al vacío del espacio, volando a la deriva hacia el punto en que la tríada se activaría. ¿Aquellas emisiones de gas podían ser demasiado difusas para que Hammerly las detectara?

Peor aún, ¿podían estar produciéndose todas por detrás de la nave de guerra, donde ni siquiera el *Quimera* podría percibir las?

—Están acelerando —dijo Carvia, de repente.

Faro abandonó sus especulaciones.

—¿Quién?

—Las naves unidas —dijo, señalando la pantalla de sensores de la lanzadera—. Su rotación es más rápida.

Faro miró la pantalla con el ceño fruncido. Su inercia angular había aumentado, era cierto. No mucho, solo un leve porcentaje, pero las naves se movían más deprisa.

Sin embargo, los sensores no detectaban ningún indicio de uso de propulsores ni reactores de maniobra. Incluso con el limitado equipo de sensores de la lanzadera, estaban lo bastante cerca para detectar algo así.

Pero si los propulsores no estaban activos...

Maldición.

—Están atrayendo los polos de la tríada —dijo Faro.

—¿Qué? Oh, demonios.

Faro asintió, notando un nudo en el estómago. «Es mejor bajar el río que subir el puente», recordó la vieja máxima irónica de sus clases de ingeniería.

La nave de guerra grysk estaba en la línea indicada por Thrawn... pero no a los 8,7 kilómetros que Faro había supuesto. En realidad, estaba mucho más cerca. Lo único que tenía que hacer el comandante de la nave era acercar los otros dos polos hasta la distancia correcta para activar la tríada, sin necesidad de moverse.

Faro movió un dedo hacia el botón de transmisión del comunicador. Tenía que decírselo a Thrawn. Debía advertirle que su plan no iba a funcionar.

El dedo se paralizó a un centímetro del botón. Evidentemente, Thrawn ya habría visto la rotación de las naves y llegaría a la conclusión correcta. Sin duda.

Aunque quizá no fuera así. El rumor de las conversaciones del puente, que le seguía llegando por el altavoz de la lanzadera, no parecía indicar ningún tipo de sorpresa reciente, ni mayor actividad, ni nada. ¿Se les podía haber pasado por alto?

Pero si se le había pasado a Thrawn, ¿qué debía hacer ella? ¿Qué podía hacer? Contactar con el *Quimera* a aquellas alturas podía alertar a los grysk de que habían

descubierto su stratagema. Si era así, podían optar por destruir la lanzadera y las naves unidas, antes de poder suministrarle imágenes en directo de su victoria a su base.

—La rotación se estabiliza —dijo Carvia—. Se afianza en su nueva velocidad angular.

Faro no tenía elección. Aunque precipitase su ataque, debía informar a Thrawn de lo que estaba sucediendo. Fue a tocar el botón de transmisión...

—¡El *Quimera* está girando! —gritó Carvia—. Noventa grados, lateralmente...

Y una clara voz femenina llegó por el altavoz de la lanzadera, la de Vah'nya, pronunciando una sola palabra en básico, con un fuerte acento pero muy clara:

—¡Fuego!

Desde detrás de la lanzadera, brillando intensamente al pasar por encima de su cabina, llegó una tormenta de fuego de turboláser. El *Quimera* había disparado una doble andanada; una salva de estribor que convergía en un punto seis kilómetros por encima de las naves conectadas y otra de babor con la misma potencia al mismo punto bajo las naves. Las descargas de babor volaron hasta perderse en la oscuridad del espacio interplanetario. La salva de estribor desapareció fugazmente sobre las naves.

Y toda la zona estalló en una lluvia de fuego y jirones de metal, mostrando de repente la nave de guerra camuflada de los grysk, con su casco chisporroteando y ennegreciéndose bajo el ataque fulminante del *Quimera*.

El fuego de turboláser seguía acribillando al enemigo cuando el comunicador de la lanzadera empezó a emitir estática.

—¿Qué demonios...? —bramó Carvia.

—No pasa nada —se apresuró a decir Faro. Al menos en aquello sus previsiones habían sido acertadas—. El *Quimera* está interfiriendo todas las frecuencias y señales para que la nave de guerra no pueda activar remotamente ningún explosivo colocado en las naves unidas.

Apenas había terminado de decir aquello cuando los cazas TIE en reposo que habían dejado atrás se activaron y los adelantaron a toda velocidad, añadiendo sus cañones láser a la lluvia de destrucción del bombardeo del Destructor Estelar.

La nave de guerra grysk empezó a disparar. Pero partía de los niveles bajos de energía necesarios para mantener el campo de invisibilidad y eso suponía una enorme desventaja. El *Quimera* siguió acribillándola con fuego constante, mientras los TIE atacaban y retrocedían, destruyendo objetivos más precisos. En mitad del ataque, la nave de guerra pareció romperse. Cuando la parte seccionada salió despedida oblicuamente a gran velocidad Faro se dio cuenta de que lo que veía era la nave de suministros que Thrawn había ahuyentado del puesto de vigilancia grysk.

El carguero voló unos diez kilómetros, hasta que un par de TIE salieron en su persecución y lo volaron en pedazos.

—Vamos —dijo Faro, señalando los controles de la lanzadera—. Creo que el almirante lo tiene todo controlado.

—¿Adónde vamos?

—Donde debemos —dijo Faro—. A buscar a los prisioneros que veníamos a rescatar.

CAPÍTULO XV

«No luchamos contra seres humanos», el viejo dicho de la época de las Guerras Clon resonó levemente en la mente de Faro, «sino contra ideas y miedos, contra la desesperación y la manipulación».

Estaba claro que no luchaban contra seres humanos en las naves unidas. Allí el enemigo tenía forma de bombas trampa.

Todo empezó en las propias escotillas de amarre, preparadas para explotar si una nave no identificada se acercaba demasiado. Afortunadamente, cuando llegó el transporte de Faro, el comandante de la primera lanzadera había enviado a un par de soldados de asalto a investigar y ya habían descubierto la trampa. Cuando el *Quimera* desactivó el bloqueo de las comunicaciones, Carvia mantuvo una breve conversación con el comandante de los TIE, y habían detonado las escotillas con un par de andanadas. Los soldados de asalto instalaron un par de tubos de abordaje y todos pudieron entrar.

Los TIE habían detectado varios escondites importantes de explosivos en el casco de las naves, presumiblemente preparados para ser detonados remotamente desde la nave de guerra. Ahora que esta había quedado reducida a cascotes y plasma ardiente, no suponían ningún peligro.

Pero los pasillos y escotillas estaban plagados de pequeñas bombas trampas, algunas diseñadas para un intruso incauto, otras para despejar pasadizos enteros. Por suerte, los grysk no habían tenido mucho tiempo para preparar aquel ardid y la mayoría de los explosivos eran bastante evidentes y relativamente fáciles de detonar a distancia segura.

Por insistencia de Carvia, Faro se instaló en la parte trasera del pelotón de abordaje, mientras los soldados de asalto iban despejando el camino laboriosamente. Casi habían llegado al centro de la nave y se aproximaban a una gran escotilla abierta cuando el soldado más adelantado levantó una mano.

—Hay formas de vida más adelante —murmuró Carvia—. Esperemos, comodoro, si no le importa. —El soldado de asalto echó un vistazo por la escotilla...

—Los encontramos —dijo. Cruzó la escotilla, con su rifle bláster E-11 levantado y a punto. Dos soldados de asalto lo adelantaron por la izquierda y entraron en el compartimento. Otros dos entraron por su derecha. Y otros dos lo adelantaron y se colocaron apuntando hacia el pasadizo, por si aquel compartimento era una mera distracción.

—Informe —dijo Thrawn por el auricular de Faro.

—Ocho humanos y un dashade bastante herido apiñados en un rincón de la sala, señor —dijo uno de los soldados de asalto—. De hecho, ninguno parece en muy buen estado. Seis no humanos, de especie desconocida, agrupados en el centro de la sala. Tres de ellos empuñan blásters, dos los apuntan a los prisioneros. El tercero... bueno, nos apunta vagamente a nosotros, aunque más a cubierta. Ningún peligro inminente.

Desde aquella sala, resonando levemente en el auricular de Faro, llegó una serie de ruidos como de garras de animal rascando metal.

—Creo que intentan hablar, señor —añadió el soldado de asalto.

—Déjeme probar con el sy bisti —sugirió Faro—. ¿Puede conectarme al altavoz?

—Sí, comodoro... conectada.

—¿Hablan sy bisti? —dijo Faro, en ese idioma.

Más rasgado de metal.

—Almirante, si son de las Regiones Desconocidas, puede que entiendan el idioma chiss —sugirió ella.

—Lo dudo —le respondió Thrawn—. Pero probaré con el meese caulf —dijo algunas palabras.

De repente, los rasguños se detuvieron. Un instante de silencio y alguien habló, con unas palabras un tanto rasposas pero que sonaban a palabras.

—Uno de los otros parece entenderle, señor —dijo el soldado de asalto.

—Sí —dijo Thrawn. Volvió a hablar y obtuvo otra respuesta, mucho más larga. Otro intercambio—. Comodoro, asegura temer por su vida y la de sus compañeros —tradujo Thrawn—. Le he dado mi palabra, pero quiere que se lo garantice personalmente, cara a cara, o matará a los prisioneros humanos.

—Si estaba al servicio de los grysk, no me extraña que sea un poco paranoico —dijo Faro, echando a andar—. Déjeme ver si puedo apaciguarlo.

—Un momento —dijo Thrawn—. Su monitor visual parece desconectado, comodoro.

Faro notó que se ruborizaba al mirarse la placa pectoral. Había apagado la diminuta cámara en el vuelo hacia la zona de combate, intentando evitar que aquella pequeña transmisión pudiera ser detectada por los grysk, y se había olvidado de encenderla al llegar a las naves.

—Disculpe, señor —dijo, mientras la encendía.

—Descuide, comodoro. Ya tenemos señal. Adelante, pero actúe con cautela. Iré traduciendo para usted.

Faro asintió. Pasó junto a los soldados de asalto y cruzó la escotilla.

La situación en el compartimento era exactamente como la habían descrito. Los humanos y el solitario dashade estaban sentados en la cubierta, en un rincón, con el voluminoso cuerpo reptiliano verde oliva del dashade alzándose por encima de sus compañeros. Los seis no humanos no identificados estaban de pie y apiñados en el centro. Faro miró al dashade con interés, era una de las especies que había aparecido en la lista de las que apreciaban el extracto de blosfi, que Thrawn había descubierto entre las provisiones de las naves robadas.

Desvió su atención hacia los seis seres desconocidos del centro del compartimento. Dos estaban de espaldas a ella, apuntando con sus blásters a los prisioneros, mientras el tercero empuñaba el suyo relajadamente, apuntando a la cubierta, un metro por delante de sus pies. La piel de su cara, sobre el alto cuello de su túnica, era una masa arrugada de rojo oscuro y blanco sucio, con una ranura sin labios escondida entre las arrugas como

boca. Pero los ojos negros que la miraban eran brillantes, claros y raramente tensos. El desconocido hizo un gesto y el ser que tenía a la izquierda habló.

—¿Usted es quien va a garantizar nuestra seguridad? —tradujo Thrawn.

—Sí —dijo Faro—. Soy la comodoro Karyn Faro, comandante del Destructor Estelar *Quimera*. Depongan sus armas y les garantizo su vida y seguridad.

Thrawn tradujo sus palabras. Faro se puso tensa...

Con un suspiro que pareció aflojar todo su cuerpo, el ser armado bajó la cabeza hacia el pecho y dejó caer su bláster a la cubierta...

—Mátenlo —le dijo Thrawn.

Faro notó que quedaba boquiabierta. ¿Qué demonios...?

Antes de que pudiera abrir la boca, los dos soldados de asalto que la flanqueaban abrieron fuego, acribillando el torso del ser con descargas bláster. La criatura retrocedió dando violentas sacudidas.

Al caer, un pequeño cilindro que Faro no había visto saltó de su otra mano.

Aún estaba cayendo cuando los otros seres entraron en acción. El más próximo se lanzó hacia el cilindro, que rebotaba por la cubierta, mientras los otros disparaban a los prisioneros. Cada uno de ellos logró realizar solo un disparo, antes de que los blásters de los soldados de asalto los abatieran. El ser que se lanzó a por el cilindro estiró la mano...

—Mátenlos a todos —ordenó Thrawn, elevando la voz para hacerse oír entre aquel alboroto.

Cinco segundos después todo había terminado.

Faro tragó saliva. Estaba tiritando por la adrenalina acumulada. ¿Qué demonios acababa de pasar?

—Mayor, ¿algún herido? —preguntó Thrawn.

—Han alcanzado a dos de los prisioneros, señor —informó Carvia, mientras cuatro soldados de asalto corrían hacia el rincón—. Ahora mismo los examinamos.

—Busquen bombas trampa también.

—Por supuesto —dijo Carvia, sombríamente—. Todos nuestros soldados están ilesos.

—¿Y la comodoro Faro?

—A salvo, señor —dijo Carvia. Y en un tono más oscuro, añadió—: ¿Ese cilindro es lo que creo que es?

—Sospecho que sí —dijo Thrawn—. Manipúlenlo con cuidado. Los explosivos que detona deben de estar cerca y activados.

Faro notó que un escalofrío le recorría la espalda. De hecho, aquello era por lo que había subido a bordo de la nave enemiga. Solo que, en vez de una nave de guerra tratando de atraer y destruir a un objetivo de gran valor desde distancia de combate, aquí habían pretendido destruirlo desde cerca, de una manera muy, muy personal.

—Debían de estar muy desesperados por mantener el favor de los grysk para aceptar sacrificarse de esta manera —continuó Thrawn, con su habitual calma—. Comodoro, ¿se encuentra bien?

—Sí, señor —logró decir Faro. Estaba habituada a que los enemigos del Imperio disparasen contra ella, pero normalmente disponía de escudos, turboláseres, oficiales, tripulación y toda una nave para protegerla. Allí, sobre el terreno, la experiencia era muy diferente.

—Bien —dijo Thrawn—. Disculpe que la haya dejado exponerse al peligro de esa manera pero, aunque sospechaba que podrían hacer un último intento desesperado, los servidores de los grysk merecían la oportunidad de rendirse.

—Lo entiendo, señor —dijo Faro—. Y coincido plenamente con usted.

—Bien —repitió Thrawn—. Ya va para allí un equipo médico para tratar a los heridos. El escaneado preciso de los sensores indica que no hay más seres a bordo, por lo que creo que su presencia ahí ya no es necesaria. Cuando los soldados de asalto hayan eliminado todas las trampas y traigan al *Quimera* a los supervivientes, enviaremos a un grupo de análisis a la nave para buscar información que los grysk puedan habernos dejado involuntariamente.

—Quizá les preocupe la información que conocen los prisioneros supervivientes —comentó Faro—. Porque sea quien sea a quien mandasen su último mensaje, no puede saber con certeza si su pelotón suicida se lo repensó en el último momento.

—Una inquietud que confío en poder usar contra ellos —dijo Thrawn—. No sé si los grysk pudieron mandar algún mensaje antes de que destruyéramos su nave de guerra, pero puedo confirmar que la tríada estaba activa en ese momento.

—Con suerte, la última imagen que enviaron fue de su propia destrucción.

—Eso provocaría alguna reacción, sin duda —dijo Thrawn—. Antes pensé que la contraofensiva de los grysk sería en el puesto de vigilancia. Ahora creo que este será el lugar de nuestro enfrentamiento final con ellos. Mayor Carvia, escolte a la comodoro Faro hasta su lanzadera y tráigala al *Quimera*.

—Sí, señor —dijo Carvia.

—Comodoro —añadió Thrawn—, confío que esto le haya servido de lección.

—Sí, señor —dijo Faro, sombríamente.

Y menuda lección.

El *Quimera* ya se había enfrentado con los grysk antes y, aunque eran unos oponentes formidables, no eran peor que otros enemigos a los que el Imperio había combatido y derrotado.

Ahora, por primera vez, entendió realmente por qué a Thrawn le preocupaba tanto aquella amenaza concreta. Un enemigo capaz de someter los corazones y mentes de sus especies cautivas hasta el punto de que estas estuvieran dispuestas a morir por ellos, incluso cuando sus señores ya se habían marchado, incluso si esos señores no podían saber si sus esclavos habían cumplido las órdenes o no, era una terrible amenaza para toda la galaxia. Con un enemigo como aquel moviendo hilos, nadie podía estar seguro de que sus aliados siguieran siéndolo, ni que una especie ya sometida lo siguiera estando. Los grysk podían tomar mil caras y empuñar mil armas.

Puede que no fueran capaces de destruir el Imperio desde fuera, pero podían erosionarlo y destruirlo desde dentro.

—Bien —dijo Thrawn—. Seguiremos hablando después de examinar a los prisioneros. Quizá tengan información útil para nosotros.

—No sé qué puedo decirles —dijo el hombre que se hacía llamar Legañoso. Faro notó que su voz era cansada y nerviosa, la voz de un hombre que ha salido de un fogón láser para caer en otro. Rescatado de manos de los grysk, sus compañeros y él se enfrentaban ahora a cargos por piratería y robo de bienes imperiales—. Nos tenían horas sentados, preguntándonos todo tipo de cosas sobre el Imperio, amenazando con matarnos a nosotros, nuestras familias, los tótems de nuestro clan, sea lo que sea eso, etcétera.

—¿Utilizaban escáneres corporales o algún otro dispositivo de control? —preguntó Thrawn.

—Creo que no —dijo Legañoso—. Supongo que podía haber algo en las sillas, pero no lo creo. En todo caso, no necesitaban nada. Esas cosas... bueno, ya las vieron. Sus voces rasposas, sus dedos largos y sus ojos locos. Solían tener dos o tres de esas cosas detrás de nosotros, sujetándonos la cabeza y la nuca con los dedos. Son lo más espeluznante que he visto nunca. Ellos hacían las preguntas, y esas cosas chirriantes se pegaban a nosotros. Después, cuando terminaban, se sentaban todos juntos y lo comentaban.

—¿Cómo sabe que hablaban sobre los interrogatorios? —preguntó Faro.

Legañoso la miró con inquietud y desdén.

—¿De qué iban a hablar, del tiempo? ¿De qué podían hablar?

—Quizá del cargamento robado que encontraron en su puesto de transbordo —sugirió Thrawn.

Legañoso reculó en su silla.

—Sí. Yo... —dejó la frase inconclusa.

—Cuéntenos —dijo Thrawn—. ¿Para quién trabajaban?

—No lo sé —dijo Legañoso—. Maliss y Sorath eran los jefes, fueron los que nos contrataron para el trabajo.

—¿Cómo? —preguntó Thrawn.

—¿Qué le sorprende? —preguntó Legañoso—. Éramos... bueno, no éramos piratas, exactamente. Más bien ayudantes en la sombra. En todo caso, habíamos trabajado para un par de bandas piratas y supongo que Sorath se acordaba de nosotros. Es decir, puede incluso que hubiéramos trabajado con él, directamente... a mí todos los dashades me parecen iguales. En todo caso, nos llamó y nos contrató para manejar el apeadero, teníamos que recoger cargamentos de los cargueros que llegasen, trasladar el material y las tripulaciones a otros cargueros y deshacernos de los primeros. Planeábamos trasladar el apeadero a distintos lugares, pero los cargueros seguían llegando y todos tan contentos.

—¿Maliss y Sorath conocían al que lo organizaba todo?

—No lo sé —dijo Legañoso—. Maliss era el que siempre nos advertía de los ajustes o cambios en la planificación. Puede que Sorath también estuviera al corriente, pero es imposible sacarle nada.

—Eso ya lo veremos —dijo Thrawn, serenamente—. Háblenos de la aparición de los grysk.

Legañoso arrugó la cara.

—No sé cómo nos encontraron —dijo, con voz levemente temblorosa—. Puede que siguieran a uno de los cargueros. Quizá fue pura casualidad. Pero estábamos preparando el cargamento para la siguiente nave y aparecieron de repente. Una nave grande y un gran arsenal.

—¿Les dispararon?

—Oh, sí —dijo Legañoso, con amargura—. Aunque no era necesario. No nos dimos cuenta de que la nave estaba allí hasta que volaron una de las escotillas exteriores. —Se estremeció—. Y entonces subieron a bordo.

—¿Los grysk? —preguntó Thrawn.

—Sí, si se llaman así —dijo Legañoso, encogiéndose de hombros—. No los chirriantes, sino los que comandaban la nave. Los de los blásters. —Sacudió una mano—. Maliss y Sorath opusieron resistencia desde el primer momento, ya conocen a los dashades, pero no estaban preparados para un combate de verdad. A Maliss lo mataron en la primera embestida. Sorath intentó contenerlos.

Tragó saliva con dificultad.

—Nosotros no éramos combatientes. Solo Sorath. Dejó que nos matasen a todos menos doce y se rindió. No sé... supongo que creía que solo querían el cargamento y que quizá podríamos deshacernos de ellos.

—Parece que no —dijo Faro.

Legañoso resopló.

—No parecían interesados en el cargamento. De hecho, creo que ni lo miraron. Estaban más interesados en nosotros. Quiénes éramos, qué nos gustaba, qué nos daba miedo. Todo lo que ya les he contado.

Faro asintió, estremeciéndose levemente. Buscando las manijas y palancas necesarias para sumar a un grupo de humanos a su bando.

—¿Cuántos cargamentos trasladaron de nave? —preguntó Thrawn.

Legañoso bajó la vista hacia la mesa.

—Dieciocho —masculló y levantó la cabeza—. Pero manejar mercancía robada no es tan malo como robarla, ¿verdad?

—Eso lo decidirán los fiscales —dijo Thrawn—. Gracias. Ahora le llevarán a otro compartimento para interrogarlo con más detalle, tanto sobre los delitos que han cometido como sobre su cautiverio. —Hizo un gesto y los soldados de la marina que flanqueaban la puerta dieron un paso adelante.

—Muy bien —dijo Legañoso, levantándose y alargando los brazos torpemente por las esposas—. Pero, mire, bueno... empezaron a convencer a algunos de los nuestros. En serio. Fue realmente terrorífico. Sobre todo Westerli y Yimmer... se notaba que empezaban a creer que debíamos trabajar para los grysk, en vez de para Sorath. O los habían asustado mucho para que pensasen así. No sé. Lo único que sé es que debe mantenerlos bien vigilados.

—Eso hacemos —dijo Thrawn—. Los mantenemos bien vigilados a todos.

Legañoso pareció ensimismarse.

—Sí. Yo... bueno, ¿qué pasará conmigo cuando terminen de interrogarme?

—Eso depende de lo que coopere —dijo Thrawn, en voz baja—. Y del apego que tuviera a los grysk, también. —Hizo un gesto y los soldados sujetaron al prisionero por los brazos y lo sacaron de la sala de reuniones.

—Así que es eso —dijo Faro, cuando la escotilla se cerró—. Parece que no vamos a encontrar nada que relacione esto con la gobernadora Haveland.

—No me sorprende —dijo Thrawn—. Pero todavía no hemos hablado con Sorath. Quizá tenga información que quiera compartir con nosotros.

—¿A cambio de extracto de blosfi, por ejemplo?

—Muy bien —dijo Thrawn, esbozando una leve sonrisa—. Me preguntaba si habría percibido el detalle de que ese capricho se había añadido a los cargamentos robados precisamente para él. No, dudo que les saquemos mucho más. Pero estoy seguro de que los interrogadores del coronel estarán encantados con el desafío.

—Sí, señor —dijo Faro, mirándolo fijamente. La piratería y los problemas de la cadena de suministros de Krennic eran la razón que había llevado al *Quimera* hasta allí y resolver aquel crimen era decisivo para el programa de los Defensores TIE de Thrawn. Pero veía claramente que él no pensaba en aquello en ese momento—. ¿Qué vamos a hacer con los grysk? —preguntó—. Ha acabado con su operación de vigilancia y tanteo, y ha destruido su base avanzada. ¿Ahora qué?

—Ahora su centro de mando, la fuerza que coordinaba esta misión —dijo Thrawn, entornando los ojos—. Debe de estar a unas horas de viaje, dando apoyo a esta operación y puede que a alguna otra.

—Bueno, creo que les hemos mandado un mensaje muy contundente —dijo Faro.

—Sin duda —dijo Thrawn—. Y ahora que hemos despejado de trampas las naves unidas, iré a ver qué pueden haber dejado.

—¿Para poder mandarles otro mensaje aún más contundente?

—No, comodoro —dijo Thrawn—. Un mensaje no. Ni siquiera una advertencia. Mi intención es destruirlos de manera definitiva.

CAPÍTULO XVI

Ronan no se había fijado mucho en el espaciopuerto de Tiquwe mientras llegaban desde el espacio, pero resultó ser más grande de lo que preveía y, al cruzar la puerta secreta de Dayja, les esperaba una larga y pesada caminata.

Por suerte, Dayja lo tenía todo controlado. Cuando Ronan terminó de cruzar, vio que el agente del DSI había desaparecido. Cuando Vanto y los soldados de asalto cruzaron tras él, Dayja estaba de vuelta, con un camión deslizador requisado.

Requisado o robado. Por lo que Ronan sabía del DSI ambas cosas eran igual de posibles.

Pero, a aquellas alturas, no le importaba. Lo único que le importaba era encontrar el carguero que Vanto había identificado y descubrir si la teoría de Thrawn era acertada o no.

A poder ser, antes de que llegaran los soldados de asalto del Destructor Estelar que volaba sobre sus cabezas. Verse obligados a mostrar sus credenciales en un lugar como aquel sería lo mismo que pedir a gritos que algún pirata o contrabandista les disparase.

También le preocupó, mientras se sujetaba a las barras de seguridad del camión, que la loca conducción de Dayja hiciese que algún trabajador de poca monta del espaciopuerto les diera el alto. Si Sisay tenía razón y muchos de ellos trabajan para organizaciones criminales, su reacción a la presencia de un oficial del proyecto Estrella podía ser incluso peor que un tiroteo con piratas.

Por suerte, Dayja parecía saber lo que se hacía. Su loco avance sinuoso por la zona comercial del espaciopuerto le permitió esquivar inspectores, funcionarios, vigilantes, droides de vigilancia y todo aquello que pudiera dificultar su progreso. Llegaron sin incidentes al final de la zona imperial oficial, cuyas paredes y defensas eran mucho más elaboradas e imponentes que las de la zona comercial. Tras bajar del camión deslizador, Dayja los condujo hasta un cobertizo de obra instalado sobre un carguero quemado que era evidente que no tenía arreglo posible. Ya dentro de la nave en ruinas, abrió la escotilla de la bodega de carga inferior y después la escotilla camuflada en el suelo, se metió por un pasadizo y salió a una oficina de paquetería abandonada. Requisó otro vehículo y dieron otro serpenteante paseo.

Y de repente, antes de lo que Ronan esperaba, ya habían llegado.

—Ahí está su carguero —dijo Dayja, señalando una nave ligeramente ajada posada sobre sus patines de aterrizaje, con el nombre *Brylan Ross* en letras borrosas en el vientre—. Tienen media hora hasta que regresen los cargadores y los revisores de existencias.

—¿Cuánto? —preguntó Ronan—. ¿De qué está hablando?

—He reprogramado los turnos de todos los que podían rondar cerca de la nave para darles un poco de intimidación —dijo Dayja, entornando levemente los ojos—. No me dé las gracias. Le sugiero que se guarde su mal humor y suba a bordo antes de que regresen.

Ronan le miró mal. Aquel tipo de iniciativa propia no solía ser muy apreciada en la administración del director Krennic, sobre todo cuando actos tan irreflexivos podían poner en riesgo operaciones importantes. En este caso, alejar a todo el mundo del *Brylan Ross* podía suscitar atención tanto sobre el carguero como sobre su historial, lo que podría conducir hasta la vía de suministros de Estrella.

Pero Dayja no lo sabía y de haberlo sabido tampoco le habría importado. Y era demasiado tarde para repararlo. Ronan tendría que confiar en que los operarios del puerto no fuesen demasiado curiosos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Dayja.

—Sabemos que algunos cargamentos se trasladaron desde otras naves —dijo Vanto—. Sugiero que usted y el director adjunto Ronan empiecen por ahí. Yo echaré un vistazo al casco, a ver si encuentro indicios de manipulación.

—¿Qué tipo de manipulación? —preguntó Dayja.

—Manipulación para atraer a los grallocs —dijo Vanto.

Dayja miró a Ronan.

—Bromea, ¿verdad?

—Por desgracia no —gruñó Ronan—. Bien. ¿Puede hacernos entrar?

Dayja resopló débilmente.

—¿En un pedazo de chatarra como este carguero?

—Resulta que está bajo los auspicios del proyecto Estrella —dijo Ronan, con frialdad—. Por lo tanto...

—Sí, sí —le cortó Dayja, dándose la vuelta y yendo hacia la escotilla delantera—. Vamos.

Una de las condiciones que había exigido el director Krennic cuando aceptó enviar material para la Estrella de la Muerte por el sector Esaga fue que la gobernadora Haveland le ofreciera la mejor seguridad posible, no solo a los puertos sino también a los cargueros. Ronan ya había visto la puerta trasera de Tiquwe y ahora veía que la seguridad de los cargueros del proyecto Estrella era igual de frágil. Dayja apenas necesitó diez segundos para abrir la cerradura de la escotilla y diez más para desactivar el supuestamente indetectable e inexpugnable sistema auxiliar de alarma.

Ronan sabía que aquello no le iba a gustar nada al director Krennic. Pero, en aquel momento, la falta de una seguridad decente los beneficiaba.

Suponiendo, claro, que *Thrawn* y Vanto acertasen con la nave.

—¿Tiene una lista del inventario para contrastarlo? —preguntó Dayja, dirigiéndose a la bodega principal—. ¿O necesita que se la dé yo?

—Me da igual lo que se supone que hay —gruñó Ronan, dejando su mochila junto a la escotilla y siguiéndolo—. Lo que me importa es lo que de verdad hay en las cajas.

—Vale —dijo Dayja—. Perfecto. Vaya usted delante y me dice lo que quiere que haga. Yo esto lo cobraré de todas formas.

Furioso, Ronan lo adelantó por el estrecho pasadizo y entró en la bodega. Probablemente solo habría comida, ropa y utensilios de cocina. Vanto era quien había asegurado que había piezas de turboláser y sabía muy bien que Vanto podía mentir cuando le interesaba.

De hecho, toda aquello probablemente solo era un intento de Vanto por estar a buenas con su antiguo comandante, al mismo tiempo que dejaba en mala posición a Ronan y el director Krennic. Seguramente no preveía que Thrawn realmente fuera a mandarlo a Aloxor.

Las cajas estaban ordenadamente apiladas a ambos lados del pasadizo central de la bodega, en columnas de seis alturas sujetas con redes elásticas.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Dayja.

—Por donde le apetezca —dijo Ronan. Le pareció que las de más fácil acceso eran las cajas de arriba. Podían usar uno de los elevadores que había guardados bajo la mesa de herramientas del fondo de la bodega, subirlo hasta la caja de arriba, abrirla con cuidado con algo...

Se estremeció al oír ruido de plástico roto a su espalda. Al volverse encontró a Dayja cortando la parte delantera de una de las cajas, la segunda de la columna desde el suelo, con una navaja.

—¿Qué hace? —preguntó—. ¡Alto!

—Las de arriba son demasiado evidentes —dijo Dayja, serenamente, ignorando la orden—. Los inspectores más holgazanes empiezan por ellas y bajan un par más, hasta que pierden interés e ignoran el resto.

—Dayja —Ronan fue hacia él.

Y se detuvo en seco cuando Dayja apartó la navaja de la caja y la agitó distraídamente en la dirección aproximada de Ronan.

—Cuidado... saltan astillas —le advirtió Dayja—. Los inspectores más astutos empiezan a veces por las de abajo y van subiendo, pero se tarda tanto en mover las cajas que normalmente se les acaba el tiempo antes de haber podido llegar hasta la segunda fila de cajas.

Terminó de cortar el trozo de caja y lo quitó, dejando a la vista lo que parecían las piezas de una cocina láser.

—Un inspector realmente celoso podría empezar por la mitad. Y uno muy concienzudo lo miraría todo —continuó, observando las piezas de la cocina y metiendo con cuidado la punta del cuchillo entre dos de ellas—. Yo suelo empezar por la segunda o tercera hilera desde el suelo. Ahí es donde la gente inteligente esconde las cosas.

—Supongo que no se le habrá ocurrido —dijo Ronan, entre dientes—, que si no encontramos nada ahí, bastará que los inspectores del puerto les echen un vistazo para que impidan el despegue la nave tan rápido que podrían marear al mismísimo Emperador.

—Cuidado —le advirtió Dayja. Apretó la empuñadura del cuchillo y un pequeño tubo de radión salió disparado del material de embalaje de la pieza—. En algunos sitios, eso podría considerarse traición. De todas formas, fue usted quien dijo que aquí había contrabando.

—Yo no dije tal cosa —insistió Ronan, cerrando los ojos cuando el tubo cayó a la cubierta—. Fueron Vanto y Thrawn.

—Lo tenía malentendido —dijo Dayja, encendiendo la diminuta linterna del cuchillo y mirando por el agujero—. En ese caso, supongo que todo el mérito se lo llevarán Vanto y Thrawn.

—¿Todo el... qué?

—El mérito —dijo Dayja, metiendo una mano por la rendija y sacando un cilindro acampanado de aspecto pesado— por haber detectado esto. No sé qué es, pero estoy seguro de que no es una pieza de cocina láser.

Ronan dio un paso adelante, con su frustración convertida de repente en miedo.

—¿Tiene número de pieza? —preguntó, sacando su datapad.

—Sí —dijo Dayja, dando la vuelta al cilindro y apuntando la linterna—. Es un TRL-44. Número de serie...

—Olvide eso —murmuró Ronan, mirando el cilindro. Vanto tenía razón. Vanto y Thrawn, los dos la tenían.

El proyecto Estrella estaba amenazado.

—¿Quiere que abra otra? —preguntó Dayja, mirando fijamente a Ronan, ya sin la menor frivolidad.

—No —dijo Ronan. Miró el resto de las cajas, sintiendo que se le revolvía el estómago. ¿Cuántas escondían piezas de turboláser robadas?

—¡Eh! —llegó una voz desde detrás de la proa.

Ronan se puso tenso, pero se relajó al reconocer a Gofre.

—Aquí detrás —gritó.

—Vengan a babor —gritó Gofre—. Vanto les quiere enseñar algo.

Vanto y Pile esperaban junto a los propulsores de babor del centro de la nave cuando Ronan y Dayja llegaron. La capa de blindaje exterior estaba extraída y había parte de los cables sacados de sus vías.

—Aquí estamos —dijo Ronan, secamente—. ¿Qué pasa?

—Eche un vistazo —dijo Vanto, señalando la abertura—. Se supone que eso de ahí es gas argón para los reactores de maniobra.

Ronan miró dentro. Justo debajo de donde debía estar la capa de blindaje había un cilindro alargado y verde con líneas blancas inclinadas.

—Le creo —dijo Ronan—. ¿Y me está diciendo que no lo es?

—Acérquese más —dijo Vanto, dando unos golpecitos con un dedo al tanque—. ¿Ve esos pequeños surcos?

—Parecen juntas normales.

—Son demasiado profundos —dijo Vanto—. Conozco la configuración de los tanques de maniobra... mi familia tiene una empresa de transporte. Un poco de calor de esta bobina, esta de aquí, y la junta salta.

—Provocando una fuga de argón. ¿Y qué?

—No es argón. —Vanto enfocó una linterna a la parte inferior del tanque y Ronan vio que había pasado una uña a lo largo del revestimiento del cilindro—. El cilindro está pintado. ¿Ve las capas? Rojo, amarillo, rojo, blanco, rojo. Es clouzón-36, no argón.

Ronan miró a Dayja.

—Tiene razón —le confirmó este—. Conozco esas marcas... el clouzón-36 robado es una de las cosas que siempre buscamos. —Pasó un dedo por la capa verde del revestimiento—. Aunque se supone que no se puede pintar sobre esto. Decían que los otros colores no se adhieren. Qué interesante.

—Debe de ser algo nuevo en el mercado —dijo Pik.

—Sí —coincidió Dayja—. Los piratas y contrabandistas siempre son los primeros en disponer del mejor material.

—Hay más —dijo Vanto, señalando de nuevo la abertura—. Aquí están los cables de control y energía del hiperimpulsor, justo al lado del tanque de clouzón-36. Esa era la teoría sobre las naves desaparecidas, ¿no? Que los grallocs empezaban a roer los cables de energía y eso activaba accidentalmente el hiperimpulsor.

—Sí, ya veo —dijo Dayja, acercándose—. Estos cables están reforzados con protección adicional.

—Mucha protección adicional —dijo Vanto—. Así, en el momento adecuado, la tripulación sube la caldera y deja que se fugue el clouzón-36. Un gralloc lo huele, viene a toda velocidad y se pega al casco para alimentarse del gas. La tripulación entra en pánico, grita que el gralloc está provocando un cortocircuito en el control del hiperimpulsor...

—Sí, sí, ya lo he entendido —le espetó Ronan. Maldito Vanto.

Malditos todos, de hecho. Vanto y Thrawn y Tarkin y Haveland y todos los demás. Alguien estaba robando material de Estrella y los responsables del manejo de aquel material habían sido engañados. Todo lo que el director Krennic creía sobre el problema de los grallocs era erróneo. Pero eso no justificaba que Vanto se lo restregase por las narices.

Contuvo su ira instintiva. No, no estaba siendo justo. El director Krennic había desafiado a Thrawn para que intentase acabar con la amenaza de los grallocs. El hecho de que hubiera desenmascarado una conspiración criminal no era razón para guardarle ningún rencor ni odiarlo.

Pero aquello no había acabado. Ni mucho menos. Ronan estaba frente a pruebas de subversión, robo y traición, y si no actuaba deprisa era muy probable que terminase topándose con alguien desesperado por eliminar esas pruebas. Y a todo aquel que las hubiera visto.

Levantó la vista. El Destructor Estelar seguía allí arriba, cazando piratas y contrabandistas.

¿O no? ¿El gran almirante Savit lo había mandado para limpiar el espaciopuerto de Tiquwe, como sospechaba Sisay?

Porque Ronan no veía ninguna lanzadera repleta de soldados de asalto despegando del muelle. ¿Podía ser una de las naves de guerra de la gobernadora Haveland, enviada para vigilar posibles problemas en su siguiente carguero robado?

¿O las dos cosas? ¿Y si Haveland y Savit estaban compinchados?

Negó para sí y se regañó por paranoico.

Pero la lección estaba muy clara. No podía fiarse de nadie, excepto el director Krennic. Evidentemente, no podía confiar en ninguno de los hombres que le acompañaban.

Ese problema, al menos, tenía fácil solución.

—Muy bien, ya he visto bastante —dijo—. Dayja, ¿puede alertar a alguien de la oficina de inspección del puerto? No, espere —añadió, como si se le acabase de ocurrir—. Será mejor no transmitir esto por los sistemas de comunicación. Vaya a buscar a alguien con autoridad y tráigalo aquí. Discretamente. Vanto, los otros y usted quédense aquí, vigilando esta parte de la nave. No queremos que pase alguien que se pregunte por qué han sacado esa placa de blindaje. O peor aún, que vaya a por un martillo y nos destruya la prueba.

—¿Y usted? —preguntó Dayja.

—Yo tomaré unas cuantas holos del contrabando —dijo Ronan—. Necesitaremos pruebas para el inspector, si queremos que nos tome en serio.

—¿Estará seguro aquí solo? —preguntó Vanto—. Quizá Pik debería quedarse con usted.

—Prefiero que esté vigilando fuera —dijo Ronan—. No se preocupe... cerraré la escotilla. —Hizo un gesto a Dayja—. Bueno, no se quede ahí parado. Vaya a buscar a alguien, antes de que las cosas se compliquen.

—Vale —dijo Dayja—. Tardo cinco minutos. Cierre bien la escotilla.

Al cabo de un minuto, Ronan ya estaba dentro, con la escotilla bien cerrada. Al cabo de otro minuto, estaba en la cabina.

Diez segundos después había introducido la secuencia de arranque.

Sabía que Vanto se pondría furioso. Probablemente también Dayja.

No le importó. En aquel momento, no había nadie en todo el sistema Aloxor en quien pudiera confiar. La única manera de mantener a salvo el descubrimiento y la prueba era llevar el carguero hasta Scarif y el director Krennic.

—¿Va a algún sitio?

Ronan se dio la vuelta en el asiento. Dayja estaba de pie en la escotilla de la cabina, apoyado en la pared y con las manos cruzadas frente al pecho.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Ronan.

—Oh, vamos —dijo Dayja, burlonamente—. Quizá pueda engatusar a un muchacho y un par de soldados de la muerte, pero ¿a mí...?

—Es la única manera de proteger las pruebas —dijo Ronan, intentando pensar algo. Había oído que los capitanes de carguero a veces guardaban blásters en la cabina, por si la nave era atacada o abordada. Pero ¿dónde estaría en aquella?

—Estoy de acuerdo —dijo Dayja. Separó los brazos y entró en la cabina, pasó junto a Ronan y se sentó en el puesto de copiloto—. Aunque yo estaba pensando en Coruscant y la sede del DSI.

—Yo no —dijo Ronan, mirándolo con recelo—. ¿Qué pasa con Vanto?

—Le he dicho que hay un comunicador seguro en el nódulo de transferencia de datos tras esa esquina —dijo Dayja—. Va a avisar a mi socio.

—¿Tiene un socio?

Dayja se encogió de hombros, quizá demasiado despreocupadamente.

—Hace tiempo que no.

—¿Y los soldados de la muerte?

—Uno está con Vanto y el otro vigilando la nave —dijo Dayja—. No se preocupe por ellos... van desarmados y ni todos los músculos y entrenamiento en artes marciales de la galaxia pueden hacerle nada al casco de una nave. ¿Supongo que sabe pilotar esto?

Ronan resopló.

—Por supuesto.

La última luz roja se puso verde y Ronan activó los repulsores. Al echar un vistazo por la ventanilla lateral pudo ver que Gofre estaba bastante lejos del carguero, contemplando boquiabierto cómo se elevaba. Más adelante, Ronan atisbo a Vanto y Pik saliendo a la carrera de detrás de un recodo. Estaban demasiado lejos para poder verles la cara con claridad, pero se las podía imaginar.

Miró el tablero de navegación, sintiendo una punzada inesperada y repentina de culpabilidad. Vanto podía ser un desertor, pero abandonarlo en medio de un espaciopuerto seguía siendo bastante grosero.

Pero no se atrevía a llevarse a Vanto y a los otros. En cualquier caso, la lanzadera con la que habían volado hasta Aloxor debía seguir operativa. Había una larga caminata hasta ella, pero los piratas tenían problemas más acuciantes en aquel momento y dudaba que a los soldados de la muerte les costase mucho abrirse paso.

En cuanto a Thrawn... bueno, también se enfadaría. Pero a Ronan tampoco le importaba. Cuando la Estrella de la Muerte estuviera terminada y en funcionamiento, sobraría lo suficiente del presupuesto de la marina para financiar su proyecto Defensor. Eso debería contentarlo.

—Bueno, ¿adónde vamos? —preguntó Dayja.

—Por el momento, es confidencial —dijo Ronan, estremeciéndose. Era una buena pregunta.

Por lo que sabía, Dayja no estaba autorizado a saber nada sobre el proyecto Estrella ni lo que sucedía en Scarif. Si Ronan volaba directamente hasta allí, era muy probable que el director Krennic ordenase la detención de Dayja hasta que la Estrella de la Muerte

estuviera operativa y de camino a su primera misión. Puede que lo retuviera más tiempo incluso.

A Yularen no le iba a gustar quedarse sin los servicios de uno de sus agentes por tanto tiempo. Y Dayja se iba a poner furioso.

Ronan suspiró débilmente. Se estaba creando más enemigos en un solo día de los que había acumulado en toda su carrera. No le importaba. El director Krennic estaría encantado con lo que había conseguido y su aprobación era lo único que le importaba.

Aun así, quizá tuviera alguna manera de mantener a Yularen y Dayja fuera de su lista de nuevos enemigos. Podía hacer una escala de camino a Scarif, dejar a Dayja y continuar su camino. En algún lugar bajo un control imperial lo bastante fuerte para que un agente del DSI solo, sin ningún apoyo, no corriera el menor peligro, pero lo bastante alejado del proyecto Estrella para que ninguno de los implicados en él viviese allí. Ord Pardron, quizá. O Radnor. Una breve parada en cualquiera de los dos...

—Carguero *Brylan Ross*, le habla el *Ave Tormenta* —se oyó una voz severa por el altavoz de cabina—. Identifíquense.

—¿Por qué nos molestan? —masculló Dayja, acercando la mano al botón del comunicador.

—No —le espetó Ronan, apartando la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Dayja, en un tono repentinamente receloso—. Dispone de todas las identificaciones necesarias, ¿no? ¿Director adjunto Ronan?

—No es tan sencillo —dijo Ronan, con visiones de conspiradores de caras difusas y pequeños pero mortales cuchillos cruzando su cabeza—. Necesito saber quién está al mando de ese *Ave Tormenta*.

—¿Por qué? —preguntó Dayja, sacando su datapad.

—Porque este chanchullo llega hasta las alturas —dijo Ronan, mirando por la ventanilla. Había muchas más naves en vuelo, llegando de todos los sectores del espaciopuerto, al parecer sin que nadie les molestase. El Destructor Estelar se había fijado específicamente en el *Brylan Ross*—. *Thrawn* cree que la gobernadora Haveland está implicada. Si esa nave pertenece al grupo del sector de Haveland, será mejor que nos alejemos de ella.

—Pues va a necesitar suerte —dijo Dayja, tecleando algo—. Escapar de un rayo tractor es complicadísimo.

—Capitán del *Brylan Ross*, identifíquese y prepárese para ser remolcado a bordo para proceder a su inspección —dijo la voz.

Ronan se encogió de hombros, Dayja tenía razón. Los rayos tractores eran muy difíciles de esquivar.

Pero a veces se los podía distraer.

Hizo otro barrido visual más pausado de la zona. El espaciopuerto en sí era bastante plano, aunque había algunos edificios altos en el contorno. Si se podía colocar a la sombra de uno de ellos y zigzaguear entre otros dos o tres, quizá los operadores del rayo tractor lo perdieran el tiempo suficiente para alejarse y camuflarse con las otras naves que

iban hacia el espacio. Sujetó con firmeza el volante, activó los propulsores a máxima potencia y puso rumbo al edificio alto más cercano.

—¡*Brylan Ross*, le hemos ordenado que no se mueva!

Ya casi lo tenía. Ronan se preparó para la sacudida que le diría que el Destructor Estelar lo tenía atrapado...

El carguero dio un fuerte bandazo lateral. Ronan maldijo y giró por completo el volante, intentando escapar de la tracción.

La nave no respondió. Giró el volante en sentido contrario.

Entonces miró hacia abajo y vio que su mitad del tablero de mando estaba apagada.

Dayja le había quitado los controles.

—¿Qué demonios...?

—¿Alguna vez había pilotado algo tan grande? —le cortó Dayja. Giró el volante hacia el otro lado, obligando a Ronan a agarrarse al reposabrazos—. Lo dudo mucho. ¿Quiere salir de esta? Pues agárrese bien y déjeme a mí.

Otro volantazo y Ronan salió despedido hacia el otro lado, mientras Dayja trazaba un giro cerrado alrededor del edificio hacia el que se dirigían.

Pero, en vez de rodearlo y lanzarse hacia otro edificio, como planeaba Ronan, hizo un giro completo de 360 grados y regresó hacia el espaciopuerto.

—¿Qué hace? —preguntó Ronan.

—Si vuelas sobre la ciudad las patrullas locales terminan abatiéndote como a un grumf cualquiera —dijo Dayja—. Hay tres cosas que debe recordar sobre los rayos tractores.

Otra sacudida y Ronan sintió un fuerte empujón hacia la cubierta; el tractor del Destructor Estelar los había atrapado. Dayja dio otro volantazo rápido y el carguero recuperó la estabilidad.

—Primera, sobre espaciopuertos o zonas habitadas, emplearán baja potencia y foco cerrado —continuó Dayja, en un tono despreocupado—. Eso hace que sea relativamente fácil desembarazarse de esos rayos.

Otra sacudida y otra maniobra rápida de Dayja para escapar.

—Por supuesto, eso no durará mucho —dijo Dayja—. Sobre todo si los incordias. Por eso, lo segundo a recordar...

Esta vez la sacudida fue mucho más potente, apretando a Ronan aún más contra su asiento, mientras el rayo tractor atrapaba al carguero y empezaba a elevarlo.

—Es que los tractores no te dejan congelado en un sitio —continuó Dayja, en un tono muy coloquial—. Las leyes del movimiento siguen rigiendo.

Ronan miró por la ventanilla con el ceño fruncido. El carguero seguía cruzando horizontalmente el espaciopuerto, aunque lo estaban elevando.

Pero no veía de qué iba a servirles. Si Dayja lograba sacar el carguero del arco de alcance de aquel rayo tractor concreto, otro de los operadores del Destructor Estelar lo reemplazaría y seguirían atrapados.

—Y lo último que debe recordar es que los operadores fijan los rayos justo en el momento en que contactan —dijo Dayja.

Cada vez estaban más altos, aún cruzando el espaciopuerto...

—Por eso, si el rayo es interceptado...

Una sombra repentina cubrió la cabina del *Brylan Ross*. Ronan miró hacia arriba y vio un carguero más grande, bajo el que Dayja pasó limpiamente.

—...su sujeción también se interrumpió...

Dio un volantazo seco y el *Brylan Ross* trazó una curva cerrada y regresó en ángulo recto a su trayectoria original.

—...Y a veces puedes quitártelos de encima —terminó Dayja.

Al cabo de un instante, Ronan quedó pegado al respaldo de su asiento mientras Dayja subía la potencia de los propulsores hasta un límite que jamás habría imaginado que fuera posible en aquel tipo de vehículo comercial. Volaban sobre los campos, al otro extremo del espaciopuerto, esquivaron un par de cargueros, uno de los cuales disparó contra ellos pero por suerte no acertó, y pusieron rumbo al cielo y las estrellas que empezaban a aparecer...

Y, con una sacudida que hizo que a Ronan le castañetearan los dientes, el carguero volvió a quedar atrapado.

Dayja giró el volante. El *Brylan Ross* se agitaba como un pez fuera del agua, pero no lograba liberarse de la sujeción del rayo tractor.

Dayja resopló y se encogió de hombros.

—Bueno —dijo, desactivando los propulsores—, he dicho a veces.

Ronan lanzó un resoplido.

—¿Y ahora qué?

—Pues usted saca su elegante uniforme de director adjunto de su mochila y se lo pone —dijo Dayja—. Con capa y todo. Lleva una de esas estúpidas capas de Krennic, ¿verdad?

—Viene con el uniforme —dijo Ronan, con tensión. Ya estaba lo bastante nervioso como para aguantar sarcasmos de un tipo del DSI.

—Bien —dijo Dayja—. La gente con puesto de autoridad adora las capas. Debería darle el suficiente empaque para que le dejen explicarse. Pero sea breve.

Ronan notó que entornaba los ojos.

—¿Tenemos prisa?

—Bastante —dijo Dayja—. El *Ave Tormenta* pertenece a la Tercera Flota de Savit... pero vigilan los transportes del proyecto Estrella porque la gobernadora Haveland se lo pidió. Eso significa que la avisarán en cuanto nos hayan subido a bordo. Si no lo han hecho ya.

—¿Y nos entregarán a ella?

—Si no directamente, a la persona que se ocupe del equipo que coordine esos transportes.

Ronan vio por la ventanilla que el cielo azul se convertía en un negro estrellado. Pruebas de una traición. El director adjunto de Estrella que había descubierto esas pruebas... pero nadie relevante sabía que Ronan estaba allí. Solo Thrawn.

—Tenemos que hablar con Savit —dijo—. No con sus oficiales, sino con el gran almirante en persona. Necesitamos explicarle nuestro caso a alguien que no pueda ser coaccionado y al que no se pueda hacer desaparecer.

—Eh —dijo Dayja—. No hable en plural, amigo. Esto es cosa suya. A mí no me meta. Mi nombre, mi posición y mi estatus... ni mencionarlos. ¿Queda claro? Yo solo soy un tal Topo al que contrató para pilotar esto hasta Coruscant.

—¿Por qué? —preguntó Ronan—. Es del DSI y ha visto pruebas de traición.

—Y si Haveland lo descubre, se encargarán de hacerme desaparecer mucho antes que a usted —dijo Dayja, sombríamente—. La verdad es que el DSI no se ha ganado mucho aprecio entre las estructuras de poder del Imperio. En cuanto Haveland descubra que no he tenido oportunidad de informar a nadie sobre lo que he descubierto seré hombre muerto.

Ronan miró la zona de comunicaciones de su tablero, sintiendo una leve chispa de esperanza. Si lograba enviarle un mensaje a Thrawn...

—Los rayos tractores de los Destruidores Estelares suelen contar con campos de interferencias incorporados —añadió Dayja—. No. No podemos contárselo a nadie.

Ronan resopló entre dientes.

—¿Así que nos tenemos que espabilar solos?

—Sí —dijo Dayja—. Bueno, quizá Vanto y sus soldados de la muerte, si logran salir y volver con Thrawn a tiempo, puedan hacer algo.

—Claro —murmuró Ronan. Eli Vanto. Un desertor y traidor. Un hombre al que Ronan había prometido presentar cargos en su contra—. Sí. Podemos confiar en él.

CAPÍTULO XVII

Thrawn llevaba cerca de tres horas a bordo de las naves grysk unidas cuando Hammerly llamó a Faro a su puesto.

—No sé muy bien qué significa, comodoro —dijo la oficial de sensores—, pero uno de mis hombres acaba de detectar una pequeña ocultación.

—¿Cerca?

—No mucho —dijo Hammerly—. A unos mil doscientos kilómetros.

—¿Polvo?

—No lo parecía, señora —dijo Hammerly—. Ni un cúmulo de partículas solares normales. Puede que no sea nada, pero fue... lo bastante inquietante para pensar que debería decírselo, aunque aún no tengamos muchos datos.

—Por supuesto —le dijo Faro—. ¿Cuánto tardará el análisis?

—Está en marcha —dijo Hammerly—. ¿Cree que deberíamos contactar con el almirante?

—Aún no —dijo Faro—. Ya sabe cómo se pone cuando está en un análisis profundo. Además, la comunicación con la nave grysk es irregular... hay muchos contenedores pesados creando sombras de comunicación. Esperemos a tener algo sólido que decirle para molestarlo.

Echó un vistazo por la ventanilla lateral. Por otra parte...

—Timonel, ¿tiene la anomalía de Hammerly en su tablero? —gritó.

—Sí, señora —respondió Agral.

—Gire el *Quimera* —ordenó Faro—. Colóquenos entre la anomalía y las naves conectadas, con la proa hacia la anomalía. Pyrondi, tripulación de turboláseres delanteros en alerta máxima. Hammerly, sensores activos completos. Si hay algo ahí fuera, quiero estar preparada.

—Recibido, comodoro.

Pasaron los minutos. El *Quimera* se colocó en su nueva posición y las pantallas de situación confirmaron que las armas y los hombres de Pyrondi estaban preparados. Faro recuperó su sitio en la pasarela de mando, observando el espacio. La tecnología de ocultación imperial era limitada, por lo que un buen operador de sensores tenía varias formas de percibirla. La tecnología grysk, por desgracia, había demostrado ser un hueso duro de roer. Quizá los expertos de la marina que diseccionarían el generador del pozo de gravedad camuflado, capturado por el *Quimera* cerca del puesto de vigilancia, serían capaces de encontrarle algún punto flaco.

Y si Coruscant no lo lograba, quizá los chiss lo hicieran. ¿Por eso Thrawn había dejado que Ar'alani y la *Imperturbable* se llevasen el otro generador?

¿O era porque siempre daba prioridad a su gente, como tantos y tan persistentes rumores aseguraban?

¿Acaso podía ser ese el motivo que le había llevado a impedir el ascenso de Faro a comandante de la Fuerza Operativa 231? ¿Había podido hacer ella algo, sin quererlo, que hubiese molestado a los chiss?

—¿Qué pasa? —le preguntó alguien desde detrás, en sy bisti.

Faro frunció el ceño. Qué oportuno...

Al darse la vuelta, vio a Ar'alani acercándose. Para su leve sorpresa, la cara y postura de la almirante no eran de enojo, como Faro esperaba, solo vehementes. Sus ojos también observaban el cielo que tenían delante.

—Aún no estoy segura, almirante —dijo Faro—. Nuestros sensores han detectado una ocultación estelar que puede estar causada por una lejana descarga de gas.

—¿Qué tipo de gas?

—Aún lo estamos analizando.

—¿Algún objeto cercano puede haber causado la descarga?

—Ninguno —dijo Faro—. Aunque una burbuja de gas lo bastante grande podría mantenerse estable el tiempo suficiente para volar a la deriva hasta justo enfrente de una estrella.

—No con este nivel de viento solar —dijo Ar'alani—. ¿Ha informado al almirante Mitth'raw'nuruodo?

—Aún no —dijo Faro—. Queríamos esperar a que...

—Infórmele inmediatamente.

Faro asintió, con sus argumentos sobre la concentración y disponibilidad de Thrawn desvaneciéndose bajo el ardor de la mirada de Ar'alani.

—Teniente Lomar, contacte con el almirante Thrawn —dijo, en básico.

Durante un minuto, nadie dijo nada. Faro alternaba su atención entre la ventanilla y Hammerly, que estaba inclinada sobre su consola de sensores. Más le valía que el análisis terminase pronto...

—Aquí Thrawn —la voz del almirante resonó por el altavoz—. ¿Qué pasa, comodoro?

—Hemos detectado una anomalía, señor —contestó Faro, resistiendo el impulso de nombrar a Ar'alani, por si Thrawn terminaba molestándose por la interrupción. Faro había dado la orden y eso la convertía en plenamente responsable de ella—. Una ocultación causada por una pequeña bolsa o descarga de gas...

—Lo tengo, señora —dijo Hammerly, de repente—. Era gas nitrógeno.

—¿De qué pureza, comandante Hammerly? —preguntó Thrawn.

—Muy puro, almirante.

—Era nitrógeno —le dijo Faro a Ar'alani en sy bisti.

Ar'alani dijo algo que sonó mal.

—Grysk —gruñó—. Las naves grysk usan reactores de maniobra a nitrógeno. Comodoro Faro, prepare fuego a discreción...

—Calma, almirante —dijo Thrawn, en un tono gélido—. Comodoro, ¿distancia?

—Estaba a mil doscientos kilómetros cuando la detectamos, señor —dijo Faro—. Pero no sabemos qué velocidad lleva.

—Pues esperemos a descubrirlo —dijo Thrawn, y pasó al básico—. Prepare una andanada de turboláser completa hacia el vector entre la anomalía y las naves unidas. Abran fuego cuando yo lo ordene.

—Sí, señor —dijo Faro, frunciendo el ceño y haciendo gestos a Pyrondi. Mil doscientos kilómetros superaban por mucho el rango de combate normal de sus turboláseres, como mínimo para todo lo que dispusiera de un blindaje mínimamente decente—. ¿Debo desplegar también a los TIE para interceptar?

—Puede desplegar dos, si quiere, pero que no se acerquen a ese vector —dijo Thrawn—. Todos los sensores y cámaras de la nave deben enfocarse también hacia esa línea, ajustados a máxima ampliación.

—Sí, señor. —Faro cruzó una mirada con Hammerly, que asintió brevemente. Aquella era Hammerly, siempre anticipándose a sus órdenes—. ¿Mayor Quach?

—He desviado dos TIE de la línea de patrulla exterior, comodoro —llegó la voz de Quach, con el peculiar y pequeño eco típico de los cascos de piloto TIE. Algunos comandantes de TIE que Faro había conocido no salían de sus centros de mando, si podían evitarlo. Quach, sin embargo, se montaba en un caza siempre que tenía oportunidad—. Vamos a posición. Armas y sensores a punto.

Faro asintió.

—Estamos preparados, almirante.

—Muy bien, comodoro. Preparados... ¡fuego!

El cielo frente a la ventanilla delantera se iluminó con brillantes descargas verdes chisporroteando entre el débil viento solar, convergiendo a lo lejos. Poco después llegó una segunda salva. Y después una tercera y una cuarta.

No pasó nada.

—Amplíen el foco —ordenó Faro—. Amplíenlo dos grados desde el vector.

—A la orden.

Faro miró de reojo a Ar'alani. La chiss estaba inmóvil, sin dar ningún indicio de la tensión que en aquel momento sentía Faro anudada en su garganta. Las descargas de turboláser seguían surcando el cielo...

—Lo tengo, comodoro —exclamó Pyrondi—. Parece un cilindro...

Al cabo de un instante, la negrura frente al *Quimera* estalló en una nube amarilla turbulenta producida por una lejana y violenta bola de fuego.

—Maldición... disculpe, señora —dijo Pyrondi—. No parecía tan dañada.

—Autodestrucción —dijo Thrawn, serenamente—. Activada cuando nuestra andanada inutilizó su campo de ocultación. Mayor Quach, ¿los TIE han conseguido algunas lecturas de datos?

—Sí, señor, y bastante buenas —dijo Quach, con siniestra satisfacción—. Las trasmitimos al *Quimera*.

—Comandante Hammerly, inicie un análisis completo de inmediato —ordenó Thrawn—. Teniente Agral, use nuestras dos fuentes de datos para calcular la velocidad del proyectil. Una pregunta, ¿cuánto tardarían en llegar hasta las naves unidas otros proyectiles provenientes de distancias y velocidades parecidas?

Faro sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Está diciendo que hay más, almirante?

—Creo que sí, comodoro.

—Un dispositivo de juicio final —murmuró Ar'alani, en su bisti. Miró a Faro—. Los grysk estaban preparados para la captura de su base. Lo que no querían era que su base fuese examinada o saqueada.

—Exacto, almirante —dijo Thrawn, en el mismo idioma—. Por eso creo que hay más dispositivos como ese volando hacia nosotros. Los grysk no se contentarían con solo un arma de esas. —Pasó de nuevo al básico—. ¿Teniente Agral?

—Aproximadamente, a cuatro punto tres horas, almirante —dijo Agral.

—Bien —dijo Thrawn—. Debería ser tiempo suficiente para preparar nuestra defensa.

—Eso si suponemos que están todos programados para impactar en el mismo momento, señor —advirtió Faro—. Alguna bomba podría llegar antes.

—Es poco probable —dijo Thrawn—. El objetivo del ataque es destruir por completo las naves unidas y de paso a cualquiera que las pueda estar examinando. Una secuencia de explosiones, en vez de una única y potente, podría dejar algunas partes intactas. Aunque ahuyentase a los investigadores.

Faro negó con la cabeza. Un racimo de bombas camufladas, presumiblemente disparadas contra ellos por la nave de guerra antes de ser destruida y desde lo bastante lejos para que el *Quimera* no hubiera detectado las emisiones de sus reactores.

Un ataque lento, pero con intención de que fuera arrollador.

—Espero que contengan algo que merezca semejante esfuerzo.

—Oh, lo hay, comodoro —dijo Thrawn, débilmente—. Sin duda, lo hay. Seguro que intentaron destruir todos los datos antes de huir, pero esa destrucción total es una tarea complicada incluso en las mejores condiciones. Por desgracia para ellos, las condiciones aquí fueron acuciantes y parece que caóticas.

Faro miró a Ar'alani.

—¿Ha encontrado la manera de derrotarlos?

—Paciencia, comodoro —dijo Thrawn, con un matiz sutilmente más ligero asomando en su tono sombrío—. Apenas he iniciado mi investigación.

—Sí, señor —dijo Faro. Una investigación que terminaría demasiado pronto, si no encontraban la manera de detectar y detener las bombas que volaban hacia ellos.

—Vuelvo inmediatamente al *Quimera* —continuó Thrawn—. Convoque una reunión de todos mis altos oficiales. Tenemos cuatro horas para encontrar una solución.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Savit, mirando a las dos figuras parpadeantes que flotaban sobre su holopad—. Han capturado un carguero que contiene supuestas pruebas de un sabotaje o robo y un hombre que asegura que es un alto oficial del proyecto Estrella. ¿Y no pueden asegurar si ninguna de las dos cosas es cierta?

—Es... complicado, señor —dijo el capitán Lochry.

—En absoluto —insistió la gobernadora Haveland—. Ese hombre y la nave fueron detenidos en mi jurisdicción. La confusión del capitán Lochry es irrelevante, soy yo quien decide lo que se debe hacer con ellos.

Savit no apartó la vista de Lochry.

—¿Complicado por qué, capitán?

—El director adjunto Ronan...

—El presunto director adjunto Ronan —dijo Haveland.

—Sí, empecemos por eso, ¿de acuerdo? —dijo Savit—. Creo que ha contactado con el proyecto Estrella.

—Sí, señor —dijo Lochry—. He intentado hablar con el director Krennic, pero en su oficina me dicen que está reunido con el Emperador y que no se le puede molestar. El oficial de mayor rango con el que he podido hablar dice que el tal Ronan estaba fuera, en algo parecido a una misión especial.

Savit frunció los labios. Se preguntaba cuánta gente sabía que Ronan estaba supervisando la investigación sobre los grallocs de Thrawn.

Probablemente, no mucha. Sin duda, ningún otro de sus interlocutores.

El conocimiento era poder. Sobre todo aquel conocimiento del que los demás carecían y nadie sabía que tú poseías.

—¿Ha podido confirmar si fue enviado con el gran almirante Thrawn, como asegura? —preguntó.

—Nadie con quien he hablado sabía nada de eso.

—¿Se le ha ocurrido hablar con Thrawn? —preguntó Haveland, mordazmente.

—Sí, gobernadora, lo intenté —dijo Lochry, endureciendo el gesto—. Al parecer, el *Quimera* está fuera de alcance, probablemente en algún sistema deshabitado con un débil o inexistente acceso a la HoloRed.

—No en mi sector.

—Ni en el de nadie —dijo Lochry—. Los sistemas deshabitados por los que no pasa nadie no merecen tal gasto...

Se quedó callado, recobrando la compostura. Savit sabía que Lochry había servido en el sector Esaga cuando el gobernador era el padre de Haveland y parecía que habían quedado entre ellos algunos resquemores pendientes.

—En todo caso —continuó Lochry, más sosegadamente—, nuestro supuesto director adjunto pide que lo entreguemos directamente a usted, almirante, no a la gobernadora Haveland.

—Eso es ridículo —espetó Haveland—. Ningún prisionero decide las condiciones de su encarcelamiento.

—¿Y ha dicho por qué? —preguntó Savit.

—Fue muy vago a ese respecto —dijo Lochry—. Pero me dio la impresión de que temía por su seguridad.

Savit notó que torcía los labios. Su seguridad o la seguridad de su trofeo.

No era descabellado. Haveland había trabajado duro para que las vías de suministro de Estrella pasasen por su sector. Rumores sobre que su gente no hacía bien su trabajo no iban a ser bienvenidos en la mansión de la gobernadora.

Pruebas sólidas y tangibles de malversación serían respondidas con medidas más contundentes.

—¿Le cree? —preguntó Savit.

Lochry encogió los hombros torpemente.

—No lo sé, almirante. Su identificación parece buena, su cara encaja con los archivos y su uniforme es el correcto.

—Todo eso se puede comprar —comentó Savit.

—Sí, señor, exacto —dijo Lochry—. Pero también está el asunto del espaciopuerto. La destreza demostrada durante el intento de huida del *Brylan Ross* supera por mucho la que podría esperarse de un burócrata de alto nivel. Incluso conocía la turbopropulsión del carguero y cómo acceder a ella.

—¿No me había dicho que tenía un piloto?

Lochry resopló.

—Sí —dijo, desdeñosamente—. Un vagabundo cualquiera, con una trayectoria disparatada y ninguna esperanza de futuro.

—¿Ha comprobado su identidad?

—Oh, sí, señor —dijo Lochry—. Se llama Topo. El pasado más turbulento que se pueda imaginar. Al contrastarlo con los archivos de Tiquwe descubrimos que ahora trabaja para uno de los grupos piratas de la ciudad, probablemente como especialista informático o parachoques prescindible. También tiene antecedentes de consumo de especia. Es bastante probable que Ronan tuviera que despertarlo y arrastrarlo hasta el carguero.

—Entonces, ¿no pilotaba ese?

—No creo —dijo Lochry—. Durante el interrogatorio no estaba del todo consciente.

—Basta —dijo Haveland, severamente—. No me interesa la escoria que haya podido encontrar en el arroyo. Lo que me interesa es ese farsante y, dado que el sector Esaga está en mi jurisdicción, es decisión mía. Si el capitán Lochry no quiere tomarse la molestia de entregarme a los prisioneros, yo mandaré una de mis naves a buscarlos con mucho gusto.

—Agradezco su amabilidad —dijo Savit—. Pero, por el momento, vamos a dejar que el capitán Lochry se los quede. Si logramos contactar con el director Krennic o el gran almirante Thrawn, quizá podamos aclarar esto sin incordiar a nadie más.

—Eso no es ni remotamente posible y lo sabe —gruñó Haveland—. Ese hombre es un delincuente, un mentiroso y un saboteador. Exijo que me lo entreguen ahora mismo.

—Tomo nota —dijo Savit, fríamente—. Si quiere apelar al Emperador, puede hacerlo. Hasta entonces, me reafirmo en mi decisión. —Eché mano al botón del comunicador—. Gracias, gobernadora Haveland. Seguiremos en contacto.

—Almirante...

Savit apretó el botón y la imagen de Haveland desapareció.

—Menudo carácter, ¿verdad, señor? —gruñó Lochry, mientras su holo desprendía el desdén que era evidente que reprimía mientras Haveland estaba en la conversación.

—Es una mujer que ve sus pequeños dominios amenazados y lucha por defenderlos —dijo Savit—. De hecho, era bastante predecible. ¿Qué opina de su afirmación de que el falso Ronan es un saboteador?

Lochry arqueó levemente las cejas.

—¿Usted tampoco cree que sea Ronan?

—Conozco al director Krennic —dijo Savit, dejando asomar también parte de su desdén—. No me puedo imaginar ni por un momento que enviase a su administrador a descubrir sabotajes, robos o lo que fuera en Aloxor.

—Supongo que no —dijo Lochry—. En cuanto al sabotaje... tampoco lo sé. Admite abiertamente que sacaron la capa exterior del propulsor, pero me parece que eso solo demuestra que alguien intentaba emplear el *Brylan Ross* para colar un tanque extra de clouzón-36 de contrabando. Puede haber más escondidos en otros puntos de la nave, pero si se ha cometido un delito no quiero toquetear nada que pueda contaminar las pruebas.

—Bien —dijo Savit—. Es mejor dejar el carguero tal como está.

—Sí, señor —dijo Lochry, asintiendo—. Lo tengo acordonado en un rincón del muelle, con un escuadrón de soldados de asalto de guardia.

—Bien —dijo Savit—. Bueno, no puedo negar que esto me tiene intrigado. Creo que es hora de que vea a ese hombre.

—¿Señor? —preguntó Lochry, con cautela—. Creía haber entendido que debía quedarme con los prisioneros, de momento.

—He cambiado de opinión —dijo Savit—. Sean quienes sean, parece que temen de verdad a Haveland. Por lo que creo que el proceder más prudente será alejarlos de ella tanto como sea posible. Reúnase conmigo... —Miró su carta de navegación— en el sistema Sev Tok.

—Sí, señor —dijo Lochry, en un tono aún reticente—. Pongo rumbo hacia allí inmediatamente.

—Bien —dijo Savit—. Y ya que me quedo con los prisioneros, también me quedaré con el carguero. Todos los bichos en el mismo corral. Asegúrese de que está preparado para transferirlo para cuando llegue.

—Por supuesto, almirante —dijo Lochry.

—Y no ponga esa cara de pena —bromeó Savit, con una leve sonrisa—. Para empezar, si está en Aloxor es porque Haveland insistió en que vigilásemos los cargamentos por ella. Es justo que cualquier posible gloria que genere la captura de este

ladrón o saboteador sea nuestra, no de una moff holgazana incapaz de molestarse en gestionar su propia seguridad.

—Supongo que sí —dijo Lochry—. Sobre todo si esa gloria llega precisamente gracias a evitar que los maten, ¿verdad?

—Exacto, capitán. Exacto.

CAPÍTULO XVIII

La caminata de vuelta por el espaciopuerto de Tiquwe hasta la zona de los piratas y contrabandistas fue larga y agotadora. Afortunadamente, los granujas que infestaban aquella zona andaban demasiado ocupados preparándose para la redada imperial prevista como para fijarse en extraños.

Aunque a estos les daba lo mismo. Con el humor en que estaba, Eli habría agradecido cualquier excusa para dar rienda suelta a los soldados de asalto y que matasen hasta el último de los allí presentes.

¿A qué demonios creía estar jugando Ronan, abandonándolos allí y marchándose solo?

Sobre todo teniendo en cuenta que era muy posible que ni siquiera lo hubiese logrado. Desde tierra no había quedado claro, pero parecía que el *Brylan Ross* había estado bailando una lenta con el rayo tractor del Destructor Estelar que tenían encima. ¿Ronan había intentado escapar y había arruinado su misión?

¿O era algo más siniestro aún? Todos aquellos bandazos y maniobras... Pik dijo haber visto a Dayja dentro de la cabina cuando el carguero despegó. ¿Aquel vuelo loco se debía a que Ronan y Dayja estaban peleando por el control de la nave? ¿Uno había querido llevarla hasta el Destructor Estelar y el otro no?

Si era así, ¿cuál de los dos había ganado la batalla?

Eli no lo sabía. Pero la única conclusión lógica era que uno de los dos trabajaba clandestinamente para los ladrones.

Pero, de nuevo, ¿cuál de ellos? ¿Y por qué?

El vuelo de salida de Aloxor fue estresante. Si era Ronan quien había llevado el *Brylan Ross* hasta el Destructor Estelar, para entonces los imperiales ya debían de saberlo todo sobre la lanzadera con la que habían llegado. Si querían acabar con aquello de raíz, no les costaría nada volar la lanzadera en pleno vuelo.

Pero nadie les molestó. Pik se incorporó al flujo del tráfico, bajo las narices del Destructor Estelar, y realizó el salto al hiperespacio sin ninguna interferencia.

Haciendo que Eli se preguntase qué había sucedido.

Aquellas dudas podrían haberlo vuelto loco en el viaje de regreso al puesto de vigilancia grysk, excepto por una cosa. *Thrawn* estaba allí y seguro que él podía entenderlo.

Pero *Thrawn* no estaba allí. Ni el *Quimera*.

—El primer oficial Khresh dice que el *Quimera* se marchó para perseguir a una nave de suministros grysk que se nos escapó a nosotros —les dijo Eli a los soldados de la

muerte, tras mantener una breve conversación con la *Imperturbable*—. Eso fue hace unas horas y no han vuelto a tener noticias.

—Vaya —gruñó Gofre, mirando la nave chiss.

—Esto no me gusta —dijo Pik, secamente—. Apuesto que la otra almirante, Ar'alani, lo mandó a una falsa persecución.

—Lo dudo —dijo Eli—. Khresh dice que se marchó con él.

Pik se volvió en el asiento de piloto para mirarle.

—¿Ar'alani fue con él?

—Eso dice Khresh —confirmó Eli. Y no solo Ar'alani, también Vah'nya.

Eso era lo que realmente le preocupaba. Vah'nya era una navegante única y sabía lo protectora que era Ar'alani con la joven. Debía tratarse de una situación extraordinaria para que la almirante le permitiese abandonar la seguridad del armamento y los deflectores de la *Imperturbable*. Más aún para viajar en una nave extranjera.

Los dos soldados de la muerte hablaban en voz baja entre sí.

—¿Alguna pregunta? —preguntó Eli.

—Estamos decidiendo qué hacemos ahora —dijo Pik—. La mejor opción es volver a Aloxor, contactar con el gobernador local y que alguien mande una nave a buscar al *Quimera*.

—Tenemos una nave perfecta aquí mismo —les recordó Eli, señalando hacia la ventanilla y la *Imperturbable*.

Gofre resopló.

—No.

—Somos soldados de la muerte, Vanto —dijo Pik—. No subimos en naves no imperiales si no es escoltando a un superior.

—Vale, de acuerdo —dijo Eli—. Pueden esperar aquí, después de dejarme en la *Imperturbable*.

—¿No ha oído lo que le acabo de decir sobre las naves no imperiales? —preguntó Pik.

—No tienen que subir a bordo.

—Eso incluye los muelles de naves no imperiales.

Eli se quedó mirando sus cogotes.

—El gran almirante Thrawn es su superior —dijo, con aspereza—. Él les encargó mi protección. A no ser que crean que dejarme cerca de la *Imperturbable* en un traje espacial para que yo vuele el resto del trayecto sea cumplir su orden, tendrán que llevarme hasta el muelle, como les he pedido. Después, si quieren volver a Aloxor, allá ustedes. O pueden quedarse aquí, junto al puesto de vigilancia, y esperar el regreso del *Quimera*. Como quieran.

Los dos soldados se miraron.

—Bien —gruñó Pik—. Pero no bajamos de la lanzadera. Baja usted solo.

—Perfecto —dijo Eli—. Seguro que ellos también lo prefieren así.

—Seguro —dijo Pik—. Avíselos y dígales que nos autoricen a amarrar.

—Gracias —dijo Eli—. Ya lo he hecho.

El primero oficial Khresh le estaba esperando en el muelle cuando Eli salió de la lanzadera.

—Bienvenido de nuevo, teniente —dijo Khresh, en un tono mecánico—. Estamos ante una potencial crisis para la que necesitamos su ayuda.

—¿La almirante Ar'alani? —preguntó Eli.

—Sí —dijo Khresh—. Lleva demasiado tiempo fuera y parte de la tripulación se está poniendo nerviosa.

Traducción: el subcomandante Tanik le estaba presionando para que hiciera algo, posiblemente recurriendo a su familia y aliados para añadir más presión. Supuestamente, aquel tipo de maniobras y luchas políticas estaban prohibidas a bordo de naves militares, pero con las tensiones acumuladas en la Ascendencia esa política empezaba a resquebrajarse.

—Lo siento, pero no sé dónde fueron —dijo Eli.

—Por supuesto que no —respondió este, con impaciencia—. Pero sabemos que Mith'raw'nuruodo y ella fueron a buscar la base avanzada grysk. La única persona a bordo de la *Imperturbable* que la sabe encontrar es la navegante Un'hee.

—Pues basta con que le pidan...

—Solo quiere hablar con usted.

Eli quedó boquiabierto.

—¿Cómo?

—Dice que solo llevará la *Imperturbable* hasta allí si usted se lo pide —dijo Khresh, dejando aflorar toda su frustración contenida—. Usted es... —masculló algo que Eli no había aprendido en sus clases de cheunh—. No quiere hablar con nadie más.

—Hablaré con ella encantado. ¿Dónde está, en la zona de navegantes?

—En el despacho de la almirante —dijo Khresh—. Me pareció que podría ayudar a estimular su lealtad y sentido del deber.

Eli se contuvo de preguntar si había funcionado. Era evidente que no.

—Muy bien. Vamos.

La chica estaba sentada en la silla de meditación de Ar'alani, girada hacia la pared de recuerdos de la almirante. Se estremeció un poco cuando Eli y Khresh entraron y giró la silla rápidamente. Los miró a los dos y después se quedó mirando fijamente a Eli.

—¿Es el teniente Eli? —preguntó, dubitativamente.

—Este es el teniente Eli'van'to —dijo Khresh, en un tono tenso y formal—. Hablará con usted. —Tras lanzar una mirada indescifrable a Eli, se dio la vuelta y salió del despacho.

Eli esperó a que cerrase la puerta. Después dio un paso adelante y le dedicó la mejor de sus sonrisas a la chica.

—Hola, navegante Un’hee —dijo—. Como ha dicho el primer oficial Khresh, soy el teniente Eli. Tengo entendido que querías hablar conmigo.

—Sí —dijo la chica, con una voz débil y nerviosa—. ¿También le llaman Ivant?

—Es mi nombre nuclear —dijo Eli—. O lo sería si fuera un chiss. Obviamente, no lo soy. En mi cultura, mis amigos y familiares me llamarían Eli.

—Eli —dijo Un’hee, frunciendo el ceño—. ¿Solo la primera parte?

—Sí.

—Qué raro.

—Algunas cosas nuestras son raras —admitió Eli—. Por supuesto, para nosotros algunas de las cosas de los chiss son igual de raras. Pero eso está bien. Aprender los unos de los otros y lo mucho que nos parecemos, a pesar de nuestras diferencias, es una manera de enriquecer nuestras vidas.

—Quizá —dijo Un’hee, que parecía volver a encogerse sobre sí misma—. Pero las diferencias no siempre son buenas. Hay diferencias malas entre los chiss. Algunos chiss no son de fiar. Vah’nya me lo enseñó.

—¿Ella te lo enseñó? ¿Cómo?

—Con la Segunda Visión —dijo Un’hee bajando la vista, estremecida—. Nuestras mentes... entrelazadas.

—Entiendo —dijo Eli, asintiendo al entenderlo. Vah’nya había contactado de alguna manera con la mente de Un’hee gracias a aquella Segunda Visión para descubrir la ubicación del puesto avanzado grysk. En el proceso, Un’hee había recibido algunos pensamientos y recuerdos de Vah’nya—. ¿Vah’nya te dijo que podías confiar en mí?

—Me dijo que no eres chiss —dijo Un’hee—. Dijo que no estás en ninguno de los dos bandos, sino que solo piensas en el bien de toda la Ascendencia.

—Es verdad —dijo Eli, pensando en las distintas tensiones existentes a bordo de la *Imperturbable*—. La almirante Ar’alani también piensa solo en el bien de la Ascendencia. Como vosotras, las navegantes.

—Eso dijo Vah’nya. Pero la almirante Ar’alani no está aquí. Vah’nya dijo que si ella no estaba, podía fiarme de usted. ¿Se equivocaba?

—No, claro que no —le aseguró Eli—. Puedes confiar en mí, igual que yo en ti. Pero quien más te necesita ahora es la almirante Ar’alani. Ella y los humanos del *Quimera* han ido a destruir a los grysk que te tenían esclavizada. Pero no sabemos dónde fueron y hay gente a bordo muy preocupada. Tú eres la única que nos puede llevar hasta allí.

—¿Usted está preocupado por ella?

Eli frunció los labios.

—Sí, lo estoy —dijo—. Pero solo por la incertidumbre. Cuando te falta información, solo puedes recurrir a la esperanza. Cuando la esperanza flaquea se transforma en preocupación.

Señaló con la cabeza la pared de recuerdos, con los trofeos y recuerdos de la vida y carrera de Ar’alani.

—Pero no estoy preocupado porque piense que la almirante Ar'alani esté en grave peligro —añadió—. La he observado durante el tiempo que llevo a bordo de la *Imperturbable* y sé que es inteligente, capaz y muy ingeniosa. Además, la acompaña una de las mentes militares más grandes que la cultura chiss haya producido jamás. No creo que haya ninguna fuerza en el universo capaz de derrotar a la almirante Ar'alani y al gran almirante Mitth'raw'nuruodo juntos.

Eli arqueó las cejas.

—Me gustaría demostrártelo. ¿Me ayudarás a demostrártelo?

—¿Quiere que lleve la nave hasta allí? —preguntó Un'hee.

—Sí —dijo Eli—. ¿Puedes hacerlo?

La chica dudó y sus ojos vagaron hasta la pared de recuerdos.

—Muy bien —dijo—. Pero solo si se queda conmigo.

Eli asintió. En cuanto Un'hee entrase en el trance del navegador necesario para guiar la nave, quedaría indefensa, ciega a todo lo que sucedía alrededor. Si le inquietaba no saber de quién podía fiarse a bordo de la *Imperturbable*, la situación podía ser abrumadora para ella.

—Me quedaré contigo para protegerte —le prometió—. Nadie se acercará ni te molestará. No mientras yo viva.

Ella le miró. Volvió a mirar la pared de recuerdos... y cuando se giró de nuevo hacia él, sus ojos brillaron con nueva determinación.

—La navegante Vah'nya confía en ti —dijo, echándose hacia el borde y bajando de la silla—. Como la almirante Ar'alani. Supongo que yo también.

Khresh estaba encantado y aliviado de que Un'hee hubiera aceptado llevarlos hasta Ar'alani y la base avanzada de los grysk.

No estuvo tan encantado cuando Eli le pidió autorización para tener una arma de mano en el puente durante el trayecto.

Para Khresh era una violación del protocolo estándar. Para Eli, una obligación innegociable. Insistió en que Un'hee solo podría cumplir su cometido si se sentía segura y que solo un protector armado podía darle la sensación de seguridad que necesitaba.

Aparentemente funcionó. Eli miraba a Un'hee cuando Khresh por fin cedió y pidió una arma de mano, y pudo ver que parte de la tensión que mostraban las arrugas alrededor de la boca de la niña se diluía. Fue con ella hasta el timón y, mientras se instalaba de pie al lado, con el arma en la cintura, ella puso las manos sobre los controles, bajó la cabeza y entró en su trance.

Y la *Imperturbable* inició su camino.

—¿Ha dicho cuánto tardaremos? —preguntó Khresh, en voz baja.

—No lo sabe —dijo Eli, un poco sorprendido porque el primer oficial no pareciese molesto con él.

En realidad, Khresh ya tenía lo que quería. La *Imperturbable* iba en busca de su comandante y Eli había notado que para muchos chiss el camino para alcanzar una meta era mucho menos importante que la meta en sí.

Aquello podía ser una cualidad admirable. También podía dar lugar a mucha violencia gratuita.

—Al parecer, la Tercera Visión no afecta al sentido del tiempo —dijo Khresh, amargamente—. Eso complica una buena planificación. —Miró de reojo a Eli—. A veces envidio los métodos de navegación, más definidos, de su Imperio.

—Ya no es mi Imperio —dijo Eli, con firmeza. La idea de que seguía siendo leal al Imperio en lugar de a la Ascendencia era algo que debía alejar de su mente siempre que aparecía. Hacía tiempo que había notado que era la misma batalla que Thrawn había estado librando durante toda su vida en el Imperio.

La pregunta complicada, que Eli aún no estaba preparado para responder, era si alguno de los dos había hecho de verdad la ruptura total que aseguraban.

—Probablemente no serán más de una hora o dos, pero —continuó, apartando las dudas a un rincón oscuro de su mente—. Yo pondría la nave en alerta máxima dentro de una media hora, más o menos.

—Gracias, teniente —dijo Khresh, secamente—. Ya me siento mucho mejor, respaldado por su reconfortante sabiduría y experiencia.

Eli suspiró débilmente. Al parecer, el primer oficial seguía un poco resentido.

—También le sugiero que tengan las cámaras preparadas —dijo, ignorando el comentario sarcástico—. No sé qué se traerán entre manos la almirante Ar'alani y el gran almirante Mitth'raw'nuruodo, pero le garantizo que será digno de ver.

Las cuatro horas que Thrawn había previsto para planificación y preparativos casi habían pasado. Ahora, con todo a punto, solo les quedaba esperar.

Faro odiaba esperar.

—No ponga esa mala cara, comodoro —le sugirió Ar'alani al pasar junto a ella, camino a la ventanilla delantera donde Thrawn estaba plantado, con las manos juntas a la espalda—. Es simple física. Funcionará.

Faro se quedó mirando la espalda de la almirante chiss, furiosa. La física de aquello no era nada simple, pero estaba bastante clara.

Pero, como en todo buen truco de magia, lo crucial era el momento.

«En nuestro próximo número, el gran almirante Thrawn hará desaparecer una base grysk».

Ar'alani llegó hasta Thrawn y le dio el datapad que le había dado Hammerly. Thrawn le echó un vistazo rápido y por un instante los dos chiss mantuvieron una conversación inaudible.

Faro los observó, preguntándose si debía acercarse y sumarse a ellos. Pero Thrawn sabía que estaba allí detrás y si la necesitaba la llamaría. Desvió la vista hacia las naves unidas, a lo lejos, aún con su lenta rotación, preparadas para su parte del truco.

Ar'alani había querido que Thrawn enviase humanos a bordo para la operación, argumentando que los cálculos de Thrawn estimaban en más de un 85 por ciento las posibilidades de que cualquiera que hubiera a bordo terminase ileso. Thrawn había replicado recordándole el otro quince por ciento y que no tenía sentido poner en peligro la base avanzada de los grysk y a valiosos miembros de la tripulación del *Quimera*. Había asegurado que los detonadores remotos serían más que suficientes para la prueba.

En aquel momento, Faro había coincidido con la decisión. En definitiva, también era su tripulación. Pero ahora, mirando las naves unidas flotando solas y vulnerables, no estaba tan segura. Si los grysk habían dejado un bloqueador de comunicaciones en uno de los detonadores, o peor aún, si una o más de las bombas camufladas que volaban hacia ellos contaban con bloqueadores de comunicaciones, ni Thrawn, ni Ar'alani, ni ninguno de los demás podría hacer nada más que contemplar con impotencia como destruían la base.

Y si Thrawn tenía razón sobre que aquella era su mejor opción para encontrar la manera de derrotar a los grysk, perderían esa oportunidad definitivamente.

—¡Ya vienen! —gritó Pyrondi, desde el puesto de armas—. Una nave grande, rumbo uno treinta y uno por cuarenta y seis, distancia dieciséis mil kilómetros.

Thrawn y Ar'alani se volvieron para mirarla.

—Identificación —ordenó Thrawn.

—Configuración deseó... espere —dijo Hammerly, inclinándose hacia sus monitores—. Es la *Imperturbable*, almirante.

Ar'alani se enderezó, un movimiento imponente y majestuoso que a Faro le pareció acompañado de un punto de cínica alegría, que disimuló perfectamente su gran alivio. Cruzó la pasarela, se detuvo junto al puesto de Lomar y soltó una veloz retahíla de palabras chiss. Una voz respondió en el mismo idioma y ella volvió a hablar.

Por el rabillo del ojo, Faro vio que Thrawn le hacía gestos de que se acercase. Pasó junto a Ar'alani y llegó hasta él, frente a la ventanilla.

—Les ha dado órdenes de quedarse donde están —le tradujo Thrawn, en voz baja—. Y les ha asegurado que se lo explicará todo dentro de poco. Su primer oficial ha insistido en sumarse a la operación. Y ella ha vuelto a ordenarle que se mantengan al margen.

—Sí, señor —dijo Faro, estremeciéndose. Parte del trabajo de las últimas cuatro horas había consistido en soltar todos los residuos del *Quimera*, disparar a los contenedores y su contenido para convertirlos en partículas, propagarlas para que los sensores de Hammerly las detectasen con mayor claridad, y extender una capa uniforme de restos alrededor de las naves unidas, en un radio de veinte kilómetros a la redonda. Permitir que la *Imperturbable* se acercase a aquella zona podía alterar lo suficiente esa capa para arruinar toda su utilidad. El mero hecho de colocarse al lado del *Quimera*, que estaba

bien alejado de la capa, implicaría el uso de propulsores y reactores de maniobra que podían crear ondulaciones en las partículas a la deriva.

Faro sintió una ráfaga de aire en la nuca y vio que Ar'alani había vuelto.

—El primer oficial Khresh no está nada contento con la situación —informó—. Teme un ataque grysk y sabe que la *Imperturbable* está demasiado lejos para ofrecer el apoyo adecuado.

—¿Pero obedece a su almirante?

—Es un oficial de la Flota de Defensa Chiss —replicó Ar'alani, rígidamente—. Por supuesto que me obedece.

—Bien —dijo Thrawn, mirando su crono—. El tiempo se nos echa encima. ¿Comodoro?

—Preparada, señor —dijo Faro, levantando el control remoto que él le había dado.

Un remoto y una responsabilidad a las que esperaba que Ar'alani pusiera alguna objeción. Después de que esta hubiera perdido la discusión sobre la presencia de humanos en las naves unidas, Faro suponía que insistiría en que Thrawn o ella misma se ocupasen de la parte final del operativo, con el argumento de los reflejos ligeramente más rápidos de los chiss.

Pero Thrawn le había asignado esa tarea a Faro, diciendo que ella había supervisado al grupo que lo había colocado todo en su sitio. Faro esperaba que la discusión volviera a arrancar, pero en realidad Ar'alani lo aceptó sin rechistar.

De hecho, ahora que Faro lo pensaba bien, había detectado un cambio sutil en la actitud desconfiada de Ar'alani hacia ella en las últimas horas.

Quizá el verse arrojada a una situación de combate había aplacado su mala opinión previa sobre los imperiales. O quizá ver a la tripulación del *Quimera* en acción había cambiado su opinión general sobre los humanos.

—¡Impacto! —gritó Hammerly—. En pantalla.

Faro giró la cabeza hacia la pantalla táctica, quitando los seguros de su remoto. A treinta grados a estribor de las naves unidas, las partículas de la capa radioactiva se habían desplazado repentinamente, creado un hueco pequeño pero claramente visible. Mientras miraba, vio que otros cuatro agujeros aparecían en la capa, seguidos inmediatamente por dos más.

—Eran ocho —murmuró Thrawn—. ¿Comandante?

—Impacto estimado: cien segundos —informó Hammerly.

Thrawn asintió y Faro notó que iniciaba mentalmente una cuenta atrás. «Hará desaparecer una base...».

—Número uno —dijo.

Faro apretó el primer botón.

Desde donde estaba el *Quimera*, nadie pudo ver gran cosa. Pero las pantallas tácticas y telescópica, más el trabajo de preparación que Faro conocía, pintaban un cuadro tan claro como cualquiera de los hologramas de la colección de Thrawn.

Los tres umbilicales blindados que conectaban a las naves se desintegraron a la vez, con sus partes centrales pulverizadas por los explosivos colocados por los grysk en las naves, que Faro y la tripulación del *Quimera* habían agrupado en su actual posición. Por la ventanilla, Faro pudo ver un sutil destello amarillo, rápidamente engullido por las nubes de cascotes. La pantalla táctica explicaba una historia más detallada: las dos naves se habían separado de forma violenta y total.

—Número dos —dijo Thrawn.

Faro apretó el segundo botón.

Los tanques de oxígeno y nitrógeno comprimidos encajados en las bases de cada uno de los umbilicales llegaron a continuación, destruidos por pequeñas explosiones que lanzaron los gases abruptamente liberados en una violenta expansión por los restos de los tubos umbilicales, como si fueran los reactores de maniobra más potentes de la galaxia. Con las naves separadas y sin su rotación conjunta, y el impulso añadido del gas presurizado, las dos naves se empezaron a alejar.

Lentamente. Demasiado lentamente.

Faro esperó, con el dedo sobre el tercer botón. Thrawn contó unos segundos más...

—Número tres.

Apretó el tercer botón... y los motores que recogían los cables que conectaban los enormes polos de la tríada se activaron en las entrañas de las naves ya separadas.

Las leyes del impulso angular eran conocidas desde mucho antes de que los primeros seres viajasen a las estrellas. Faro había visto la física en acción muchas veces, no solo en situaciones o maniobras tácticas, también con bailarines que colocaban los brazos de tal forma que les permitía girar más rápido sobre sí mismos.

En este caso, la física tenía un efecto doble. Los cables recogidos no solo atraían tanto la nave como el polo de la tríada hacia dentro, hacia el centro de masa conjunto, acelerando a la vez la separación de las dos naves, sino que la reducción de la distancia entre la nave y el polo provocaba que el giro de ambos se acelerase. Teniendo en cuenta la geometría del sistema, un aumento en la velocidad de rotación se traducía también en mayor velocidad de alejamiento entre las naves, y de estas en relación con su posición inicial.

En unos pocos segundos, el objetivo de aquellas bombas camufladas había desaparecido por completo de allí donde debería estar.

—¡Ocultación! —informó Hammerly—. ¡Múltiple!

Faro sonrió levemente. Las bombas disponían de una rudimentaria capacidad de decisión y maniobra, aparte de sensores sencillos. Ar'alani lo tenía previsto, Thrawn no estaba tan convencido. Ahora, con su blanco desaparecido del foco conjunto de sus vectores, las bombas emitían gas por sus reactores de maniobra, intentando cambiar de rumbo para compensar.

Pero era demasiado tarde. Las naves grysk recién separadas ya estaban demasiado lejos de sus posiciones iniciales para que las bombas pudieran modificar sus vectores con éxito, no en aquel tiempo y a aquella distancia. Faro contuvo la respiración...

Las explosiones que habían destruido los umbilicales y separado las naves apenas se habían visto desde el puente del *Quimera*. Las múltiples explosiones de las siete bombas, desatando su furia en el espacio vacío, compensaron con creces esa leve decepción. El estallido fue grande, violento y, al menos en la imaginación de Faro, cargado de rabia e impotencia.

El destello se apagó y por un instante nadie habló. La voz de Dobbs desde el mando de cazas rompió el silencio.

—TIE acercándose al rango de sensores. Escaneando... daños superficiales menores en las naves grysk. Repito, daños menores.

Ar'alani se volvió hacia Thrawn e inclinó la cabeza.

—Buen trabajo, almirante —dijo, en su bisti.

—Gracias, almirante —contestó Thrawn, inclinando también la cabeza. Miró a Faro—. Excelente trabajo, comodoro —añadió—. Su colocación de los explosivos ha sido perfecta.

—Gracias, señor —dijo Faro. Ar'alani la miró.

Y, para asombro de Faro, la chiss le sonrió.

Faro le devolvió la sonrisa.

«¿Cómo hacer desaparecer una base grysk?».

«¡Abracadabra!».

Esta vez, al menos, Eli conocía todas las palabras que dijo Khresh. Aunque nunca las había oído enlazadas en aquel orden.

—Se lo dije, señor —le recordó al primer oficial.

—Sí, teniente —admitió Khresh—. Creo que dijo que sería «digno de ver».

Eli asintió. Debía reconocer que el espectáculo había sido incluso más extraordinario de lo que esperaba. No sabía qué estaba pasando allí, pero le recordaba a algunas de las misiones en que había acompañado a Thrawn.

Francamente, lamentaba bastante haberse perdido esta.

—Al habla la almirante Ar'alani —llegó la voz de Ar'alani por el altavoz del puente—. Primer capitán Khresh, ya puede acercarse la *Imperturbable*. De camino al *Quimera*, intercepte y remolque una de las dos naves que flotan a la deriva. Usted mismo, la que le resulte más sencilla.

—Sí, almirante —dijo Khresh—. ¿Solo una?

—Por ahora —dijo Ar'alani, en un tono más sombrío—. La otra debe seguir suelta y visible, como anzuelo para nuestros visitantes.

Khresh miró a Eli.

—¿Debo entender que espera una inminente llegada masiva de grysk?

—Así es —confirmó Ar'alani—. Cuando lleguen, el gran almirante Mitth'raw'nuruodo y el *Quimera* se unirán a nosotros para proceder a su aniquilación.

Eli carraspeó.

—Disculpe, almirante —dijo—. Perdona la interrupción, pero debo hablar de inmediato con el gran almirante Thrawn. Ese plan tiene un ligero inconveniente.

—Es el *Quimera*, almirante —gritó la mujer del puesto de comunicaciones—. El gran almirante Thrawn quiere hablar con usted.

—Gracias —dijo Savit, cruzando la pasarela de mando hacia el puente trasero. Por fin. Echó mano a la consola de comunicación y apretó un botón, apostando consigo mismo que Thrawn usaría la pantalla, no una holo—. Gran Almirante Savit al habla —dijo.

Evidentemente, el holoprojector no se encendió y la imagen de Thrawn apareció en la pantalla.

—Buenos días, almirante —dijo Thrawn—. Me han informado de que intentó ponerse en contacto conmigo hace dos horas.

—Así es —dijo Savit, intentando descifrar aquella amable cara no humana—. Tengo aquí a un hombre que asegura ser el director adjunto Ronan, del proyecto Estrella. También asegura que usted personalmente lo envió a Aloxor en una misión secreta.

—Secreta no sería el término exacto —dijo Thrawn—. Pero lo mandé a investigar ciertas irregularidades en la operativa de suministros de Estrella.

—¿Qué tipo de irregularidades?

—Robo y destrucción de bienes imperiales —dijo Thrawn, secamente—. Manipulación de registros. Asociación con piratas. —Hizo una pausa—. Traición.

—Interesante —dijo Savit. Traición. Aquella palabra estaba demasiado manoseada en aquellos tiempos—. El supuesto Ronan se ha mostrado bastante reservado sobre su misión y los frutos de esta.

—Estoy seguro de que esas reticencias no responden a nada personal contra usted —le aseguró Thrawn—. ¿Cuándo podrá traérmelo?

—¿Traérselo? —Savit negó con la cabeza—. Disculpe, Thrawn, pero esto no funciona así. Si lo quiere, tendrá que enviar una lanzadera a buscarlo.

—¿Y el carguero con las pruebas que ha descubierto?

Savit notó que entornaba los ojos. ¿Cómo sabía Thrawn del carguero? ¿Lochry se lo había mencionado?

—Creo que será mejor que me lo quede yo, de momento. La gobernadora Haveland insiste en que le entregue las pruebas. Junto al director adjunto Ronan. Ella sostiene que las pruebas se encontraron en el sector Esaga y que tiene plena jurisdicción sobre el caso.

—¿Y usted no opina lo mismo?

—No sé qué pensar hasta que haya un dictamen de Coruscant —dijo Savit, con un punto de desdén—. Este tipo de cosas siempre terminan reduciéndose a política. —«De la

que usted tan poco sabe», añadió para sí—. En resumen, puede mandar una lanzadera o puede esperar que decidan mandar a Ronan con Haveland y probar a sacarlo de allí.

—Creo que el director Krennic tendría algo que decir al respecto.

—Yo no estaría tan seguro —dijo Savit—. Krennic necesita la vía de suministros de Esaga. Es demasiado tarde para establecer otra, si quiere acabar Estrella a tiempo. Eso significa que necesita a Haveland y que tiene que estar a buenas con ella. Si eso significa que uno de sus burócratas tenga que pasar unos meses en arresto domiciliario en la mansión de Haveland, no creo que ponga ninguna objeción.

—Eso no parece muy leal.

—La lealtad es un concepto espinoso en nuestros tiempos —dijo Savit—. Ahora mismo, la cuestión no es qué podría hacer Krennic por Ronan, sino qué piensa hacer usted por él. Cuando esté en sus manos, lo puede devolver a Estrella si lo desea y ni Haveland ni yo podremos hacer nada por impedirlo. Bueno, ¿qué quiere hacer?

—Por desgracia, no puedo mandar una lanzadera a su posición actual —dijo Thrawn—. Mi nave y todos sus recursos están muy ocupados en este momento. Sin embargo, si pudiera dirigirse al sistema cuyas coordenadas le estoy enviando, podría mandarle una lanzadera tripulada.

Savit frunció el ceño y abrió los datos enviados por Thrawn.

Y sintió que se le cortaba la respiración. ¿Qué demonios?

—Eso no está dentro de mi ronda de patrulla. ¿Por qué allí?

—Creo que el sistema puede interesarle —dijo Thrawn—. Desde su posición actual, puede llegar en dos horas. Mi lanzadera estará esperando para llevarse al director adjunto Ronan.

—Me encantaría complacerle, Thrawn —dijo Savit—, pero tengo otros deberes.

—Pues permítame añadirle un incentivo —dijo Thrawn—. En ese sistema también hay pruebas de una amenaza contra el Imperio. Una amenaza mayor e inminente, una que juntos podremos enfrentar y derrotar fácilmente.

Savit frunció los labios. Un sistema apartado, demasiado insignificante para tener nombre siquiera, sin habitantes ni posiblemente acceso estable a HoloRed. Un buen sitio para una emboscada.

Pero la alternativa era entregarle Ronan a Haveland.

Y después estaba la velada petición de Tarkin de ayudar a Thrawn si estaba en su mano. Debía haber alguna manera de usar aquella petición para que la situación le beneficiase.

—Muy bien —dijo Savit—. Allí estaré.

—Gracias —dijo Thrawn—. Mi lanzadera estará esperando. —Alargó la mano para apagar la transmisión y su imagen desapareció.

Durante un buen rato, Savit se quedó mirando las coordenadas que le había mandado Thrawn. Después, con una mueca, las mandó al timonel.

—Timonel, ponga rumbo al sistema que le indico —dijo, mientras volvía al puente—. A la mayor velocidad posible. Capitán Boulag, prepare mi nave para el hiperespacio.

—¿Abandonamos nuestra campaña contra la piratería, señor? —preguntó el comandante del *Dragón de Fuego*.

—Los piratas esperarán —le aseguró Savit—. Comuníquese con el *Heraldo*, el *Ave Tormenta* y el *Cazabrumas*, y mándeles las coordenadas del timonel. Ya que vamos, podemos organizar una fiesta. —Sonrió débilmente a Boulag—. El gran almirante Thrawn dice que hay una amenaza en ese sistema. Podemos fingir que le creemos.

Durante un buen rato, la sala de reuniones del *Quimera* estuvo en silencio. Con cuidado, preocupado por que el menor movimiento pudiera romper aquel instante, Eli miró a los demás: Thrawn, Ar'alani y Faro. Las tres personas con más poder en aquel sistema en aquel momento.

Entonces, ¿qué hacía allí con ellos?

—¿Estás convencido? —preguntó Ar'alani.

—Sí —asintió Thrawn.

—¿Pero sigues queriendo hacerlo?

—Debo darle la oportunidad —dijo Thrawn—. Si se le pudiera convencer de unirse a nosotros, el desenlace de la batalla estaría muy claro.

—¿Y si no lo hace? —insistió Ar'alani—. ¿Lo conoces de verdad?

—Creo que lo bastante —dijo Thrawn.

—Si te equivocas, una persona sola ante varias puede encontrarse en una situación comprometida.

—Lo sé —dijo Thrawn—. Pero ofrece ciertas ventajas.

Ar'alani arqueó las cejas.

—¿Como cuál?

—La superioridad numérica puede crear exceso de confianza en el enemigo.

—A menudo no basta con eso.

Ar'alani se lo quedó mirando un momento y después se volvió hacia Eli.

—Teniente. ¿Qué opina usted?

—No puedo prever el desenlace, almirante —dijo Eli, con cautela—, pero creo que es un plan sensato.

—¿Y cree que los Defensores TIE obedecerán sus órdenes?

—Conocí al capitán Dobbs a bordo del *Quimera*. Creo que confiará en mí. Y, lo más importante, es un oficial de la Marina Imperial inmensamente leal al gran almirante Thrawn. Cuando tengan sus órdenes, él y todos los demás las obedecerán.

Ar'alani miró a Faro.

—¿Y usted, comodoro? ¿Está de acuerdo con el plan del almirante?

—Sí —dijo Faro.

—¿No tiene ningún reparo?

Faro torció los labios en una especie de sonrisa.

—Uno siempre tiene reparos, almirante. La clave es prepararse lo mejor posible y no permitir que las dudas te detengan.

Ar'alani volvió a mirarlos uno a uno. Después, de mala gana, inclinó la cabeza.

—En ese caso, yo también acepto —dijo.

Sus palabras fueron firmes. Su expresión, menos. Eli veía claro que la situación seguía sin gustarle. La situación propuesta por Thrawn, al menos. Pero estaba dispuesta a aceptarla.

—Pues preparémonos —dijo Thrawn—. Teniente Vanto, permítame un momento, por favor.

—Por supuesto, señor —dijo Eli, sintiendo un nudo en el estómago. ¿Qué le podía querer decir Thrawn que no pudiera decir ante los demás?

Los dos se quedaron sentados, Thrawn mirando su datapad y esperando que Ar'alani y Faro abandonaran la sala de reuniones. La puerta se cerró tras ellas y Thrawn levantó la vista para mirar a Eli.

—Tengo entendido, por la almirante Ar'alani, que esperabas tener más mando a bordo de la *Imperturbable*.

Así que lo iba a regañar.

—No era consciente de que fuera tan evidente, señor.

—Para ella sí. Debes entender que esas cosas llevan su tiempo.

—Sí, señor —dijo Eli, recordando el ascenso de Thrawn en las filas imperiales. Entonces era Thrawn el extraño entre los humanos del Imperio. Ahora era Eli el extraño entre los chiss—. Tiempo, experiencia y confianza. —Frunció el ceño. Confianza—. ¿Por eso le ha pedido a la almirante Ar'alani que me deje ocuparme de los Defensores en la batalla?

—Eso ha sido un efecto secundario afortunado —dijo Thrawn—. Pero no, directamente no. Como has dicho, el motivo principal es que el capitán Dobbs te conoce. —Sonrió levemente—. Y confía en ti.

—Eso espero —dijo Eli, estremeciéndose. Porque si no era así...

—Así es —dijo Thrawn—. Ya he hablado con él. Está deseando participar en la inminente batalla y agradece la oportunidad de volver a servir contigo. —Hizo una pausa—. Y, por supuesto, eres el único a bordo de la *Imperturbable* que habla básico fluidamente.

—Sí, señor —dijo Eli. Ya debería haber sospechado que todo aquello tendría también una explicación perfectamente lógica.

De todas formas, Thrawn no tenía por qué haber destinado los Defensores a la *Imperturbable* para su inminente batalla contra los grysk. De hecho, era muy probable que el protocolo imperial le prohibiera hacerlo.

Pero era evidente que no quería dejar a Ar'alani sola contra los grysk. Y los Defensores serían una sorpresa, una deseada ventaja para una deseada victoria.

—Espero estar a la altura de su confianza.

—Estoy seguro de que así será. —Thrawn ladeó la cabeza—. Ese proyecto en el que trabajas para la almirante Ar'alani, ¿te ha contado ya su finalidad?

—No, señor —dijo Eli, recordando lo mucho que le había molestado que le asignasen un trabajo tan rutinario. Números, organigramas, análisis.

—Pregúntale cuando termine la batalla —le dijo Thrawn—. Creo que entonces aceptará decírtelo. —Señaló la escotilla—. El capitán Dobbs y sus pilotos están esperando en la sala de preparación de los TIE para que les des las últimas instrucciones.

—Sí, señor —dijo Eli, levantándose.

—Mientras, debo hablar otra vez con el coronel Yularen. Se avecina una batalla, teniente Vanto. Que la suerte de los guerreros nos acompañe a todos.

CAPÍTULO XIX

Savit esperaba que las coordenadas de Thrawn condujesen sus cuatro naves más cerca de la estrella primaria del sistema sin nombre. Para su sorpresa, el *Dragón de Fuego* salió del hiperespacio bastante lejos de esta, tras un cúmulo de asteroides.

Cerca de una estación espacial ennegrecida de diseño desconocido.

Savit se frotó los labios pensativamente, mientras estudiaba las pantallas del puente. Al menos, aquella parte de la información que había obtenido de la oficina de Tarkin era cierta.

—Comuníquese con el *Heraldo* —ordenó—. Quiero que el capitán Pellaeon se acerque a esa estación y haga un barrido de sensores profundo. —Se le ocurrió algo—. Dígale que mande pelotones de abordaje, si quiere. No lo necesitaremos por aquí.

—Sí, almirante.

Savit se volvió hacia la ventanilla, explorando el cielo en busca de la lanzadera prometida. Pellaeon era un buen oficial, pero nunca había tenido el nivel de lealtad personal que a Savit le gustaba en sus subordinados. Mandarlo a la estación, lejos de lo que iba a suceder allí, era sencillamente prudente.

—Se aproxima una lanzadera, señor. Rumbo dos setenta y dos por catorce.

Savit se volvió hacia la dirección indicada. Parecía una lanzadera Lambda, el transporte preferido de los altos oficiales y políticos de todo el Imperio.

—Comuníquese con la lanzadera, teniente —le ordenó al oficial de comunicaciones—. Infórmele de que debe atracar en el Número Siete.

—Sí, señor. La lanzadera solicita comunicarse con usted, almirante.

Savit frunció el ceño. ¿Un piloto de lanzadera de poca monta tenía las agallas de solicitar hablar personalmente con un gran almirante?

—Puede decirle...

—Buenos días, almirante —llegó una voz serena por el altavoz—. Al habla el gran almirante Thrawn. Vengo a buscar a su pasajero.

Durante una fracción de segundo, Savit pareció quedar sin palabras. Esperaba que Thrawn le enviase a alguno de sus hombres, no que viniera él personalmente.

Y de repente todo el plan cambiaba radicalmente de vector.

—Confío que lo tendrá preparado cuando llegue —continuó Thrawn.

Savit recuperó la voz.

—Por supuesto. Yo mismo se lo entregaré.

—Gracias, almirante. Lo veo dentro de poco.

El trayecto a pie hasta el centro de detención en el que Ronan y su piloto, Topo, estaban retenidos era corto. Ronan se había puesto furioso cuando lo habían metido en la celda. Topo apenas se había enterado vagamente, antes de volver a caer en su sueño narcótico.

Ronan estaba en la celda cuando Savit llegó, con su ira resurgiendo al ver la cara del gran almirante. Topo, para sorpresa de Savit, había desaparecido.

—Aquí pone que se lo llevaron para seguirlo interrogando —dijo el vigilante jefe, mirando sus monitores—. La orden no incluye ningún nombre.

Savit miró el archivo con el ceño fruncido. El que se había llevado al piloto había olvidado firmar la orden. Una chapuza imperdonable y Savit pensaba asegurarse de que el capitán Boulag aplicase con toda su severidad el protocolo naval cuando encontrase al culpable.

Pero ahora no tenía tiempo para aquello. En cualquier caso, no costaría mucho hacer desaparecer a un vagabundo sin nombre ni futuro.

—Encuéntrenlo y vuélvanlo a encerrar —le ordenó al vigilante—. A este me lo llevo a los muelles para transferirlo al *Quimera*.

Por el rabillo del ojo, vio que la cara de Ronan se iluminaba con renovada esperanza, mientras recogía su capa perfectamente doblada del camastro y se la ponía alrededor del cuello. Bien, la expectación y el alivio deberían mantener al prisionero dócil por el camino.

—Sí, señor —dijo el vigilante—. Deje que le consiga una escolta.

—No es necesario... puedo solo —dijo Savit—. Solo deme un bláster. —Si llegaba un momento en que se quedase a solas con Ronan y Savit podía defender de manera creíble que el prisionero había intentado escapar...

Al cabo de un momento, con un bláster enfundado en la cadera derecha y la mano izquierda sujetando fuerte el brazo de Ronan, echaron a andar.

La ruta que Savit eligió incluía varios puntos en los que normalmente era improbable que nadie los viera.

Desgraciadamente, al no saber lo que Thrawn le tenía preparado, había tenido que colocar el *Dragón de Fuego* en alerta máxima antes de llegar. Sin ninguna amenaza inminente, Boulag había rebajado la alerta y los pasadizos estaban inusualmente llenos de gente que iba y venía de sus puestos.

Lo que supuso que Savit y Ronan llegasen al muelle sin haber pasado ni un solo instante a solas.

Lo que iba a suponer un problema. El plan original de Savit era montar a Ronan y Topo a bordo de la lanzadera y abatirla cuando volase hacia el espacio profundo, asegurando que disponía de información reciente que indicaba que el piloto de la lanzadera era un impostor que pretendía secuestrar al oficial de Estrella. En aquel punto, expresaría su profundo pesar al ver que sus tentativas por detener la lanzadera habían desembocado en su destrucción, aceptaría una leve reprimenda por parte del Alto Mando y caso archivado. Se llevaría lo que tenía, cerraría su operativo y pasaría a otra cosa.

Pero eso era antes de que Thrawn hubiera decidido presentarse en persona. Era imposible confundir al único chiss de la flota, tanto como que alguien se hiciera pasar por él. Savit tendría que encontrar otra solución para aquello.

Dos de los soldados navales del *Dragón de Fuego* hacían guardia junto a la rampa de la lanzadera cuando Savit y Ronan llegaron. No vio a Thrawn por ninguna parte.

Savit se permitió esbozar una leve sonrisa. Probablemente seguía dentro, enfrascado en uno de aquellos estudios artísticos que le habían convertido en objeto de tantas bromas entre los altos rangos de la marina. Los partidarios de Thrawn aseguraban que le ayudaban a descubrir las tácticas enemigas, sus críticos creían que solo le gustaban las imágenes bonitas.

Aunque eso no excusaba en absoluto aquella violación del protocolo. El *Dragón de Fuego* era la nave de Savit y Thrawn debía estar esperando al comandante, no haciéndolo esperar.

—Díganle que estoy aquí —les ordenó a los soldados, cuando se pusieron firmes—. Si no sale dentro de diez segundos...

—Se ha marchado, señor —le interrumpió uno de los soldados, antes de que pudiera terminar su amenaza—. Dijo que lo esperaba en el puente.

Savit quedó petrificado. ¿Thrawn se había marchado?

—¿Por qué no lo han detenido? ¡Soy yo quien da las órdenes en esta nave, no él!

—Nosotros... —El soldado miró con impotencia a su compañero—. Estaba al lado del puesto de repostaje. Pensamos que bromeaba.

—Y se esfumó —dijo el otro soldado—. Pensamos... bueno, sabía que usted venía, almirante. Pensamos que volvería.

El comunicador de Savit sonó y lo sacó de su funda.

—¿Qué? —bramó.

—Señor, le habla el puente —llegó la voz de Boulag, con un tono de cierta incertidumbre—. Eh... el gran almirante Thrawn está aquí.

Savit apretó los dientes.

—Dígale que ahora voy. Y asegúrese de que no se mueve de ahí.

Thrawn y Boulag estaban charlando discretamente en la pasarela de mando cuando Savit y Ronan llegaron. Al fondo de la pasarela había un par de soldados de asalto, con sus rifles bláster E-11 en posición a la altura de la cintura. Sin soltar a Ronan, Savit pasó entre ellos y fue hasta los oficiales.

—Almirante —saludó a Thrawn con toda la cortesía de la que fue capaz—. Creía que me esperaba en el muelle.

—Me lo pensé mejor —dijo Thrawn, fríamente—. Se me ocurrió que sería mejor tener esta conversación aquí.

—No tenemos nada que hablar —dijo Savit—. Ha venido a recoger un prisionero, eso es todo.

—Con el debido respeto, almirante, creo que esa conversación es muy conveniente —dijo Boulag—. El equipo de reconocimiento del *Heraldo* ha abordado la estación y el capitán Pellaeon dice...

—Basta, capitán —le cortó Savit—. El informe de estado del turboláser trasero ya debería estar terminado. Vaya a asegurarse de que todo está en orden. —Soltó el brazo de Ronan—. Y llévese a este.

—Preferiría que el director adjunto Ronan se quedase —dijo Thrawn.

—Esta es mi nave, almirante —replicó Savit.

—¿Así que es el verdadero Ronan? —preguntó Boulag, mirando a Ronan con nuevos ojos—. Creíamos que podía ser un impostor. Mis disculpas, director adjunto.

—A pesar de lo que diga el almirante Thrawn, eso está aún por determinar —insistió Savit.

—Como otras cosas —dijo Thrawn—. ¿Almirante?

Savit le miró mal. Por desgracia, por suerte o deliberadamente, Thrawn había maniobrado mejor que él. Diez segundos antes, cuando Thrawn aún no había reconocido a Ronan, no habría perdido nada dejando que aquel idiota pomposo le dijese lo que quisiera a Boulag. Pero, una vez identificado, incluso Boulag era lo bastante listo para tomarse los balbuceos de Ronan muy en serio.

—Bien —dijo, volviendo a sujetar a Ronan por un brazo—. Se queda aquí. Ya tiene sus órdenes, capitán.

—Sí, señor. —Tras una última mirada especulativa a Ronan, Boulag se retiró por la pasarela. Pasó junto a los dos soldados de asalto y desapareció en el puente trasero.

—Gracias, almirante —dijo Thrawn.

—Sí, seguro que lo agradece —dijo Savit. Miró teatralmente alrededor—. ¿Qué pasa, no hay soldados de la muerte? Diría que lo mínimo que puede hacer, después de que el Emperador se los asignara tan generosamente, sería tenerlos cerca de usted.

—A veces es mejor dejarlos atrás.

—Imagino que sí —dijo Savit—. Una curiosidad, ¿cómo ha llegado desde el muelle hasta el puente sin que nadie le vea?

—Claro que me han visto —dijo Thrawn—. ¿Esperaba que alguno de sus oficiales interfiriera con las actividades de un gran almirante?

—No, supongo que no —dijo Savit, torciendo los labios desdeñosamente—. Ya tendré una conversación con ellos al respecto. Ahora, ¿qué es eso de una amenaza enemiga?

—Ahora hablaremos de eso —dijo Thrawn—. Antes, me gustaría saber por qué ha estado robando cargamentos del proyecto Estrella.

Savit notó que los músculos del brazo de Ronan se tensaban de repente bajo su mano.

—No tengo la menor idea de qué me está hablando —dijo, manteniendo un tono plano y revisando mentalmente el puente. Thrawn, Ronan y él debían de estar lo bastante alejados por la pasarela para que nadie de los pozos de tripulantes pudiera oírlos.

—Yo creo que sí —dijo Thrawn—. El primer indicio son los datos incompletos que me dio sobre los grallocs. No quería que nos diéramos cuenta de que esas criaturas se sienten atraídas por el clouzón-36, el cebo que usaban para llevarlas hasta los cargueros seleccionados. El segundo indicio fue que las piezas de turboláser robadas fueran de un

modelo nuevo. Solo un oficial de alto rango podía saber de su existencia, además de las piezas necesarias para construirlo.

—Los moffs también tienen acceso a esa información —comentó Ronan—. Como la gobernadora Haveland, por ejemplo.

—El tercer indicio —dijo Thrawn, ignorando la interrupción— fue su repentino interés por los piratas de esta región. Aunque es una tarea más que digna para la Tercera Flota, su verdadero propósito era deshacerse de la competencia para que sus agentes trabajasen con mayor facilidad en los espaciopuertos.

—Los indicios no son pruebas —dijo Savit—. Y, como acaba de decir el director adjunto Ronan, todos esos pueden apuntar a la gobernadora Haveland tanto como a mí.

—No —dijo Thrawn—. Los registros sobre las ubicaciones de sus naves y las redadas contra piratas concuerdan exactamente con la lista de espaciopuertos de los que partían los cargueros robados. La gobernadora Haveland no tiene poder para ordenar cosas tan concretas. También tenemos registros de los piratas a los que han detenido y a los que no, los nombres de los técnicos que trabajan en los espaciopuertos, sus filiaciones, las hojas de salarios y varias maneras más de relacionarlos con usted.

Savit resopló.

—Meras coincidencias y especulaciones. Todo. Nada que pueda demostrar ante un comité investigador.

—Quizá —dijo Thrawn, bajando aún más la voz—. Pero hay un indicio definitivo. El cifrado que sus piratas usaban para comunicarse con usted y entre ellos, que los grysk descubrieron al capturar el apeadero. ¿Reconoce el cifrado G77, almirante?

Savit hundió los dedos en el brazo de Ronan. Los muy idiotas. Tenían órdenes estrictas de borrar no solo el cifrado, sino también toda referencia al mismo, por si eran capturados. Evidentemente, no lo habían hecho.

—Ese cifrado está reservado para el uso exclusivo de los doce grandes almirantes —dijo Thrawn—. Ningún gobernador o moff tiene acceso a él. Es más, bastaría una búsqueda en los archivos de la HoloRed para conectar los lugares y los momentos de los cargueros robados.

Su humor pareció ensombrecerse.

—Sospecho que debe culpar a los piratas que no lograron borrar el cifrado antes de ser capturados. Es injusto. Los grysk son extremadamente eficientes y seguro que los redujeron antes de que se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Tiene razón, almirante? —preguntó Ronan, mirando a Savit.

—La tengo —le aseguró Thrawn—. La única duda es por qué. ¿Por qué este sabotaje contra Estrella?

—Eso no importa —espetó Ronan.

—No estoy de acuerdo, director adjunto —dijo Thrawn—. Importa mucho.

—¿A quién?

—A toda la galaxia menos a usted, Ronan —dijo Savit, desdeñosamente—. Dígame, Thrawn, ¿sabe qué parte del presupuesto de la marina se está destinando al preciado proyecto Estrella de Krennic?

Thrawn negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo Ronan—. Y en mi opinión merece hasta el último crédito.

—Pues es usted idiota —replicó Savit—. Es una suma espantosa, un porcentaje enorme de todo el gasto. Y para nada.

Ronan entornó los ojos.

—¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo que esa Estrella está condenada —dijo Savit—. Puede sobrevivir cinco años, diez o incluso quince... pero en algún momento de su vida útil alguien encontrará la manera de inutilizarla o incluso destruirla.

—No —dijo Ronan, con firmeza—. Es demasiado potente para eso. Está demasiado bien defendida. —Su gesto se endureció—. O lo estaba hasta que usted empezó a desviar los turboláseres.

—No me haga reír —gruñó Savit—. Tengo piezas para veintidós. Eso es menos del 0,5 por ciento de los cinco mil que planean instalar.

Miró a Thrawn.

—¿Puede imaginar lo que esos veintidós que he rescatado añadirían a las defensas del *Quimera*? ¿O del *Dragón de Fuego*? ¿O de la nueva clase de Acorazados Estelares que lord Vader promueve con insistencia? ¿Lo que podría hacer con las armas y el material, con la inmensa cantidad de créditos, que están yendo a Estrella? El de los Defensores TIE es uno, pero ¿cuántos otros proyectos esenciales se han descartado para seguir alimentando el insaciable apetito de Krennic?

—¿Y usted roba a Estrella para equipar otras naves? —preguntó Thrawn.

—Yo robo a Estrella para que todo el dinero que gasta Krennic no termine convertido en humo, llamas o chatarra. Para que Estrella deje algo útil a la marina.

—Así que, en el fondo, lo hace por lealtad al Imperio —dijo Thrawn.

—¿Así es cómo lo ve usted? —preguntó Ronan—. Claro que no. Lo que ha hecho es traición, pura y simple traición.

—Traición, sí —dijo Thrawn—. Pero nada simple. Dígame, almirante, ¿qué me diría si le ofreciera la posibilidad de redimirse?

Savit le estudió. Su cara azul y ojos rojos eran difíciles de interpretar, pero parecía sincero.

—Explíquese.

—Ha visto pruebas de una intromisión enemiga —dijo Thrawn, señalando el remoto apadero—. Esos mismos seres acuden en masa hacia un sistema vecino. Juntos, nuestros cinco Destruidores Estelares convertirían una situación peligrosa en una victoria definitiva.

—¿Seguro? —contestó Savit—. Tal como yo lo veo, usted ha colaborado con una intromisión enemiga. Eso no gustará en Coruscant.

—Esa situación puede ser y será debidamente explicada al Emperador —dijo Thrawn—. La cuestión sigue siendo que si no nos unimos en la defensa contra los grysk el Imperio estará en peligro.

—¿Y me está ofreciendo la absolución de todos mis crímenes si ahora bailo al son que usted me marca? —Savit negó con la cabeza—. A veces su candidez me sorprende incluso a mí. Si este plan es suyo, no me conoce en absoluto. Debería haberse ceñido a su estrategia y sus obras de arte, no meterse en política.

—¿No hay ninguna posibilidad de que cambie de opinión? —preguntó Thrawn.

—No suplique, Thrawn —dijo Savit, severamente—. Es impropio de su rango. —Apoyó su mano sobre la empuñadura de su bláster enfundado—. Esta conversación acaba aquí. No sé qué esperaba conseguir trayéndola al puente, en vez de esperar en el muelle. Pero no importa, porque allí es donde vamos ahora.

—Almirante, se aproxima un Destructor Estelar —gritó el oficial de comunicaciones—. Es el *Quimera*.

Savit miró las pantallas con incredulidad. Era el *Quimera*, no había duda, viniendo de frente hacia el *Dragón de Fuego*, lenta pero firmemente.

—¿Qué demonios...?

—Almirante Savit, le habla la comodoro Karyn Faro, comandante del DSI *Quimera* —llegó la rígida voz de Faro por el altavoz—. Le ordeno que se entregue y me transfiera el mando de sus fuerzas. Y empiece a preparar su defensa ante cargos de traición.

—¿Preguntaba qué pretendía ganar trayendo esta reunión al puente, almirante? —preguntó Thrawn, en voz baja.

Savit se volvió hacia Thrawn. Su cara azul seguía serena, pero sus relucientes ojos parecían haber adquirido una nueva intensidad.

—Dígame —le invitó.

—Muy sencillo —dijo Thrawn—. Quería mejores vistas de la batalla que se avecina.

—...Ante cargos de traición —Faro hizo un gesto y Lomar silenció el transmisor.

Y con aquello ya habían tirado su dado de la suerte.

Faro notó que el puente estaba inusualmente silencioso. Todos conscientes de las posibilidades que tenían y lo arriesgado de la apuesta.

¿O no? ¿Realmente era una apuesta arriesgada?

Con el tiempo que llevaba sirviendo con Thrawn, Faro aún no tenía una respuesta clara. ¿Thrawn asumía riesgos increíbles de manera casi rutinaria, como creía la mayoría? ¿O lo tenía todo fría y meticulosamente planeado, dejando viva esa sensación de incerteza, aunque carente de verdadera sustancia?

Creía que debía tratarse de una combinación de ambas cosas. Thrawn planeaba cuando podía e intentaba sacar el máximo de sus apuestas cuando no.

En este caso...

Faro miró su datapad. Había leído las instrucciones una docena de veces desde que Thrawn había subido a bordo de la lanzadera y había partido rumbo a su encuentro con Savit.

Había llegado el momento de comprobar lo buenas que eran aquellas instrucciones.

—¿Teniente Pyrondi? —gritó—. Prepare primera honda.

—Primera honda preparada, comodoro.

—Honda, adelante.

Considerando las masas relativas, era imposible que Faro notase ninguna sacudida bajo sus pies cuando los rayos tractores atraparon y llevaron el objeto hacia su proa. Pero la sintió en su imaginación. El *Quimera* dio un leve giro perfectamente sincronizado a la proa para apartar la nave del vector y ya estaba.

—Teniente Lomar, lance el paquete —ordenó—. Y desactive el silenciador.

—Paquete lanzado. Silenciador desactivado.

—Comandantes y oficiales de la Tercera Flota —dijo Faro—, acabo de mandarles las pruebas que demuestran la implicación del gran almirante Savit en actividades ilegales. Les sugiero que las analicen y si les resultan convincentes se unan al *Quimera* en la petición al almirante Savit de entregarse para ser sometido a un comité investigador.

Ninguna respuesta. Tampoco la esperaba, al menos no tan pronto. Fue hacia el puesto de armas, haciendo gestos a Lomar para que cortase la transmisión.

—¿Estamos preparados, Pyrondi? —preguntó.

—Sí, señora —dijo Pyrondi. Intentaba ocultar su nerviosismo, pero no se le daba tan bien como a Faro—. El mayor Quach indica que los TIE están preparados. —Miró de reojo a Faro—. Espero que sea consciente, comodoro, de que en un análisis puramente racional esto no puede funcionar de ninguna manera. Un solo Destructor Estelar contra cuatro es garantía de derrota aplastante.

—Eso suponiendo que los cuatro estén dispuestos a entrar en combate —comentó Faro—. El almirante no cree que sea así.

—Comodoro, el *Cazabrumas* y el *Ave Tormenta* se mueven para apoyar al *Dragón de Fuego* —gritó Hammerly.

—¿Qué decía? —preguntó Pyrondi, con un amago de sonrisa.

—Animo, Pyrondi —dijo Faro, devolviéndole la sonrisa. Subió la voz—. ¿Qué pasa con el *Heraldo*?

—Sigue en el puesto de vigilancia grysk.

—Ahí tiene la primera grieta, Pyrondi —dijo Faro—. El capitán Pellaeon no es un servidor sumiso y ciego, Savit lo sabe.

—Entonces, ¿solo tenemos que contener a los otros tres el tiempo suficiente para que Pellaeon eche un vistazo a los datos?

—No se preocupe —la tranquilizó Faro—. Savit esperará a que disparemos nosotros primero. Eso nos da tiempo.

Volvió a la pasarela de mando.

—Teniente Pyrondi, prepare la segunda honda. Quach, prepare los TIE para un marg sabl.

—Honda preparada —confirmó Pyrondi.

—Marg sabl preparado —confirmó Quach.

—Teniente Agral, descienda veinte grados —dijo Faro. Observó la proa del *Quimera* bajando, ocultando el muelle de la vista de los tres lejanos Destruyores Estelares—. Marg sabl, adelante.

Esperó, mirando por la ventanilla de estribor, contando los segundos. La marg sabl era una de las maniobras más conocidas de Thrawn, el despliegue de un grupo de TIE sin ser vistos, dándoles tiempo para formar, rodear el casco por todas direcciones y lanzarse sobre el enemigo.

Por supuesto, eso significaba que Savit también la conocía. De hecho, teniendo en cuenta que Faro era la subordinada directa y protegida de Thrawn, casi seguro que la estaba esperando.

Y ese era, en realidad, su objetivo.

—Segunda honda, adelante —ordenó Faro. Por la ventanilla vio que el grupo de TIE del marg sabl de estribor aparecían y se lanzaban hacia los Destruyores Estelares de Savit—. En cuanto los TIE se alejen, levante la proa para encarar al *Dragón de Fuego*.

En la primera honda Faro no había visto nada. Esta vez, sin embargo, los cuatro TIE en modo oscuro fueron fugazmente visibles cuando pasaron junto a la proa del *Quimera*, desapareciendo después en la oscuridad circundante en su firme avance hacia la fuerza de Savit. A lo lejos, los TIE del marg sabl relucían en el cielo, atrayendo toda la atención de Savit. O eso esperaban.

Faro miró su datapad. «Savit no querrá que quede en los registros que él atacó primero. Así que esperará a que lo haga el *Quimera*. Empiece con un marg sabl. Savit reconocerá las maniobras preparatorias y esperará la aparición de los TIE. Eso enmascarará su segunda maniobra honda con cuatro TIE oscuros».

Volvió a levantar la vista y vio cómo el grupo principal de TIE empezaba su sereno avance hacia el *Dragón de Fuego*.

Y deseó que Thrawn solo estuviera dejando que tuvieran aquella sensación de incerteza.

CAPÍTULO XX

La *Imperturbable*, lista para la acción, había esperado más de lo que Eli habría querido. Esperar siempre era una faena. Esperar para el combate era insoportable.

Ahora, al menos, las cosas empezaban a moverse.

—Allí —dijo, señalando la pantalla táctica.

—Ya lo veo —dijo Ar'alani, con calma—. ¿Subcomandante Tanik?

—Una nave pequeña, demasiado pequeña para ir muy armada —informó el oficial de sensores—. Probablemente es una exploradora. Sin duda de diseño grysk.

Eli examinó la nave cuando pasó a lo lejos ante el campo de visión de la *Imperturbable*. Si el grueso de la fuerza grysk llegaba por aquel mismo punto...

Por supuesto, no había ninguna garantía de que lo hiciera. De hecho, cuando la exploradora volviera al hiperespacio para dar su informe, era muy probable que los grysk decidieran salir del hiperespacio más cerca de la *Imperturbable* y desde una dirección completamente distinta.

Lo que colocaba a Ar'alani ante una decisión arriesgada: esperar allí, junto a la nave de la base avanzada grysk o alejarse para evitar ser atacados si los grysk decidían aparecer justo encima de ellos.

Era evidente que el primer oficial Khresh se preguntaba lo mismo.

—Esa exploradora nos ha visto, almirante —dijo—. Quizá nos convendría cambiar de posición.

En la pantalla táctica se vio un parpadeo cuando la exploradora volvió a saltar al hiperespacio.

—Quizá, capitán Khresh —dijo Ar'alani—. Le devuelvo la pregunta, ¿nuestro enemigo espera que nos movamos?

—Depende de lo listo que sea —dijo Khresh—. O de lo listo que se crea.

—Aparte de lo que sepa sobre los chiss y nuestras maniobras de combate —dijo Ar'alani—. Veamos lo listo que se cree.

—¿Nos quedamos aquí?

—Nos quedamos aquí —confirmó Ar'alani. Elevó la voz—. A todos los puestos, prepárense para el combate. El enemigo pronto se nos echará encima.

Miró a Eli.

—Teniente Vanto, ¿sus cazas y sus operadores de tractores honda están preparados?

—Sí, almirante, lo están —dijo Eli. Como mínimo estaban todo lo preparados que podían unos operadores de tractores que no habían realizado aquella maniobra nunca.

Pero no tenían elección. Solo tenían un generador de pozo de gravedad invisible y no podían practicar con él. Además, no sabiendo cuándo podía aparecer un explorador grysk, practicar con cualquier otra cosa podía dar pistas al comandante enemigo sobre su operación e incluso permitirle anticipar la maniobra que Eli y Ar'alani planeaban.

Y eso sería desastroso. Aquella parte del plan de batalla dependía del factor sorpresa, hasta el momento en que empezase el ataque.

—Bien —dijo Ar'alani—. ¿Navegante Vah'nya?

—Estoy lista, almirante —contestó Vah'nya desde el puesto de navegación. Titubeó—. Almirante, ¿puedo hablar un momento con el teniente Eli'van'to?

Ar'alani miró a Eli, intrigada, pero se limitó a hacerle un gesto para que se acercase a la joven navegante.

Eli se desató el arnés y fue hasta Vah'nya. Ella no levantó la vista del tablero cuando llegó.

—Aquí estoy, navegante —dijo Eli—. ¿Algún problema?

—No lo sé —dijo Vah'nya, en voz baja—. Quizá. Dime, ¿crees que el gran almirante Mitth'raw'nuruodo ganará su batalla a tiempo para venir a ayudarnos?

Eli dudó, detectando una trampa verbal y filosófica. Para un pueblo tan orgulloso como los chiss, la mera idea de necesitar ser rescatados por alguien podía interpretarse como un insulto.

—No lo sé. Pero no necesitamos al gran almirante Mitth'raw'nuruodo. Tenemos a la almirante Ar'alani y los guerreros de la nave *Imperturbable*, de la Flota de Defensa de la Ascendencia. Podemos derrotar todo lo que esos locos grysk quieran lanzarnos.

Una leve sonrisa asomó fugazmente en labios de Vah'nya.

—Te has aprendido muy bien el credo chiss, teniente Eli. Pero sigues siendo humano. —Se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Podrías matar a una navegante?

Eli se quedó boquiabierto.

—¿Perdona?

Vah'nya respiró hondo y exhaló con un débil siseo.

—He tocado la mente de Un'hee —dijo, tan bajo que Eli casi no pudo oírla—. He visto lo que los grysk le hicieron. Cómo sondearon su mente y su alma. Cómo descubrieron sus deseos y miedos más profundos, sus recuerdos más reconfortantes y sus esperanzas más preciadas. Cómo lo retorcieron, mancillaron y doblegaron todo a su voluntad. Cómo rompieron su alma.

Hizo una pausa. Eli se quedó callado, deseando tener algo reconfortante que decir. Consciente de que no lo tenía.

—Son un enemigo terrible, Eli —dijo Vah'nya—. Tu Imperio, tu antiguo Imperio, impone su voluntad sobre sus esclavos mediante soldados, armas y naves de guerra. Pero los grysk... solo tres pueden comandar una nación entera. Un centenar pueden regir un mundo. Miles de millones de seres, con los corazones y las almas rotas, dispuesto a combatir y morir a las órdenes de un puñado de alienígenas. Sin resistencia, sin revueltas, sin disidencia, sin esperanza.

Levantó la vista hacia Eli y este se estremeció ante la repentina intensidad de sus ojos.

—No voy a permitir que me pase a mí, Eli. No permitiré que les pase a mis cuatro hermanas navegantes. No permitiré que le vuelva a pasar a Un'hee.

—Sé cómo te sientes —dijo Eli, notando que un escalofrío le recorría la espalda. Ahora, al fin, veía adónde iba a parar—. ¿Qué quieres que haga?

—Sabes que es un crimen capital matar a una navegante —dijo Vah'nya—. Ha sido así desde el principio de la Ascendencia. Está tan grabado en nuestra sociedad que ningún chiss podría concebir siquiera semejante atrocidad.

—Pero yo no soy un chiss.

—Tú no eres chiss. —Vah'nya le miró a los ojos—. Si llega un momento en que no quede esperanza, en que la *Imperturbable* sea pura chatarra rota y muerta, en que los grysk entren en tropel por las escotillas y grietas... ¿me prometes que nos matarás a mí y a mis hermanas?

Allí estaba. La pregunta que Eli sabía que llegaría.

Una pregunta para la que no había respuesta correcta.

Pero, en aquel momento, al mirar a Vah'nya a los ojos, supo lo que debía responder.

—Jamás te haría daño, Vah'nya —dijo, en voz baja—. Probablemente eres la única amiga que tengo a bordo de la *Imperturbable* y daría mi vida sin dudarlo por salvar la tuya. —Se preparó—. Pero hay cosas peores que la muerte y ser esclavizado por los grysk es una de ellas. Si la *Imperturbable* realmente llega a estar perdida, te prometo que ni tus hermanas navegantes ni tú tendréis que soportar ese infierno.

Vah'nya cerró los ojos un instante.

—Gracias. Esperemos y trabajemos para que eso no ocurra.

—Por supuesto —dijo Eli. Posó una mano sobre el hombro de Vah'nya y empezó a retirarla.

Y se detuvo cuando ella la tomó en su mano. Por un instante, Eli pudo sentir la tensión de sus músculos y la frialdad de su piel. Después ella le soltó e inclinó ligeramente la cabeza.

—Gracias —repitió.

—Teniente Eli'van'to —gritó Ar'alani, levantándose de su asiento—. Regrese a su puesto.

—Sí, almirante. —Tocó el hombro de Vah'nya otra vez y cruzó el puente.

Ar'alani le estaba esperando.

—¿Le ha hablado de su temor y la petición? —preguntó.

Eli la miró fijamente, preguntándose qué sabía. Pero la cara de la almirante no daba ninguna pista.

—Sí, lo ha hecho.

—¿Y está preparado para ocuparse de eso?

Eli tragó saliva. Lo sabía, estaba claro. Lo sabía todo. Si Eli admitía que se planteaba cometer un crimen capital...

—Sí, almirante. Lo estoy.

Ar'alani se lo quedó mirando a los ojos y después desvió la vista hacia los tableros de estado.

—Pues esté preparado, teniente. Y esperemos que el gran almirante Mitth'raw'nuruodo esté tan preparado para su batalla como nosotros para la nuestra.

Eli asintió.

—Lo está, almirante. Siempre lo está.

—Bien. —Volvió a mirarlo y regresó a su silla de mando.

Eli la miró marcharse. Pensando que podía morir ese día. Ese pensamiento siniestro se le clavó en el corazón. La almirante podía morir. Vah'nya podía morir. Pero si morían, estaba decidido a hacer todo lo que pudiera para asegurarse de que su muerte no fuera en vano.

Y podían estar seguras de que no serían los únicos muertos en aquella batalla, por poco que pudiera evitarlo.

—Esto es una locura —dijo Savit, con cara y tono de perplejidad.

Sus dedos seguían clavados en el brazo de Ronan. Pero este apenas lo notaba.

Porque era una locura. El *Quimera* no se podía enfrentar solo a cuatro Destruidores Estelares. Eran matemáticas simples. Lo sabía, Savit también lo sabía y presumiblemente la comodoro Faro lo sabía.

Y el *Quimera* no solo seguía avanzando hacia ellos, sino que había desplegado un escuadrón de cazas TIE.

¿Faro se estaba jugando un farol? No encontraba otra respuesta.

Pero ella era una comodoro y Savit era un gran almirante, con toda la diferencia de rango, experiencia y competencia que eso implicaba. Savit iba a aceptar el farol y toda la tripulación del *Quimera* iba a pagar la insensatez de su comandante.

—¿Por qué dice que es una locura? —preguntó Thrawn. Su voz, en contraste con la de Savit, transmitía absoluta serenidad—. ¿No cree que yo pueda derrotarlo?

Una carcajada surgió desde las profundidades de Ronan. Pero, para su sorpresa, se desvaneció antes de llegar a sus labios. El repentino cambio en la expresión de Savit...

—Probablemente podría derrotarme si fuera un duelo uno contra uno —dijo Savit, en un tono repentinamente cauteloso—. Pero esto es cuatro contra uno. Y usted está aquí, no en el *Quimera*.

—Esa afirmación presupone tres cosas —dijo Thrawn—. Primera, que sus capitanes rechazarán las pruebas contra usted. Segunda...

—No tiene pruebas, Thrawn —le cortó Savit—. Solo indicios, teorías y conjeturas. Mis capitanes son lo bastante listos para no dejarse engañar por cortinas de humo.

—Segunda —repitió Thrawn—, usted presupone que no le conozco.

Savit frunció el ceño.

—¿Y qué significa eso? —Dejó de fruncir el ceño—. Ah, de acuerdo. Su famosa técnica de conocer al enemigo mediante sus obras de arte. Por desgracia para usted, yo no poseo obras de arte y todas las que hay en casa de mi familia las eligieron mis padres.

¿No creerá que aprendí mis tácticas de combate con el marchante de arte preferido de mi padre?

—Tercera, tiene tres Destruyores Estelares, no cuatro —continuó Thrawn, ignorando el sarcasmo.

Savit resopló.

—¿Su gente cuenta distinto que nosotros?

—Tiene tres aquí, a mano —dijo Thrawn—. Usted mismo decidió dejar al *Heraldo* y al capitán Pellaeon fuera del combate.

Los dedos de Savit apretaron brevemente el brazo de Ronan y después se relajaron.

—Pellaeon es completamente leal.

—Sin duda —dijo Thrawn—. Pero leal al Imperio, no a usted.

Ronan respiró hondo. Thrawn se equivocaba. Era el momento de terminar con aquello.

—Muy bien, ya basta —dijo—. Debemos detener esto, ahora mismo.

—¿Cree que los crímenes del gran almirante Savit no merecen ser investigados? —preguntó Thrawn.

—En absoluto —dijo Ronan—. Pero no justifican que muchos hombres y mujeres buenos pierdan la vida. Robó unos cuantos turboláseres... ¿y qué? Estrella puede soportar ese tipo de pérdidas pequeñas.

—¿Y el abuso de poder y la traición no significan nada para usted? —insistió Thrawn.

—Usted estaba dispuesto a absolverlo de todos sus crímenes si aceptaba combatir a los grysk junto a usted. ¿Qué diferencia hay entre su oferta y la mía?

—La diferencia es que yo no tenía la menor intención de absolverlo de sus crímenes —dijo Thrawn—. Yo solo le ofrecí una manera de eximir sus actos de cara a su futura causa criminal.

Ronan notó que torcía los labios. Como si Savit fuera a aceptar un trato tan severo. Savit tenía razón, Thrawn era un verdadero incompetente en el terreno político.

—Pero aprecio su preocupación por los hombres y mujeres que están en peligro —continuó Thrawn—. ¿Se sentiría mejor si le dijera que puedo derrotar a las fuerzas del almirante Savit sin que se produzca ni una sola baja? —Arqueó las cejas—. ¿Almirante?

Ronan frunció el ceño y miró a Savit. El gran almirante había entornado los ojos y su gesto se había endurecido.

Pero vio algo más. Entre la ira y la determinación, Ronan pudo ver una chispa de creciente incertidumbre.

Ronan había oído muchas historias sobre Thrawn. Si solo la mitad de ellas fueran ciertas...

—Quizá pudiera —admitió Savit—. Pero, como le he dicho, no está allí. Usted está aquí.

—Cierto —dijo Thrawn. Ladeó la cabeza—. ¿Cree que eso representa alguna diferencia?

—Toda la diferencia del universo —replicó Savit. Hizo un gesto al oficial de comunicaciones para que abriera un canal—. ¿Capitán Rasdel? —dijo.

—¿Sí, almirante? —llegó la voz de Rasdel por el altavoz del puente.

—Suba el *Cazabrumas* —ordenó Savit—. Prepare un ataque con el cañón de iones contra el *Quimera*. Salva completa, con los seis cañones.

Una brevísima pausa.

—Sí, señor —dijo Rasdel.

Savit también percibió aquella pausa.

—¿Está cuestionando mi orden, capitán? —preguntó.

—No, señor, en absoluto —se apresuró a responder Rasdel—. Es solo que... no parece muy elegante, atacar a alguien que ha planteado ciertas dudas sobre usted y sus actos.

—¿Prefiere esperar a que el *Quimera* llegue al rango y lance un ataque de turboláser a gran escala contra nosotros? —gruñó Savit—. ¿En los últimos segundos de su vida y de las vidas de los tripulantes de su puente, salvaría su conciencia saber que Faro disparó primero?

—No, señor —dijo Rasdel, tenso.

—Además, el *Quimera* ya ha desplegado a los cazas TIE —le recordó Savit—. Eso es una maniobra hostil en sí misma.

Ronan frunció los labios. Sí, Faro había desplegado algunos de sus cazas. Y podía entender que se viera como una invitación al combate.

Sin embargo, los cazas parecían tomarse su tiempo en llegar hasta el *Dragón de Fuego* y las demás naves de Savit. Era evidente que no estaban en plena carga ofensiva.

—Entendido, almirante —dijo Rasdel—. Colocando el *Cazabrumas* en rango de ataque.

—Bien. Dispare en cuanto esté preparado.

«Savit no atacará personalmente al principio. No querrá implicarse directamente, al principio no. También querrá poner a prueba a sus subordinados y descubrir sus talentos antes de encomendarles tareas más complejas. Tiene preferencia por el lado izquierdo, así que muy probablemente el ataque llegará desde esa dirección».

Faro levantó la vista hacia la ventanilla. El *Cazabrumas* estaba a babor del *Dragón de Fuego*, así que presumiblemente ese sería el atacante indirecto de Savit.

«El primer ataque será con cañones de iones. Savit prefiere empezar con cautela y cederá ante las dudas e incertidumbres de los que deseen inutilizar el *Quimera* sin causarle daños permanentes. Como defensa usted empleará nuestros propios cañones de iones».

—¡Cañones de iones, apunten a los cañones de iones del *Cazabrumas*! —gritó Faro—. Cuando abran fuego, respondan con una andanada.

—A la orden, comodoro.

Faro apretó el datapad entre sus dedos. Igual que el truco de la honda que Thrawn había hecho antes, este también tenía sólidos fundamentos científicos. De hecho, nunca había oído de nadie que respondiera a una ráfaga de cañones de iones con otra propia.

En parte, por supuesto, eso se debía a que la mayoría de atacados no sabían cuándo ni desde dónde les lanzarían un ataque con cañones de iones, por lo que no tenían tiempo para apuntar y responder. En este caso, el «desde dónde» se lo había proporcionado Thrawn.

Si no se equivocaba.

Y esa era la verdadera cuestión. Faro sabía que había un puñado de oficiales de alto rango que se consideraban artistas aficionados y otros que coleccionaban obras de arte de otros. Faro sabía que si Thrawn pasaba una sola hora entre sus colecciones de arte sería capaz de destrozarlos, si era necesario.

Pero Savit no tenía ese tipo de inclinaciones artísticas. Había oído que componía música, pero la música nunca había formado parte del talento de Thrawn.

Por otra parte, la familia de Savit poseía una gran colección de arte. Si había obras que gustasen particularmente a Savit, algunas que hubiera conservado en su suite de la mansión familiar, y si Thrawn había logrado de alguna manera una lista de esas obras, quizá fuera suficiente.

—¡Descargas de iones! —gritó Hammerly—. Seis disparos desde el *Cazabrumas*.

—Descarga de iones lanzada —gritó Pyrondi—. Volando.

Faro contuvo la respiración mientras veía cómo las dos descargas de iones se acercaban y chocaban.

Y cuando sus campos de contención se cruzaron y aniquilaron mutuamente, los iones abruptamente liberados estallaron en un grandioso espectáculo pirotécnico.

Alguien en el pozo de tripulantes lanzó una maldición de perplejidad.

—Lo mismo digo —gritó Faro.

«Si la primera ráfaga falla, habrá una segunda y muy probablemente una tercera. Ambas serán más intensas. Su defensa más viable contra ellas...».

—El segundo ataque es inminente —dijo Faro—. Y si penetra, no solo usted... todos estaremos perdidos. Así que manténgase alerta.

—¡Fuego! —ordenó Savit. *«Su voz contiene autoridad. Su cara y lenguaje corporal contienen incredulidad y creciente enfado. Sus dedos y manos se mueven hacia la izquierda, su rigidez indica intensidad».*

«Las descargas de iones del Quimera vuelan hacia el ataque del Cazabrumas. Los artilleros son más rápidos esta vez y la destrucción mutua de las descargas de iones se produce más cerca del Cazabrumas».

—¡Fuego! —repitió Savit. «*Sus dedos vuelven a torcerse a la izquierda y adelante, con más energía y determinación. Su postura contiene renovado impulso*».

«*El Cazabrumas dispara más descargas de iones. Todas menos una son destruidas por la contradescarga del Quimera. La otra sale desviada y no impacta en su objetivo*».

—Fuego —ordenó Savit—. Haga que funcione, maldición, Rasdel. —«*Sus dedos se tuercen ahora a la derecha*»—. *Ave Tormenta*, ¿qué hacen ahí parados? Fuego de iones a discreción... ahora.

—Sí, señor —dijo Lochry. «*Su voz contiene tensión, posiblemente incredulidad porque los ataques sean inútiles, posiblemente preocupación por la salud mental de su almirante*».

«*Los dedos de Savit apuntan a la derecha, después hacia delante*».

—Ya basta —dijo. «*Su voz contiene ira y determinación*»—. Lochry, prepare un escuadrón de TIE. Continúe abriendo fuego con los cañones de iones. Yo le diré cuándo desplegar los TIE. —«*La mano que sigue sujetando el brazo del director adjunto Ronan gira unos grados, provocando un breve espasmo de incomodidad en la cara del director adjunto*»—. Veamos cuánta sangre está dispuesta a derramar la comodoro Faro.

«El segundo o tercer ataque de iones incluirá ráfagas de la nave en el flanco derecho de Savit, además de la del izquierdo. Él no se sumará al ataque aún».

—Ráfaga de iones del *Cazabrumas* —informó Hammerly.

—Respondida —confirmó Pyrondi—. Descargas de iones...

—Segunda ráfaga del *Ave Tormenta* —la cortó Hammerly.

El *Quimera* no tenía manera de interceptar ambas descargas. Faro lo sabía y probablemente Savit también.

Por suerte, Thrawn también lo tenía previsto.

—¿Quach? —gritó Faro.

—Estoy en ello, comodoro —dijo enérgicamente el comandante de los TIE—. Flanco izquierdo en vector de intercepción.

Faro se quedó observando, sintiendo el hormigueo de la incertidumbre. En teoría, los cazas TIE podían soportar el nivel de intensidad de descargas de iones capaces de inutilizar secciones considerables de una nave capital.

Pero el escenario previsto por Thrawn implicaba pilotar los cazas entre múltiples impactos. Si la carga de las últimas andanadas conseguía penetrar el blindaje exterior, en vez de disiparse en el espacio, los pilotos podían terminar con toda la electrónica de sus trajes espaciales achicharrada, además de los sistemas del propio caza.

Faro había intentado cubrirse ante eso colocando una botella de oxígeno adicional en cada cabina y provisiones de emergencia que podían introducirse por el tubo del traje sin necesidad de los depuradores o mezcladores habituales. Pero si la suficiente carga

conseguía colarse en el blindaje y el traje para aturdir o paralizar al piloto, ni siquiera todas esas medidas de seguridad serían suficientes.

Los TIE de estribor ya casi estaban en posición, lanzándose oblicuamente hacia la trayectoria de la andanada de iones del *Ave Tormenta*. Por suerte, el *Cazabrumas*, a diferencia del *Ave Tormenta*, no se había colocado delante del *Dragón de Fuego* de Savit, sino que había permanecido tras la nave insignia. Eso suponía mayor tiempo de vuelo de las seis descargas de iones disparadas contra el *Quimera*, lo que daba a los TIE de ese flanco tiempo suficiente para llegar a posiciones de intercepción. Faro contuvo la respiración...

La sincronización fue perfecta. Los TIE barrieron la ráfaga de iones, interceptando cinco de ellas de lleno y alcanzando la sexta con un golpe lateral. Las descargas chocaron con las cabinas y alas de los cazas como olas marinas, antes de dispersarse y disiparse, aunque la sexta logró mantenerse cohesionada otros cien metros, hasta que también se desintegró. Faro lanzó un vistazo rápido a los tableros de estado, confirmando que los sistemas de los seis TIE se habían desactivado por completo por culpa de las tremendas descargas eléctricas.

Todos los sistemas, incluidas las comunicaciones y lecturas vitales. Hasta que alguno se reactivase, no podía saber si los pilotos estaban vivos o muertos.

Pero no podía hacer nada al respecto. Las descargas lanzadas por el *Quimera* habían interceptado y neutralizado las del *Cazabrumas*, pero Savit difícilmente iba a rendirse ahora.

«Habrà un último ataque con iones por parte de las dos naves. Al ver un flanco de TIE inutilizados, Savit probará el mismo ataque, con la esperanza de inutilizar el otro flanco».

—Cazas TIE de estribor, adelante —ordenó Faro.

—Flanco derecho de cazas TIE, recibido —confirmó Quach.

Faro se volvió hacia la ventanilla. Mientras el grupo de TIE desplegado del *Quimera* por babor seguía volando sin motor por el campo de batalla, a la derecha de Faro, los TIE de estribor se cruzaron con ellos, dirigiéndose hacia babor del *Quimera* y las posiciones que antes protegían los TIE ahora inutilizados.

—Cañones y tractores preparados —alertó Faro. Si Savit seguía el plan que Thrawn preveía, ahora intentaría neutralizar el resto de los centinelas del marg sabl.

Efectivamente. Mientras los TIE de estribor cruzaban por delante del morro del *Quimera*, rumbo a sus nuevas posiciones en babor, el *Cazabrumas* y el *Ave Tormenta* volvieron a abrir fuego con sus ya familiares ráfagas de iones.

«Él supondrá que usted empleará la misma defensa contra el ataque. Por el contrario, usted replicará de la siguiente manera...».

—Cañones disparando —gritó Pyrondi—. Tractores fijados.

Delante del *Quimera*, los TIE seguían su avance hacia babor, hacia las descargas que ahora provenían del *Ave Tormenta*...

Justo cuando las descargas de iones del *Quimera* chocaban con esa andanada y la desintegraban, dejando a los TIE indemnes.

Faro desvió su atención hacia la descarga del *Cazabrumas*, que volaba hacia estribor del *Quimera*. Los TIE a la deriva que iban en esa dirección empezaron a acelerar de repente, con sus vectores dirigiéndose ahora hacia el *Quimera*, atrapados y remolcados por los tractores de Pyrondi. Las descargas de iones del *Cazabrumas* estaban cerca... los TIE seguían volando hacia ellas...

Y, con otro estallido múltiple de energía iónica, los TIE atravesaron las descargas, disipando su energía.

—¡A estribor! —gritó Faro. Los TIE indefensos retrocedían por sus nuevos vectores marcados por el tractor hacia el ala de estribor del *Quimera*...

Y pasaron de largo sin impactar con el casco porque Agralladeó la nave, bajando esa parte para esquivarlos.

Faro notó que fruncía los labios. Hasta el momento, Thrawn había predicho los actos de Savit al dedillo.

Pero el primer baile había terminado. Savit se había intentado portar bien y no emplear fuerza letal, pero solo había servido para que lo humillasen.

«A esos ataques les seguiré el inmediato despliegue de cazas TIE».

—Bien —dijo Faro, entre dientes—. Allá vamos.

CAPÍTULO XXI

Finalmente, la espera terminó.

—Dos naves de guerra grysk han salido del hiperespacio —informó el oficial de sensores Tanik, en tono rígido y formal.

Eli notó, con un punto de aprensión, que eran dos naves grandes. Las naves de guerra que protegían el puesto de vigilancia y las naves unidas de la base eran ligeramente más pequeñas que la *Imperturbable*. Estas, por el contrario, eran bastante más grandes, haciendo que el combate se pareciera más a un tres contra uno que a un dos contra uno.

Las naves eran lo bastante grandes para albergar hasta treinta cazas cada una, además. Eli había estudiado la historia militar imperial lo suficiente para saber que en batallas como aquella, un caza de flanco o dos podían suponer la diferencia entre la victoria y la destrucción.

—Rumbo treinta izquierda, doce arriba, distancia mil seiscientos —continuó Tanik.

A menos de un cuarto de circunferencia del punto por el que había llegado y salido del sistema la nave exploradora y a la mitad de distancia de la *Imperturbable*. El comandante grysk parecía esperar que Ar'alani se hubiera movido a otra posición más ventajosa y pretendía pillarla desprevenida.

De hecho, si se hubieran movido para vigilar el punto de inserción de la exploradora, los atacantes habrían llegado en una posición de flanqueo prácticamente perfecta.

Lo que no significaba que los grysk no fuera a intentarlo. Tan alejados de ninguna masa considerable, podían regresar al hiperespacio, dar un rodeo e intentar atrapar a la *Imperturbable* por la espalda.

Aunque probablemente no lo harían. Los microsaltos sin computadoras de navegación eran sencillamente imposibles, los navegantes de hiperespacio que empleaban los grysk no solían hacer esas cosas. Además, Eli siempre había pensado que aquello de andar rebotando de un lado para otro era algo que los grysk consideraban indigno.

Eso o el comandante grysk simplemente prefería ver cara a cara a sus enemigos cuando les hacía morder el polvo.

—Gire la nave para encararlos —ordenó Ar'alani—. Preparen las esferas de plasma, tanto de estribor como de babor. ¿Teniente Eli'van'to?

—Tractores preparados, almirante —confirmó Eli—, Espero su orden.

—Espere —dijo Ar'alani, con los ojos entornados, mirando las dos naves que volaban hacia ellos, una más adelantada y la otra adoptando una posición más protegida detrás—. Espere...

—El grysk de delante ha desplegado cazas —dijo Tanik—. Veinte blancos.

Eli sabía que aquello era lo que Ar'alani estaba esperando. Con la mayoría de sus cazas fuera y preparándose para atacar, la nave de guerra más adelantada se comprometía

a permanecer en aquella zona en un futuro inmediato, para evitar perder dos tercios de sus cazas. Ahora la *Imperturbable* podía usar su arma secreta con razonable confianza.

—Teniente Vanto, ejecute la honda.

—Ejecutando honda —confirmó Eli, tecleando la orden para los operadores de tractores. Por un segundo se oyó el chirrido de los motores sobrecargados mientras los rayos tractores atrapaban el generador de pozo de gravedad invisible que flotaba tras la *Imperturbable* y lo lanzaban hacia las lejanas naves grysk. Un leve ascenso de la proa para dejarla pasar, como Thrawn había especificado, y el generador inició su sosegado vuelo.

Eli ya había llegado a la conclusión que los grysk no podían hacer un microsalto. Ahora, suponiendo que mantuvieran su rumbo actual hacia la *Imperturbable*, pronto no podrían realizar ningún tipo de salto hiperespacial.

Suponiendo, claro, que no tuvieran manera de detectar sus propios dispositivos camuflados.

Resopló débilmente. No había pensado en aquello hasta ese momento. Si podían detectar su tecnología camuflada y veían el generador de gravedad, todo su plan se desmoronaba.

Aun así, teniendo en cuenta la cantidad de especies satélites que los grysk usaban en sus combates, era bastante probable que sus secretos mejor guardados no llegasen hasta sus naves de guerra, para evitar que una nave derrotada fuera un trofeo añadido para el ganador. Era probable que un método de detección de sus campos de camuflaje fuera considerado un secreto de esos.

En todo caso, era una posibilidad que debía tener en cuenta.

Sonó un pitido multitono que indicaba que el comunicador de Ar'alani estaba activo.

—Al habla la almirante Ar'alani de la Ascendencia Chiss, al mando de la nave de guerra *Imperturbable* de la Flota de Defensa. La Hegemonía Grysk ha violado territorio del Imperio Galáctico y ha cometido múltiples actos criminales contra él. Les ordeno que se retiren inmediatamente de este sistema y del Imperio y regresen a sus territorios.

Un instante de silencio. Después el altavoz emitió una especie de traqueteo.

Eli frunció el ceño. ¿Irritación? ¿Desafío?

¿Jolgorio?

—¿La vanidosa Ascendencia Chiss ha extendido su jurisdicción al interior del Imperio de Palpatine? —dijo una voz seca y fría—. ¿O es que ahora lo gobierna su presumido almirante Mitth'raw'nuruodo, en lugar de Palpatine?

—El Imperio de Palpatine no tardará en hacer acto de presencia —prometió Ar'alani—. Repito, regresen inmediatamente a sus territorios o serán destruidos. Como lo fueron todos los que enviaron antes que ustedes.

—Me hace gracia, almirante Ar'alani —dijo el grysk, con evidente desdén—. Un puesto de estudio científico, un simple repetidor de comunicaciones y un carguero de suministros poco armado. ¿Derrotar a naves tan indefensas como esas son los grandes triunfos de los que alardea?

—Olvida muy oportunamente las dos naves de guerra —le recordó Ar'alani.

—En absoluto —dijo el grysk—. Para destruir la primera necesitaron la ayuda de las naves de guerra de Palpatine. La segunda fue destruida sin su colaboración, ni siquiera lo presencié.

—Sin colaboración militar, acaso —dijo Ar'alani—. Sin embargo, el almirante Mitth'raw'nuruodo necesitó los métodos de interrogación chiss para encontrar la base de comunicaciones.

Otro silencio. Eli miró la pantalla táctica, buscando las trayectorias de los veinte cazas enemigos que volaban tranquilamente hacia la *Imperturbable*. La mayoría de los ataques grysk, al menos aquellos de los que la Ascendencia tenía registros, eran parecidos a los de un depredador: rápidos, descarnados y definitivos. El hecho de que este comandante hubiera decidido hablarles sugería que no tenía claro lo que había sucedido y estaba deseando averiguarlo.

Eli lo podía entender. El carguero que Thrawn había dejado escapar del puesto de vigilancia debía de haber anunciado la toma del puesto, aunque sin poder confirmar que los dos supervisores grysk y sus esclavos hubieran sido abatidos. Eso, más el comentario de Ar'alani sobre los métodos de interrogación chiss, harían que el comandante se preguntase cómo habían encontrado la base avanzada de comunicaciones.

Respecto a la segunda batalla, solo pudieron retransmitir los primeros segundos, antes de que la tríada se partiera y que la nave de guerra explotase. Ahora, por supuesto, la segunda de las naves unidas flotando en aquel momento al lado de la *Imperturbable* demostraba que incluso el sistema de autodestrucción de los grysk había fallado.

Posibles prisioneros grysk, posibles interrogatorios chiss eficaces, la segura captura de maquinaria grysk potencialmente vital. El comandante podría fingir tanto desdén y jovialidad como quisiera, pero Eli no dudaba que estaba preocupado. Había venido a buscar respuestas, y si tenía que hablar con sus odiados chiss para obtenerlas, lo haría.

Eli sonrió sombríamente. Lo veía complicado. Ar'alani no tenía intención de darle ninguna respuesta.

Pero, si la suerte de los guerreros los acompañaba, pronto mandarían un mensaje definitivo para los grysk.

—Cazas acelerando —dijo Tanik—. Virando hacia fuera para un ataque barrido cerrado.

—¿Parámetros?

—Láseres duales, misiles cuádruples, barreras electrostáticas ligeras.

En resumen, dentro del rango medio del arsenal de cazas grysk. Parecía razonable, tratándose de una incursión secreta en territorio enemigo, donde cualquier comandante querría disponer de una fuerza de combate potente, pero no algo de primer nivel que pudiera terminar en manos enemigas. Podía haber sido peor.

Aunque tampoco era el mejor escenario posible. Que contasen con cuatro misiles cada uno significaba que podían disparar ocho misiles contra la *Imperturbable*, muchos más de los que sus defensas eran capaces de repeler si eran lanzados en rápida sucesión.

Los láseres duales significaban que los cazas podían continuar con el ataque después de haber gastado todos sus misiles, mientras que las barreras electrostáticas hacían que cada uno de los cazas pudiera soportar como mínimo uno y posiblemente dos ataques con esferas de plasma sin sufrir daños graves.

Aun así, era mucho más fácil alcanzar un caza con una esfera de plasma que con un rayo láser, mucho más fino, por lo que era muy probable que Ar'alani empezase por ellas.

—Los cazas detienen su dispersión —dijo Tanik—. Mantienen la posición... inician su ataque.

—¿Esferas? —gritó Ar'alani.

—Preparadas —confirmó Khresh.

—Vire noventa grados a babor —ordenó Ar'alani—. Fije los blancos y prepare una andanada completa desde estribor.

El cielo al otro lado de la ventanilla cambió cuando la *Imperturbable* giró su flanco derecho hacia los cazas que se acercaban.

—Esferas, ¡fuego! —gritó Ar'alani.

—Esferas disparadas —dijo Khresh—. Girando a estribor.

Las estrellas volvieron a moverse rápido en el exterior, mientras la *Imperturbable* giraba para apuntar sus cañones de plasma de babor.

—¡Misiles disparados! —gritó Tanik—. Diez misiles provenientes de los diez cazas de estribor volando en vectores de intercepción. Los cazas de babor se preparan para atacar.

—Láseres de espectro, fijen los misiles —dijo Ar'alani—. Fuego a discreción.

Eli contuvo la respiración, viendo los misiles que convergían hacia la *Imperturbable* y las estelas de los láseres de la nave de guerra. Para alcanzar algo tan pequeño se solían necesitar múltiples disparos y Ar'alani estaba aprovechando al máximo el tiempo y la distancia de los que disponía.

Lo que suscitaba la cuestión de por qué los cazas habían disparado tan pronto, en vez de esperar a acercarse más. La primera andanada de esferas de plasma barrió los misiles...

Cinco de estos se desviaron abruptamente de su rumbo cuando el plasma los envolvió, afectando a su electrónica y quemando parcialmente los reactores de control.

Al cabo de un instante, los otros cinco misiles estallaron, expandiéndose en nubes cruzadas de polvo y cascotes.

Las nubes seguían allí cuando la segunda andanada de esferas de plasma chocó con ellas. Por un segundo, las esferas conservaron su forma, atravesando el polvo, después explotaron y se dispersaron.

Eli hizo una mueca. Por eso los cazas habían disparado tan pronto. El comandante grysk había sacrificado deliberadamente diez de sus misiles para proteger a sus cazas del primer ataque con esferas de plasma de la *Imperturbable*, permitiéndoles así acercarse más.

Proteger a la mayoría de sus cazas, al menos.

—Dos impactos en los cazas —informó Tanik—. El primero ha perdido la barrera, sin más daños. El segundo ha perdido la barrera y vuela a la deriva, con el impulsor y la electrónica temporalmente inutilizadas.

—Cañones de estribor, preparados para otra andanada —dijo Khresh—. Cañones de estribor, al cincuenta por ciento de recarga.

—Las nubes de cascotes siguen siendo una amenaza para las esferas —advirtió el oficial de operaciones Velbb.

Eli sabía que las esferas de plasma no eran un recurso ilimitado, como el fuego láser de espectro. La *Imperturbable* solo cargaba una cantidad limitada del particular compuesto que se introducía en los generadores de plasma, y cuando este se terminaba, se terminaba.

El comandante grysk había engañado a Ar'alani y le había hecho gastar dos andanadas. Quizá su estrategia era obligarla a agotar todos los recursos de la *Imperturbable*.

Teniendo en cuenta que los grysk disponían de otra nave de guerra, con sus cazas, misiles y demás arsenal esperando para atacar, no parecía un plan disparatado. A aquellas alturas, podía permitirse intercambiar piezas con la *Imperturbable*.

Por desgracia, Ar'alani no. A no ser que Thrawn terminase pronto su encuentro con el gran almirante Savit y acudiera en su ayuda.

Semejante ayuda sería muy oportuna, espectacular y profundamente devastadora para los grysk. Pero Eli y Ar'alani sabían que no podían confiar en que apareciera.

—Le gustan los juegos, ¿eh? —dijo Ar'alani, en un tono aún sereno—. Muy bien. Veamos si podemos cambiar las reglas. Oficial Khresh, ¿los tractores pueden fijar al caza a la deriva?

—Creo que sí, almirante —dijo Khresh, con incertidumbre—. Pero se puede reactivar en cualquier momento y recuperar el control sobre el láser y los misiles.

—Pues será mejor no darle tiempo para eso —dijo Ar'alani—. Tractores, atrapen a ese caza y tráiganlo aquí.

—¿Traerlo? —repitió Khresh—. Almirante, ¿no me ha oído? Si recupera la energía cerca de...

—Cuando esté cerca, suban el tractor a máxima potencia y estampen el caza con toda la fuerza posible contra nuestro casco —continuó Ar'alani—. Lo bastante para matar o como mínimo aturdir al piloto.

Eli miró a Khresh y vio en sus ojos que acababa de entenderlo.

—Entendido, almirante —dijo, sin rastro de dudas ya—. ¿Tractores? Fijen y remolquen.

El comandante grysk necesitó cerca de medio minuto para reaccionar. Eli sospechaba que debía de ser porque daba por supuesto que el movimiento del caza significaba que se estaba recuperando de los efectos de la esfera de plasma y que intentaba volver al combate. Alrededor, los demás cazas seguían agrupados, manteniendo una distancia prudente con la *Imperturbable* mientras esquivaban sus láseres y disparaban misiles de

dos en dos o tres en tres, en su permanente empeño por acabar con las reservas de esferas de plasma de los chiss.

Ar'alani parecía dispuesta a dejar que el grysk creyera que seguía con el mismo juego. Respondía a los misiles grysk principalmente con fuego láser, pero disparaba las suficientes esferas de plasma para que su enemigo siguiera concentrado en aquella parte de la batalla.

Veintiocho segundos después de que los tractores de la *Imperturbable* se hubieran fijado, el comandante grysk pareció descubrir de repente aquella amenaza inesperada. Aunque ya era demasiado tarde. El caza capturado estaba muy lejos del rango de los demás cazas para que pudieran llegar hasta él e iba demasiado deprisa para que sus misiles lo abatieran. Su única esperanza era destruirlo con fuego láser, pero con los operadores del tractor de la *Imperturbable* variando de manera aleatoria y constante tanto su potencia como dirección, no podían calcular su trayectoria con la suficiente precisión para realizar un disparo nítido.

Aunque incrementó su fuego láser, cuatro de los cazas lanzaron misiles en un último y desesperado intento, pero las esferas de plasma de la *Imperturbable* los eliminaron rápidamente. El caza volaba hacia la *Imperturbable*...

Y se estampó contra el casco, provocando una sacudida que recorrió la nave hasta el puente.

—Súbanlo a bordo, deprisa —ordenó Ar'alani—. ¿Primer comandante Cinsar?

—Estamos listos, almirante —llegó la voz del quinto oficial de la *Imperturbable* por el altavoz—. Equipos técnicos y material en posición.

—Bien —dijo Ar'alani—. Reduzcan al piloto si sigue vivo. Después, pónganse manos a la obra.

Miró a Khresh.

—Todas las máquinas de guerra, naves, cazas o misiles tienen al menos un defecto fatal que se puede explotar —añadió—. Encuéntralo.

Los minutos pasaron lentamente. Eli observaba cómo los grysk continuaban su guerra de desgaste contra la *Imperturbable*, con sus cazas avanzando y retrocediendo, intentando hacer que los chiss gastasen recursos que necesitarían desesperadamente cuando las naves de guerra entrasen en acción. Ar'alani, por su parte, seguía manteniéndolos a raya, gastando solo las suficientes esferas de plasma para tenerlos ocupados y ganar tanto tiempo como fuera posible para sus técnicos.

Un movimiento en el puente llamó la atención de Eli. Vah'nya le estaba mirando y le hizo un gesto para que se acercase, con cara de preocupación.

Eli dudó. Pero en aquel momento no estaba haciendo nada en la batalla. Se desató el arnés y fue hasta ella.

Podía notar la mirada de Ar'alani siguiéndolo mientras caminaba, además de las de algunos oficiales más. No podía saber qué opinaban sobre el hecho de abandonar tu puesto asignado, pero nadie le ordenó que regresase.

—¿Algún problema, navegante Vah'nya? —preguntó, al llegar junto a ella.

—Una pregunta, teniente Eli —dijo ella—. Las naves grysk son nuestros enemigos y parecen decididas a destruirnos. Pero nosotros seguimos aquí parados, fuera de rango de combate. Y ellos tampoco lanzan sus cazas al combate real. ¿Qué hacen?

Eli titubeó, preguntándose cuánto podía contarle. Las Ordenes Generales de la Flota de Defensa dejaban muy claro que la estrategia, táctica y armamento no debían comentarse con las navegantes. Eli no estaba seguro de si la prohibición era para evitar preocupar a las jóvenes, lo que podría afectar a su habilidad de usar la Tercera Visión, o si era porque las navegantes eran, de todos los chiss en combate, las presas que con más probabilidad el enemigo intentaría cazar vivas.

Pero Vah'nya era lista y llevaba mucho más tiempo realizando su trabajo que ninguna de las demás navegantes a bordo. Por el camino debía de haber aprendido más de lo que nadie quería.

—Intentan agotar las defensas de la *Imperturbable* —le dijo—. Podemos seguir disparando láseres de espectro sin fin, o como mínimo mientras tengamos energía, pero las esferas de plasma y los misiles Invasores son recursos limitados. Si consiguen que gastemos nuestras esferas con sus cazas, seremos más vulnerables cuando incorporen a la acción a sus naves de guerra.

—Pero no podemos marcharnos de un salto, ¿verdad? —preguntó Vah'nya—. Puedo guiar la nave donde la almirante Ar'alani me ordene.

—En teoría, sí, es el último recurso de una nave de guerra —dijo Eli, preguntándose de nuevo cuánto contarle—. Si no estamos demasiado cerca de una masa planetaria, al menos.

—No lo estamos.

—Exacto. —Eli titubeó. Pero Vah'nya merecía saber la verdad. Además, los dos habían decidido no dejarse capturar vivos—. Pero los grysk tienen la capacidad de crear pozos de gravedad artificiales que funcionan como una especie de masa planetaria. La nave de suministros que ahuyentamos del puesto de vigilancia contaba con uno.

—Sí, lo recuerdo —dijo Vah'nya—. Lo usaron para evitar que la *Imperturbable* les siguiera al hiperespacio.

—Eso es —dijo Eli—. Supongo que deben de haber sembrado esta zona con varios de ellos. O que las naves de guerra cuentan con generadores enfocados de mayor tamaño para impedir que huyamos. En todo caso, parecen bastante seguros de que no iremos a ninguna parte.

Vah'nya se quedó pensativa un minuto.

—El pequeño generador de la nave de suministros. Lo hemos lanzado, ¿no?

—Sí —le confirmó Eli. Otro poquito de estrategia que supuestamente Vah'nya no debía conocer—. La almirante Ar'alani decidió que si no podemos abandonar la batalla precipitadamente, ellos tampoco.

Vah'nya le dedicó una leve sonrisa.

—Mis hermanos siempre peleaban así —dijo—. Nunca cedían terreno, ni admitían su derrota. —La sonrisa se apagó—. A menudo se unían contra mí, antes de que la flota me sacara de mi familia y se me llevara. Aquellas peleas a menudo terminaban en sangre.

—¿Tuya o de ellos?

—A veces de todos —dijo—. Casi siempre mía.

Eli suspiró.

—Lo siento.

—No pasa nada —le tranquilizó ella—. Ahora mi familia es la flota. Y me ha tratado bien. —Señaló con la cabeza la ventanilla y las naves grysk que esperaban en silencio e inmóviles—. Me pregunto si esta vida y familia seguirán existiendo después de hoy.

—Claro —dijo Eli—. Piensa que cuando te peleabas con tus hermanos no tenías a la almirante Ar'alani contigo.

Otra leve sonrisa, quizá un poco más amplia.

—¿Ni al gran almirante Mitth'raw'nuruodo para que acudiera en mi auxilio?

—Tampoco —dijo Eli, cruzando los dedos mentalmente. No, Vah'nya no había podido contar con Thrawn.

Pero era muy probable que la *Imperturbable* tampoco pudiera.

—Parece que vuelven a cambiar las naves, almirante —dijo Klesh.

Eli miró la pantalla táctica. Tres de los cazas grysk habían abandonado su ataque remoto y regresaban hacia la nave de guerra. Al aproximarse al muelle, aparecieron otros tres cazas y se cruzaron con ellos, rumbo a la línea del frente. Los nuevos cazas se acercaron a uno de los cazas del frente, apiñándose los cuatro brevemente, como jugadores de gravball recibiendo instrucciones del delantero centro antes de volver a dispersarse y ocupar las posiciones de los cazas que habían remplazado.

Aquel era el patrón que se había instalado en el combate. La *Imperturbable* inutilizaba un caza, posiblemente incluso conseguía dañarlo, y la nave de guerra lo hacía volver y lo cambiaba por otra nave con el piloto fresco.

—El comandante debe percibir que el combate definitivo se acerca —dijo Ar'alani—. Está desplegando todo lo que le queda.

Eli frunció el ceño. Había visto algo raro en aquel agrupamiento de los cazas, algo que ya había percibido antes en aquellos relevos.

—Subcomandante Tanik —dijo—. ¿Puede pasarme la lectura de sensores de los tres recién llegados desde que salieron del muelle?

Tanik se volvió ligeramente hacia Ar'alani.

—¿Almirante?

—Sí, pásesela —le confirmó Ar'alani—. Al puesto de la navegante Vah'nya ¿Tiene algo, teniente?

—Es posible, almirante —dijo Eli. Los datos de los sensores aparecieron en una de las pantallas del timón y Eli se inclinó sobre el hombro de Vah'nya, repasando rápidamente el espectro de la franja—. Los nuevos cazas se colocaron justo encima de uno de los que había en la línea de frente antes de dirigirse a sus posiciones.

—Probablemente para recibir las últimas órdenes —dijo Khresh.

—No necesitaban acercarse tanto para eso —dijo Ar'alani, pensativa—. Interesante. Análisis completo, comandante Tanik. Dígame qué hacían.

—Creo que se podrían estar pasando generadores de gravedad invisibles —dijo Eli—. Se acercaron lo suficiente para ese tipo de transbordo.

—¿Por qué iban a tomarse tantas molestias? —preguntó Khresh—. Bastaría con dejar los generadores con los nuevos cazas y reorganizar la línea para colocarlos donde deseen.

—Eso pensaba yo también —dijo Eli—. Pero quizá se estén pasando algo más. Sabemos que los grysk tienen una fuerte jerarquía militar. Quizá se están entregando un arma que solo el comandante de mayor rango puede usar.

—Espere un momento —dijo Tanik, con una mezcla de perplejidad y agitación en la voz—. Las barreras electrostáticas de los cazas recién llegados cambiaron levemente tras su agrupamiento.

—¿Cómo cambiaron? —preguntó Ar'alani—. ¿De fuerza? ¿De posición?

—Es un poco confuso —dijo Tanik—. Lo único que me atrevería a conjeturar es que pudo ser un cambio de frecuencia.

—¿Primer comandante Cinsar? —gritó Ar'alani—. ¿Ha oído eso?

—Sí, almirante —llegó la voz de Cinsar por el altavoz—. Coincidió con el subcomandante Tanik, no hay duda de que esas barreras son graduables. Supongo que si las gradúan conjuntamente pueden fortalecerlas cuando los cazas están próximos unos a otros.

—Si encontrásemos la manera de graduarlas, ¿podríamos crear interferencias? —preguntó Khresh.

—Creo que sí —dijo Cinsar—. Siempre que los pillemos lo bastante separados y encontremos la manera de manipular remotamente sus generadores de barrera.

—Hay otras posibilidades —dijo Ar'alani—. ¿Ha encontrado algo más útil?

—Hemos encontrado algo, pero no sé lo útil que es —dijo Cinsar—. Hay unos sellos flexibles de plástico entre el fuselaje y los láseres montados en las alas y los lanzamisiles. Están protegidos por pestañas ante ataques de láser frontales, pero el material en sí es altamente susceptible a la mezcla ácida de nuestros misiles Invasores.

—¿Cómo de susceptible? —preguntó Ar'alani.

—Altamente —repitió Cinsar—. Una simple salpicadura y los sellos y cables de energía o control que hay detrás empezarán a desintegrarse a los dos segundos. Y la barrera electrostática solo cubre las partes metálicas, dejando totalmente descubiertos estos sellos ante ataques.

—Pero eso es maravilloso, ¿no? —preguntó Vah'nya, en voz baja, alargando una mano para tocar el brazo de Eli—. ¿Por qué dice que no sabe si es útil?

—Porque no tenemos suficientes Invasores para gastarlos con cada uno de los cazas de ahí fuera —le dijo Eli.

—El teniente Eli'van'to tiene razón, navegante Vah'nya —dijo Ar'alani.

Eli se dio la vuelta. La almirante estaba inclinada hacia delante en su silla, mirando con los ojos entrecerrados las naves grysk que tenía delante. Dos contra una, como los hermanos de Vah'nya.

—Pero hay otras maneras —continuó Ar'alani—. Timonel, prepare los propulsores para la máxima potencia.

»Ha llegado la hora de acercar la batalla al enemigo.

CAPÍTULO XXII

—*Ave Tormenta*, despliegue un escuadrón de cazas TIE —ordenó Savit—. ¿Faro quiere jugar? Bien. Veamos qué tal se le da contra armas de guerra de verdad.

Ronan tenía tal nudo en el estómago que empezaba a dolerle. Hasta el momento, Faro había tenido una suerte increíble, usando los cañones de iones del *Quimera* contra el ataque de Savit y evitando que la situación escalase.

Pero con la orden de atacar que Savit había dado a los TIE, la contención se había terminado. Faro no podría recibir aquel tipo de ataque sin responder de la misma manera.

Y cuando las cosas pasasen esa línea ya no habría vuelta atrás. Ronan miró a Thrawn, preguntándose si era consciente del sufrimiento al que había condenado a la comandante de su nave.

Frunció el ceño. Thrawn no mostraba ningún indicio de arrepentimiento o duda. Su mano, colgando relajadamente a un lado, le hizo un leve gesto.

Ronan miró hacia abajo, frunciendo el ceño, preguntándose qué intentaba decirle. Parecía señalar la mano derecha de Savit, la que lo sujetaba.

Ronan estiró el cuello. La mano de Savit hacía movimientos ligeros y bruscos: torcía un dedo, se cerraba un poco, dibujaba pequeños círculos con las yemas de los dedos.

¿Señales secretas? ¿Para quién? Ronan se inclinó un poco más hacia delante, intentando verlo mejor.

Esperaba que su movimiento fuera lo bastante leve para que Savit no lo notase. No fue así.

—¿Adónde cree que va? —le espetó Savit, sujetándole con más fuerza el brazo y desviando la mirada hacia él.

—Confiaba en hacerle entrar en razón —dijo Ronan, estremeciéndose. La frustración de Savit se transmitía a la forma en que lo sujetaba y era evidente que el gran almirante estaba muy frustrado en aquel momento—. Esto no va a terminar bien para nadie. Por favor, pare antes de que haya algún muerto, se lo ruego.

—¿Cree que debería recular mansamente e ignorar las acusaciones de traición vertidas contra mí por un alienígena? —gruñó Savit—. ¿Un traidor alienígena y su dócil y falso director adjunto? ¿Es eso lo que cree? —Resopló—. Además, ya ha oído al traidor. Ha prometido que no morirá nadie.

—El *Ave Tormenta* ha desplegado sus TIE, almirante —anunció el capitán Boulag—. El comandante de TIE espera órdenes.

—Hagámoslo fácil —dijo Savit—. Que ataquen e inutilicen el *Quimera*. Y que destruyan todo lo que se interponga en su camino.

Ronan apretó los dientes.

—Almirante...

—Cállese o lo entregaré a mis soldados de asalto —le cortó Savit.

—Almirante, los TIE del *Quimera* maniobran para interceptar a los del *Ave Tormenta* —gritó alguien desde los pozos de tripulantes.

—Y aquí se acaba la racha de suerte de Faro —comentó Savit, girándose levemente para mirar la pantalla táctica—. Seis TIE operativos contra doce del *Ave Tormenta*. ¿Supongo que sabe sumar? —Miró a Thrawn—. Me atrevería a decir que incluso nuestro legendario gran almirante Thrawn se vería en problemas con semejante diferencia.

—Quizá —dijo Thrawn, con calma—. No lo entiende, ¿verdad?

Savit entrecerró los ojos.

—¿Entender el qué?

—Antes dijo que no le conozco —dijo Thrawn—. Al contrario. Le conozco perfectamente. La comodoro Faro no está reaccionando a sus maniobras lo mejor que puede gracias a su considerable talento. En realidad le he dado todas las herramientas, detalles e instrucciones necesarias para derrotarle.

Savit resopló.

—No esperará que le crea, ¿verdad? Conozco su supuesto talento mágico para leer a sus enemigos. También sé que necesita arte para eso y yo no soy artista.

—Claro que lo es —dijo Thrawn—. La música es una forma de arte.

Ronan frunció el ceño. ¿Thrawn también podía interpretar la música? ¿Por qué nunca había oído nada de aquello?

—Normalmente, la música no me resulta útil —continuó Thrawn—. Hay demasiados niveles de lectura en su interpretación y dirección, demasiadas variables que crean dudas y sesgos, arruinando por completo la concentración.

Ronan sintió que se le cortaba la respiración al entenderlo.

—Pero no solo compone música —dijo—. También toca y dirige.

—Exacto, director adjunto —dijo Thrawn, inclinando la cabeza—. Es más, lo ha hecho en público, con grabaciones tanto de imagen como de audio.

Su mirada se hizo más distante.

—Lo he estudiado todo, gran almirante Savit —dijo, en voz baja—. He investigado incluso sus inicios, cuando interpretaba simples piezas para clavecurva en casa de sus padres como entretenimiento para los invitados. Composiciones posteriores, cuando ya fue incorporado a la marina, añadiendo primero vientos agudos, después cuerdas, después vientos graves, para llegar finalmente a la orquesta completa.

Ronan echó un vistazo a Savit. La cara del gran almirante había quedado completamente rígida, con la expresión de un hombre que empezaba a entender lo que le habían hecho, pero demasiado tarde.

—Vi que el número de instrumentos que añadía a cada nueva composición se correspondía con sus sucesivos puestos de mando —continuó Thrawn—. Primero una nave, después una nave más embarcaciones de apoyo, después una fuerza operativa y finalmente la Tercera Flota. Observé cuáles eran los instrumentos que enfatizaba o incluso el lado de la orquesta. Le vi escribir líneas más complejas a medida que los

intérpretes demostraban su capacidad para tocarlas. Observé qué líneas melódicas asignaba a otros y cuáles se reservaba para sí mismo.

—Está loco —dijo Savit—. Todo eso es mera palabrería sin sentido.

—¿En serio? —preguntó Thrawn—. Y, lo más relevante de todo, no importaba lo mucho que creciera su mando y ambición, usted siempre estaba en el centro de todo. Usted dirigía, hacía los arreglos y seguía interpretando sus propias obras junto al resto de músicos. Esa combinación, esa absoluta inmersión en su oficio, es lo que lo define. — Señaló las manos de Savit—. Aún ahora mueve las manos cuando da órdenes, como si dirigiera la última de sus grandes óperas.

—Almirante, los TIE del *Quimera* se dispersan hacia los lados —dijo alguien.

Ronan miró la pantalla táctica. Los seis TIE de Faro, que volaban antes juntos hacia los doce cazas del *Ave Tormenta*, de repente habían roto la formación y estaban virando hacia todas partes.

Y, justo detrás, visibles solo ahora que los TIE se habían apartado...

—¡Torpedos de protones! —gritó Boulag—. ¡*Ave Tormenta*...!

—TIE: ¡retirada! —llegó la voz del comandante de TIE del *Ave Tormenta* por los altavoces del *Dragón de Fuego*—. ¡Cuatro torpedos de protones vuelan hacia nosotros!

Pero ya era demasiado tarde, como vio Ronan, con gran pesar. Los TIE del *Ave Tormenta* volaban en una formación demasiado cerrada y aquella repentina aparición les había dejado sin tiempo suficiente para dispersarse y apartarse antes de que los torpedos los alcanzasen. Si uno de ellos lograba impactar, o si Faro les había instalado cargas de proximidad, los doce TIE estaban perdidos.

Ronan seguía observando el inminente desastre, pensando en la espantosa línea que Faro había cruzado, cuando cuatro descargas de turboláser salieron disparadas del *Quimera*. Las descargas convergieron con pasmosa precisión sobre los torpedos de protones...

Y con una traqueteante explosión múltiple, todos los torpedos estallaron, creando una nube de luz, fuego y cascotes.

Al cabo de un segundo, los doce TIE del *Ave Tormenta* cruzaron limpiamente aquella nube.

El puente del *Dragón de Fuego* se mantuvo en silencio un buen rato.

—Prometí que no moriría nadie —dijo Thrawn, serenamente, entre los murmullos—. No que no fuera a haber ningún daño.

Los dedos de Savit se cerraron alrededor del brazo de Ronan.

—Informe de daños —gritó—. Maldición, ¡informe de daños!

—Todos los TIE del *Ave Tormenta* muestran daños por cascotes —dijo alguien, dubitativamente—. Su rendimiento de combate se ha reducido entre un quince y un cuarenta por ciento.

—¿Y los TIE del *Quimera*?

—Ningún daño, almirante. Estaban lejos de los torpedos cuando estallaron.

—Porque sabían que los iban a hacer estallar —murmuró Ronan.

Savit se volvió hacia él y Ronan se encogió ante la ira pura que vio en la cara del almirante.

—Malditos sean todos —dijo—. Los veré en el infierno...

—¡Almirante! —le cortó Boulag—. Dos de los TIE del *Ave Tormenta* han perdido toda la potencia y maniobrabilidad. Vuelan a toda velocidad en trayectoria de impacto contra el casco del *Quimera*.

Savit dio media vuelta.

—¿Tiempo?

—Veintidós segundos —dijo Boulag—. No sé si el *Quimera* se podrá apartar a... un momento. Los TIE pierden velocidad... y se detienen. —Se volvió hacia Savit, con evidente alivio—. El *Ave Tormenta* ha logrado atraparlos con sus tractores. Ahora los remolcan.

Savit asintió.

—Buen trabajo, capitán Lochry —gritó—. Muy buen trabajo con los tractores.

—Gracias, almirante —respondió Lochry. A Ronan le pareció notar cierta confusión en su voz—. Pero no lo hemos hecho solos. El *Quimera* nos transmitió las coordenadas exactas.

Savit se volvió hacia Thrawn.

—Ninguna baja —le recordó Thrawn.

—Lo recuerdo —dijo Savit. De repente, su voz era serena, con una suavidad que erizó la piel de Ronan—. Pero creo que va a descubrir que ya no está en condiciones de prometer tal cosa. —Levantó la voz—. Capitán Boulag, acérquese al *Quimera* y prepare los turboláseres.

Boulag miró a Thrawn, después a Ronan y otra vez a Thrawn.

—Almirante, si se está planteando lanzar un ataque contra el *Quimera*, le recomiendo vivamente que no lo haga.

—Tomo nota, capitán —dijo Savit—. Ya tiene sus órdenes. Cúmplalas.

—Sí, señor. —Boulag respiró hondo, lanzando una última mirada furtiva a Thrawn—. Timonel, acérquese al *Quimera*. Turboláseres... preparados para disparar.

«El ataque de los TIE puede venir seguido por otro, en el que los TIE estarán más cuidadosamente distribuidos. Usted responderá manteniendo nuestros TIE en formación cerrada y rotándolos para disparar a los TIE enemigos cuando pasen. Advierta a los pilotos de que no disparen a las cabinas para evitar muertes».

«Probablemente, la siguiente maniobra será un ataque de turboláser del propio *Dragón de Fuego*, dirigido contra la esfera deflectora del puente. Su réplica involucrará a los TIE que desplegó antes en honda, que ahora deberán reincorporarse a la acción».

—Mayor Quach, contacte con el teniente Watkin —dijo Faro—. Debe colocar a su escuadrón en máxima potencia y prepararse para la acción.

—A la orden, comodoro —dijo Quach—. Mensaje enviado... los TIE oscuros ganan potencia.

Faro miró alternativamente la pantalla táctica y la ventanilla. Las instrucciones de Thrawn aseguraban que Savit no detectaría a los cuatro cazas TIE oscuros que volaban hacia él por sus vectores balísticos. Ella no estaba tan convencida.

Sobre todo porque aquel era uno de los puntos más marginales del plan de Thrawn. Si Savit prestaba atención a su esfera de seguridad interna, podía desbaratar la siguiente fase desde el inicio. Semejante descuido era realmente inexcusable en un gran almirante. Thrawn habría detectado a esos TIE. Demonios, incluso Faro los habría detectado. Al parecer Savit era de los que no se fijaban demasiado en los detalles, de los que confiaban que su gente e instrumental recogiesen los detalles para permitirle decidir en consonancia.

De momento, el análisis de Thrawn sobre aquel hombre había sido milimétrico. Había anticipado los actos de Savit de una forma realmente impresionante.

A lo lejos, pudo ver los brillos de los propulsores mientras Watkin y sus TIE subían a máxima potencia. Dentro de muy poco ni siquiera a Savit se le podría pasar por alto la amenaza que aparecería ante sus narices.

Al cabo de un instante, el *Dragón de Fuego* escupió una andanada de fuego verde de turboláser hacia el *Quimera*.

Faro se estremeció instintivamente, viendo unas descargas que parecían volar directamente hacia ella. Pasaron de largo del puente...

—Impacto en el deflector de estribor del puente —dijo Pyrondi—. El deflector se mantiene en un sesenta por ciento.

Faro asintió.

—Watkin, adelante.

Frente a ella, los TIE se lanzaron hacia babor del *Dragón de Fuego*. Unos pocos disparos desde sus defensas láser volaron alrededor de ellos cuando los artilleros del Destructor Estelar descubrieron de repente la amenaza.

Pero su respuesta fue demasiado leve y tardía. Los TIE esquivaron el ataque con facilidad, ascendiendo en espiral y recuperando la horizontal en la línea cuña de babor.

Incluso desde tan lejos, Faro pudo ver los múltiples destellos de fuego verde cuando los TIE destruyeron sistemáticamente los sensores de blanco del turboláser de aquel lado.

Otra descarga de fuego de turboláser pasó de largo de las ventanillas del puente del *Quimera*. Faro miró los monitores de los sistemas, notando con siniestra satisfacción que no les habían dado.

«Savit no confía en los artilleros humanos, prefiere fiarse de sensores computarizados y sistemas de blanco. Es probable que sus artilleros, por lo tanto, estén poco preparados para la repentina carga de operaciones de combate».

—Teniente Agral, avance a un cuarto de velocidad y vire hacia estribor —ordenó Faro—. Manténganos tanto como pueda a babor del *Dragón de Fuego*.

—A la orden, comodoro.

El *Quimera* empezó a virar hacia la derecha.

—Supongo que es consciente —dijo Hammerly en voz baja, desde el pozo de tripulación, justo debajo de ella—, de que lo único que tiene que hacer el *Dragón de Fuego* es girar cincuenta grados para apuntar sus turboláseres de estribor.

—Es verdad —reconoció Faro—. También sé que el *Ave Tormenta* y el *Cazabrumas* nos podrían alcanzar sin tener que girar siquiera. Lo único que puedo decirle es que el almirante Thrawn no cree que lo hagan.

—Lo harán si Savit se lo ordena.

—No lo discuto —dijo Faro—. Cifémonos al plan y veamos qué sucede.

—Además de eso, ¿tiene curiosidad por ver si Thrawn es capaz de derrotar a alguien sin estar siquiera a bordo de su nave?

Faro se encogió levemente de hombros.

—Más o menos.

Frunció los labios, pensativa. Las siguientes órdenes de Thrawn...

«El generador de pozo de gravedad invisible que lanzó antes en honda ya debería estar cerca del *Dragón de Fuego*. Diríjase hacia babor de Savit. Él replicará sus maniobras, girándose para encararla. Eso dejará la batería de turboláser de estribor-proa expuesta al impacto del generador».

Hasta el momento, Faro había seguido las órdenes de Thrawn al pie de la letra. Quizá había llegado el momento de añadir una pequeña variación al guión.

—Timonel, avance un centenar de metros positivos —ordenó.

Faro miró cómo el *Quimera* se elevaba por encima del plano de la batalla. Era una apuesta arriesgada, lo sabía... si Savit copiaba su movimiento, como Thrawn había sugerido, y se elevaba, el generador invisible no impactaría contra el *Dragón de Fuego*.

Pero había notado algo en las reacciones de Savit, algo que sugería eficacia de movimientos y operaciones. Si lo había interpretado bien...

Acertó. En vez de elevarse del plano de batalla para copiar el movimiento del *Quimera*, el *Dragón de Fuego* solo levantó el morro, rotando para mantener el armamento de proa apuntado a su oponente.

—Comodoro, actividad en el *Dragón de Fuego* —gritó Pyrondi—. Parece que están desplegando cazas TIE.

Faro sonrió, echando un último vistazo a su datapad.

—Sí —dijo—. Eso parece.

—¿En serio? —gruñó Savit—. ¿Ese es el gran plan de Faro? ¿Desplazarse hacia mi lado ciego?

Ronan frunció el ceño, mirando al lejano *Quimera*, que volaba hacia babor del *Dragón de Fuego*. Por una vez coincidía con Savit. Era una maniobra bastante inútil.

Por supuesto, Savit parecía ignorar el hecho de que Faro había colocado cuatro cazas en rango de ataque de su nave sin que se diera cuenta y que habían aniquilado sus sensores de blanco de babor. Claramente, aquella mujer tenía un plan y Savit sería un estúpido si la subestimaba.

Y ahora ella se estaba elevando por encima del plano de batalla. Otro esfuerzo inútil. La respuesta del *Dragón de Fuego* fue levantar un poco la proa, mientras seguía rotando para apuntar sus turboláseres de estribor.

Ronan miró de reojo a Savit, que tenía una expresión tensa y una mirada furibunda. La previa arrogancia del gran almirante seguía presente, pero Ronan pudo ver también su creciente frustración e impotencia. Posiblemente, incluso los primeros indicios de pánico. Por primera vez en su carrera, Savit se encontraba todas las puertas cerradas.

A unos metros, en evidente contraste, estaba un sereno Thrawn.

Ronan lo miró, maravillándose sin quererlo. Se recordó con firmeza que Thrawn era su enemigo político, la persona que se interponía entre el director Krennic y la financiación que Estrella necesitaba.

Peor aún, la oposición de Thrawn era un error. Sus Defensores TIE podían ser cazas útiles, pero innecesarios en una galaxia en la que la Estrella de la Muerte brillaría como poder supremo. El creciente problema rebelde sería exterminado, los piratas desaparecerían, incluso los grysk que tanto parecía temer Thrawn se someterían al director Krennic y su estación de combate.

Sin embargo...

—Almirante, le habla el capitán de muelle Llano —llegó una voz frenética por los altavoces del puente del *Dragón de Fuego*—. ¿Ha ordenado el despliegue de los TIE?

—¿Cómo? —preguntó Savit.

—Es que tengo a cuatro cazas del Escuadrón Uno saliendo de sus horquillas —dijo Llano—. He intentado comunicarme con ellos para que me confirmasen la orden, pero no responden.

—Vuelva a intentarlo —gruñó Savit.

—Ya lo he hecho, almirante. Pero me ignoran.

Savit miró a Boulag.

—¿Capitán? —preguntó, en un tono acusatorio.

—No he dado ninguna orden, almirante —objetó Boulag.

—Es verdad —dijo Thrawn.

—Almirante... capitán —dijo Llano, cortándoles—. La lanzadera del almirante Thrawn también se está marchando. ¿Han dado órdenes de...?

—¡No! —bramó Savit. Soltó el brazo de Ronan, dándole un empujón que le hizo perder el equilibrio, y bajó la mano hacia su bláster enfundado—. ¿Qué ha hecho, Thrawn? ¿Qué ha hecho?

—Esos cuatro cazas han sido requisados por pilotos que traje del *Quimera* —dijo Thrawn, con calma—. Me temo que descubrirá a los pilotos de esos cazas neutralizados en algún punto de la nave.

—Imposible —insistió Savit—. No ha habido alerta por fuego de bláster y mi comandante de TIE entrena personalmente a todos sus hombres en el combate cuerpo a cuerpo.

—No dudo de su competencia ante intentos de abordaje y captura por parte de piratas o rebeldes —dijo Thrawn—. Pero me atrevería a decir que el entrenamiento de su comandante de TIE no es rival para un ataque contundente de mis soldados de la muerte.

Savit quedó levemente boquiabierto.

—Dijo que los había dejado en el *Quimera*.

—Dije que los había dejado atrás —le corrigió Thrawn—. Nada más.

Savit maldijo.

—Despliegue al Escuadrón Dos —ordenó—. Que intercepten a esos TIE y los obliguen a regresar. No, pensándolo mejor, que no los traigan. Que los intercepten y los destruyan.

—No les resultará sencillo —dijo Thrawn—. Mis hombres también han inutilizado el mecanismo de auto-bloqueo remoto. Tendrán que sacar sus cazas de las horquillas manualmente.

—Bueno, pues eso haremos —dijo Savit—. Capitán de muelle Llano, haga lo que sea necesario, pero quiero esos TIE desplegados en...

Sin previo aviso, el *Dragón de Fuego* dio una sacudida, mientras el eco apagado de un impacto en sus entrañas retumbaba en el puente.

—¡Capitán de muelle! —gritó Savit.

—¡Impacto en el muelle! —aulló la voz perpleja de Llano—. Algo... es un gran cilindro, almirante. Pero... no lo hemos visto. Acaba de estrellarse contra los bastidores traseros. No sé de dónde ha salido.

—¿Thrawn? —preguntó Savit, con los nudillos emblanqueciéndose por la fuerza con que empuñaba el bláster.

—Es un artefacto creado por los grysk —dijo Thrawn—. Un generador de pozo de gravedad invisible diseñado para proteger una zona ante intromisiones. —Señaló el muelle con una mano—. Como puede ver, también se puede emplear como arma ofensiva.

Savit se lo quedó mirando fijamente.

—Boulag, ¿dónde van los TIE robados?

—Van... —Boulag hizo una pausa y Ronan vio que cerraba las manos en puños—. Vuelan por la línea de cuña de estribor. Están destruyendo los sensores de blanco del turboláser de ese lado.

—¿En serio? —dijo Savit, con una siniestra sonrisa asomando en las comisuras de sus labios—. Estoy impresionado, Thrawn. De verdad. Faro ha demostrado que está a la altura. Pero parece haber olvidado un pequeño detalle.

—¿Cuál, almirante? —preguntó Thrawn.

—Que no estoy solo. —Hizo un gesto al puesto de comunicaciones—. Comuníquese con el *Ave Tormenta* y el *Cazabrumas*.

—Canal abierto, almirante.

Savit pareció crecer unos centímetros.

—Al habla el gran almirante Savit —gritó—. El gran almirante Thrawn y sus oficiales han demostrado ser unos traidores al Imperio. En consecuencia, les ordeno que ataquen el *Quimera* con turboláseres a máxima potencia hasta que se rinda o sea destruido.

—Transmitido, señor.

Ronan respiró hondo.

—Almirante, le vuelvo a pedir que lo reconsidere —dijo—. Como le dijo Thrawn, podemos encontrar una solución. Con Thrawn y el director Krennic, podremos encontrar una solución más pacífica que no comporte la muerte de personal inocente.

—Nadie que siga a un traidor es inocente —le espetó Savit—. Estoy seguro de que un director adjunto del proyecto Estrella puede entenderlo.

—Almirante, por favor —dijo Ronan, desviando la vista hacia la ventanilla y el lejano *Quimera*. No había pasado mucho tiempo a bordo de aquella nave, pero había conocido a algunos de los oficiales de Thrawn. La comodoro Faro, la comandante Hammerly, la jefa de hangar Xoxtin y algunos más. Todos ellos leales al Imperio. Ninguno merecía morir.

Menos aún a manos de Savit.

Porque Savit era el traidor allí. Thrawn tenía pruebas y Savit las había reconocido. La inevitable investigación, que por supuesto se produciría, acabaría dejando al descubierto todo aquello, sin duda.

Pero para entonces Faro, Hammerly y el *Quimera* estarían muertos.

A no ser que Ronan lo impidiera.

Miró el bláster enfundado a un costado de Savit. El gran almirante seguía teniendo la mano apoyada encima, con los dedos tensos. Si Ronan pudiera arrebatarle el arma...

Pero no. No tenía autoridad para entrometerse en aquello. Cualquier cosa que hiciera o intentase repercutiría sin duda en el director Krennic y Estrella, aparte de que solo serviría para que le disparase alguno de los dos soldados de asalto que todavía hacían guardia en la parte trasera de la pasarela de mando.

Faro y el *Quimera* iban a morir. En cuanto las otras naves abrieran fuego...

Frunció el ceño, cayendo en la cuenta de que no lo habían hecho.

¿Por qué?

Era evidente que Savit se estaba preguntando lo mismo.

—*Ave Tormenta* y *Cazabrumas*, acabo de darles una orden —gritó—. ¿Por qué no la obedecen?

Silencio.

—*Ave Tormenta* y *Cazabrumas*...

—A todas las naves de la Tercera Flota —llegó la voz de la comodoro Faro por los altavoces—. Como pueden ver, varios pilotos de TIE del *Dragón de Fuego* se han

rebelado contra el injustificado ataque del gran almirante Savit contra el *Quimera*. Han mostrado su desacuerdo acabando con los sensores de blanco de su letal arsenal.

—¿Qué? —preguntó Savit—. No... eso es mentira. Son pilotos de *Thrawn*...

—Vuelvo a pedirles que hagan como ellos y no acaten las órdenes ilegales del almirante Savit. Y que se unan a mí en mi solicitud de que sea detenido y relevado del mando hasta que se realice una investigación minuciosa...

—¡No! —bramó Savit—. ¡A todas las naves, destruyan el *Quimera*! ¡Destruyanlo ahora!

—Me temo que no le oyen —dijo Thrawn—. Al concentrarse en los TIE que inutilizaban sus baterías de turboláser de estribor, no vio dónde fue mi lanzadera al salir del muelle.

—¿Boulag? —preguntó Savit.

—Sí, señor —dijo Boulag, en tono tenso—. ¡Registro de sensores del casco... rápido!

Ronan vio cómo el registro de imágenes retrocedía hasta el momento en que la lanzadera salía del muelle... la seguía cuando pasaba por debajo del babor de la cuña y rodeaba la línea cuña... giraba y regresaba hacia la superestructura de la nave, pegada al casco... posándose en un lado del casco, debajo y detrás del puente.

—Maldición —masculló Boulag.

—Exacto —dijo Thrawn—. Como puede ver, está adherida al casco, directamente sobre el transmisor de corto alcance del *Dragón de Fuego*, donde puede interferir todas sus transmisiones de salida.

—Genial —gruñó Savit—. En mis TIE y lanzaderas hay transmisores con la suficiente potencia para comunicarse con los otros Destruidores Estelares. Usaré uno de ellos. —Subió la voz—. ¿Capitán de muelle Llano?

No obtuvo respuesta.

—¡Capitán de muelle Llano!

—Creo que descubrirá que el control del muelle ya no está bajo su mando —dijo Thrawn—. Me parece que la comodoro Faro comentará algo al respecto en breve, como una prueba más de que el motín se extiende por el *Dragón de Fuego*. —Hizo un gesto—. Pero si quiere ir hasta el muelle y subir personalmente a uno de los TIE para hacer esa transmisión, es muy libre de hacerlo.

—¿Para que Faro pueda decir que he abandonado el puente porque mis altos oficiales también se han amotinado? —preguntó Savit—. Creo que tengo una manera de desmentir eso. Capitán Boulag, retome su ataque contra el *Quimera*.

Ronan miró a Boulag. La postura del capitán era rígida y su expresión atormentada.

—Lo siento, almirante —dijo el capitán—. Pero no creo que la mejor manera de servir al Imperio sea continuar esa línea de acción.

—Me trae sin cuidado lo que crea —le gruñó Savit—. Soy su comandante y el comandante de la Tercera Flota. Obedecerá o le dispararé por insubordinación y amotinamiento.

—Lo siento, almirante...

—Al habla el capitán Gilad Pellaeon, comandante del DSI *Heraldo* —llegó una nueva voz por el altavoz—. He examinado la información enviada por el *Quimera* y mi conclusión es que las pruebas son suficientes para justificar una investigación oficial. En consecuencia, pongo el *Heraldo* bajo el mando de la comodoro Faro y solicitó al gran almirante Savit que renuncie a su mando. También conmino a los capitanes Lochry y Rasdel a que se sumen a mí...

—Córtenlo —gritó Savit—. ¡Corten eso!

El altavoz quedó en silencio.

—Se terminó, almirante —dijo Thrawn, en voz baja—. Con el *Quimera* y el *Heraldo* en contra, no le queda ninguna esperanza de victoria.

—Maldito sea —dijo Savit.

Y de repente tenía el bláster desenfundado y apuntado a Thrawn.

—Disfrute de su victoria mientras pueda, gran almirante Thrawn. Nos veremos en el infierno.

Thrawn era enemigo de Ronan. Ronan lo tenía claro. Thrawn era el enemigo político y financiero de Estrella y del director Krennic en persona. Los Defensores y el propio Thrawn estaban a punto de perder toda utilidad, gracias a la esplendorosa Estrella de la Muerte.

Sin embargo...

Con un movimiento simple y fluido, Ronan se quitó la capa del cuello y la lanzó para enroscarla alrededor de la cara de Savit.

Este disparó su bláster, una descarga chisporroteante que pasó a milímetros de Thrawn y se estrelló en la pared del pozo de tripulantes de estribor. Tras lanzar una maldición, Savit agarró la capa y se la quitó de encima, mientras se giraba hacia Ronan. Levantó el bláster, apuntando esta vez a Ronan...

Y, entre aullantes círculos de luz azul, una descarga aturdidora pasó volando por encima del hombro de Ronan. Alcanzó a Savit de pleno en el torso y lo lanzó dando tumbos al suelo.

Ronan se dio la vuelta. Los dos soldados de asalto que Savit había dejado de guardia al final de la pasarela de mando estaban tirados e inmóviles en la cubierta. Entre ellos vio a Dayja, con el E-11 de un soldado de asalto en una mano y una tarjeta de identificación de reborde dorado y reverso brillante alzada en la otra.

—Todos tranquilos —gritó—. Soy el mayor Dayja Collerand, del Departamento de Seguridad Imperial. Desde este momento, el gran almirante Savit queda temporalmente relevado de su cargo y el mando del *Dragón de Fuego* pasa al capitán Boulag.

—¿Con qué autoridad? —preguntó Boulag, aparentemente tan indignado como aliviado.

—Es interesante, capitán —dijo Dayja, en un tono cordial mientras caminaba hacia el grupo de la pasarela, sujetando aún en alto su tarjeta de identidad—. No sé cuántos oficiales la conocen, pero hay una regla que dice que todos los blásters del puente de una

nave capital deben estar ajustados a modo aturdidor, a no ser que haya una orden precisa y avalada de su comandante.

—Para evitar lo que ha estado a punto de suceder aquí —dijo Thrawn.

—Entre otras cosas —añadió Dayja—. Buena maniobra, por cierto, director adjunto Ronan. Capitán Boulag, queda temporalmente al mando de esta nave. ¿Cuáles son sus órdenes?

Boulag miró el cuerpo inconsciente de Savit.

—Supongo que las reglas sobre blásters deben tener una sanción prescriptiva, ¿no, mayor Collerand?

—Sí —dijo Dayja—. Suspensión del puesto hasta que se celebre un proceso.

—Entiendo —dijo Boulag—. Muy bien. Almirante Thrawn, supongo que usted se quedará a bordo para testificar en el proceso del almirante Savit.

—Me temo que tengo asuntos más apremiantes de los que ocuparme, capitán —dijo Thrawn—. Ahora mismo se está librando una batalla que puede precisar de la presencia urgente del *Quimera*.

—¿Se marcha? —preguntó Dayja.

—Sí —dijo Thrawn—. ¿Tiene alguna objeción?

Dayja se encogió de hombros.

—El coronel Yularen me dijo que confiara en usted. No me parece el momento de poner en duda su palabra. ¿Capitán Boulag? ¿Alguna objeción?

—El gran almirante Thrawn me supera ampliamente en rango —dijo Boulag—. Por lo que a mí respecta, puede entrar y salir cuando le plazca.

—Gracias —dijo Thrawn, inclinando la cabeza hacia cada uno—. En cuanto a mi testimonio, estoy seguro de que el director adjunto Ronan estará más que encantado de hablar con su comité investigador.

—Por supuesto —dijo Ronan—. Pero no ahora. —Fue hacia donde Savit había tirado su capa, la recogió de la cubierta y se la volvió a poner al cuello—. El director Krennic me ordenó estar a bordo del *Quimera* para supervisar sus actividades, almirante Thrawn. No pienso desobedecer esa orden más de lo que ya la he desobedecido.

—Muy bien —dijo Thrawn, sacando su comunicador—. Para mí será un placer tenerlo como acompañante.

Ronan reprimió una mueca. Por una vez, Thrawn se equivocaba.

Porque, si iban donde Ronan creía e iban a hacer lo que Ronan sospechaba, para el gran almirante no sería nada placentero tener a Ronan cerca.

Nada placentero.

CAPÍTULO XXIII

Y con los cazas grysk aún haciendo su danza de desgaste, esperando que la *Imperturbable* se moviera, llegó el momento.

—Timonel, vector directo hacia la nave de guerra delantera —le recordó Ar'alani al timonel—. Los cazas responderán con láser y misiles, sus disparos probablemente pensados para desviarnos del rumbo. Ignore esos ataques.

—Sí, almirante —dijo el timonel. Su voz era firme, pero Eli pudo notar la tensión bajo sus palabras. La *Imperturbable* se iba a manchar las manos de sangre esta vez y todos a bordo lo sabían.

—Primer comandante Cinsar, ¿el paquete especial está listo? —gritó Ar'alani.

—Listo, almirante —respondió Cinsar—. No nos ha dado tiempo a entrar y sacar el propelente en el plazo que nos dio, así que hemos perforado unos agujeros en la cámara de premezcla. Eso debería vaciarlo lo bastante deprisa.

—No tardaremos en descubrirlo. Preparados.

Eli miró hacia atrás y vio que Ar'alani respiraba hondo. Se estaba arriesgando con aquello y todos lo sabían.

Pero no pudo percibir ninguna duda, ni de ella ni de ninguno de los que la rodeaban. Los oficiales y tripulantes de la *Imperturbable* confiaban ciegamente en ella.

Pensó que le recordaba a lo que sucedía en el *Quimera*. De nuevo, se preguntó por la historia y la relación entre Ar'alani y Thrawn.

—Timonel, adelante.

Por un instante reinó la angustia, porque la repentina aceleración de la nave sobrecargó momentáneamente los compensadores. Después, estos y la gravedad de la nave se reajustaron automáticamente y la *Imperturbable* voló hacia las lejanas naves grysk.

Llevaban cinco segundos avanzando cuando los cazas abrieron fuego.

—Salvas de láser —informó Khresh—. Los deflectores se debilitan... deflectores perdidos. Deflectores secundarios formándose.

—Daños en el casco en sectores tres, siete, quince y veinte —informó una voz por el intercomunicador—. Expulsando espuma ablativa.

—Lanzan misiles —gritó Khresh—. Treinta misiles, a toda velocidad.

—Láseres contra los misiles —ordenó Ar'alani—. Preparen las esferas para los que consigan pasar. Invasores, preparados para lanzar.

—Invasores preparados.

La *Imperturbable* continuaba su avance, con su casco metálico chisporroteando o brillando cuando los láseres de los cazas se estrellaban contra él. La lluvia de misiles amainó lentamente a medida que los láseres y las esferas de plasma de los chiss los fueron diezmando, hasta que el último estalló a lo lejos sin causar daños.

Pero aquello tuvo su precio, como comprobó Eli al hacer un repaso rápido de los números. Al enemigo aún le quedaban cuarenta misiles, como mínimo, y a la *Imperturbable* solo le quedaban veinticinco esferas.

Y eso sin contar los cazas y misiles que aún esperaban en la otra nave de guerra. Desde cualquier punto de vista, la *Imperturbable* estaba perdida.

—Disparen los Invasores —ordenó Ar'alani.

Se produjo una leve sacudida cuando los tres misiles Invasores salieron disparados de sus tubos: dos Invasores normales y uno especial manipulado por los técnicos de Cinsar. Eli siguió su rastro mientras los misiles aceleraban hacia la nave de guerra delantera.

Quedó claro que los cazas tenían prevista aquella maniobra. Seis de ellos desviaron inmediatamente su fuego láser hacia los Invasores, intentando abatirlos antes de que llegaran a la nave de guerra. El resto se lanzó hacia los vectores de los misiles, esperando llegar a tiempo para interceptarlos.

Ar'alani había lanzado el ataque en el momento perfecto. Con la velocidad extra que el avance de la *Imperturbable* les había proporcionado, los primeros dos misiles superaron el cordón que pretendían formar los cazas. El resto de los cazas siguió disparando y, por primera vez, la nave de guerra grysk abrió fuego con sus láseres, intentando destruir los Invasores lo bastante lejos de ella para que sus cargas ácidas llegasen demasiado diluidas al casco para causarle daños de consideración.

El primer misil brilló y desapareció de la pantalla táctica, alcanzado por los láseres de la nave de guerra. El segundo fue alcanzado cuando los cazas lo tuvieron a tiro. Recibió otros tres o cuatro impactos y también voló en pedazos.

Pero el tercer Invasor, el manipulado por Cinsar...

Apenas había alcanzado un tercio de la velocidad de un Invasor normal cuando su impulsor traqueteó y quedó mudo, dejando al misil volando por un vector balístico relativamente lento hacia la nave de guerra. Lo bastante lento para que el grupo de cazas que se dirigía hacia aquel vector se pudiera colocar en posición. Una descarga de fuego láser y el Invasor estalló en una bolsa volante de ácido. Los cazas mantuvieron sus posiciones, protegiendo a la nave de guerra que tenían detrás, confiando en que sus barreras electrostáticas dispersarían la mayor parte del ácido sin causarles daños significativos, dispuestos a soportar los daños menores que fueran necesarios para defender a su nave de guerra.

La bolsa de ácido se estrelló contra el grupo de naves, salpicándolos a todos. Con su tarea defensiva ya cumplida, los cazas se volvieron a dispersar y retomaron su ataque contra la *Imperturbable*.

Lanzaron media docena de descargas láser, hasta que, de repente, sus armas y motores quedaron en silencio.

—Destruyanlos —dijo Ar'alani, en voz baja.

Fue una masacre. Los cazas, incapaces de disparar o maniobrar, fueron blancos fáciles para los láseres de la *Imperturbable*. Una descarga o dos para eliminar lo que

quedase de barrera electrostática, y un disparo más para romper, empalar o volar en pedazos el caza indefenso. Y los artilleros podían pasar al siguiente enemigo de la fila.

Los chiss estaban enfrascados de pleno en la matanza cuando el comandante grysk entendió lo que estaba pasando. La nave de guerra abrió fuego con una furiosa andanada de láser y andanadas de misiles contra la *Imperturbable*, en un intento por distraerla o hacerle variar su línea de acción.

Por desgracia para él, era justo lo que Ar'alani esperaba. Cuanto más gastase su arsenal ofensivo a aquella distancia nada óptima, mejor.

Pero aquello tenía un precio. Un precio terrible. Y mientras la *Imperturbable* seguía avanzando, y la distancia entre combatientes se reducía, el precio era cada vez mayor. Los láseres grysk penetraban más profundamente en el casco de la *Imperturbable* y algunos misiles empezaban a superar los láseres defensivos y las esferas de plasma.

La *Imperturbable* contraatacó con sus propios láseres de espectro, con los rayos de ambas naves entrecruzándose con una ferocidad propia del fuego abrasador de una tormenta solar. Las descargas de bláster de los chiss se entremezclaban con las últimas esferas de plasma e Invasores de la nave.

Eli se estremecía con cada informe de daños que llegaba. Había partes del casco exterior achicharradas o destruidas por las ojivas de los misiles. Los guerreros de contención de daños hacían lo que podían, pero se veían obligados a retroceder gradualmente a medida que más y más partes del casco eran perforadas y los compartimentos quedaban inservibles.

La nave de los grysk tampoco estaba indemne. El puñado de Invasores que había superado las defensas enemigas había bañado con ácido partes del casco, perforando y ennegreciendo el metal y dejándolo más vulnerable al fuego láser. Unas cuantas esferas de plasma también superaron sus defensas y acallaron baterías de láseres o lanzamisiles allí donde impactaron.

Pero la nave de guerra grysk era más grande que la *Imperturbable*, con su correspondiente casco más grueso y muchísimo más armamento. Era evidente que si la *Imperturbable* continuaba con aquella estrategia, acabaría destruida mucho antes de que los grysk sucumbieran al contraataque.

Y si, de milagro, la *Imperturbable* salía victoriosa de aquello, la segunda nave de guerra esperaba pacientemente cerca, intacta y fuera de rango, preparada para tomar el relevo cuando la primera nave de guerra retrocediese.

O eso pensaban los grysk.

—Teniente Eli'van'to, ¿sus fuerzas están preparadas? —gritó Ar'alani.

—Lo están, almirante —le confirmó Eli, lanzando un suspiro de alivio. Por fin. Nunca había estado en una nave chiss que hubiera sufrido de aquella manera en combate y no tenía la menor idea de cuánto más podría resistir. Esperaba que Ar'alani no hubiera apurado demasiado las cosas—. El generador está en posición y todos los datos se han transmitido y recibido. —Sonrió levemente—. Y he confirmado que la segunda nave de

guerra tiene el mismo diseño y configuración que la primera, con los mismos emplazamientos de armas y defensas.

—Muy bien, teniente. Preparado... adelante.

Eli cruzó los dedos mentalmente y apretó el botón de comunicación.

Pasaron dos segundos, el tiempo necesario para que la señal de la *Imperturbable* cruzase los seiscientos mil kilómetros que la separaban de su destinatario. Pasó otro segundo... y otro... por un instante terrible, Eli se preguntó si el ataque grysk había dañado el transmisor de la *Imperturbable*...

A lo lejos se vio un destello, justo debajo de la segunda nave de guerra. El generador de pozo de gravedad que la *Imperturbable* había catapultado con cuidado y en modo invisible hacia allí, antes de que la batalla hubiera empezado. El generador que los mismos grysk habían fabricado para detectar naves que se aproximasen, capaz de sacarlas del hiperespacio y volver a la invisibilidad. El hecho de que fuera visible significaba que había detectado algo aproximándose y que estaba a punto de interrumpir abruptamente su viaje.

Aunque, en este caso, su presa no era un carguero desafortunado o un yate despistado.

Mientras Eli lo miraba, aliviado y satisfecho, doce pequeñas naves aparecieron ante su vista. Naves cuyos vectores se habían calculado minuciosamente para convergir sobre la segunda nave de guerra, intacta hasta entonces. Naves que habían sido sacadas del hiperespacio al borde de la esfera claramente definida por el generador de pozo de gravedad. Naves que estaban ahora apenas a unos centenares de metros de la nave de guerra, con sus defensas a tiro.

Los doce Defensores TIE de Thrawn.

Los grysk estaban completamente desprevenidos. Los Defensores lanzaron su ataque en cuanto salieron del hiperespacio, escupiendo fuego láser y misiles contra la nave enemiga.

Pero aquellos ataques tampoco eran aleatorios. La batalla aún en curso entre la *Imperturbable* y la nave de guerra grysk delantera, que tantos daños había causado en la nave chiss, había permitido que Eli ubicase con precisión todas las baterías láser, lanzamisiles y nódulos de las barreras electrostáticas del enemigo, datos que fue suministrando a los Defensores hasta el momento en que hicieron su irrupción controlada en el combate. El resultado fue un ataque de precisión quirúrgica que dañó de manera sistemática y profunda la nave enemiga.

—Prepárese, teniente —dijo Ar'alani, inclinándose hacia delante en su silla para ver mejor el ataque de los Defensores.

—Preparado, almirante —dijo Eli. Cambió al básico—. ¿Capitán Dobbs?

—Preparado —confirmó la voz de Dobbs.

—Pase al ataque Beta... ahora —ordenó Ar'alani.

—Ataque Beta, capitán —transmitió Eli.

Los Defensores detuvieron su ataque contra la nave grysk, alejándose y huyendo de la esfera de influencia del generador de pozo de gravedad. Tras un parpadeo múltiple de pseudomoción, volvieron a saltar al hiperespacio.

Eli contó los segundos. En aquello, la coordinación era más decisiva que en ningún caso. Pero eso era decisión de Ar'alani y Eli estaba más que dispuesto a acatarla.

Un grupo de cazas salió del hangar situado entre los cascos gemelos de la nave de guerra grysk, lanzándose hacia la batalla.

—¿Tanik? —gritó Ar'alani.

—Treinta cazas, almirante —informó Tanik—. Debe de ser la guarnición completa.

Los cazas se alejaron de la nave y se reagruparon, mientras ajustaban la conexión de sus barreras electrostáticas. Eli contuvo la respiración...

El generador de pozo de gravedad volvió a ser visible y los Defensores se lanzaron de nuevo al ataque.

Pero esta vez no volaban hacia la nave de guerra en una curva de ataque completa. Esta vez se congregaron bajo ella, formando una semicircunferencia sobre el muelle y los cazas recién desplegados.

De nuevo, el enemigo estaba desprevenido. Los cazas grysk hicieron lo que pudieron, media docena de ellos escaparon para intentar salir de la zona mortal y la otra media abrió fuego contra los Defensores, intentando abatirlos.

Pero aquellas tácticas no estaban diseñadas para combatir contra cazas con escudos completos, misiles de combate de corta distancia y cañones láser pesados. Ninguno de los grysk que intentaron huir logró rebasar el cerco imperial y ninguno de los que se quedaron pudo realizar más que uno o dos disparos antes de ser destruidos. De nuevo, como había pasado antes con el Invasor de Ar'alani, la cercanía de los cazas fue devastadora para los grysk, primero limitando su movilidad y después cuando los Defensores lanzaron nubes de cascotes a gran velocidad contra los cazas.

Al cabo de un minuto, la batalla había terminado.

—Ataque Gamma —ordenó Ar'alani.

Eli asintió.

—Dobbs, ataque Gamma.

—Creo que podemos saltarnos el Gamma —respondió Dobbs—. Pasemos al Delta.

—Los Defensores quieren pasar al Delta, almirante —dijo Eli, traduciendo al cheunh.

—¿En serio? —dijo Ar'alani, pensativa—. Muy bien, pues ni para ellos, ni para mí. La mitad Gamma y la otra mirad Delta.

—Eh... sí, almirante —dijo Eli, dubitativamente. El ataque Alfa había sido contra la nave de guerra trasera. El siguiente, Beta, contra los cazas. El Gamma debía ser un segundo ataque contra la nave de guerra, mientras en el Delta los Defensores volarían desde la nave de guerra trasera, ya derrotada, hasta la delantera, donde se sumarían al ataque de la *Imperturbable*.

Podía entender que Dobbs considerase que la segunda nave grvsk ya no representaba ningún peligro, al fin y al cabo, él estaba en el campo de batalla y tenía una visión más clara de los daños que habían causado.

Pero, aunque su conclusión fuera correcta, dividir una fuerza ya bastante reducida era una maniobra arriesgada, sobre todo cuando una mitad tendría que volar entre dos naves de guerra enemigas que aún podían tener láseres o misiles por disparar.

—Envíe sus cazas de vuelta al hiperespacio —continuó Ar'alani—. Seis volverán de inmediato y se lanzarán contra la nave trasera. Los otros esperarán treinta segundos para sumarse a los primeros. —Arqueó las cejas—. Esta vez más cerca de la *Imperturbable*.

Eli frunció el ceño... y entonces, de repente, lo entendió.

—Sí, almirante —dijo. Pasó al básico, dio la orden a Dobbs, explicándole lo que iba a suceder.

En la pantalla táctica, los Defensores dieron media vuelta y desaparecieron de nuevo en el hiperespacio.

—Control de tractores, preparados —ordenó Ar'alani—. Esta vez tendremos muy poco tiempo.

A lo lejos, reapareció el generador de pozo de gravedad.

—¡Ahora! —gritó Ar'alani.

—Lo tengo, almirante —confirmó Khresh. Los seis Defensores aparecieron ante su vista, acribillando con sus armas a la nave de guerra trasera, mientras el generador volvía a desaparecer gracias a su campo de invisibilidad.

—Remóqluenlo —ordenó Ar'alani—. Recto hacia nosotros y por debajo de la nave de guerra delantera.

Como el generador y el rayo tractor eran invisibles, Eli no podía saber si aquello estaba funcionando o no. Contó los treinta segundos que había especificado Ar'alani...

Y el generador volvió a aparecer, pegado al vientre de la nave de guerra grysk delantera mientras era remolcado firmemente hacia la *Imperturbable*. Al cabo de un instante, justo a la orden de Ar'alani, aparecieron los otros seis Defensores con sus cañones láser y misiles masacrando a su presa. La nave de guerra respondió disparando tres o cuatro descargas infructuosas, después hizo otra media docena de disparos inútiles contra la *Imperturbable* y quedó en silencio.

—Preparado, teniente —dijo Ar'alani, inclinándose otra vez en su silla. Eli sabía que aquel era otro momento decisivo, tan crucial como el anterior—. Preparado... repliéguelos.

—Dobbs, retirada —ordenó Eli.

—A la orden —dijo Dobbs—. Defensores... esfúmense. —Los Defensores dieron media vuelta y volvieron a desaparecer en el hiperespacio.

Justo cuando las dos naves de guerra grysk estallaron.

Eli hizo una mueca. Habían visto a la nave de guerra grysk del puesto de vigilancia haciendo aquella maniobra de tierra quemada, autodestruirse antes que permitir su captura. Esperaba que este comandante postergase aquella decisión en exceso y tener al

menos una mínima posibilidad de quedarse con una nave parcialmente intacta para que los chiss la analizaran.

Ahora, sin embargo, tendrían que apañárselas con los restos.

—Fije el rayo tractor —ordenó Ar'alani. Si estaba decepcionada por la pérdida de sus potenciales trofeos, no lo demostró—. Sáquenlos del vector del generador... no queremos que los Defensores choquen con nosotros cuando regresen. —Se volvió hacia Eli y le hizo un gesto—. ¿Podemos hablar, teniente Eli'van'to?

—Sí, almirante —dijo Eli, desatándose el arnés y yendo hacia ella.

—Quiero que prepare alojamientos y refrigerios para los pilotos de los Defensores. No sabemos cuánto tardará el *Quimera* en venir a recogerlos y quiero que se sientan cómodos.

—Sí, señora —dijo Eli. Empezó a darse la vuelta, pero se detuvo al ver que ella levantaba un dedo.

—La navegante Vah'nya —dijo, bajando la voz hasta poco más que un susurro—, dígame qué le prometió, exactamente.

Eli titubeó. Pero no tenía escapatoria.

—Dijo que si la batalla nos iba mal, no quería que las otras navegantes ni ella fueran capturadas por los grysk.

—Ya. ¿Prometió matarla?

Un crimen capital. Por un instante, Eli se planteó decir que no, o como mínimo contar solo media verdad.

Pero era la almirante Ar'alani. Era inútil mentirle.

—Sí, señora, se lo prometí.

—¿Cómo lo habría hecho?

Eli la miró a los ojos. Los relucientes ojos rojos de los chiss... ventanas al corazón y el alma de un guerrero chiss.

—Las habría metido a todas en una cápsula de escape. Junto con tantos explosivos como encontrase. Esperaría que subieran la cápsula a bordo de la nave de guerra y haría detonar los explosivos.

—¿Cumpliendo su promesa con Vah'nya y eliminando tantos enemigos como fuera posible, de paso?

El alma de un guerrero chiss...

—Sí, almirante.

Ar'alani se lo quedó mirando un momento.

—Quiere un puesto de mando —le dijo—. Se aburre con esa tarea de análisis que le asigné.

Era inútil mentir.

—Sí, señora, así es.

—¿Sabe qué está analizando?

—No, señora. Imagino que tiene que ver con operaciones de logística o transbordo.

—No. —Ar'alani señaló con la cabeza a Vah'nya—. La está analizando a ella.

Eli se quedó boquiabierto.

—¿A Vah'nya?

—A Vah'nya, Un'hee y a todas las navegantes chiss —dijo Ar'alani—. Está examinando sus historiales, genética, herencia familiar y todo aquello sobre ellas que se ha podido codificar lo bastante para reducirlo a números. Está buscando un patrón, algo para lo que Mitth'raw'nuruodo me aseguró que estaba muy dotado, con el objetivo de anticipar dónde podrían surgir futuras navegantes y quizá incluso la forma de crear más.

Miró a Vah'nya.

—Y, con mucha suerte, quizá descubra el secreto de cómo la navegante Vah'nya ha conservado la Tercera Visión mucho más allá de la edad en que se suele desvanecer.

Ar'alani le miró.

—¿Su deber le parece ahora tan anodino, teniente Eli'van'to?

—No, señora —dijo Eli, sintiéndose un idiota. Debería haber supuesto que Thrawn no lo habría enviado con Ar'alani y los chiss si no tenía un motivo realmente excepcional—. Disculpe, almirante. No debería haber cuestionado sus órdenes, ni mis deberes.

—No, no debería —dijo Ar'alani—. Espero que aprenda la lección.

—Sin duda, almirante.

—Bien —Ar'alani señaló la ventanilla—. Veo que los Defensores TIE han regresado. Puede empezar a recibirlos en el muelle y organizar su alojamiento.

—Sí, señora. —Eli se puso firme—. Gracias, almirante.

—De nada. —Ar'alani inclinó la cabeza—. Siga así... teniente comandante Eli'van'to.

CAPÍTULO XXIV

El *Quimera* llegó al campo de batalla y encontró un inmenso campo de residuos.

Para alivio de Faro, los restos no eran de la *Imperturbable*.

Aunque pronto quedó claro que la nave chiss no había salido precisamente indemne de la batalla. Su casco estaba acribillado y ennegrecido, con partes completamente reventadas y grandes agujeros en un par de lugares donde recordaba haber visto baterías de láseres.

Pero la nave seguía viva y operativa. Más importante aún, al menos desde el punto de vista imperial, los doce Defensores TIE habían salido indemnes.

—Lamento no haber podido alejarnos más de los restos —dijo Ar'alani. Había llegado acompañando a los Defensores, a bordo de una lanzadera chiss, al parecer con la intención de entregárselos personalmente al *Quimera*.

Faro esperaba que Eli Vanto viniera con ella, aunque solo fuera para poder despedirse de su antiguo comandante pero, aparte de la tripulación de la lanzadera, Ar'alani había llegado sola.

—Hemos guardado algunas de las piezas más interesantes para ti, si las quieres —continuó Ar'alani—. Estás invitado a venir a echarle un vistazo al resto, si tienes tiempo.

—Me temo que no —dijo Thrawn—. Pero aceptaré las piezas que me has traído para su posterior estudio.

—Daré instrucciones a la tripulación de mi lanzadera de que las descarguen antes de marcharnos —dijo Ar'alani—. Creo que te parecerán particularmente interesantes. Las dos parecen fragmentos de obras de arte.

Thrawn entornó los ojos.

—Por supuesto. ¿Obras de arte de origen grysk?

—Lo desconozco —dijo Ar'alani—. Quizá tú puedas identificar su origen.

—Estoy deseando examinarlas —dijo Thrawn—. Si no son grysk, como mínimo son obras de arte que algún guerrero grysk encontró interesantes o agradables. Solo eso ya las hace muy útiles.

—Rezo para que tus estudios den fruto —dijo Ar'alani—. Necesitaremos toda la ayuda posible para derrotarlos.

—Haré todo lo que pueda —prometió Thrawn.

Faro reprimió una mueca. Todo lo que pudiera. ¿Aquella promesa incluía actividades o ayuda en oposición directa a su juramento de lealtad a la Marina y el Imperio?

Thrawn había demostrado que Savit era un traidor. ¿Su relación con Ar'alani y los chiss lo estaba llevando por un camino peligrosamente parecido?

Si era así, aunque fuese con la mejor intención, ¿el deber de Faro sería reprenderlo?

—Háblame del teniente Vanto —dijo Thrawn—. ¿Sus estudios han dado resultados?

—Aún no —dijo Ar'alani—. Pero sigue adelante con determinación. Si se puede lograr algo, no dudo que será él quien lo logre. —Ladeó la cabeza—. No me has preguntado por su papel en la batalla.

—El regreso a salvo de mis Defensores TIE sugiere que su papel fue positivo.

—Sin duda —dijo Ar'alani—. Mi informe destacará muy particularmente al teniente comandante Eli'van'to.

Puede que los labios de Thrawn esbozaran una leve sonrisa al oír el nuevo rango de Vanto. Faro no estaba segura.

—Celebro que mi fe en él no fuera injustificada —dijo—. Y ahora, hablando de informes, es hora de que el director adjunto Ronan envíe el suyo. Comodoro Faro, ¿sería tan amable de convocarlo en el puente?

—Sí, señor —dijo Faro, sacando su comunicador.

—En ese caso, me marchó, Mith'raw'nuruodo —dijo Ar'alani, asintiendo—. Que tengas buen viaje.

—Espera un momento, por favor —dijo Thrawn—. Me gustaría que te quedases hasta que el director adjunto haya terminado de hacer su informe.

Ar'alani frunció el ceño.

—Tengo deberes pendientes, almirante.

—Puede que esos deberes se amplíen un poco —dijo Thrawn—. ¿Comodoro? Llame al director adjunto Ronan, por favor.

Thrawn y Faro esperaban en el puesto de comunicaciones del puente trasero cuando Ronan llegó.

Para su sorpresa, la almirante Ar'alani estaba con ellos.

—Almirante. —Ronan saludó a Thrawn con cautela, lanzando una mirada intrigada a Ar'alani—. ¿Quería verme?

—Los Defensores TIE han regresado de su servicio con la almirante Ar'alani —dijo Thrawn—. La fuerza de asalto grysk ha sido exterminada y con ella la amenaza que representaba para el Imperio.

—Eso es una buena noticia —dijo Ronan, en un tono neutro. La amenaza había desaparecido... pero el precio de la victoria había sido la connivencia con fuerzas alienígenas.

—Muy buena noticia —coincidió Thrawn—. Tengo entendido que el capitán Boulag está llevando al gran almirante Savit de vuelta a Coruscant para la investigación, con el *Cazabrumas* como escolta, y que el capitán Lochry y el *Ave Tormenta* van camino de Aloxor para supervisar las operaciones contra los piratas cómplices de sus robos.

Arqueó las cejas.

—Como el tiempo apremia, me pareció que era el momento para que le haga su informe al director Krennic y el gran moff Tarkin. —Señaló la pantalla de comunicaciones.

Ronan notó que torcía los labios. Había dado por supuesto que dispondría de más tiempo para pensarse cómo explicarle aquello al director Krennic.

Al parecer, Thrawn tenía otros planes.

—El capitán Lochry me dijo que la HoloRed no funciona en este sistema —dijo, intentando ganar tiempo—. ¿No debemos viajar hasta el punto de transbordo?

—El capitán Lochry se equivocaba —dijo Thrawn—. Recibí su transmisión. Solo decliné responderla.

Ronan frunció el ceño.

—¿Por qué? Solo quería que le confirmase mi identidad.

—No deseaba hacerlo —dijo Thrawn—. Necesitaba que lo enviase junto al gran almirante Savit para que fuera testigo de confesión. —Alargó una mano hacia el tablero de comunicaciones—. Le esperan. —Pulsó un botón.

Dos pantallas se encendieron, una mostrando a Tarkin, la otra al director Krennic.

—Director adjunto Ronan —dijo Tarkin, cordialmente—. El gran almirante Thrawn me ha dicho que ya está listo para darnos su informe sobre las naves de suministro perdidas. —Sus ojos se clavaron en Ronan—. Y decírnos si el almirante Thrawn ha cumplido su parte del trato o no.

—Así es —dijo Ronan, con sus pensamientos patinando como un insecto sobre el hielo. Ar'alani, fuera de la vista de la cámara pero mirándole atentamente. Faro, también fuera de plano, observándole con la misma intensidad. Thrawn, de pie a su espalda, esperando su veredicto, crucial para el futuro de su proyecto Defensor.

Thrawn, en connivencia con un gobierno alienígena y empleando recursos imperiales para ayudar a un ejército alienígena. ¿Traición?

Los propios Defensores, al parecer determinantes en la derrota de otra amenaza alienígena contra el Imperio. ¿Un proyecto útil y esencial?

La amenaza del gran almirante Savit para Estrella identificada y eliminada. ¿Un éxito?

Pero todo era mera gimnasia mental. Ronan había decidido hacía mucho qué era lo realmente importante y sabía lo que tenía que decir.

—Lamento informarles —dijo— que el gran almirante Thrawn no ha cumplido su parte del trato.

Por el rabillo del ojo vio que Faro se revolvía, como si quisiera decir algo, pero que se contenía al ver un leve movimiento con la mano de Thrawn.

—Lo estipulado era que acabara con los grallocs que acosaban a las naves de transporte —continuó Ronan—. Eso no lo ha conseguido.

—¿En serio? —dijo Tarkin, mirándolo fijamente—. Tenía entendido que con el arresto del gran almirante Savit se solucionaban los problemas de suministros de Estrella.

—Eso es irrelevante respecto a los términos del trato —dijo Ronan, con firmeza.

—¿Y qué hay de esos informes suyos sobre contactos con fuerzas militares alienígenas? —preguntó el director Krennic.

Era una pregunta crucial y Ronan lo sabía. Potencialmente devastadora. Pero también sabía que era mecánica, consecuencia de los informes que él había mandado, y que al director Krennic en realidad no le interesaba su respuesta. Su informe final descartaba la posibilidad de que ningún fondo de Estrella se perdiera por culpa de los Defensores de Thrawn y al director eso era lo único que le importaba.

—Fueron contactos menores y sin relevancia ninguna —dijo Ronan—. Mi informe final los describirá con detalle. —Un informe que, si era totalmente sincero, volvería a suscitar con fuerza la cuestión de la traición.

Aunque solo si alguien llegaba a leérselo. Ronan había lidiado con la suficiente burocracia para saber cómo enviar un informe de tal manera que garantizase que nadie se tomase semejante molestia.

—Lo estaré esperando —dijo Tarkin. Otra respuesta mecánica, Ronan lo sabía, sin verdadera intención o interés detrás. Tarkin había perdido en su última apuesta por arrebatarle el control de Estrella al director Krennic, había aceptado la derrota con su habitual mal perder disimulado bajo falsa cortesía y ya estaba pensando en su siguiente estratagema—. Almirante Thrawn, ¿tiene algo que añadir?

Thrawn se estremeció junto a Ronan.

—No, nada —dijo.

—En ese caso me temo que no tengo más remedio que dictaminar a favor del director Krennic —dijo Tarkin—. Pero no tema, seguiré defendiendo su plan ante el Emperador. Lord Vader también ha mostrado su interés en los Defensores. No dudo que en cuanto Estrella esté terminada y dispongamos de mayores recursos, su proyecto será prioritario.

—Gracias —dijo Thrawn—. En cuanto a Estrella, ¿puedo hacer una sugerencia?

El director Krennic entornó muy ligeramente los ojos.

—Me gustaría oírla —dijo, con recelo.

—Teniendo en cuenta la importancia del proyecto, se me ocurre que, a medida que el momento de su activación se acerque, podría verse expuesto a mayor escrutinio y potenciales ataques, tanto desde fuera como desde dentro.

—¿Qué sugiere exactamente, almirante? —preguntó el director Krennic, con un matiz amenazador en la voz—. Mis directores adjuntos y altos oficiales son completamente leales al Imperio.

—No digo lo contrario —dijo Thrawn, serenamente—. Pero un potencial enemigo podría lograr acceder a bordo, donde podría crear serios problemas.

—Mis medidas de seguridad...

—¿Qué aconseja, almirante? —le interrumpió Tarkin.

—Creo que hay una persona en el Imperio que no solo identificaría cualquier amenaza contra Estrella, sino que además dispone de la capacidad suficiente para afrontarlas —dijo Thrawn—. Mi sugerencia es que se destine a lord Vader a la supervisión del proyecto, al menos hasta el primer crucero de prueba.

El director Krennic lanzó un leve resoplido.

—No creo que eso sea necesario.

—Excelente idea —dijo Tarkin, cordialmente—. Se la trasladaré al Emperador en cuanto tenga oportunidad.

—Gracias —dijo Thrawn—. Si hemos terminado, me han comunicado que la situación en Lothal es crítica. Debo regresar allí de inmediato.

—Eso he oído yo también —dijo Tarkin, con una expresión más severa—. Como el mando de la Tercera Flota está un tanto desorganizado, he dado órdenes al *Heraldo* de acompañarlo. —Sonrió—. Sé que la presencia del capitán Pellaeon no será necesaria para que acabe con la actual actividad rebelde, pero puede resultarle útil.

—Gracias, de nuevo —dijo Thrawn—. Director Krennic, le devolveré al director adjunto en cuanto esté listo para marcharse.

—Gracias, almirante Thrawn —dijo el director Krennic—. Estoy deseando volver a trabajar con usted. —Salió de pantalla y su imagen desapareció.

Ronan sabía que era mentira. Teniendo en cuenta la implicación de Thrawn en aquella estrategia final de Tarkin, por inocente que fuera la propuesta del gran almirante, el director Krennic jamás volvería a confiar en el chiss.

—Puede volver a sus deberes, almirante —dijo Tarkin—. Espero informes sobre sus éxitos en Lothal. —Tarkin salió de la pantalla.

Y antes de que su imagen desapareciera, a Ronan le pareció ver una leve sonrisa de satisfacción.

—Comodoro Faro, vuelva al puente y contacte con el *Heraldo* —dijo Thrawn—. Coordine un encuentro en Lothal con el capitán Pellaeon.

—Sí, señor. —Faro se quedó un momento mirando fijamente a Ronan, con una expresión que dejaba claro que deseaba verlo muerto, no solo eso, muerto de la manera más lenta y dolorosa posible. Después, finalmente, ella se dio la vuelta, sin apartar la vista de Ronan, cruzó el arco que separaba el puente trasero del principal y fue hacia el puesto de comunicaciones.

—¿Va a organizar mi regreso a Estrella? —preguntó Ronan. La partida de Faro lo había dejado a solas con Thrawn y Ar'alani, y después de aquella mirada asesina de la comodora se sentía repentinamente incómodo en compañía de un par de alienígenas.

—Sí —dijo Thrawn—. Si desea regresar.

Ronan frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Ya ha oído al gran moff Tarkin —dijo Thrawn—. Recomendará que destinen a lord Vader a Estrella. Allí trabajará estrechamente con usted.

—Y con el director Krennic y centenares de otros —dijo Ronan—. ¿Qué quiere decir?

—Lo que quiero decir, director adjunto —dijo Thrawn, en voz baja—, es que puede ocultarles el desprecio que le genera el Emperador al director Krennic y a esos centenares de otros que menciona, pero no se lo podrá ocultar a lord Vader.

Fue como si un puño se cerrase alrededor del corazón de Ronan.

—No sé de qué me habla —protestó, mecánicamente.

—Por supuesto que sí —dijo Thrawn—. Tiene tres opciones. Puede volver con el director Krennic y esperar ocultarle sus verdaderos sentimientos a lord Vader. O puede dimitir de Estrella y alejarse del proyecto tanto como pueda.

Ronan hizo una mueca. No podía. La mera sugerencia de que alguien de su nivel quisiera renunciar a su cargo levantaría sospechas desde allí hasta el Espacio Salvaje y más allá. Lo detendrían e interrogarían... y el resultado sería el mismo.

No dudaba que Thrawn también era plenamente consciente de ello.

—¿Y la tercera opción? —preguntó entre dientes.

—Se marcha con Ar'alani y la Ascendencia Chiss.

Ronan se quedó boquiabierto.

—¿Qué? ¿Por qué diantres iba a hacer eso?

—Porque ha visto la amenaza que suponen los grysk para la galaxia —dijo Thrawn—. Porque ha trabajado con muchas especies no humanas y su interpretación de sus formas de pensar y actuar puede ser muy valiosa en el inminente conflicto. —Sus ojos parecieron clavarse en los de Ronan—. Porque si se queda dentro de los confines del Imperio, antes o después, terminarán cazándolo y ejecutándolo.

Ronan miró a Ar'alani. Por lo que sabía, la chiss no hablaba nada de básico. Pero la expresión de su cara dejaba claro que entendía lo que estaba pasando.

—Está loco —dijo, dando la espalda a Thrawn—. Soy leal al Imperio. Cualquier investigación, cualquier interrogatorio, lo demostrará.

—Por supuesto que sí —dijo Thrawn—. Por eso sé que combatirá a los grysk con su mente y corazón. Porque son una amenaza tan peligrosa para el Imperio como para la Ascendencia.

Ronan negó con la cabeza.

—No me puedo marchar. ¿Lo entiende? No puedo.

—Pues morirá —dijo Thrawn, llanamente.

Ronan le fulminó con la mirada. Sí, era leal. Sí, era esencial para el director Krennic y el proyecto Estrella.

Y sí, lo único que sentía por el Emperador era desprecio.

—Tenga en cuenta que su decisión de marcharse no sería irrevocable —continuó Thrawn—. Como puede ver, los chiss son bastante capaces de infiltrarse en el Imperio sin ser detectados. Si usted o la almirante Ar'alani deciden que no será útil en la guerra que se avecina, pueden traerlo de vuelta.

—Lo más útil que puedo hacer por esa guerra es asegurarme de que Estrella esté operativa cuando estaba previsto —replicó Ronan.

—Pues regrese con el director Krennic —dijo Thrawn—. Y lord Vader.

Ronan se lo quedó mirando un buen rato. No podía esperar que aceptase aquella oferta disparatada. Abandonar el Imperio y unirse a una civilización alienígena que podía convertirse fácilmente en el enemigo de todo aquello que siempre había conocido... no.

Nunca podría hacer algo así. Era muchísimo mejor volver con el director Krennic e intentar arreglárselas con Vader.

Pero, al abrir la boca para decirlo, recordó algo. Se acordó de cuando observaba el puente del *Quimera* y vio estremecerse a la tal Vah'nya, reaccionando a algo antes de que sucediera.

¿Acaso era ese el verdadero plan de Thrawn? ¿Mandarlo con Ar'alani con la esperanza de sumar un aliado al plan secreto del Emperador y Thrawn para localizar y destruir a todos los Jedi que hubiera entre los chiss?

Ridículo. Thrawn ni siquiera había visto a Ronan cuando aquel incidente sucedió. No podía saber que había presenciado la reacción de Vah'nya, ni que hubiera llegado a la conclusión acertada.

Pero el hecho de que Thrawn no supiera que Ronan era un potencial aliado no significaba que no pudiera serlo.

De hecho, a veces no hay nada mejor que contar con un aliado secreto.

—Bien —dijo—. Me iré con ella. Pero solo temporalmente y si Ar'alani me puede demostrar claramente que los grysk son una amenaza para el Imperio.

—Entendido —dijo Thrawn—. Se lo diré. —Hizo un gesto a la pareja de soldados de la muerte que hacía guardia al final de la pasarela de mando—. Uno de mis guardias lo escoltará hasta la lanzadera de la almirante Ar'alani. El teniente comandante Vanto le estará esperando y lo iniciará en su orientación. Después enviaré a la almirante. Si cambia de opinión antes de que ella haya llegado, solo tiene que bajarse de la lanzadera y le escoltarán hasta otro transporte que lo llevará directamente hasta Estrella.

—Lo tendré en cuenta —dijo Ronan.

Pensó sombríamente que no iba a cambiar de opinión mientras iba hacia el turboascensor, con el soldado de la muerte siguiendo sus pasos. Todavía no.

Pero si resultaba que Thrawn no estaba trabajando con el Emperador en el asunto de los Jedi, sino que confabulaba clandestinamente contra él, el gran almirante descubriría que no había mandado un peón o un aliado secreto a su pueblo. Descubriría que les había enviado un enemigo.

Y Ronan podía ser un aliado excelente, pero también podía ser un enemigo muy, muy peligroso.

«Ar'alani mira la puerta del turboascensor al cerrarse. Su expresión revela reflexión e incertidumbre».

—¿Estás asumiendo un riesgo terrible, Mitth'raw'nuruodo? —dijo. *«Su voz contiene advertencia y desaprobación»*—. Está descontento, poco predispuesto y nada convencido.

—Lo sé. Así es él.

«Ar'alani niega con la cabeza. Su expresión y lenguaje corporal revelan ahora preocupación».

—Es peligroso. Cobijar a un potencial traidor es bastante malo. Pero saberlo es aún peor.

—En absoluto. Uno se puede asegurar de que el potencial traidor solo reciba la información e instrucción que desea dar a conocer al enemigo.

—¿Ese es tu plan para Ronan?

—Solo es una sugerencia. Ahora es tuyo. Lo que hagas con él ya es cosa tuya.

«Ar'alani frunce los labios. Su lenguaje corporal revela ahora maliciosa diversión».

—Algún día, Mitth'raw'nuruodo, pensarás demasiado y planeearás demasiado y todo se desmoronará encima de ti. Cuando eso suceda, espero que haya alguien cerca para ayudarte a levantarte.

—¿Quizá tú?

«Ar'alani niega con la cabeza. Su expresión contiene pesar, puede incluso que dolor».

—Mucho me temo que no te volveré a ver jamás. El creciente caos de la Ascendencia es un indicio de guerra inminente. Si no vuelves pronto, es muy probable que no te quede donde volver.

—Entiendo. Pero, por ahora, debo quedarme aquí.

—Haz lo que consideres oportuno —dijo Ar'alani. *«Su expresión es rígida pero firme, conteniendo una despedida»*—. Y que la suerte del guerrero te sea siempre propicia.

La breve conversación terminó. Faro vio por el rabillo del ojo, furiosa y fingiendo estar absorta en su datapad, que Ar'alani y el soldado de la muerte que la escoltaba entraban en el turboascensor.

De hecho, estaba doblemente furiosa.

Estaba deseando quedarse a solas con Ronan, aunque fuera solo un minuto, el tiempo suficiente para decirle exactamente lo que pensaba sobre su miserable comportamiento hacia Thrawn. No solo su traición al gran almirante y su proyecto Defensor, sino también su pertinaz y estúpida negativa a ver las cosas desde una perspectiva más amplia. Su petulancia infantil, su miope decisión de seguirle el juego a Krennic, en lugar de elevarse por encima de las miserias políticas para servir al Imperio.

En realidad, tenía pensado lo que iba a decirle, sin importarle por una vez si rebasaba o no los límites de la insubordinación. Ronan necesitaba oír aquello, oír cada minucia y detalle, y al infierno el daño que aquello pudiera causarle a su carrera. Por el Imperio, demonios, por toda la galaxia, Thrawn necesitaba que Ronan diese la cara por él ante Krennic y Tarkin, ante el Emperador incluso, si era necesario. Si no podía estrangular a

aquel cabrón con sus propias manos, como mínimo le podía ofrecer la posibilidad de arreglar las cosas en el último momento.

Pero Thrawn, inesperadamente, había mandado a Ronan con un soldado de la muerte de escolta, presumiblemente hasta el muelle y su huida a Estrella. Era muy probable que Faro no volviera a verlo jamás, ni mucho menos tener la oportunidad de lanzarle su andanada verbal.

Maldición.

Thrawn esperó a que la puerta del turboascensor se cerrase, se dio la vuelta y regresó al puente.

—Comodoro —dijo, saludándola, al acercarse—. ¿Lo ha coordinado todo con el capitán Pellaeon?

Faro enderezó los hombros. «No se debe dar demasiadas vueltas a los fracasos», le había dicho una vez Thrawn. «Cuando llega la derrota, un verdadero guerrero la acepta, aprende de ella y sigue adelante».

Faro pensó que, de hecho, un verdadero guerrero ni siquiera debía lamentar la derrota.

—Sí, señor, lo he hecho. El *Heraldo* llegará a Lothal poco antes que nosotros.

—Bien —dijo Thrawn—. Parece alterada, ¿puedo preguntar por qué?

«No debía lamentar la derrota».

—No tiene importancia, señor.

—Supongo que le molestó enterarse por el director adjunto Ronan que me posicioné contra su nombramiento como comandante de la Fuerza Operativa 231.

Y allí lo tenía, encima de la mesa. Con todo lo que había sucedido en los últimos días había logrado apartar aquella herida molesta a un rincón de su mente.

Pero aquella conversación la había traído de nuevo al primer plano, cuando ya había llegado a la conclusión de que Ronan le mentía y había intentado olvidarlo.

¿Ahora Thrawn se lo estaba confirmando?

—¿Se me permite hablar con libertad, señor? —preguntó.

—Por supuesto.

—Sí, señor, así es —dijo, bastante sorprendida de que sus palabras salieran con tanta calma. Pero, tras la traición de Ronan a Thrawn, cosas tan menores como su carrera futura no parecían nada importantes—. ¿Puedo preguntar por qué lo hizo?

—Porque es demasiado buena para eso —dijo Thrawn—. Es mucho mejor administradora y estratega, en resumen mejor oficial. Por eso solicité que no la considerasen para la Fuerza Operativa 231 sino que la tuvieran en cuenta como candidata a comandar la Undécima Flota.

Faro se quedó boquiabierta.

—¿La Undécima Flota? Almirante, solo soy una comodoro.

—Eso puede cambiar.

—Señor, esto no es como para bromear —insistió Faro.

—No bromeo, comodoro —le aseguró Thrawn—. La verdad es que es usted una comandante excepcionalmente competente y la flota imperial debe reconocer y

recompensar a la gente como usted. Su actuación de hoy contra el gran almirante Savit solo confirma que está sobradamente capacitada.

Faro respiró hondo.

—Señor, agradezco su confianza. Pero los dos sabemos que toda la operación contra el *Dragón de Fuego* fue suya.

—¿Sí? —replicó Thrawn—. Dígame, ¿por qué no siguió mis instrucciones respecto al punto de impacto del generador invisible?

Faro sintió un nudo en la garganta. Esperaba que Thrawn considerase aquello un simple error o un mal cálculo. Era evidente que sabía que el cambio en su plan había sido deliberado.

—Hasta entonces, los cazas TIE del *Dragón de Fuego* no habían entrado en acción —le dijo—. Recordé su comentario sobre que Savit no confiaba en los demás, pero también le había visto usar el *Ave Tormenta* y el *Cazabrumas* contra nosotros, en vez de hacer el trabajo sucio él mismo. Sabía que no tendría más remedio que emplear sus propias fuerzas, así que me pareció mejor añadir un poco de confusión a su muelle, en vez de eliminar uno de sus turboláseres de estribor con un impacto desde la línea cuña. Sobre todo porque sus TIE requisados volaban ya hacia los sensores de blanco de los turboláseres.

—Un razonamiento excelente —dijo Thrawn—. Yo ya había minimizado el peligro de los cazas, pero usted no podía saberlo. Lo que hizo fue observar a su oponente, evaluar sus puntos fuertes y débiles, anticipar unos cuantos movimientos y planear su estrategia en concordancia. Todo ello indicio de un buen comandante.

Thrawn la miró con aire pensativo.

—También tiene mucho mejor olfato para la política imperial que yo. Supongo que era usted la que mandaba informes anónimos al gran moff Tarkin, ¿verdad?

—Sí, señor —dijo Faro. Extrañamente, ya no sentía tanta necesidad de disculparse por aquello—. Las reglas exigen que se presente un informe siempre que se produzca un contacto con una especie desconocida. Puesto que Tarkin es el gran moff de esta región y tiene control directo sobre ella, me pareció lógico mandarle esos informes directamente a él, en vez de a Coruscant.

—¿Y pensó que ese razonamiento sería defendible con argumentos si surgía la necesidad?

—Sí, señor —dijo Faro—. También se pudo interpretar como un mero desliz que los informes no vinieran firmados por nadie.

—Si hubiera sido necesario, ¿habría dicho que los enviaba en mi nombre?

—Sí, señor —dijo Faro—. Sabía que Ronan también le estaría mandando informes a Krennic, lo más negativos posible, por supuesto. Me pareció útil equilibrar un poco la balanza.

—Por supuesto —dijo Thrawn—. Como le he dicho, tiene mucho más instinto para esas cuestiones políticas.

—Gracias, señor —dijo Faro, sin saber muy bien si aquello era un cumplido, pero decidiendo tomárselo como tal. La siempre útil herramienta a veces conocida como «coartada verosímil» no era nada inventado por el Imperio—. Agradezco su intervención a favor de mi nombramiento —añadió—. Aguardaré con interés la decisión del Alto Mando.

Thrawn arqueó ligeramente las cejas.

—No me ha entendido. Su nombramiento fue aprobado esta mañana. Dejará el *Quimera* en Lothal para poner rumbo a Coruscant e iniciar la orientación sobre su nuevo puesto de mando.

Faro notó que los ojos se le salían de las órbitas.

—Mi nuevo... ¿perdón, señor?

—Por supuesto —dijo Thrawn, y esta vez su sonrisa fue muy visible—. Enhorabuena, comodoro Faro. Espero que sirva a la Undécima Flota como ha servido a la Séptima.

—Gracias, almirante —logró decir Faro—. Se... señor, servir a sus órdenes ha sido el mayor privilegio de mi vida. Solo puedo desear que los oficiales a mis órdenes sientan una décima parte de ese orgullo y satisfacción.

—Seguro que sí. Y mucho más —le aseguró Thrawn—. Y ahora, comodoro, por última vez, puede preparar mi nave.

EPÍLOGO

La cara que apareció en la pantalla del comunicador privado del Emperador le era familiar. El gran almirante Thrawn.

Pero ¿era la cara de un alto oficial imperial? ¿O la de un sigiloso traidor? El Emperador ya no estaba tan seguro.

Aunque estaba decidido a descubrirlo.

—Bueno —dijo—, el gran almirante Savit es un traidor.

—Eso parece, Su Majestad —dijo Thrawn.

—Creíamos que servía al Imperio —continuó el Emperador— cuando solo se servía a sí mismo.

—Sí —dijo Thrawn.

—¿Y qué me dice de usted, gran almirante Mitth'raw'nuruodo? —preguntó el Emperador—. ¿Y usted y los chiss? Explíqueme por qué eso es distinto.

—Es completamente diferente —dijo Thrawn. Su tono era sereno, pero el Emperador pudo ver arrugas de tensión alrededor de sus ojos y boca. Estaba pisando un terreno pantanoso y era plenamente consciente de ello—. La fuerza de la almirante Ar'alani llegó al Imperio sin mi autorización ni conocimiento. Cuando se mostraron, fue para advertirnos de una amenaza desconocida contra el Imperio.

—Sí, lord Vader ya me ha hablado de esos grysk —dijo el Emperador—. Dice que es una amenaza remota. También que son un peligro, sobre todo, para su Ascendencia Chiss.

—El análisis de lord Vader es correcto —dijo Thrawn—. Pero, con todo mi respeto, me permito añadir que es incompleto. La presencia grysk que descubrimos en el sector Kurost demuestra su interés activo por el Imperio. Particularmente grave es el hecho de que su puesto de vigilancia e investigación los acercó peligrosamente a Estrella.

—No tanto —dijo el Emperador, desdeñosamente—. Solo a una de las vías de suministro de Krennic.

—Pero hasta la más insignificante vía de suministros termina conduciendo a un centro —comentó Thrawn—. Si me permite Su Majestad, me gustaría recordarle también que los grysk del puesto intentaban descubrir formas de sobornar a ciudadanos imperiales. Piense en la posibilidad de que la Estrella de la Muerte caiga en manos enemigas y entenderá mi preocupación.

El Emperador hizo una mueca. Krennic y él habían hecho grandes esfuerzos por mantener el nombre «Estrella de la Muerte» fuera de toda comunicación no esencial entre el personal de mayor rango de Estrella. El hecho de que Thrawn conociera el nombre de la estación de combate le fastidiaba.

—Nadie aparte del Imperio controlará jamás Estrella —dijo, secamente—. Ni los grysk, ni los chiss, no lo dude.

—No quiero Estrella para los chiss —le aseguró Thrawn—. De hecho, combatiría con todas mis capacidades y fuerzas para impedirlo.

—¿De verdad? —replicó el Emperador—. Su lealtad está en cuestión, gran almirante Mitth'raw'nuruodo.

—Mi lealtad es firme, Su Majestad —dijo Thrawn—. No existe ningún conflicto entre mi servicio al Imperio y mi reciente cooperación con los chiss.

—Eso mismo le dijo hace mucho a lord Vader —dijo el Emperador—. Me pregunto si la excusa no empieza a estar un poco gastada.

—Si quiere desposeerme de mi rango y puesto, por supuesto que está en su pleno derecho —dijo Thrawn, con su tono revelando ya la misma tensión que su cara—. Pero sigo afirmando mi compromiso y lealtad hacia usted y el Imperio.

El Emperador se quedó un rato mirando aquellos brillantes ojos rojos. Thrawn era un servidor útil y formidable. Pero también sería un formidable enemigo.

Y un servidor con las lealtades divididas no servía a nadie.

Sin embargo, había algo más intrigante aún. Si los chiss también eran conscientes de eso, y si Thrawn era realmente leal al Imperio y no a la Ascendencia, ¿su pueblo podía considerarlo una potencial amenaza? Si era así, ¿harían algo por eliminar la amenaza?

¿Y qué pasaba con los grysk? Lord Vader los había calificado de amenaza remota, de las que podían ignorar por el momento. Pero no había podido negar que fueran una amenaza.

Quizá Thrawn estaba señalando el rumbo correcto. Quizá el futuro les depararía una alianza entre el Imperio y la Ascendencia.

Con él, el Emperador, comandando ambos.

Una idea intrigante. Quizá Thrawn podía ser un servidor incluso más útil.

Si traicionaba al Imperio, moriría. Si era leal al Imperio, quizá se le pudiera convencer o manipular para que traicionase a la Ascendencia.

Otra idea intrigante. Una que requería mayor meditación.

Pero, por el momento, tenía asuntos más urgentes de los que ocuparse. Los rebeldes de Lothal... y el joven Jedi Ezra Bridger.

—Ya hablaremos de eso en otro momento —le dijo a Thrawn—. Le mandaré instrucciones sobre una sala que quiero que construya a bordo del *Quimera*. Cuando haya llegado a Lothal y acabe con la actividad rebelde, llevará a Ezra Bridger a esa sala. —Sonrió—. Estoy seguro de que encontrará la manera de convencerlo de que lo acompañe hasta allí.

—Haré todo lo que esté en mi mano, Su Majestad —prometió Thrawn.

—Pues le dejo que continúe con sus deberes —dijo el Emperador—. ¿Gran almirante Mitth'raw'nuruodo?

—¿Sí, Su Majestad?

—Cuando haya terminado su trabajo en Lothal —dijo el Emperador, cordialmente—, regrese a Coruscant.

«Usted y yo tendremos una conversación muy, muy larga».

SOBRE EL AUTOR

Timothy Zahn es autor de más de cincuenta novelas, más de cien relatos cortos y novelas breves y cinco colecciones de cuentos. En 1984 ganó el premio Hugo a la mejor novela breve. Zahn es célebre por sus novelas de *Star Wars* (*Thrawn*, *Thrawn: Alianzas*, *Herederero del Imperio*, *El resurgir de la Fuerza oscura*, *La última orden*, *Spectre of the Past*, *Vision of the Future*, *Survivor's Quest*, *Outbound Flight*, *Lealtad*, *Decisiones* y *Sinvergüenzas*), con más de ocho millones de ejemplares vendidos. Otras de sus obras incluyen *Starcraft: Evolution*, las series *Cobra* y *Quadrail*, además de la serie para jóvenes lectores *Dragonback*. Zahn es licenciado en física por la universidad de Michigan State y tiene un máster en la misma materia por la universidad de Illinois. Vive con su familia en la costa de Oregón.

[Facebook.com/TimothyZahn](https://www.facebook.com/TimothyZahn)